

AUTOR DE *BEST SELLERS* EN LA LISTA DEL *NEW YORK TIMES*

TED DEKKER

TOSCA LEE



◊ Los libros de los mortales ◊

SOBERANO

Lectulandia

Nueve años después de que Rom Sebastian fue empujado a las circunstancias más improbables como el héroe y portador de un secreto inimaginable, la alianza de sus seguidores está en caos. Una batalla colosal contra *La Orden* les ha dejado desbandados y profundamente divididos tanto en estrategia como en la determinación de llegar a convertirse en seres verdaderamente vivos y libres.

Solo quedan 36 seguidores realmente vivos que siguen siendo fieles a Rom. Esta pandilla en extinción tiene que luchar por sobrevivir mientras que *La Orden* está enfocada en su total aniquilación. Malentendidos y despreciados, su jornada será una de desesperación en contra de una nueva y mucho más malvada Orden. Mientras la mano de maldad se levanta para destruirles, ellos tienen que apoyarse en su fe de que el perdurable poder del amor los ayudará a vencer todo y los guiará a la soberanía.

Soberano continúa magistralmente la alegoría del nuevo testamento que se introdujo en *Prohibido* y que continuó en *Mortal*.

Lectulandia

Ted Dekker & Tosca Lee

Soberano

Los Libros de los Mortales III

ePub r1.0

sleepwithghosts 23.08.14

Título original: *Sovereign*
Ted Dekker & Tosca Lee, 2013
Traducción: Ricardo Acosta & Mirtha Acosta

Editor digital: sleepwithghosts
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

El comienzo

EN EL AÑO 2005 unos genetistas descubrieron el gen humano controlador de las formas tanto innatas como aprendidas del temor. Se le llamó estatmina u oncoproteína 18. En los quince años siguientes igualmente se identificó todo aquello que influye en la genética de las emociones principales.

Casi una década después, tras una catastrófica guerra que destruyó gran parte de la civilización, la humanidad juró abandonar toda emoción destructiva y entregarse a las normas de un nuevo Orden. Para este fin el primer soberano liberó un virus llamado Legión, el cual despojó genéticamente a un desprevenido mundo de toda emoción menos de una: el temor. A medida que la humanidad olvidaba la esperanza, el amor y la alegría, también dejaba atrás el odio, la malicia y la ira.

Durante casi quinientos años reinó una paz perfecta.

Sin embargo, una secta llamada los custodios guardó muy bien el terrible secreto de que toda alma en el planeta, aunque con total apariencia humana, en realidad estaba muerta. Durante siglos los custodios se aferraron tenazmente a la singular predicción de que el código viral introducido por Legión se revertiría finalmente en la sangre de un solo niño. La esperanza final de vida para la humanidad se hallaría en el hecho de que este niño ascendiera al poder. También pasaron de custodio en custodio un frasco sellado de sangre antigua con el poder de despertar a cinco almas que ayudarían a dicho niño y lo impulsarían hacia el poder.

En el año 471 nació en una familia real un chico llamado Jonathan en cuyas venas corría sangre verdadera. Su existencia fue celosamente protegida por un humilde artesano llamado Rom Sebastian junto con otras cuatro personas a quienes la sangre antigua del custodio había revivido, y después por mil doscientos nómadas que volvieron a la vida gracias a la sangre de Jonathan y que estaban dotados de sentidos enormemente superiores. Se llamaron mortales a sí mismos.

Al principio parecía que la sangre de Jonathan devolvería la vida a un mundo muerto a través de despertar la emoción y optimizar los sentidos. Estos mortales que siguieron y protegieron a Jonathan celebraban apasionadamente su recién descubierta vida, y estaban decididos a poner a Jonathan en el trono de soberano del poder mundial.

Desesperado por experimentar la misma clase de vida por medio de la alquimia, Saric se convirtió en el primer sangrenegra mediante el diseño del maestro alquimista Pravus. Lleno de ambición, odio y celos, Saric decidió eliminar del mundo a todos los mortales. Pero al final su media hermana, Feyn, quien una vez salvara la vida de Jonathan antes de convertirse en sangrenegra a manos de Saric, frustró los planes a todos. Abandonando tanto a Jonathan como a Saric, ella se apropió de su derecho al trono de soberana y comenzó a gobernar con puño de hierro. Traicionado así, Saric

mató a Jonathan y luego desapareció en el desierto, despojado del poder.

Luego de su muerte, la sangre de Jonathan ya no producía las ventajas físicas que antes brindaba, ofreciendo a cambio una nueva conciencia de vida caracterizada por conocimiento y sabiduría en quienes se inyectaron en sus venas los últimos residuos de la sangre de él. Los pocos mortales que optaron por seguir las enseñanzas se cambiaron el nombre por el de soberanos. Están dirigidos por Rom Sebastian y Jordin, la mujer que amó a Jonathan toda la vida.

Aquellos mortales que rechazaron la sangre de Jonathan después de que este muriera buscaron vidas considerablemente extendidas y una percepción sensorial intensificada, y se cambiaron el nombre por el de inmortales. Están dirigidos por el príncipe de los nómadas, Roland.

Han transcurrido seis años desde que los mortales se dividieran en soberanos e inmortales, y desde que Feyn comenzara su nefasto gobierno. Ella continúa su campaña de librar al mundo tanto de soberanos como de inmortales. Luego de ser sistemáticamente perseguidos y asesinados, solo quedan treinta y siete soberanos, ocultos debajo de la ciudad, donde viven en secreto.

Capítulo uno

JORDIN SE AGAZAPÓ ENCIMA de la bodega en el perímetro oriental de Bizancio; el cabello negro se le levantaba con la ráfaga de una tormenta venidera, y con la mirada exploraba las oscuras calles abajo en busca de alguna señal de Triphon. Solamente podía haber un motivo para que él dejara de vigilar en la puerta.

Sangrenegras. Huestes del infierno.

Más de ochenta mil de los sanguinarios guerreros acosaban a través de la ciudad, protegiendo la Fortaleza desde donde su creadora, Feyn Cerelia, gobernaba al mundo con mano dura, decidida a librarlo de los de la clase de Jordin.

Sin duda Triphon había seguido el protocolo y había intentado alejar el peligro del banco de provisiones, uno de los pocos en los límites de la ciudad de donde los soberanos «prestaban» alimentos.

Relámpagos irregulares iluminaron el horizonte oriental, dejando al descubierto las bajas colinas apenas a cien metros de distancia. Más allá se extendía el desierto, hogar de los inmortales de Roland.

Inmortales. Rara vez los avistaban los de la clase de Jordin, y solo a distancia. Por cualquier juicio de valor, ellos eran letales tanto para los sangrenegras de Feyn como para los pocos soberanos que aún vivían. Fantasmas en la noche.

La mayoría de los mortales había rechazado contundentemente la súplica de Jordin de seguir a Jonathan en su muerte, y se había ido al norte con Roland, adoptando de modo desafiante la promesa de inmortalidad. Solo un puñado había permanecido para buscar nueva vida, nueva sabiduría, como soberanos.

Pero ahora, seis años después, esa vida casi se había erradicado por la guerra sangrienta entre los sangrenegras de Feyn y los inmortales, ninguno de los cuales mostraba ninguna clase de tolerancia para los soberanos. El amor desinteresado de Jonathan solo había generado odio y derramamiento implacable de sangre que había mantenido a Bizancio en sus garras durante el último año.

Solo treinta y siete soberanos aún respiraban, ocultos en las profundas y extensas cavernas debajo de Bizancio. Antes eran más de setecientos en número, ahora se habían reducido a un remanente en extrema necesidad de alimentos y pertrechos. Bajo perpetua amenaza de muerte, emergían encubiertos en la oscuridad y solo entonces en parejas. Ser atrapados estando solos era demasiado peligroso; más de dos presentaban la posibilidad de una pérdida demasiado grande si enfrentaban problemas.

Jordin se volvió y corrió agachada a lo largo del muro de hormigón de sesenta centímetros de ancho que bordeaba la parte superior del edificio, sin que sus botas con suela de caucho sonaran sobre el techo de asfalto. No había señales de Triphon, ningún otro sonido excepto los truenos que se agitaban hacia el este.

La joven examinó las calles hacia el sur. Vacías. Había un puesto de sangrenegras dos calles más allá, lejos de la línea de visión de ella, uno de los miles situados a lo largo de Bizancio.

Giró hacia el oeste. A ocho kilómetros de distancia las siniestras torres de la Fortaleza se elevaban sobre la ciudad. Círculos tremendamente fortificados de patrullas de sangrenegras se habían posicionado, saliendo de las edificaciones de la capital del mundo para proteger a Feyn de los ataques cada vez más agresivos de los inmortales de Roland. Pero los sangrenegras y los inmortales no eran la única preocupación de Jordin.

Más de dos millones de amomiados atiborraban la capital, cada uno de ellos leales al nuevo Orden de Feyn. Aunque los amomiados no poseían más emoción que el miedo, ese miedo incluía un terror santo a los de la clase de Jordin. Feyn se había encargado de eso. Y aunque los amomiados nunca levantarían una mano en señal de violencia, estaban prestos a reportar cualquier contacto con un soberano. A cualquiera que agarraran por no reportar a un soberano lo enviaban de inmediato a la Autoridad de Transición... a la muerte.

Ocultarse de dos millones de amomiados no era tarea fácil. Aunque los soberanos no parecían diferentes en apariencia a excepción de los ojos, los cuales se habían vuelto verdes brillantes, los amomiados podían olerlos. Al parecer, los de la clase de ella despedían el olor acre del incienso. Soberanos: Amaban a todos, pero nadie los amaba. Por otra parte, no tenían problema en amar a los sangrenegras con una espada. ¿No había hecho Jonathan lo mismo?

Jonathan. Jordin moriría por él sin pensarlo dos veces. Algunos decían que él estaba allá afuera esperando en la carne, otros afirmaban que solo existía en la sangre de los soberanos. Lo único que ella sabía con certeza era que los sentidos mortales expandidos que había perdido al volverse una soberana, sentidos que presumiblemente aún conservaban los inmortales de Roland, serían ahora mismo un regalo bien recibido. Con esos sentidos ella sabría la posición exacta de los sangrenegras más cercanos con solo oler el aire. Escucharía una riña en cualquier calle cercana... incluso una palabra susurrada desde cien metros.

En vez de la percepción mortal, los de su clase poseían el convencimiento de la verdadera vida y la precognición ocasional del futuro, lo cual, aunque intrigante, resultaba limitado: ellos solamente podían ver algunos segundos o minutos adelante, y aun entonces de forma irregular. La «vista», que se había convertido en la herencia de todos los soberanos, no se podía comparar con la fuerza bruta de los sangrenegras ni con las asombrosas habilidades de los inmortales.

Sus enemigos los estaban cazando para extinguirlos.

Jordin recordó que ellos eran como estaban destinados a ser: transformados por la sangre de Jonathan. Esa fue la manera de Jonathan de brindar vida; cómo, aún no lo

sabían. Pero había un profundo misterio en esa transformación, y se aferraban a ese misterio con reverencia junto con el conocimiento de que los soberanos eran como Jonathan en formas que los amomados ni los inmortales nunca podrían ser.

Ella sabía esto, pero no le impedía estar despierta en la noche, acosada por preguntas sin respuestas... preguntas que no podía expresar a nadie más que a Rom, y solo entonces cuando la frustración se le desbordaba. Ella dirigía a los soberanos, junto con Rom. Los demás no podían saber cuán profundamente sufría la joven. Ser soberana era estar rebosante de amor en un nuevo reino, así lo aseguraban todos. Jonathan lo había dicho. Pero decirlo no cambiaba la realidad de que vivían como ratas moribundas debajo de la ciudad, mientras sangrenegras e inmortales prosperaban bajo el sol.

¿Era posible lo que Roland dijera seis años atrás: que Jonathan los había abandonado a todos?

Jordin cerró los ojos y dejó que la horrible pregunta se le fuera de la mente. No. Ellos vivían para llevar la sangre de Jonathan a la tierra... un último vestigio de esperanza para un mundo repleto de muerte. Treinta y siete soberanos quedaban, y ahora parecía haber desaparecido uno más de ellos. No se podían permitir el lujo de perder otro, mucho menos uno de sus guerreros. Triphon era el único que podía empuñar un arma de manera tan eficaz como ella o Rom.

Un grito cortó la noche hacia el este, y Jordin dio media vuelta, con los oídos atentos. Había oído un grito seguido por un inconfundible gruñido.

Sangrenegras.

Jordin llegó a la escalera de incendios en tres rápidas zancadas, agarró la barra con la mano enguantada y lanzó las piernas por sobre el bajo muro perimetral. Sus pies aterrizaron en el quinto peldaño y descendió al vuelo. Solo medía un par de centímetros por sobre el metro cincuenta con botas puestas, y su cuerpo era más liviano que cualquiera de las grandes bolsas de arroz que había dejado en la entrada del almacén, pero su velocidad y habilidad compensaban su falta de peso en cualquier pelea.

Se soltó de la escalera desde tres metros, aterrizando suavemente sobre las puntas de los pies, y luego salió corriendo hacia el este a lo largo del muro sur, con el arco en la mano.

—¡Jordin!

La conocida voz de Triphon voló con el viento, inundando a la muchacha con adrenalina. Él la llamaría solo si su situación fuera tan grave como para arriesgarse a atraer sangrenegras.

Jordin rodeó el almacén hasta hallar un callejón vacío y luego voló por la estrecha vía. Detrás del último edificio la calle se ampliaba dentro de un terreno abierto que se extendía hacia las colinas. El hecho de que el grito de Triphon hubiera venido desde

esta dirección solo significaba una cosa: al haberlo descubierto una patrulla itinerante, él los había llevado hacia el desierto. Los sangrenegras desconfiaban del desierto, no por la extensión de la tierra en sí sino porque los inmortales se materializaban en la oscuridad sin previo aviso. Estos se adueñaban de la noche con su visión singularmente aguda.

Pero esos mismos inmortales representaban una gran amenaza para Triphon.

Ella corrió más rápido.

Un pedacito de luna se asomó por debajo de las nubes sobre el horizonte oriental, dando a Jordin una clara vista de la calle. La escena tomó forma en un abrir y cerrar de ojos.

Triphon, con la espada empuñada, se apoyaba de espaldas en una farola apagada. Se había vestido para la noche con pantalones negros, un abrigo corto y botas con suela de caucho iguales a las de Jordin. Tenía la capucha echada hacia atrás, y la escasa luz de la luna le iluminaba los ojos verdes y radiantes aun a cien pasos.

Siete sangrenegras lo cercaban, intrépidos a pesar de saber que seguramente algunos morirían. No eran estúpidos. Los soberanos quizás no tenían la genética superior de los sangrenegras, pero por la manera que Triphon sostenía la espada fácilmente en una mano, inclinada hacia el concreto, cualquiera podía ver que estaba entrenado en la forma nómada de los mortales... los mismos seiscientos mortales fuertes que seis años atrás habían permanecido firmes contra los doce mil sangrenegras de Saric.

Jordin había matado innumerables sangrenegras ese día; hoy, ella y Triphon podían encargarse de siete.

Todos por igual se elevaban casi treinta centímetros por sobre Triphon, creados como toros: músculo y fuerza. Pero se movían con asombrosa velocidad y lanzaban golpes como si estuvieran hechos de hierro. Cualquiera que fuera la alquimia que había creado tan fuertes especímenes de brutalidad, no podía deshacerse. No se les podía volver a la vida como amomiados comunes. La sangre soberana los mataba.

La mayoría aún usaba el cabello en rizados enmarañados, pero en los últimos años habían evolucionado. Sus retinas eran tan negras como sus pupilas, pero ahora estaban bordeadas de color dorado. Así de bien proporcionados, eran especímenes de perfección; esclavos leales, sus deseos insaciables mantenidos a raya solo por la misma Feyn. Se sabía que maltrataban a voluntad a los amomiados.

Aún no habían visto a Jordin. Ella se dejó caer sobre una rodilla, ensartó una flecha, y atrajo hacia sí la cuerda del arco.

Los sangrenegras acosaban a Triphon, y el cabecilla dio un paso adelante, haciendo oscilar su pesada espada como si fuera una vara de madera de balsa. Sus confusas palabras estaban repletas de aspereza, y Jordin no podía entenderlas. Sin embargo, sí entendió la súbita aproximación de los dos guerreros a la izquierda del

cabecilla.

Estaban dispuestos a matar.

Ella estabilizó la respiración y soltó la cuerda del arco. El viento se había calmado, y la flecha voló en línea recta. Se incrustó en la cabeza del cabecilla mientras la joven ensartaba rápidamente su segunda flecha.

El sangrenegra que recibió la saeta se tambaleó hacia atrás, lanzando un grito que paralizó momentáneamente a los otros. Triphon se movió mientras ellos desviaban la atención, arremetiendo contra el guerrero más cercano, levantando la espada hacia la barbilla del desprevenido sangrenegra.

Jordin envió otra flecha a un tercer guerrero y luego se puso de pie.

—¡Triphon!

Cuatro cabezas giraron ante la amenaza a sus espaldas. Sin detenerse, Triphon giró la espada hacia el estómago del quinto, falló, pero la incrustó en el hombro de uno de los que habían girado.

Otra flecha, enviada rápidamente al interior del grupo de sangrenegras, golpeó a uno de ellos en el costado. En el transcurso de diez segundos habían eliminado a tres y herido a dos más. Juntos habían luchado una vez al lado de Roland con gran precisión, antes de que el príncipe diera la espalda al legado de Jonathan.

La chica corrió a vertiginosa velocidad, poniéndose el arco en la espalda y sacando dos cuchillos mientras avanzaba. Sin cabecilla y aturridos por tan letal ataque por detrás, de pronto los sangrenegras se vieron en desventaja.

Con un movimiento horizontal del brazo, ella lanzó la hoja de dieciocho centímetros que tenía en la mano derecha desde diez pasos de distancia, pero el sangrenegra al que había destinado la hoja le dio una manotada en el aire. Los tres guerreros restantes retrocedieron, más cautelosos ahora.

Tres contra dos... derribarían a esos demonios donde se hallaban. Correr más que ellos sería mucho más difícil, y no se podían arriesgar a llevarlos de vuelta a la caverna. Si Feyn supiera dónde vivían, todos serían aplastados en un solo golpe y no habría más sangre soberana.

—Los acabamos —expresó Jordin.

—Los acabamos —repitió Triphon esbozando una sonrisa.

El sangrenegra a la izquierda de Jordin asintió con la cabeza y se enderezó poco a poco. Una repugnante sonrisa se le extendió por el rostro.

—¿A todos nosotros?

—A todos ustedes —advirtió Jordin.

La mirada de la muchacha se elevó por sobre su hombro. Triphon comprendió, y niveló el rostro. Jordin lanzó una rápida mirada detrás de ella. Tres sangrenegras habían salido del mismo callejón por donde la joven viniera.

—Jordin...

Ella giró hacia atrás. Más. No menos de diez sangrenegras se habían aparecido en las esquinas de ambos edificios al final de la calle. Los tenían cercados, encerrados a ambos lados por muros de ladrillos, al frente y atrás por sangrenegras.

El corazón de Jordin se le subió a la garganta. Se movió hacia un lado, desaparecieron todos los pensamientos de una manera fácil. Una fresca ráfaga de viento levantó un polvoriento torbellino desde el montículo que había más allá de la calle. Si lograban llegar corriendo al desierto, quizás los sangrenegras no los seguirían. Pero atravesar la línea marchando hacia ellos sería difícil si no imposible: los atacantes eran cualquier cosa menos lentos.

—Lo siento, no oí tu respuesta —declaró el sangrenegra—. ¿Estás segura? ¿A todos nosotros?

Jonathan, ¿dónde estás ahora?

El sentimentalismo que acompañaba la pregunta se había vuelto más amargo que inquisitivo en los últimos tiempos. Pero ella no siempre necesitó a Jonathan para sobrevivir. Una vez había sido su guardiana, cuando su habilidad como luchadora no la había cuestionado ni siquiera el mismo Roland. Las venas de la joven se llenaron de nueva resolución, alimentadas por la ira. El afán que la consumía por seguir a Jonathan y por brindar vida *no* podía terminar aquí, independientemente de las posibilidades.

La espada de un sangrenegra muerto yacía en el suelo a pasos de distancia. Jordin aún tenía nueve flechas en la aljaba a su espalda. Dos cuchillos más estaban enfundados en sus muslos. Y si no se le presentaba ninguna vía de escape, allí estaba la espada.

La tranquila planificación que había servido a la chica tan bien al lado de Roland se le fue por un instante mientras una imagen le llenaba la mente: Jonathan con los brazos extendidos, gritando a Saric que lo matara mientras Jordin chillaba, impotente, desde el precipicio en lo alto. La hoja de Saric arqueándose dentro del pecho del único hombre al que alguna vez ella había amado, antes o desde entonces.

Tragó saliva, tenía la boca seca. ¿Era este también su destino?

Pues que así sea.

Giró el cuchillo que tenía oculto en la mano izquierda y lo observó clavarse profundamente en el ojo del sangrenegra que había hablado. La sonrisa le explotó en un chorro de sangre. Gritando a todo pulmón, la chica agarró arco y flecha de su espalda.

El rugido de Triphon se unió al grito de Jordin, y voló hacia los sangrenegras que lo habían atacado primero. Ella volteó a mirar a los recién llegados, se dejó caer en una rodilla, ensartó una flecha, y la clavó en uno de los tres que ahora corrían desde la misma dirección por donde la joven había venido. Una segunda y una tercera flecha, en veloz sucesión.

Las flechas encontraron cuerpos, pero no derribaron a dos de los sangrenegras.

Jordin enfrentaba una decisión crítica. Tendrían que separar a los sangrenegras... rodeados no tenían ninguna oportunidad. Ella tendría que tratar con los dos que se le acercaban por detrás, pero también tenía que hallar una manera de pasar la línea detrás de Triphon.

Hizo volar una última flecha hacia los dos sangrenegras que iban tras ella, extrayendo ya sus hojas. Parecían totalmente ajenos a la amenaza de muerte... ¿qué era la muerte para los muertos?

Sin esperar a ver que su flecha diera en el blanco, Jordin giró y se puso de pie. Le quedaban cinco flechas.

Tensó una sobre la marcha y comenzó a avanzar, curvando a la izquierda. Triphon había derribado a uno de los dos sangrenegras que enfrentaba y arremetía contra el otro como un toro. Si Jordin lograba atravesar la línea de sangrenegras entre ellos y el desierto más allá, obligándolos a entrar en dos frentes, aún tendrían una oportunidad.

Los diez adversarios se habían convertido en doce, todos veloces a cincuenta pasos de distancia y acercándose, menos en la izquierda que en la derecha.

—¡Sepáralos! —gritó ella y salió corriendo hacia delante, disparando mientras corría. Envió sin precisión cuatro flechas hacia los tres guerreros más lejos a la izquierda, preocupándose solo de detenerlos lo suficiente para superarlos.

Le quedaba una flecha. Se colocó el arco en la espalda y corrió a toda velocidad hacia los dos que se movían torpemente en el extremo izquierdo. Tenía que alcanzarlos. Quitarles una de las espadas y atacar por detrás. Era la única manera.

Pero esa manera fue cortada por un terrible sonido detrás de ella. Un húmedo *golpe seco* seguido de un horrible *gruñido*.

La chica sabía que el *golpe seco* era una hoja clavándose profundamente en la carne. Fue el *gruñido* el que la sobresaltó. Ella conocía la voz.

Giró la cabeza hacia atrás. Triphon había matado a los dos sangrenegras a los que había atacado, pero un tercero lo alcanzó por detrás. La flecha de ella sobresalía del costado del sangrenegra, pero no lo había derribado.

Los brazos de Triphon estaban abiertos de par en par; su contorsionado rostro se inclinaba hacia el cielo.

Una espada le sobresalía del pecho.

Jordin se levantó con fuerza, aturdida. La noche se estancó, desgarrada más allá de las fronteras del tiempo. Triphon casi estaba cortado en dos, sostenido solo por el sangrenegra que le había enterrado la espada en el pecho.

Jonathan había caído ante un golpe similar.

El sangrenegra liberó la espada, y Triphon se derrumbó sobre la calle de concreto. Muerto.

El tiempo se negó a regresar. Triphon muerto. A manos de uno que ella no había

podido matar.

Jordin no supo por qué corrió hacia él, perdiendo la ventaja final que tenía al atravesar la línea de sangrenegras. Quizás podía tan solo ver a Jonathan allí en el suelo, muerto porque ella también le había fallado. Tal vez en la parte más profunda del alma la muchacha deseaba unirse a Triphon en un charco de su propia sangre.

El sangrenegra parado sobre Triphon con la espada ensangrentada sonrió de manera malvada.

La ira le sacó la razón de la mente. Con un grito salvaje la chica agarró su última flecha de la aljaba, la ensartó en la cuerda con dedos temblorosos, se detuvo a escasos cinco pasos, y disparó contra la cabeza del sangrenegra.

La flecha se clavó en la boca del guerrero, destruyéndole la dentadura y cortándole limpiamente la columna vertebral. Cayó muerto en la sangre de Triphon, los ojos aún abiertos en estado de shock.

En la mente de Jordin este era Saric. Saric, a quien despreciaba más que a Roland, a quien odiaba más que a la muerte misma por matar al hombre que ella amaba.

Los sonidos de persecución por detrás habían aminorado. Estaban cerca. Demasiado cerca. No habría oportunidad de escapar. Incluso con un arco y una docena de cuchillos, su arma favorita, no podía defenderse sola de diez sangrenegras. Tampoco podía huir de ellos.

Solo podía honrar a Triphon tomando la espada de él y matando a tantos mientras se les unía en la muerte.

Esta noche ella se reuniría con Jonathan. Al fin.

Oyó el roce de botas detrás de ella. A su derecha. A su izquierda. No tenían prisa.

La joven caminó hasta el cuerpo de Triphon, cayó sobre una rodilla, y le besó los ensangrentados labios.

—Te veré pronto, amigo mío.

Aflojó la espada de los dedos de Triphon y se puso de pie. Para los sangrenegras ella solo sería una víctima más entre las tantas que estaban tomando. No podían saber que ahora tenían en sus manos a una de los dos soberanos comandantes. Lo único que importaba era que los habían creado para vencer la sangre que corría por las venas de la muchacha.

Sangre de Jonathan.

Se volvió. Se habían ubicado en un amplio arco alrededor de ella. *Tranquilízate ahora*. Estaban aquí para matarla, y eso seguramente era tan pesado como el aire que todos ellos respiraban.

—Peleaste bien —dijo uno de ellos, dando un paso al frente.

—No he terminado —oyó ella diciéndose.

—No, espero que no. Es honorable morir con una espada en la mano. Pero al final la muerte sigue siendo muerte —expresó él con una sonrisa superficial jugueteándole

en los labios—. ¿Qué dices si nos divertimos con la muerte?

—No estoy aquí para divertirme.

—Sería una pena morir sin ofrecernos algo de placer.

—El único placer en el que estoy interesada viene al final de esta espada.

Varios de ellos rieron. El disgusto atravesó el estómago de Jordin.

—No todas las espadas producen muerte —anunció el comandante—. ¿Puede algo tan pequeño como tú manejar una espada tan bien como lanzas flechas? Tu peso detrás de ella estaría en apuros para derribar a un perro.

—Y veo a diez delante de mí.

—Bien dicho —replicó él con una amplia sonrisa—. Si no fueras la enemiga de mi creadora yo podría alcanzar algunos perros contigo.

La sonrisa del guerrero desapareció, y dio un paso adelante. Los hombres al extremo izquierdo de Jordin se acercaron. También lo hicieron dos más a su derecha. No tenían intención de matarla de una vez. Esto era, entonces.

Jordin dio un paso atrás, pensando que podría ser mejor tratar de huir. Echó una rápida mirada por detrás. Dos sangrenegras más al extremo de la calle, mirándola de modo indolente. No había escapatoria.

Demasiados acercándose. De no poder huir, ¿no sería mejor cortarse la garganta antes de que ellos pudieran dominarla? La idea se apoderó de ella, profana y atractiva a la vez.

Retrocedió otro paso y giró para enfrentar al comandante. El brillo en los ojos de él era inconfundible. La idea anterior de matar a tantos como le fuera posible solo le traería más sufrimiento. No la dejarían morir rápidamente.

—Suelta la espada y seremos amables —informó el sangrenegra—. Lo juro por mi creadora.

Jordin levantó la mirada hacia la luna que brillaba a través de una abertura en las nubes sobre el horizonte. Había danzado una vez debajo de esa luna, que ahora tenía la cara fría y extraña. El montículo de arena ya parecía como algo de otro mundo, de otra vida, distorsionado y áspero en el horizonte.

El montículo se movió. Solo entonces comprendió lo que estaba viendo, y la conciencia de ello la dejó sin respiración. Una línea de caballos se hallaba en lo alto, recortada por la fresca luz de la luna.

Caballos negros. Siete de ellos en línea, montados por siete guerreros encapuchados vestidos de negro. Mirando la escena delante de sí.

Esta era la primera vez que Jordin veía un inmortal en años. Sus rostros estaban cubiertos de negro. Como fantasmas que llegaban a recoger almas antes de desaparecer otra vez en el desierto. El sangrenegra frente a ella debió haber visto cómo a la joven se le abrieron los ojos. Este giró completamente. Le tomó solo un instante saber lo que estaba viendo.

—¡Alinearse! Inmortales.

Como uno solo, los sangrenegras giraron hacia el este. La línea de caballos comenzó a descender la arenosa colina, lentamente al principio y luego a galope tendido, los jinetes agachados. Intrépidos. Silenciosos.

La vista de ese brutal y sigiloso poder era tan convincente que Jordin no reconoció al instante que se le acababa de conceder su medio de escape. Los sangrenegras se olvidaron de su única presa, y ahora era evidente que ellos eran la presa.

Jordin giró justo cuando los dos sangrenegras que se habían colocado detrás de ella se adelantaron, y los esquivó fácilmente. Entonces estos pasaron de largo y lucharon por ubicarse a cada lado de la calle con los otros.

Jordin se agachó, arrancó el amuleto del cuello de Triphon, se volvió hacia la calle vacía, y salió corriendo.

Capítulo dos

LA INMÓVIL FIGURA PERMANECIÓ mirando por fuera de la ventana de un metro ochenta de alto, una oscura silueta contra la noche. Las manos cruzadas delante de ella. El destello de una vela solitaria sobre una mesa a tres metros de distancia le lamía los pliegues del vestido. Todas las demás se habían quemado mucho tiempo atrás.

Negro, el terciopelo. Color obsidiana, la constelación de cuentas sobre este. Ébano, la caída de cabello suelto hacia la menuda espalda.

Blanca, la piel.

Le picaba a veces, en noches como esta, como si el cielo revuelto llamara a la oscuridad impenetrable de las venas por debajo. La piel de ella siempre había sido pálida, pero la sombra en sus venas tenía solo seis años. Un regalo de la sangre negra de su medio hermano, Saric, quien había sido soberano y sangrenegra antes que ella.

Un relámpago cayó sobre el horizonte, hacia el este. Por un instante, un dedo dentado de luz iluminó la capital del mundo. El mundo de ella. Un dominio de religión estatal y nuevo Orden. De lealtad por medio del temor debido a que la exigía un Creador que todo lo veía y que sin ningún escrúpulo enviaría al hades a quienes no obedecieran. Para el amomado común, ese Creador era la fuente de vida que creían tener.

Pero para sus secuaces sangrenegras, ella era esa creadora.

Feyn Cerelia, la soberana del mundo. Destinada a gobernar por derecho de nacimiento, y que había entregado el poder junto con su vida a favor de un niño. Nueve años después la habían obligado a asumir el trono por ambición de su hermano. Hoy día, el hermano había desaparecido y el niño estaba muerto. Cada uno había sido la perdición del otro, ella había visto eso. Ahora gobernaba por una sola voluntad: la suya.

Ochenta mil sangrenegras patrullaban la ciudad capital, vigilaban sus fronteras y controlaban sus vías de transporte. No eran «hijos» como lo habían sido para Saric, sino secuaces. Letales, rabiosos, leales... y reemplazables. Después de todo, los sangrenegras se podían fabricar en cualquier momento, a voluntad.

La suya.

De modo instintivo se tocó el anillo del cargo que tenía en el dedo, enderezando el sello de oro macizo que tenía la costumbre de torcerse. A menudo se descubría en esta posición en la noche, observando afuera su reino desde la torre del palacio, tratando de entender lo que, en cualquier caso, se estaba perdiendo. ¿Qué buscaba a través de esas ventanas que ella ya no tuviera?

¿A Saric?

No. Rara vez pensaba en su hermano desde el día en que él se fuera consternado al desierto, destrozado, derrotado, abandonando su ejército y su poder, impulsado por

la locura o por un intento de encontrar su propia vida. De algún modo había escapado con vida. No importaba. No pudo haber sobrevivido mucho tiempo en el desierto, consentido como lo había sido siempre. Una vez habían sido niños de la realeza. En algunas maneras, Saric nunca había dejado de ser niño. Había entendido el mundo, y también a ella, como un juguete. Pero él nunca fue destinado para gobernar. No tenía la fortaleza para ello, a pesar de su rabiosa ambición.

Feyn cruzó los brazos y recorrió la línea circular de la ventana, mirando más allá de los muros de la Fortaleza y las torres puntiagudas de la basílica aun más lejos, hacia el occidente, donde la ciudad se encontraba con el desierto.

El hogar de los inmortales.

La irritación apareció al pensar en el desierto. Los inmortales se habían convertido en la pesadilla de su gobierno y muy a menudo los tenía en la mente. Una manada de lobos que hostigaban la ciudad de ella, evadiendo sus trampas y a sus cazadores. A la vez le fascinaba y le enfurecía que sus sangrenegras no hubieran agarrado a ningún inmortal; ni siquiera habían podido recuperar un cuerpo para que los alquimistas pudieran descubrir el secreto de sus mortíferos sentidos. El príncipe, Roland, se había vuelto cada vez más agresivo con cada incursión en la ciudad, algo que a veces la mujer admiraba en gran manera.

Pero su admiración solo fortalecía su resolución de ver muerto a su enemigo y a todos sus seguidores. Cualquier dirigente que frustrara el gobierno de ella tendría que morir.

Feyn examinó la oscuridad más allá de la ventana, siguiendo la corriente de las cambiantes nubes por la luz de la luna, y luego volvió a enfocarse en los vidrios de la ventana misma.

Un rostro pálido le devolvió la mirada. Ahora ella podía ver las finísimas ramificaciones de venas arrastrándosele debajo de la piel sobre la mejilla. La vena negra, allí, exactamente por encima de la sien. Tenía perfecta la piel, más pálida aun que la apreciada translucidez de los miembros de la realeza, sin las finas líneas que podrían haberle contradicho la edad.

Nueve años en estasis hicieron eso.

Pero había un cambio en la mujer. Un color brillante que se le había arrastrado a lo largo de los bordes del iris, que se habían oscurecido debido a la sangre negra que Saric le inyectara en las venas. Al principio el color era tan leve que Feyn no lo había notado en meses, pero un día lo había visto en el espejo: un delgado círculo dorado alrededor de los bordes, de modo que sus ojos ya no parecían pupilas gigantes, sino soles gemelos eclipsados por una luna negra.

Feyn había ordenado coser esas pepitas de color ámbar entre las cuentas brillantes de su corpiño, a lo largo de las mangas que colgaban, llenas, casi hasta la rodilla. Negro y dorado, le titilaban sobre las caderas y se esparcían hacia el ruedo, mil ojos

vuelos hacia el mundo.

Mil ojos buscando algo mientras ella se paraba ante la ventana cada noche. Porque ese era el centro de ello, lo que Saric nunca había sondeado ni habría tenido la oportunidad de comprender: que cuando se gobierna el mundo se descubre que esto no basta. Un antiguo gobernante, arcaico incluso en la era del Caos, se lamentó una vez de que no había más tierras que conquistar. Hoy día Feyn entendía al rey bárbaro de esa época en una manera que los relacionaba a través de los milenios.

La mujer había oído el toque en la puerta de la torre un tiempo atrás. Había decidido que quienquiera que fuera, y solo podrían ser Dominic o Corban a esta hora, permaneciera allí esperando.

—Adelante —ordenó ahora volviéndose de la ventana con las manos aún cruzadas.

La puerta se abrió al instante, y la esbelta figura de Dominic entró a la tenue luz, admitido por el guardia de afuera.

—Mi señora —saludó él, posándose sobre una rodilla, mirando al suelo ante él.

La mirada de Feyn se posó con ecuanimidad en el exlíder del senado, un senado que ella había disuelto tres años atrás bajo las restricciones de su nuevo Orden. Esto había sacado a los prelados del mundo, dejando a los borregos de la población mundial atrapados entre la lealtad a la soberana, quien era el agente vivo del Creador en la tierra, y los estatutos del antiguo Orden. Una tensión que los mantenía perpetuamente desequilibrados y que le servía bien a ella.

—¿Qué pasa, Dominic?

El cabello del individuo había encanecido en los años posteriores a la disolución del senado y la dimisión de muchos de los estatutos de Megas. Ahora él era sangrenegra, uno de los de ella, genéticamente obligado a obedecer. Pero antes de eso había sido el más fiel guardián del Orden. ¿Cuántas noches desde que lo volvieran a crear se tiró en la cama, sudando en las llamas del infierno?

En el último año su expresión parecía cada vez más atormentada. Los surcos alrededor de los ojos se habían profundizado con el ánimo sombrío de los condenados, quienes no podían hacer nada para evitar su destino eterno. Había sido interesante observar esto al principio. Ahora la mujer lo veía como un vestigio perdido de un cargo obsoleto.

—Hubo un enfrentamiento cerca de una bodega en el extremo este. Quince de sus hombres fueron asesinados —informó él sin levantar la mirada ni una sola vez.

El hombre sabía más.

—Inmortales, supongo —expresó ella.

A los soberanos les faltaba el brillo de lo que fueron. Parecía que en estos días tenían talento natural solo para morir.

—Sí. Aunque este incidente fue distinto.

—¿En qué manera?

—Recobramos un cadáver.

El pulso de la mujer se disparó. ¿Era posible? ¿Uno de las hordas del desierto... quizás incluso el mismo Roland? Extraño, ella sintió una punzada de angustia al pensarlo.

—¿Sí? ¿Y bien?

—Un soberano.

Ella lanzó un resoplido de disgusto.

Él hizo un gesto, y un sangrenegra entró y cayó de rodillas un paso detrás de Dominic, la boca de una bolsa de lona recogida en una mano que temblaba visiblemente en presencia de la mujer.

—Esto no es nada nuevo.

—No, mi señora. Pero creemos que tal vez acabamos con uno de los líderes.

El rostro de Rom brilló en el ojo de la mente de Feyn. No el Rom de hoy día como ella lo imaginaba. Él estaba aquí en alguna parte de la ciudad, lo sabía. Ahora debía tener casi cuarenta años. No, no él, sino el Rom de una vida antigua. Un muchacho ingenuo que ella conociera una vez cuando también había sido una jovencita ingenua.

Un jovenzuelo que había lanzado su vida por la borda a causa de un sueño. Pronto le presentarían su cuerpo, totalmente muerto. ¿Y para qué?

—Muéstrame.

El guerrero abrió la bolsa y levantó la cabeza por el cabello.

Feyn miró la boca abierta de esa cabeza durante un buen rato. Estaba bien abierta, como sorprendida por alguna gran broma cósmica. Ella conocía el rostro.

Triphon, la mano derecha de Rom, uno de los primeros en probar el frasco original de sangre que había enviado a Rom en su santa búsqueda.

—No quiero que me traigan más cabezas de soberanos.

—Como usted desee, mi señora —replicó Dominic.

—Tráiganme un soberano vivo o un inmortal muerto... o nada en absoluto.

—Como usted desee. ¿Qué quiere que hagamos con este?

—Quémalo, junto con los otros.

—Sí, mi señora.

—Te puedes ir, Dominic.

El envejecido exlíder del senado se levantó, retrocedió hasta la puerta, y la cerró detrás de él.

—Quema a Dominic junto con el cadáver —ordenó ella al guerrero sangrenegra cuando quedaron solos.

Antes de cruzar el salón y apagar la vela con los dedos, Feyn esperó que el sangrenegra saliera.

Un momento después se volvió a parar delante de la ventana, esta vez en total oscuridad.

Si ya no había más mundos que conquistar, entonces no le quedaba otra alternativa que someter a este a fondo y completamente, sacando de toda alma viviente una obediencia total y no vista por ningún gobernante anterior.

Capítulo tres

JORDIN PERMANECIÓ EN LA cámara de piedra debajo de la ciudad, bañada en luz de antorchas, salpicada de sangre. Inmersa en dolor. Ante ella, Rom Sebastian se paseaba en el fondo de luz tenue. Sombras le aparecían a él debajo de los ojos, pronunciadas aun más por las dificultades, por dormir poco, y por la pérdida.

El hombre hizo una pausa delante del altar esculpido en el muro de caliza. Ninguno de ellos hablaba. No había necesidad; la cámara contaba sucintamente la historia: el Libro de los Mortales, apoyado en su soporte de madera, de algún modo parecía más deteriorado con cada día que pasaba. Una simple caja que contenía el antiguo pergamino en que estaba envuelto el primer frasco de sangre el día que llegó a manos de Rom, quince años atrás... toda una vida. Sobre la caja reposaba el amuleto del custodio, muerto ya casi un mes antes. Jordin levantó la mirada hacia los muros de la caverna. Los amuletos de todo soberano perdido hasta la fecha, centenares de ellos, colgaban sobre la superficie irregular, reflejando la luz de la antorcha como muchas estrellas marchitándose.

Y luego estaba la más reciente adición a esa cantidad colocada sobre el altar por la misma Jordin: el amuleto de Triphon. El corazón labrado de Avra no estaba teñido de rojo con colorante sino con sangre verdadera, como lo estuvo el árbol del que salió el corazón... el símbolo de los soberanos. La cadena colgaba floja sobre el borde del altar, cubierta de mugre. Sin vida.

La joven se volvió.

Más allá de la puerta mal ajustada donde la estrecha cámara se ampliaba, el pasaje se abría a una serie de salones que finalmente conducían a la gran cámara misma. Allí, Rom, el custodio y la misma Jordin habían recitado a menudo las enseñanzas de Jonathan y la historia de la sangre, hablando en tonos apasionados y a veces con lágrimas hasta que las figuras de aquellos sentados en los asientos del teatro subterráneo de piedra se hacían borrosas delante de ellos. Lo hacían por los seroconvertidos sobrevivientes, los que habían consumido la sangre soberana y se les habían unido, con creciente urgencia mientras cada vez eran menos. Pero también lo hacían para recordar y aferrarse a la esperanza.

Ellos denominaban santuario al laberinto de esas cavernas que en ese último año se convirtieron en su hogar. Un lugar de refugio y relativa seguridad. Algunos de los cables eléctricos habían sobrevivido a los siglos, aunque también habían sobrevivido muchos de sus pesados tapices y algunas reliquias, entre ellas armas inutilizadas y una pequeña colección de libros. En la antigüedad había sido una cripta, ampliada y fortificada en un refugio durante la Guerra Fanática que casi había diezmando la población mundial hace quinientos años... una historia confirmada cuando el custodio halló un alijo de documentos antiguos en una de las cámaras más pequeñas.

De igual modo, los soberanos restantes habían venido aquí para proteger y reafirmar la vida dentro de ellos, en estos antiguos pasajes arqueados. Y sin embargo, Jordin no podía dejar de recordar que una vez este había sido el hogar de los muertos. No podía dejar de observar los efectos personales abandonados de los recientemente fallecidos: un abrigo, un par de zapatos, el muro de los amuletos. O el hecho de que las plataformas a las que ellos se habían relegado, como el altar ante el cual Rom se paseaba ahora, una vez habían sido el lecho final de un cadáver de verdad.

Pero si el pensamiento persistía en ella, lo hacía aun más en Rom.

Aunque solo de treinta y nueve años, la tensión de vivir bajo opresión estos últimos seis había reducido a Rom a una sombra de su antiguo ser. Estaba demacrado, sin afeitar, con barba en las mejillas y el mentón, y tenía el pelo canoso peinado hacia atrás en una coleta en la nuca. Usaba mocasines y pantalones de suave cuero que casi no requerían limpieza... el agua era demasiado valiosa para desperdiciarla en tales sutilezas. La túnica manchada y curtida colgaba de una musculatura más enjuta y menos amplia de lo que una vez fue. Como el mayor entre ellos, Rom había tomado la posición de líder espiritual principal, dejando que Jordin hiciera frente a la tarea hercúlea de mantener viva a la menguante especie debajo de la ciudad.

Una labor que ahora resultaría casi imposible.

Triphon había jugado un papel invaluable; a excepción de Jordin y Rom, él era el último de veinte luchadores entrenados que habían servido a los soberanos en los seis años anteriores. Todos los demás habían sido amomiados seroconvertidos por medio de la inyección de sangre soberana. Iluminados, sí. Pero no combatientes.

Al mirar ahora a Rom, Jordin se mordió la lengua, pero su mente no estaba en silencio. Ella sabía que la amargura le roía el borde del corazón, pero no podía darse el lujo de mostrar ninguna emoción que se le desplegara por dentro. No sabía cómo Rom podía estar tan imperturbable en momentos tan desesperados. La pasividad del hombre terminaría en muerte. Solo era cuestión de tiempo.

Rom se paró delante del altar, estiró la mano y tocó el amuleto de Triphon.

—Él abrió un camino para ustedes —comentó—. Es una señal.

—Él está muerto —corrigió Jordin—. Como yo lo estaría de no ser por pura casualidad.

La joven caminó hacia el altar, con los ojos empañados tanto de frustración como de dolor.

—Y los sangrenegras no me habrían matado sin antes rasgarme en pedazos. O peor —concluyó.

—No estoy hablando de Triphon.

—¿De quién entonces? ¿De los inmortales? —cuestionó Jordin, y escupió a un costado—. Ellos son tan enemigos nuestros como los monstruos de Feyn.

—De Jonathan —comunicó Rom.

Un año atrás, cuando los soberanos aún sumaban trescientos, Jordin habría estado de acuerdo en seguida. Una vez ella también había atribuido todo cambio de suerte al ojo siempre observador de Jonathan desde más allá de la tumba.

Pero el convencimiento se había evaporado con la muerte de cada vida soberana... y la abandonó del todo un mes atrás con la muerte del anciano custodio a quien llamaban «el Libro».

—Esta no fue la mano del Creador —rebatía ella—. Estábamos en el límite de la ciudad, los inmortales pudieron *oler* una mortandad y vinieron por ella. De no ser por los sangrenegras, también me habrían matado.

—Y sin embargo aquí estás —comentó Rom pasando los dedos a lo largo del borde del altar y mirando a la joven—. Viva.

—Y Triphon está muerto —objetó ella volviendo la cabeza y pestañeando ante la llama de la antorcha en la pared.

—Entonces honra su muerte. Como hiciste con la de Jonathan. Fuiste la primera en tomar su sangre. ¿Oigo desfallecimiento en tu voz?

Jordin titubeó. Demasiado tiempo. No había cómo esconderse de Rom. Con la muerte del Libro, Rom había tomado el lugar del anciano como custodio... el último en una línea de pertinaces creyentes que durante siglos habían entregado sus vidas para ver finalmente la llegada del día de salvación y vida. ¿Cómo podía él permanecer tan impasible?

—No —cuestionó ella volviéndose hacia el hombre—. Ni siquiera tú puedes fingir que nuestro final no esté cerca. No hemos visto una sola señal del propósito de Jonathan. Él nos dio esta vida soberana... ¿para qué? ¿Solo para vernos morir? ¿Qué somos ahora sino un vestigio enclaustrado de la sangre de Jonathan? ¡Estamos frente a la extinción! Los pocos que quedan son principalmente viejos y niños. No puedo mantener a raya a los sangrenegras por mucho tiempo. Abre los ojos, Rom. Es solo cuestión de tiempo que...

—¡Basta!

El eco de la voz rebotó en las paredes. Rom parecía de piedra, sus ojos color esmeralda le refulgían.

—Lo amaste una vez —expresó—. ¿Y ahora dudas?

—¿Cómo te *atreves* a cuestionar mi lealtad?

—Entonces demuéstrela. Aférrate. La moral de los demás depende de ello. Yo estuve con Jonathan cuando él era niño. Lo vi crecer como un guerrero. Lo oí hablar y lo vi amar aun antes de que existieras. No fuiste la única que lloró cuando él murió. Nunca negaré el despertar que encontré al tomar su sangre.

La mirada de Rom se mantuvo firme, pero su voz se suavizó.

—Él nos mostrará un camino, Jordin. Por misterioso que sea, incluso por desconocido que sea, Jonathan no está acabado. Y por el Creador, él no está muerto.

—No, él vive en nuestra sangre. Pero eso también muy pronto podrá desperdiciarse en la tierra.

Sin pronunciar una palabra, Rom la tomó del codo y la llevó al fondo de la cámara. Allí, en una repisa esculpida misteriosamente del tamaño justo para un niño, había un arbolito en una maceta. Encima de ella una fisura a través de la roca permitía que una delgada luz llegara a la caverna durante el día.

—¿Qué ves?

—Tu árbol —contestó Jordin.

—Vida donde no debería haberla. ¿Había un árbol en la cabecera de la tumba de Jonathan cuando lo plantamos en la tierra?

Ella supo a dónde estaba yendo él.

—No —respondió en voz baja.

—No. Y sin embargo viste la enorme acacia en la cabecera de la tumba de Jonathan la última vez que lo visitamos, hace dos años. Caíste ante sus raíces y lloraste. Era el árbol de la vida, dijiste.

Jordin recordaba claramente ese día. No había ninguna otra acacia en el risco... solo esa. Al ver el árbol sobre la tumba de Jonathan, ella repentinamente estuvo segura de que él estaba vivo. No solo en la sangre de ellos, sino *en persona*. De alguna manera él vivía y estaba a punto de dejarse ver y darles finalmente la vida abundante que les permitiría aplastar a los sangrenegras y poner en vergüenza a los inmortales.

Cuántos de los sentimientos de la joven habían cambiado en el último año.

—Hace dos años —replicó ella—. Éramos centenares entonces. Ahora solo somos treinta y seis.

—Y quizás solo haya uno antes de conocer el camino, pero eso no significa que no haya camino. Jonathan no murió en vano; tú, la que más lo amó, deberías saber eso. Procura no burlarte de la sangre en tus venas, Jordin. Él te eligió. ¿Lo olvidaste tan fácilmente?

—Él nos eligió a todos...

—Yo lo encontré, yo lo elegí, yo le serví y luché por él —la interrumpió Rom con un poco de temblor en la voz—. Pero él te escogió. Y un día Jonathan vendrá a ti y se te revelará en una forma que solo tú entenderás.

Las palabras de Rom cayeron sobre Jordin como agua tibia, calmándole el corazón y llenándola luego de vergüenza y arrepentimiento por dudar.

Pero ni siquiera ahora la joven pudo descartar esa duda por completo. Rumores de tercera mano respecto a extraños sucesos se habían filtrado por años desde el desierto. Tormentas donde no debían existir; un misterioso personaje vagando por el desierto como un fantasma, llevando comida y agua a famélicos amomiados. Si ese fantasma existía, parecía no tener interés en la causa de salvar a los soberanos.

Jonathan, mi amor, ¿a dónde has ido? Los ojos se le llenaron de lágrimas. *¿Por qué nos dejaste?*

Se oyó un toque insistente en la antigua puerta. Sin duda la noticia había llegado al resto del consejo, o a lo que quedaba de este. Hace un mes habían sido siete. Con la muerte del Libro, solo seis. Ahora, con Triphon ausente, solo quedaban tres junto con Rom y Jordin, y solo dos de ellos conocieron a Jonathan antes de morir.

Gamil, que se hizo soberano en los días inmediatamente posteriores a la muerte de Jonathan, había sido antes un nómada igual que Jordin, viviendo bajo la autoridad de Roland. Él era uno de los pocos nómadas preciosos que habían escogido esta nueva vida por sobre la lealtad al príncipe inmortal. Aunque no alquimista, estaba bien entrenado en las maneras de curar heridas y tratar enfermedades, por lo que estos años había actuado como médico.

Adah había sido sierva y cocinera de Rom. Ahora supervisaba todos los asuntos relacionados con la alimentación y el alojamiento del grupo. Dirigía bajo tierra como una gallina, con sabiduría que se extendía más allá de sus deberes hogareños.

Luego estaba Mattius, un alquimista reclutado y convertido en soberano dos años atrás por el mismo Libro. El mayor entre todos ellos, con cincuenta y nueve años de edad, era el único miembro del consejo que no había conocido a Jonathan. Pero su ardiente lealtad a la sangre que le había brindado vida junto con su profunda alquimia lo había convertido (en maneras que incluso superaban al Libro, según afirmara el mismo custodio) en una valiosa adición al liderazgo.

—Adelante —manifestó Rom.

Entraron como tres buques llegando al puerto, deslizándose en sus largas túnicas que una vez fueran blancas, estoicos en la forma de los líderes soberanos, sus expresiones aquietadas de cualquier emoción que se agitara por debajo. Después de haber enfrentado tanta muerte, no habría ninguna demostración de dolor o angustia, ni siquiera por Triphon.

Jordin había aceptado, e incluso adoptado hasta cierto punto, el comportamiento indiferente de los hábitos de ellos. De esta vida nueva y contemplativa como debió haber sido. Pero últimamente más a menudo solo le había servido para recordarle su propia vida muerta antes de que la sangre de Jonathan los despertara a la emoción plena y exuberante de la mortalidad. ¿Celebrarían esta noche los inmortales de Roland como todos hicieron una vez con Jonathan, danzando y cantando en medio de la noche alrededor de las hogueras? Aunque la intuición le decía que ahora había algo *más* que en aquellos tiempos tormentosos, una parte de Jordin también preguntaba si ella no había perdido algo.

—Gracias por venir tan rápido —declaró Rom, adelantándosele a la chica.

—¿Dónde está Triphon? —inquirió Adah recorriendo la cámara con la mirada, luego miró a Jordin—. Dime por favor que trajeron el arroz.

No lo sabían.

Jordin se encontró mirando en dirección al altar, pero sin atreverse a mirar el sangriento amuleto que estaba encima.

—Nos topamos con sangrenegras —anunció entonces volviéndose—. Triphon está muerto. De no ser por la intervención de Jonathan, yo también lo estaría.

Jordin podía sentir la mirada de Rom sobre ella, aunque ella no lo miró.

Durante varias respiraciones ninguno habló. Escasos años atrás la noticia podría haber causado que cayeran de rodillas y lloraran. Pero ahora, ¿qué era la muerte sino el orden de otro día? Se miraron, y Jordin sabía que luchaban con la misma amargura que se había afincado en la propia mente de ella.

Finalmente Gamil se acercó al altar. Tocó con cautela el amuleto, seguido por Adah y luego Mattius. En las próximas horas sería necesario abrir la puerta de la cámara a los demás, quienes llegarían para expresar su tristeza. Pero por ahora debían decidir qué decir a quienes habían puesto su confianza en sus líderes.

—Murió rápidamente —comunicó Jordin—. Un solo golpe.

—¿Llamas a esto intervención de Jonathan? —preguntó Gamil.

No sé cómo llamar a todo esto.

—No. Llamo obra suya que yo aún esté viva.

—La comida se nos acabará dentro de dos días —advirtió Adah volviéndose mientras la túnica se le arremolinaba—. No podemos continuar así, Rom. Los niños necesitan proteína y fécula. Están hambrientos en sus camas con órdenes de no levantarse para no gastar energía innecesaria. Y los mayores, Celinda, Rojert, Mekar, tengo más de diez almas envejecidas que estarán demasiado débiles para caminar si nos demoramos más. Este santuario se convertirá en nuestra tumba.

—Irónico —se oyó murmurar Jordin.

—Haz estirar los alimentos —intervino Rom, desentendiéndose de ella—. Jordin y yo conseguiremos el arroz.

—¿Cuándo? Está claro que estas misiones ahora son demasiado peligrosas.

—Esta noche —dijo Jordin—. Lo más probable es que los sangrenegras alrededor de la bodega estén muertos a manos de los inmortales que me salvaron. De cualquier modo, no esperarán que volvamos esta noche.

—¿Inmortales? —preguntó Gamil—. ¿Por qué te salvarían? Estas son las mismas huestes infernales que asesinaron a tantos de nosotros hace un año y que ahora nos mantienen atrapados en la ciudad.

—No pretendían salvarme. Pero te puedo garantizar que se encargaron rápidamente de los sangrenegras que me habían rodeado —expresó Jordin haciendo un gesto brusco.

—No podemos darnos el lujo de perderlos a ustedes dos.

—Entonces Rom se queda y tú vienes conmigo. Ya oíste a Adah. Necesitamos el

arroz.

—Debemos salir de la ciudad mientras los ancianos aún puedan caminar —objetó Adah.

—Ya hemos hablado de esto antes —intervino Rom con tono uniforme—. Los inmortales tienen los desiertos del norte, sur, este y oeste. Nos olerían a kilómetros de distancia y nos cazarían en campo abierto. No tenemos otra alternativa que subsistir en las profundidades, donde nuestro aroma está enmascarado por la ciudad encima de nosotros. Salir no es una opción.

—Yo digo que tenemos una oportunidad mejor suplicando misericordia que muriéndonos aquí de hambre —replicó Adah, y señaló hacia la puerta de la recámara y las cámaras más allá—. ¿Has visto el estado de los que quedan? Por favor, no podemos sentarnos aquí y permitir que mueran los que quedan de nuestra especie. Aquí no hacemos más que consumirnos.

—Entiendo tu preocupación, Adah. Pero hemos hecho lo que como consejo acordamos hacer: la voluntad de Jonathan desde su muerte. Él abrirá una senda; no tenemos más alternativa que permanecer firmes.

—Adah tiene razón —declaró Gamil—. Tenemos menos de diez cuerpos capaces de sostener una espada, y ninguno de ellos con habilidades de combate. Si nos quedamos, moriremos. Hemos hecho como creímos que Jonathan deseaba, pero ahora solo es cuestión de tiempo que los sangrenegras nos eliminen. Debemos proteger la sangre que corre en nuestras venas. Jonathan vino a nosotros para un propósito, y esa sangre es su legado.

Rom miró a Jordin buscando apoyo.

Ella los analizó, notando el silencio de Mattius. El hombre mayor con cabello canoso en su barba nítidamente cortada tenía una mirada inflexible. Antes de la muerte del Libro, el par de alquimistas habían sido inseparables, trabajando día y noche con sus ayudantes. Darían vida a todos los amomados de un tirón, habían dicho. Jordin no había puesto su fe en tan drástica medida... tampoco quería tener que ver con conversiones involuntarias entre las especies. Los soberanos se convertían por decisión, no por la fuerza. Pero ella había callado frente a lo que solo podía considerar desesperación ante la falta de respuestas.

—Rom tiene razón. No tenemos oportunidad de sobrevivir en los desiertos. Roland está decidido a eliminarnos del mundo, todos sabemos eso. Nos han cazado por la ciudad y afuera en lugares ocultos. Nuestra única opción es mantener el rumbo.

—¿Con qué fin? ¿Morir? Eso no es lo peor de nuestro destino. Si nos encuentran...

—Entonces apelaremos a Feyn —decidió Rom.

La calma de todos, mantenida en su lugar con gran tenacidad, visiblemente se escapó. Gamil palideció por completo.

Pero por supuesto que él lo hizo. Para Jordin era un misterio que Rom pusiera alguna esperanza en la regente que había emitido un edicto condenando a la especie de los soberanos. Ya antes habían analizado esto, y el resultado siempre era igual. Rom había hecho que Feyn bebiera engañada una porción de la antigua sangre quince años atrás; había probado la verdadera vida durante un solo día, pero esa antigua sangre aún le corría en alguna parte de las venas. No solo había esperanza para ella, insistía Rom, sino que la mujer podría muy bien ser la clave para la sobrevivencia de todos ellos.

Jonathan había hecho un pacto con Feyn, decía Rom. ¿No era esa una señal? Él deseaba que ella fuera soberana del mundo, incluso como sangrenegra. No importaba que ese mismo pacto hubiera terminado con la muerte de Jonathan en el extremo de la espada de Saric.

Feyn, Saric... ellos habían sido los más grandes enemigos de Jonathan, y por extensión también lo eran de los soberanos. Jordin mataría a cualquiera de ellos sin pensarlo dos veces si le dieran la oportunidad, sin importar lo que dijera Rom.

—De seiscientos a treinta y seis, y sigues diciendo lo mismo —cuestionó Adah suspirando y meneando la cabeza—. Eres un tonto obstinado, Rom.

—Quizás —concordó él asintiendo—. Pero soy un tonto de Jonathan. Siempre lo he sido y siempre lo seré.

—Pronto serás un tonto muerto.

Solo Adah tenía el derecho de hablarle a Rom en tales términos, y ninguno hizo ningún intento de reprenderla.

El silencio se apoderó de ellos. Había poco más que decir en una situación tan desesperada. El amuleto de Triphon yacía sangrante sobre el altar, un presagio de lo que les esperaba a todos. Nunca acababan las discusiones como esta, tanto en el consejo como entre los sobrevivientes. Al final, siempre terminaban en lo mismo: en silencio.

—Jordin, ¿no prestó ninguna ayuda tu precognición? —inquirió de pronto Rom.

—No.

El don que supuestamente les había dado Jonathan y que esperaban que se fortaleciera solo se había debilitado con cada año que pasaba. Al principio podían anticipar movimientos de sus enemigos antes de que ocurrieran, permitiéndoles esquivar el golpe de una espada o escapar antes de ser vistos. Pero en estos días la extraña habilidad se presentaba muy esporádicamente, como si tuviera voluntad propia. Lo que al principio anunciaran como una gran ventaja ahora se burlaba de ellos.

¿Estaba Jonathan abandonando la mismísima sangre que corría por las venas soberanas? Rom había citado la duda de ella, y le dijo que se aferrara... ¿a qué?

Si ella solo pudiera *hacer* algo, tomar el asunto en sus propias manos. Pero

reducidos a tales cantidades, hambrientos y atrapados, las únicas opciones ante cualquiera de ellos eran insensatas.

—Existe otra manera.

A la vez, todos miraron a Mattius el alquimista, tanto por el hecho de que finalmente hubiera hablado, como por la tranquilidad en su voz.

—Una manera de preservar la sangre soberana como Jonathan deseaba sin dañar a nuestra especie.

—Sin duda no te refieres al virus —expresó Gamil—. El Libro fue claro en que en el mejor de los casos era experimental y que tomaría años en perfeccionarse.

El alquimista los pasó hacia el altar, levantó el amuleto de Triphon, y lo volvió hacia ellos, sosteniéndolo con delicadeza entre los dedos. Por un instante se quedó mirando el pendiente como si únicamente observara la sangre, y luego levantó la mirada hacia Jordin.

—Tenemos en nuestra posesión treinta y seis receptáculos vivos de sangre soberana —explicó Mattius mirando a Adah, Gamil, y finalmente a Rom—. Ustedes podrían creernos totalmente humanos y vivos, pero yo veo receptáculos con una sangre que desafía todo lo que conozco como maestro alquimista. Yo era amomiado cuando el Libro se me acercó hace dos años con un frasco de sangre... la misma que corre por las venas de ustedes. La misma que hoy día derramó Triphon. Solo después de un extenso examen llegué a entender la notable diferencia entre la muestra a mi alcance y mi propia sangre amomiada. Al principio creí que la muestra estaba enferma y la sangre amomiada, sana. Cuando acepté la verdad de que en realidad era al contrario, me entregué a la vida soberana únicamente con el propósito de preservarla y liberar al mundo de la enfermedad que infectaba a los amomiados.

—Ya nos has contado todo esto —replicó Adah—. ¿Cuál es esta manera de la que nos estás hablando?

—Es importante que ustedes entiendan primero mi razonamiento. El poder soberano está en nuestra sangre. Somos más que receptáculos. La sangre es lo más precioso sobre esta tierra muerta. En esto concordamos todos —manifestó el hombre, y reconoció cómo los demás asentían levemente con la cabeza—. Bajo ninguna circunstancia, y cualquiera que sea el costo, podemos permitir que nuestra sangre muera. Pero fuera del cuerpo dura solo una semana antes de perder su poder... ningún otro receptáculo puede preservarla, o si no yo desviaría hasta la última gota de sangre que pudiéramos reservar de nuestra restante cantidad y la enviaría a todas partes con la esperanza de que algún día, cuando nos hayamos ido, alguien pudiera usar esa sangre para despertar a la humanidad como Jonathan quería.

A Jordin se le erizó la piel. Había sido la misma misión del primer custodio hace cinco siglos preservar la vida con un frasco de sangre antigua «TH». Ella miró a Rom. La mandíbula de él se había endurecido visiblemente, ¿ante el recuerdo de ese

primer frasco que había entrado a su vida y que puso todo esto en movimiento? ¿Era incluso posible que esto fuera lo que Jonathan pudiera haber deseado hace mucho tiempo, que su legado fuera heredado no por quienes habían conocido su rostro, quienes lo habían amado y peleado por él, sino por aquellos que tal vez ni siquiera conocieran su nombre?

Algo como desesperación agarró a Jordin.

No. Eso no podía ser lo que Jonathan deseaba, el hecho de que la sangre no sobreviviría más de una semana era evidencia de ello.

—Y sin embargo, como tú dices, es imposible —exclamó la joven—. ¿Cuál es tu punto?

—El costo de la solución que he descubierto podría parecer alto, pero no es demasiado alto si no hay otro modo. He considerado todo factor, y ahora puedo decirles que no existe otra manera.

Jordin pensó que el hombre estaba eligiendo sus palabras con mucho cuidado. Los estaba preparando. Los ojos de ella se entrecerraron.

—Continúa —pidió Rom con voz tensa.

—Libro estaba equivocado respecto al virus. Lo hemos perfeccionado.

La ceja derecha de Rom se arqueó. Libro había hablado acerca de ello por meses: un virus que lograra lo que antiguamente solo habían podido hacer a un amomado a la vez. Seroconversión masiva. Todos habían descartado esa posibilidad, creyéndolo solo un asunto de alquimistas que no conocían una mejor forma de canalizar el tiempo y la esperanza. No fue para ellos una sorpresa que el anciano custodio hubiera calificado el experimento como un fracaso en las semanas anteriores a su muerte.

—Aunque eso fuera verdad —opinó Rom—, cambiar unilateralmente amomados a soberanos por medio de un virus desafía la naturaleza de Jonathan. No es más ético que secuestrar y forzar sangre dentro de sus venas contra su voluntad.

—No dije nada respecto a cambiar amomados —advirtió tranquilamente Mattius. Centelleo de miradas.

—Recolector es un virus aerotransportado que solo provocará un resfriado común en los amomados.

—¿Recolector?

—Es el nombre que le he dado al virus, también lo llamo simplemente «R». Al ser liberado en el aire se extenderá sobre los vientos y en pocos meses infectará a toda alma viva sobre la tierra. Comenzando aquí en Bizancio, naturalmente.

—¿Cómo nos ayuda que infectemos amomados con un resfriado común? —objetó Gamil.

—El virus tiene un periodo de incubación de tres días. Permanece latente en su huésped durante tres días antes del inicio de una enfermedad. Un resfriado en algunos. Muerte en otros.

—¿Muerte? ¿Cuáles otros? —inquirió Rom.

—El virus matará a todos los sangrenegras —anunció Mattius mirándolo.

Jordin sintió que el corazón le comenzaba a palpar con fuerza. ¿Matar a todos los sangrenegras? ¿Sería eso posible? Y si lo era, ¿por qué Mattius no había corrido a contarles inmediatamente la buena noticia?

Ella miró a Rom, cuya pálida expresión era imposible de interpretar.

—¿Estás seguro de esto? —indagó Gamil, quien por otra parte parecía impresionado—. ¿Lo probaste?

—Solo en tejido de sangrenegras, pero sí, estoy tan seguro como se puede estar sin liberar realmente el virus.

—¿Y no existe manera de que se puedan proteger? —exigió saber Jordin.

—No. Es contagioso una vez contraído y mata células sangrenegras con sorprendente velocidad una vez pasado su tiempo de espera. No tendrán tiempo para comenzar a trabajar en un antivirus, mucho menos para completarlo. La muerte de todos los sangrenegras será rápida... y segura.

Todos lo miraron, horrorizados.

—Feyn —comentó Rom—. Ella también tiene la antigua sangre en sus venas.

Mattius asintió con la cabeza.

—Pero no sangre soberana —advirtió—. Ella también morirá.

Tenía que haber más. Y de repente Jordin supo de qué se trataba.

—Dejando a Roland y sus demonios un acceso fácil e inmediato al trono —advirtió ella, dando un paso adelante, resuelta—. Matamos a un enemigo solo para fortalecer al otro. Libres para gobernar sin adversario, los inmortales demostrarán ser mucho más peligrosos para los soberanos de lo que alguna vez fueran los sangrenegras.

Aun mientras Jordin hablaba, por la apacible mirada de Mattius se dio cuenta de que él sabía lo que venía a continuación.

—Los inmortales no representarán ninguna amenaza para los soberanos. Sabíamos desde el principio que cualquier virus que desarrolláramos debía tratar con ambas especies. Los inmortales sufrirán la misma suerte que los sangrenegras.

—¿Morirán todos?

—Sí. No tan rápidamente, quizás, pero sí.

La cabeza de Jordin daba vueltas. Por primera vez en un año imaginó una victoria contundente sobre sus enemigos. Por un momento el salón se sintió despojado de oxígeno. ¿Se atrevería ella a entregarse a tal esperanza?

—Entonces para nada es una solución —aclaró Rom—. Una cosa es matar sangrenegras. Pero tomar las vidas de inmortales, aquellos que son mortales y totalmente capaces de hallar vida como nosotros hicimos una vez, eso es absolutamente inaceptable.

—Ellos son nuestros enemigos —formuló Jordin; la dura mirada de él no la detuvo—. ¿Cómo puedes descartarlo tan rápidamente?

—¿Qué te hace estar tan seguro de que los inmortales morirán? —preguntó Gamil con voz dominada, pero sin ocultar el entusiasmo que sentía.

—Porque conocemos la sangre mortal. Es igual a la nuestra solo que con ligeras pero importantes modificaciones. El virus matará a los inmortales.

—¿Pero no afectará a los soberanos?

—Quizás —contestó Mattius vacilando por un instante.

—¿Quizás? —indagó el médico pestañeando como si no estuviera seguro de haber oído correctamente.

—Podríamos perder nuestras emociones, pero no podemos estar seguros. Yo diría que es mitad y mitad. Aun así, perder emoción podría ser ventajoso para nosotros. La fuerza de la soberanía está en nuestra sabiduría y nuestro conocimiento, no en el éxtasis emocional.

—¡No! —gritó Rom, arrancando el amuleto de Triphon de mano de Mattius y depositándolo sobre el altar—. ¿Regresar a la vida de amomados? ¡Lo prohíbo! Tampoco podemos asesinar a miles de inmortales en una guerra por preservar nuestra propia sangre. Ni destruir a todos los sangrenegras al por mayor. Esta no es la manera de Jonathan.

Jordin lo miró. Y entonces lo supo.

Se trataba de *ella*.

De Feyn.

—¿Permitirías entonces que todos los soberanos fueran masacrados y así erradicar la última esperanza del mundo de tener vida *como cuestión de principio*? —exigió saber Mattius cada vez con menos tranquilidad—. ¿Es a esto a lo que llamas amor?

—Vi el amor mientras tú aún preparabas brebajes como amomado —declaró Rom con peligrosa calma—. Vi a Jonathan extendiendo los brazos y muriendo por esos mismos inmortales a los que ahora quieres exterminar. No me des lecciones sobre el amor.

—Tu *amor* hará que nos maten a todos.

—¡Que así sea! —exclamó Rom mientras su voz resonaba en la cámara como un trueno.

—Rom, atraviesa estas cámaras y mira los rostros de los niños antes de decidir su destino —advirtió Adah expresando lo que Jordin tenía en mente—. Los inmortales tomaron su decisión y desde entonces no se han detenido ante nada para matarnos. Creador que estás en el cielo, ¡nos están exterminando!

—El Creador no está en el cielo; está en nuestras venas. Y el Creador que conozco no mata a quienes puede salvar.

—Pero matarías al Creador en tus venas —replicó ella—. Digo que si no tenemos otra alternativa razonable, sacrifiquemos inmortales para preservar la verdadera vida soberana.

—Incinéralo —ordenó Rom caminando alrededor de Mattius—. Si no lo haces, juro que yo lo haré.

—No. No lo harás.

—¿Me detendrías tú?

—No tengo que hacerlo. He ocultado cinco muestras donde no las puedan hallar. Solo se necesitará una para impedir la aniquilación de los soberanos. Y más de uno de nosotros sabe cómo liberar el virus. Aunque me mataras, no conseguirías nada.

La comprensión se extendió por el rostro de Rom incluso mientras florecía en la mente de Jordin: Mattius no había venido a proponer su solución, sino a informarles una decisión que él había tomado. Era como si ya estuviera hecho. Por primera vez ella vaciló.

Rom soltó una respiración lenta a través de la nariz. Miró a cada uno de ellos a la vez y finalmente a la joven.

—¿Les hace esto sonar una campanilla en sus cabezas duras? —preguntó—. ¿La ironía del asunto? Hace quinientos años otro alquimista llamado Talus creó un virus; este fue utilizado por Megas, el primer tirano, para gobernar el mundo sin oposición como soberano. ¿Liberarán ustedes hoy día otro virus como reencarnación de Megas? Talus dio su vida para *producir* vida, no para quitarla. Igual que todo custodio desde entonces, inclusive el Libro.

—Un pequeño precio a pagar con el fin de preservar la vida de Jonathan —objetó Mattius—. Para nuestro bien y el de todos los amomados. Necesitamos un verdadero soberano en el trono. Un *soberano*, no una sangrenegra impostora: Feyn.

Los labios del hombre se le curvaron mientras decía esto último.

—Esto no se trata solo de sobrevivir. Quieres matarla.

—Con un poco de suerte, Feyn será la *primera* en morir.

—Tú viviste con Roland cuando él solo era mortal —expresó Rom con expresión vacía de colorido, volviéndose hacia Jordin—. Ellos te acogieron antes de esto, cuando eras una niña. Te salvaron. ¿Y permanecerás ahora impasible mientras Mattius los asesina a todos?

La joven sabía que Rom estaba suplicando por la vida de esa bruja sangrenegra.

—Nadie ha visto el rostro de un inmortal desde que nos abandonaron —contestó ella con voz que pareció fría incluso a su propio oído—. Por lo que sabemos, ellos son irracionales. Bestias que no hacen más que matar.

Pero Mattius había actuado sin consentimiento y sin consultar, listo para decidir por todos ellos. ¿Estaba ella lista para aceptar tal decisión? Los sangrenegras debían morir. Los inmortales merecían morir. En la mente de Jordin, ellos traicionaron a

Jonathan tanto como Saric y Feyn. Y sin embargo... ¿era esta la manera de Jonathan?

Jonathan, ¿dónde estás?

—El asunto merece más consideración —concluyó ella, sin estar segura de nada.

—¡Jonathan mostrará una manera mejor! —expresó Rom, las cuerdas le sobresalieron mientras hablaba—. Ustedes creen que solo se trata de rumores, o de que él vive solamente en la sangre de ustedes. Él está vivo; sé que es cierto. De alguna manera... allá afuera. ¡Él vive!

—Entonces más le vale que se apresure —espetó Mattius—. Si no se ha mostrado en un plazo de siete días, liberaré a Recolector para mantener viva la esperanza de salvación. Y si me equivoco, que el mismo Jonathan tenga piedad de mi alma.

Capítulo cuatro

JONATHAN, *¿QUÉ HE HECHO? Te seguí. Hice todo lo que pediste.*

Quédate quieta, Jordin, y conoce.

¿Qué debo conocer? ¡Tú me dejaste!

Nunca te dejé, mi amor. Mírame.

No veo nada.

Abre los ojos. Mírame. Encuéntrame...

Los ojos de la chica se abrieron en la oscuridad. Había tenido el sueño periódico desde hacía dos semanas, siempre el mismo, siempre la voz... siempre sin él. Ella no era ajena a los sueños vívidos en los últimos seis años. Algunos decían que los sueños de ellos, igual que la precognición impredecible y sus ojos color esmeralda, habían sido los últimos regalos misteriosos de Jonathan para todos los soberanos. Jordin no tenía idea de qué significaban esos sueños. El significado de *cualquiera* de los sueños que tenían estaba más allá de ellos. Quizás no eran más que experiencias virtuales desprovistas del sufrimiento que habían encontrado debajo de la ciudad. Fragmentos de rostros conocidos, de cosas que podrían ser y que a veces se manifestaban. Pero ella soñaba principalmente con Jonathan. Tal vez debido a que lo había amado como ninguno de los demás lo amara alguna vez, como una mujer ama a un hombre. Y quizás porque Jonathan también la había amado.

Pero ese amor la dejaba ahora sola y desconsolada. ¿Qué era el amor si no había nadie a quién amar... ningún amante más allá del fruto de la imaginación o de la trama y la urdimbre de los sueños?

Los acontecimientos de la noche anterior le habían interrumpido el sueño. El ultimátum de Mattius: siete días. Una parte de Jordin sintió alivio de que hubieran llegado a tan clara encrucijada. Esperar la muerte nunca había estado en su sangre, ni antes ni después de que esta sangre se convirtiera en la de Jonathan.

La desgastada cortina de su cuarto se movió. La joven inclinó la cabeza para ver quién estaba allí, pero la cortina aún estaba cerrada. Solamente lo había presagiado, el regalo más activo estos días en el residuo de los sueños de la chica.

Jordin se puso encima el camisón y se irguió para ver quién estaba llegando.

La cortina se movió, empujada por Rom, quien estaba enmarcado por la misteriosa luz de una cámara exterior. Al verla despierta entró, con expresión tranquila y decidida. Ella conocía bien esa mirada.

—Entra —dijo la joven irónicamente, inclinándose para buscar un fósforo.

—Me estabas esperando —expresó él deteniéndose al final de la plataforma.

Jordin prendió el fósforo y aplicó la llama a la mecha de la lámpara. La luz ámbar solo pareció iluminar más las sombras en la antigua cripta. Lleno de grietas y ennegrecidos surcos, el muro se movía con lóbreguez, su irregular superficie

manchada con secretos.

—Vi abrirse la cortina antes de que se abriera realmente. No ese presagio que nunca viene cuando lo necesito de veras.

—Entonces esperemos que eso cambie. He tomado una decisión.

La joven sopló el fósforo y miró a Rom. Vestía de negro como si tuviera la intención de viajar a nivel tierra. ¿Era aún de noche? Ella había regresado por el arroz con Gamil y lo hallaron intacto. Como supusieron, no había sangrenegras cerca de la bodega... los habían encontrado tirados en la calle, cortados en tiras por los inmortales. Si Roland había perdido algunos hombres, se habían llevado los cadáveres. Y alguien se había llevado el de Triphon.

Por mucho que Jordin despreciara al príncipe inmortal, a regañadientes admitía su respeto. La astucia y la velocidad de los inmortales habían demostrado ser la pesadilla del nuevo régimen de Feyn; Roland era tan cruel y decidido como ella.

Jordin deseaba que ambos murieran.

—¿Y?

—Tú liderarás cuando me haya ido.

—¿Ido a dónde?

—A donde solo yo puedo ir —explicó Rom caminando hacia la cama—. No debemos permitir que Mattius libere el virus. No aceptaré ninguna victoria que venga con la muerte de tantos inocentes.

—¿Inocentes? —objetó la joven entrecerrando los ojos.

—Sabes tan bien como yo que esta no es la manera de Jonathan.

Jordin le devolvió la mirada por un instante, luego hizo a un lado la cobija de lana y se quedó al lado opuesto de la cama, vestida solo con su largo camisón de dormir.

—Hablas de Jonathan, pero él está en la tumba y ahora nosotros hemos hallado la nuestra. Si nada cambia, descubrirán nuestros huesos en esta cripta dentro de algunos siglos. Muy bien podríamos tallar aquí, sobre el muro: «Aquí yacen huesos desconocidos envueltos en carne reseca».

—Entonces iré a la tumba con él. Pero no negaré la sangre que me dio haciendo lo que él no haría.

—¿No? ¿Qué harás entonces? ¿Esperar aquí a morir y llevar a los demás contigo?

Rom parecía desconcertado ante la dureza del tono femenino. Jordin se dijo que debía detenerse, que ventilar su frustración no ayudaría en nada, pero se descubrió incapaz de hacerlo.

—Si hubiera alguna otra manera, ya se nos habría presentado. Mattius tiene razón. La sangre soberana se debe proteger a toda costa. Sabes que Roland no descansará hasta que todos los soberanos y los sangrenegras estén muertos, dejando solo desventurados amomados para estorbarle el camino. No hablemos de los sangrenegras... los inmortales siempre serán nuestros enemigos, y no se detendrán

hasta que estemos muertos.

Rom la miró, callado, con los ojos brillándole a la luz de la llama.

—Sé que eso no es lo que deseas oír, pero es la verdad —continuó Jordin volviéndose hacia la silla y agarrando sus pantalones de la parte trasera del mueble—. Ya no tenemos a dónde ir. Aunque lo tuviéramos, los demás están demasiado débiles hasta para intentar moverse. Pero no podemos esperar sencillamente aquí y dejar que nos asesinen.

—Quieres decir como asesinaron a Jonathan —acotó él en voz baja.

Las palabras lastimaron.

—Sí —asintió ella—. Como mataron a Jonathan.

—Y sin embargo él no hizo ningún movimiento para salvarse. Sabía lo que estaba haciendo. Tenía un motivo. Hónralo, aunque no lo comprendas. Búscalo. Encuéntralo.

—¿Cómo? —cuestionó Jordin volviéndose—. Dime y lo haré. Muéstrame dónde hallarlo. Pero no, no puedes, porque tú tampoco lo sabes. Por mucho que deseemos, y créeme que lo deseo con toda el alma, no podemos hallarlo. No podemos porque está muerto.

—¿Lo está?

—No estoy hablando de su sangre.

—Yo tampoco —respondió Rom.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella respirando hondo para calmarse.

—Quiero decir que tuve el mismo sueño que me contaste hace un par de noches. La voz de él clamando desde el desierto.

—Es un sueño, Rom.

—¿Lo es?

—¿No lo han sido todos?

—Oro porque dirijas a los soberanos con el corazón de Jonathan, Jordin —declaró él en voz baja.

El desagradable eco de esas palabras flotó en el aire. ¿Cómo podía él tener tal seguridad respecto al corazón del hombre que ella había amado más que cualquiera de ellos... mientras ella tan solo se sentía perdida?

—Tengo que salir ahora, mientras aún esté oscuro —dijo Rom.

—¿A dónde?

—A la Fortaleza.

Jordin no estaba segura de haber oído correctamente.

—¿Ante esa bruja?

Rom solamente la miró.

—¡Nunca lo conseguirás! Y si lo haces, ella te matará.

—Es un riesgo que estoy obligado a correr. Espero tener razón al decir que la

subestimadas. Feyn alberga la sangre antigua en alguna parte debajo de su muerte.

—¿Vas a presentarte así no más?

La mirada de él era tranquila.

—¡Es una locura!

—Te ruego, Jordin, que nunca dejes tu amor por Jonathan ni tu juramento a seguirlo. Diles a los demás que acudí a Feyn para intercambiar una forma para nuestra sobrevivencia. Diles que Feyn intentará convertirme en uno de sus sangrenegras. Si ella triunfa, el virus de Mattius también me matará. Dilo a todos los soberanos... no solo al consejo. Prométeme eso.

—Esta no puede ser la manera.

—¡Es la *única* manera! —exclamó Rom y corrió hacia la cortina como para irse—. Si Mattius está dispuesto a matarme, que así sea. Pero los otros lo pensarán dos veces. Si es verdad que todos estamos perdidos, entonces no tengo nada que perder. Y tú tampoco.

La joven se quedó arraigada en la penumbra, sintiendo vergüenza frente a la responsabilidad de Rom.

—¿Recuerdas lo que analizamos respecto a Roland? —inquirió él volviéndose en la entrada—. ¿Si no hubiera más opciones?

¿Cómo podía ella olvidarlo?

—Eso también es una locura —declaró Jordin.

—Dijeron lo mismo acerca de Jonathan antes de su muerte.

La chica lo siguió con la mirada mucho tiempo después de que él saliera, la pretina de los pantalones aún en la mano.

—¡Insensatez! —gritó Mattius, su voz resonó en la cámara; su estoico rostro había enrojado bajo la blanqueada barba—. ¿Cómo se atreve a tratar de tomar como rehén a nuestra salvación poniéndose como un mártir!

El hombre caminó de un lado al otro, la túnica barría el suelo empedrado debajo de sus talones. Se volvió hacia Jordin.

—Nadie debe saber esto —advirtió—. Ni una palabra más allá de este muro.

—Ya lo saben —comunicó la joven.

—¿Quiénes lo saben? —exigió saber el alquimista, mirando a Gamil y luego a Adah.

—Todos ellos —expresó Jordin.

—¡Qué locura!

—Así lo has dicho.

En el momento en que Rom salió, ella había caído en cama llorando con frustración hasta que, frenética, intentó ir tras él, planeando detenerlo si debía hacerlo. Pero cuando llegó al túnel hacia la superficie, Stephan, el anciano en la

tercera guardia, le informó que Rom había salido hacía diez minutos.

Había sido hora y media antes del amanecer. Faltaban tres horas para el momento acostumbrado de levantarse. Jordin había pasado la mitad del tiempo caminando de un lado al otro de su cuarto, luchando con la demencia. Solo en un momento prolongado de claridad, con la imagen de Triphon muerto delante de ella en una manera muy parecida a Jonathan, su plan de acción se clarificó.

Haría como Rom le pidió. Por Jonathan. Por los soberanos. Por Rom. Por ella misma.

La paz le había llegado como un aluvión, seguida de absoluta certeza. Rápidamente se había vestido y recorrido las cámaras todavía ocupadas por los vivos. Con tan pocos que quedaban, le tomó solo momentos hacer saber la noticia de que Rom se había ido para ganar el favor de Feyn. Jordin comprendía por qué se les habían abierto los ojos al avisarles, y también la inquietante mirada de temor en ellos: si atrapaban a Rom, la muerte les seguiría pronto a todos.

—Confíen en él —les había asegurado Jordin a cada uno—. Confíen en que Rom conoce el corazón de Jonathan. Aunque llegue a convertirse en sangrenegra, él encontrará un camino.

En el lapso de una hora los susurros recorrieron las cavernas con asombro sagrado. *Rom se ha ido para salvarnos. Jonathan volverá otra vez; Rom encontrará un camino.*

Parada ahora ante Mattius, Jordin entendía la ira del hombre porque ella misma la había sentido, junto con un sombrío respeto por el genio de Rom; en una sola jugada había superado al alquimista.

¿Y dónde la dejaba esto a ella? ¿Con Rom o con Mattius? Los dos habían hecho su jugada.

Era hora de hacer la de ella.

Gamil se acercó a la silla de respaldo alto al final de la larga mesa que reservaban para el festival mensual, y se dejó caer pesadamente. Cada mes en luna nueva celebraban la muerte de Jonathan comiendo los alimentos más finos que podían presentar para la ocasión. Vinos añejos de una bodega improvisada que habían encontrado debajo de la cámara principal, carnes y quesos cuando había disponibles. Habían tenido existencias de arroz y carne en los últimos tiempos, aunque el mes anterior Jordin había llevado algunos conejos que pidiera prestados de una pequeña granja al sur de la ciudad.

—Que así sea —manifestó bruscamente Mattius—. Él ha lanzado su vida por la borda.

—¿Lanzado su vida por la borda? —cuestionó Jordin—. Feyn no lo matará. ¿Demostrarás ser peor que ella?

El rostro de la joven se endureció.

—El destino de él está en sus propias manos, no en las mías.

—Debemos suponer que Feyn lo convertirá —declaró Adah.

—Su sangre soberana no lo permitirá —añadió Gamil.

—¿Sabemos eso?

—No. Pero el virus lo matará —aseveró Jordin con la mirada fija en Mattius.

—Es decisión de él.

—¿Así que no niegas que el virus, este Recolector tuyo, podría matar a Rom si lo obligan a ser sangrenegra?

El silencio del alquimista fue suficiente respuesta.

—Entonces todos los soberanos sabrán que Mattius el alquimista, no, que Mattius el *traidor*, mató al más santo entre nosotros. Rom Sebastian, el mismo hombre que halló a Jonathan cuando este era un niño y lo salvó de la muerte segura para que pudiera darnos la sangre que ahora fluye por nuestras venas. Lo sabrán, y yo me aseguraré de eso.

—Es mucho mejor dar muerte a uno si eso significa la salvación de la sangre de Jonathan —comentó Mattius sin mostrar ninguna señal de que las palabras de Jordin lo afectaran.

—Es mucho mejor confiar en los líderes que Jonathan puso sobre ti —reclamó Jordin.

—Rom lo llevó a la madurez, tú lo dejaste morir, pero yo veré su legado vivo para siempre —declaró el alquimista inclinándose hacia la chica.

Jordin tembló esforzándose por no tomarlo del cuello y estrellarlo contra la pared.

—¿Qué sabe un amomado resucitado del legado de Jonathan? —inquirió Adah, demasiado prudente por el momento, interponiéndose entre los dos—. Yo estaba cuidando las rodillas raspadas de Jonathan cuando tú aún estabas muerto. *No* veré profanada su sangre, ni permaneceré impasible mientras matas a Rom.

—Siete días... ahora seis —replicó Mattius con calma mortal—. Ya está hecho, con o sin mí. Rom conocía los riesgos. He cumplido con mi deber, no para profanar la sangre de Jonathan sino para *preservarla*.

—Así lo esperas —terció Gamil desde el extremo de la mesa, sacudiendo la cabeza—. Dijiste que podríamos perder algunas de nuestras emociones. ¡En realidad tu plan de preservar la sangre de Jonathan podría tan solo restablecer el mismo suceso que la hizo necesaria!

—Mejor emoción moderada que aniquilación de nuestra especie.

—¡Igual que los alquimistas no dudaron en decir entonces!

—Y si recuerdas, dije que quizás no suframos ninguna clase de efecto.

—Entonces tómallo tú y muéstranos —alegó Adah.

—¡No tenemos tiempo para locuras de ancianas o travesuras de niñas! Llámenme traidor si deben hacerlo, pero yo me atengo a lo que es correcto —concluyó el

hombre y se dirigió a la puerta.

—Yo tengo otra manera —comunicó Jordin.

Mattius agarró la manija de la puerta.

—No existe otra manera —objetó él abriendo la puerta de par en par.

—Mataré a Feyn. Sin ella, los sangrenegras son una serpiente descabezada.

—No seas ridícula —protestó el alquimista lanzando una mirada condescendiente por sobre el hombro, después de titubear por un instante.

—Te digo otra manera, ¿y tú ni siquiera me escuchas?

El alquimista cerró la puerta y se volvió.

—Estás siguiendo a Rom hacia la insensatez —expresó como si le hablara a una niña tonta—. No *hay* otra manera.

—Tus cálculos te han fallado. Existe otra forma.

—Ni siquiera puedes llegar a Feyn, mucho menos matarla. Los antiguos túneles dentro de la Fortaleza están demasiado custodiados como para que algún soberano pueda pasar —opinó Mattius e hizo una pausa—. Aunque pudieras entrar, incluso si *pudieras* matar a Feyn, solo estarías allanando el camino para los inmortales.

—No si Roland estuviera muerto.

El hombre lanzó una corta carcajada.

—¿Matar tanto a Feyn como a Roland? —cuestionó, y miró alrededor con incredulidad teatral—. ¿Te golpeaste la cabeza?

—Si fuera posible, Rom ya lo habría pensado —intervino Gamil con renuencia audible.

—Lo ha hecho.

—Él nunca aprobaría que mataras a Roland, mucho menos a Feyn —declaró Adah.

—No lo aprobaría. Pero Rom ya no es tu líder, sino yo. Si digo que puedo entregar la cabeza de Roland, entonces es claro que —manifestó Jordin mirando de modo significativo a Mattius— tengo una manera.

—¿Cómo?

Ella bajó los brazos y caminó hacia una botella de vino sobre la mesa. Vertió un poco en una copa y volvió a cerrar la botella con el corcho.

—Eso es asunto mío —dijo al fin, tomó un sorbo, bajó la copa, y se volvió para enfrentar al alquimista—. Pero necesito más de seis días. Dame diez.

—Tienes seis.

—Dame nueve días.

—Tienes seis.

—Yo me lanzaría en las garras de la muerte para que nos salvemos todos, ¿y tú te niegas a dar siquiera un día? —exclamó Jordin caminando hacia el alquimista.

—¿Cómo puedo hacerlo si no participas tu plan?

—Planeo cortar la cabeza de Roland y traértela en una bolsa con la de Feyn. Eso es todo lo que necesitas saber. ¡Pero lo que necesito es tiempo!

—Así que volarás al interior de la guarida inmortal, le arrancarás la cabeza a Roland, luego volarás a la Fortaleza y le harás lo mismo a Feyn —comentó el hombre después de que se hiciera un largo silencio en la cámara—. ¿Parecemos tontos?

—¿Quieres que te responda eso? Porque la historia lo hará. ¿Qué insensatez hay en intentar una última y desesperada opción antes de volver a lanzar al mundo al caos con la alquimia? ¡Antes de tirar por la borda todo lo que Jonathan vino a traer!

—Olerán cuando vayas, y derramarán tu sangre en la arena antes de que puedas verlos. Eso no es razonable. Ni siquiera sensato.

El eco de las últimas palabras de Rom resonó en la cabeza de Jordin. *Locura*.

—Es una lástima que nunca conocieras a Jonathan —comentó ella haciendo un leve gesto con los labios—. Dijeron lo mismo de él.

—Jordin, por favor —volvió a intervenir Gamil levantándose de la mesa—. En una cosa concuerdo con Mattius. No hay manera de que llegues viva hasta donde Roland. ¿Cuántas vidas debemos perder? Toma tiempo para pensarlo.

—Lo he hecho. Y sé lo que debo hacer.

—¿Sabes siquiera dónde están los inmortales? —averiguó Adah.

—No.

—¿Has visto alguna vez a alguno sin máscara?

—No.

—¿Cómo puedes matar a un enemigo que no puedes ver?

—Eso es asunto mío. Solo necesito más tiempo —insistió ella, entonces fijó en Mattius una dura mirada—. Dame ocho días. Si no entrego las cabezas tanto de Feyn como de Roland, presuman que estoy muerta, y el destino de todos los soberanos estará sobre sus cabezas.

—Primero Rom se dirige a su muerte, y ahora la intrépida Jordin —objetó Mattius lanzando una mirada de Adah a Gamil, que parecían no poder articular palabra—. Los suicidios abundan últimamente.

—Mejor que el genocidio. Ocho días.

—Siete —decretó el alquimista girando y dirigiéndose a la puerta—. Si en ese tiempo Feyn o Roland siguen vivos, Recolector será liberado.

Capítulo cinco

EL PADRE DE FEYN, Vorrin, se había sentado en esta misma sala. En esta misma mesa a menos de diez pasos del escritorio con patas de garra que dominaba el otro extremo del salón. En la época de su padre como soberano, el mueble había estado cubierto de documentos, periódicos y reportes. Pero hoy día se hallaba meticulosamente limpio, dejando al descubierto una superficie de piedra que con cada mirada le recordaba a Feyn la tapa de un sarcófago o un altar.

Ella estaba muy familiarizada con ambos objetos. Durante nueve años había permanecido en estasis en un sarcófago, hasta el día en que con gran dolor Saric la devolvió a la vida sobre un altar.

Recostada en el sillón de respaldo alto, Feyn tenía en su regazo un plato de carne caliente de venado. Los pies descalzos descansaban en lo alto de la cabeza de león aún unida a la piel que se extendía debajo de la mesa, y el dobladillo de la bata se le amontonaba en el suelo. Las cortinas estaban abiertas de par en par hacia el raro sol de últimas horas de la mañana; en realidad, nunca las habían cerrado. Nadie había visto a Feyn deslizarse por el pasillo de la Fortaleza hacia su recámara en el momento justo antes del amanecer, ni regresar por el pasaje trasero apenas tres horas después.

Ella casi no dormía, sus necesidades físicas habían cambiado desde el día de su resurrección.

Había ocurrido otro ataque, al final de la noche, exactamente al sur de la Fortaleza. Ocho de sus guerreros habían desaparecido. Sus cuerpos habían aparecido esta madrugada, sobre estacas al otro lado de la ciudad. La escena causó pánico en el primer tráfico de la mañana. Seth, el nuevo capitán, le había pedido que reforzara el perímetro de la ciudad. Él era musculoso y perfecto como un dios, había sido diseñado personalmente por ella y para ella. Así que le había puesto el nombre del antiguo dios de la era del Caos. Era tan afectuoso como un amante y tan salvaje como un lobo, alguien que moriría para protegerla... o que se desgarraría su propia garganta si ella se lo pidiera. No tenía otra opción; esto estaba en su química.

Feyn había indicado tranquilamente que para reforzar las defensas del perímetro tendría que reducir las filas concéntricas de sangrenegras alrededor de la Fortaleza misma. Lo mismo que sin duda querría Roland.

El inmortal se estaría preparando para una importante ofensiva o estaría frustrado por su incapacidad de llegar a la Fortaleza. Feyn pudo haber ordenado arrasar los cerros con veinte mil hombres, pero solo estaría lanzando a sus sangrenegras como muchas piedras por un barranco. Ya llegaría el momento en que una nueva cosecha de sangrenegras emergiera de sus laboratorios. Por muchos amomados que Roland convirtiera en inmortales, no los podía entrenar tan rápido como para superar el interminable suministro de guerreros con que ella contaba. Los combatientes del

inmortal parecían casi sobrenaturales, pero esta guerra se ganaría con grandes cantidades.

Sin embargo, el hombre le fascinaba tanto por su agresividad como por los rumores de las formas misteriosas en que lo criaron. Tal vez ella derramaría una lágrima el día en que la cabeza del guerrero adornara la gran puerta de la Fortaleza, aunque no quedaran más enemigos de consideración. Ningún enemigo en absoluto.

Feyn levantó el tenedor del plato, jugueteando con el borde de la carne tan tierna que no requería cuchillo. Una vez le había complacido mucho el rito de cada comida. La vida en sí le había fascinado por su proceso mismo. Sus ansias por la comida, por el sol que atravesaba la ventana y le caía en la piel, por el agua cayéndole en los muslos en el baño y goteándole sobre el cabello... todo la había embriagado antes, así como la lealtad de las naciones y el despojo del poder que estas tuvieron la habían embriagado el día que dismanteló el senado.

Pero solo por un tiempo.

La mujer mordió la carne, una porción mayor de lo que podría considerarse buenos modales, y luego tiró el plato sobre la mesa, observando al tenedor deslizarse a través de la superficie.

Oyó que tocaban a la puerta.

Tomó tiempo para masticar y tragar el venado, y limpiarse nítidamente el jugo de la barbilla. Luego se levantó de la silla y se dirigió a la ventana, donde la mortecina luz del día brillaba a través de la bata como un telón de gasa.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Mi señora, tenemos un interesante prisionero —se oyó la voz de Corban a través del portón.

—Adelante.

Se abrió la puerta y el maestro alquimista entró, postrándose de rodillas. El cabello le colgaba debajo de los hombros hacia el suelo, casi tocándolo. Su extraño y silencioso ayudante amomiado, Ammon, se arrodilló dos pasos detrás.

—¿Hasta qué punto interesante? —averiguó Feyn con los brazos cruzados, examinando al maestro alquimista.

Esto lo obligaba a arrodillarse. Ella podía ver la tensión en la frente de él.

—Una vida soberana, mi señora —informó Corban levantando un poco la cabeza, con la mirada arrastrándose por la alfombra justo debajo de los pies descalzos de ella —. Rom Sebastian, líder de los infieles.

Feyn se quedó inmóvil. ¿Sería posible? Rom, quien con engaños la hiciera consumir la antigua sangre del custodio, aunque no había habido suficiente para que conociera sus efectos por mucho tiempo. ¿Y si hubiera habido? Algo así podría haber sido distinto. Ella misma podría estar viviendo en la clandestinidad, sirviendo al recuerdo de un niño muerto, y Saric podría estar aquí ahora.

—¿Cómo y dónde fue capturado?

—Mi señora —notificó Corban con una ceja arqueada—, él acudió a nosotros.

¿Vino aquí? ¿Voluntariamente?

Rom seguía siendo un embaucador. Un fanático cuyo celo no tenía fin. Y ahora su necedad lo había entregado a ella una vez más.

Feyn caminó hacia el sofá y agarró su túnica de terciopelo pesado, sujetando en alto los ganchos con sus delgados dedos. Se puso los zapatos de tacón bajo que estaban cerca.

—Ven —dijo simplemente rozando al alquimista arrodillado.

Rowan, soberano regente mientras Feyn estaba en estasis cuando el usurpador Jonathan reclamara el trono, había sellado tiempo atrás la antigua puerta hacia los salones subterráneos de la Fortaleza. Corban, por órdenes de ella, la había abierto. Al atravesar el salón abandonado del senado hacia la antigua puerta, una extraña sensación le hormigueó en la nuca a la mujer.

En las dos primeras décadas de su vida ella solo había visitado estas cámaras unas pocas veces, encontrándolas macabras por su historia de cautiverio, asesinato y secretos. Ahora no debía esperar a que Corban buscara a tientas un interruptor para iluminar el camino; ella conocía bien el pasaje.

Pero cuando llegaron ante la pesada puerta de acero de los antiguos calabozos, Feyn aminoró el paso. La última vez que vio a Rom, él era un amante testarudo que podía suplicar apasionada y persuasivamente. Un luchador a la manera nómada. Un protector, el líder de una causa y un pueblo. Y sin embargo ahora era un esclavo de sus propias convicciones; líder solo de un grupo impotente y moribundo de vagabundos.

Corban la alcanzó, respirando un poco más fuerte que antes, el paso ligero de Ammon detrás. El maestro alquimista envejecía rápidamente. Llegaría el momento en que ya no se podría arrodillar ante ella. Ese día obligaría a Corban a convertir a Ammon en sangrenegra para el servicio de ella. Por ahora, le permitía la ilusión de tener dominio sobre el otro.

Él jaló la pesada puerta de acero y la abrió, y Feyn entró. Al principio ella no olfateó los estériles olores del enorme laboratorio que se había instalado en este espacio, ni vio los sarcófagos de cristal pesado de los nuevos prototipos que se alineaban en la pared del fondo. Por un momento Feyn recordó los calabozos quince años atrás, donde se había escurrido en secreto para encontrarse con un prisionero distinto: el anciano custodio.

Pero ese momento pasó rápidamente.

La mujer caminó por el pasillo de immaculadas mesas de laboratorio, apenas notando las asombradas expresiones de los alquimistas que abruptamente se ponían de rodillas. Uno de ellos tropezó torpemente con una ampolla de cristal que se hizo

añicos sobre el antiguo piso. En el techo, instalaciones eléctricas emitían luz fría y brillante. Por primera vez en años Feyn no se dirigió a los sarcófagos para admirar a los sangrenegras en su interior.

En vez de eso caminó directamente hacia la parte trasera, donde las suaves paredes del gran laboratorio daban paso al antiguo corredor tallado. Aquí las vetustas celdas permanecían intactas por el tiempo o la historia. Solamente las cerraduras en los barrotes de hierro eran nuevas, como lo eran los especímenes vivos que se hallaban detrás de ellas.

—La del extremo, mi señora —informó Corban, espantando con un gesto a Ammon.

Feyn disminuyó el paso al llegar a la última celda y se detuvo.

El hombre adentro permanecía en las sombras en la pared del fondo, los brazos cruzados en la cintura. Por el débil resplandor de la luz del solitario pasillo ella podía ver lo suficiente para saber que se trataba de él.

Rom.

Pero cómo había cambiado. Tenía el cabello lleno de canas. Estaba más delgado, y los hombros no eran tan anchos. Había envejecido, mucho más que ella. Incluso a través de la barba en el rostro se podía ver evidencia de cicatrices, de arrugas profundas del tiempo, de preocupaciones y dificultades. El líder podría permanecer, pero el impetuoso poeta de la primera cita que tuvieran había desaparecido.

La última vez que ella lo había visto, él estaba quemado por el sol. El hombre ante ella estaba pálido. Así que era verdad entonces que ellos se habían escondido bajo tierra.

—Aún imprevisible, después de tantos años —comentó Feyn.

—Aún la sientes, ¿verdad? Débilmente quizás, pero está allí, corriendo por tus venas —contestó Rom inmóvil, con los ojos fijos en los de ella.

—Tal vez no tan imprevisible —declaró ella arqueando una ceja.

Él había estado repitiendo esto por quince años.

—¿Por qué has venido aquí?

Rom no contestó.

—Sus ojos, mi señora —comentó Corban, refiriéndose a la brillantez en los iris verdes de Rom—. Esta es la primera vez que tenemos uno vivo, los muertos no tienen tales ojos. Mis alquimistas le examinarán la sangre y la carne para conocer mejor a nuestro enemigo.

Un extraño olor flotaba en la celda. El hedor revelador de los de la clase de Rom. ¿De dónde venía, de la ropa o la piel? ¿Se ocupaban los soberanos de quemar incienso a todas horas, o el hombre se cubría de él con algún propósito?

Rom levantó una mano y tosió. El olor se hizo más agudo. No estaba usando el aroma, este venía *de él*.

Feyn inclinó la cabeza. ¿Qué peculiaridad era esta?

—De hecho es necesario hacerlo. Examínalo.

—Me gustaría tomar uno de sus ojos.

—Por supuesto que te gustaría.

—Con este espécimen en custodia no solo podremos entender mejor los cambios en su sangre sino también recoger información acerca de los nómadas.

—Ellos se hacen llamar inmortales —expresó tranquilamente Rom.

Corban pareció no haberlo oído. Estaba más lleno de vida de lo que había estado en meses ante la emoción de este hallazgo. Feyn se acercó a los barrotos de hierro, interrumpiéndolo.

—Fue una insensatez de tu parte haber venido aquí —manifestó ella.

—Simplemente tanta insensatez como para salvarte la vida.

—¿*Mi* vida? —preguntó la monarca con una risa cristalina.

Silencio.

—Ya veo —continuó ella suspirando y entrelazando los dedos—. Hemos representado estas conversaciones muchas veces durante los años. ¿Qué podrías esperar al venir aquí? No tengo interés en perdonar a quienes socavan mi soberanía atreviéndose a ser llamados por el mismo nombre. De modo misericordioso les permitiré mantener sus engaños hasta la muerte. Pero la muerte es inevitable... por mi mano o por la de Roland. Parece que él no te guarda más amor que yo, cualquiera que sea la razón que los haya dividido. Mi alquimista prácticamente está ansioso por disecarte. Y te puedo asegurar que únicamente mis sangrenegras se beneficiarán de cualquier cosa que podamos aprender y encontrar útil. Como ves, has venido aquí en vano.

—En realidad, mi dama, ya he conseguido la mitad de mi objetivo al venir aquí.

No la habían llamado «mi dama» en años, y esas palabras la hicieron erizar.

—¿Y cuál objetivo es ese? Ah, lo olvidé. Salvarme la vida.

—Sí.

—¿De veras?

—Y la santidad del legado de Jonathan. Pero hay otra razón.

—Siempre la hay. ¿Y cuál podría ser esa razón?

—La verdad.

—¿Y cuál verdad es esta?

—Que he venido aquí para hacerte soberana.

Feyn lo miró por un prolongado momento. Al lado de la mujer, hasta la respiración de Corban se había silenciado.

—Yo soy soberana.

—¿Lo eres?

Ella frunció los labios. Tal vez la simple tensión por sobrevivir estos últimos años

había sido demasiado. ¿Era posible que la mente de él al fin se hubiera fragmentado? La idea la desilusionó.

—¿Cuántos de tu clase quedan, Rom? Recuperamos la cabeza de Triphon. Una lástima para ti, qué pérdida.

—Pocos.

—Y ahora has dejado tontamente sin liderazgo a la cantidad restante.

—Jonathan es el líder de ellos.

—Entonces los dirige un hombre muerto. Dime, ¿es esta la «salvación» que buscabas? ¿Haber recorrido tanto, solo para venir a terminar aquí?

—No estoy solo.

Feyn lanzó una mirada a Corban.

—No se encontró a alguien más.

—Por supuesto que no —replicó ella mirando a Rom—. Lo olvidé. Vienes con Jonathan. El hombre a quien mi hermano mató.

—Él no murió.

Ella había dejado la escena de la batalla antes de que esto sucediera. Ahora, por primera vez apareció la duda en su mente. Pero estas solo eran palabras de un hombre astuto. Había demasiados testigos de la muerte de Jonathan, todos ellos leales. Ningún sangrenegra le mentiría, ni podía hacerlo. El niño había sido cortado en dos. Y Feyn no lo lloró. Ya la habían puesto en estasis una vez por el niño, y esa muerte le había dejado un sabor amargo en la boca.

—Te has vuelto loco, Rom. Me atrevo a decir que estoy decepcionada.

Él se alejó de la pared y se movió hacia los barrotes entrando a la luz. Ahora Feyn pudo verle las cicatrices a lo largo de la mejilla y la sien. Mechones de cabello, que lo usaba atado atrás, le caían en el rostro. En realidad se veía demacrado. Pero sus ojos, iguales a la esmeralda brillante como ella nunca había visto, no eran los de alguien desquiciado.

—Toma mi sangre en tus venas —expresó él mirándola directamente a los ojos en años.

—¿No te cansarás alguna vez de este juego?

—Tu misma vida depende de ello.

—¿Has olvidado que tu sangre mata a los de nuestra clase?

—Pero no a ti.

—¿No? ¿Debido a que soy especial? —respondió ella con una sonrisa sarcástica—. ¿Porque una vez tomé un poco de tu antigua sangre? Es evidente que has llegado a un callejón tan sin salida que tu única esperanza es convencerme de que hay algo más de lo que yo ya poseo. Algo que puedes ofrecerme incluso más que el mismo mundo.

—Yo no puedo. Pero Jonathan sí.

Otra vez ese nombre.

La mujer meneó la cabeza y se volvió hacia Corban.

—Haz lo que quieras. Aprende lo que puedas de él. Mantenlo vivo, si no cómodo—decretó ella, pasó al lado de Corban pero se volvió al final del pasillo—. Y déjale al menos uno de sus ojos.

Capítulo seis

ESTO SABÍA JORDIN: los inmortales solo salen en la oscuridad. Con su vista enormemente desarrollada podían ver en la noche como un halcón cazando en el día. En comparación, la chica estaría ciega en la misma oscuridad. Aventurarse en el desierto durante la noche sería una sentencia de muerte.

Jordin también sabía esto: Los sangrenegras vagaban por las calles de Bizancio como jaurías de perros rabiosos tanto de noche como de día, listos para eliminarlos. Al igual que los dos millones de amomados en la ciudad, los sangrenegras podían olfatear el fuerte olor de los de la clase de Jordin y moverse para acabarlos al instante, sin darse cuenta de que ese mismo olor que rechazaban era en sí la vida.

No obstante, entre la amenaza de inmortales o sangrenegras, ella escogería la de estos últimos.

La joven hizo rápidos preparativos para la tarea en la privacidad de su recámara. Nadie podría saber lo que estaba a punto de hacer. Iría sola y de inmediato; siete días era muy poco tiempo para intentar lo que ella no estaba segura de poder llevar a cabo.

También era demasiado tiempo para intentar sobrevivir en el desierto.

Haciendo caso omiso de las dudas y el temor, Jordin empacó en una mochila de lona su ropa más resistente: pantalones pesados, una túnica beige, una bufanda, junto con cinco buenos cuchillos, suficiente pan y nueces para sustentarse durante dos días, además de una cantimplora con agua. Ya se había apropiado de una pala corta de una de las cavernas y de otros suministros varios que necesitaría si triunfaba.

Mattius había tenido razón en algo: lo que ella pretendía hacer era prácticamente imposible.

El Libro especuló una vez que en estos últimos años Roland y sus inmortales habían evolucionado en una manera parecida a los sangrenegras; que la primera sangre mortal de Jonathan había cambiado en ellos en maneras que no lo hizo después de que él muriera. La idea de que los verdaderos seguidores de Jonathan declinarían mientras sus enemigos se fortalecerían fue solo una píldora más amarga de tragar.

Desde luego, la evolución constante de los inmortales era una teoría no probada. En realidad nadie había visto a un inmortal desenmascarado. Pero la velocidad y la eficacia con que atacaban eran innegables. ¿Había sido ella alguna vez tan mortífera en su época mortal?

No. Y por tanto también sabía esto: en todo caso, los rumores que rodeaban a los inmortales no les hacían justicia.

Jordin se deslizó los pantalones y una camisa de manga larga, y encima se fijó un chaleco ceñido. Allí ocultó cuatro cuchillos adicionales, de fácil acceso para ambas manos. El arco y la aljaba se deslizaron fácilmente en la espalda, dentro de la camisa,

la punta apenas oculta por el cabello, que dejó suelto para cubrir mejor la presencia de esas armas entre los omoplatos. No tendría inmediato acceso a ellas, los cuchillos tendrían que bastarle hasta salir de la ciudad.

Excepto por su olor, que no se podía cubrir sin el uso de otros fuertes aromas que solamente atraerían más la atención, podría pasar por una amomiada común.

Se colgó la mochila en los hombros, agarró un par de lentes oscuros, y se dirigió al túnel hacia la superficie. Allí debía enfrentar al centinela de la primera guardia, después de lo cual la noticia de su salida se extendería como fuego. Primero Rom y ahora Jordin, yendo hacia los lobos.

Ellos no se equivocarían en ambos casos.

La joven rechazó la súbita aparición de duda y corrió hacia la salida, sudando ya debajo de la túnica. Los túneles eran más ásperos aquí, cortados desigualmente. Se había tenido menos cuidado en la excavación de las cavernas muchos años atrás, que en el laborioso trabajo puesto en su tallado original milenios antes.

Una figura apareció detrás de un afloramiento de roca, sobresaltándola. Kaya. Jordin había olvidado el hábito de la chica de leer a solas. Ahora vio el tenue destello de la luz de farol, apenas visible en el destello de la antorcha más cercana.

—¿Jordin? —exclamó la muchacha de diecisiete años mirándola con sospecha—. ¿Qué ocurre?

—Todo —contestó, acelerándosele el corazón—. Nada.

—¿A dónde vas? ¿A la superficie?

—Sí.

—¿A buscar a Rom?

—No. No preguntes, Kaya.

—Arriba es de día.

—Lo sé. Por eso estoy vestida como amomiada. Y por eso no debes cundir la alarma, es lo último que necesitamos ahora.

Kaya la observó con ojos bien abiertos, el débil brillo de luz le reflejó los pómulos salientes. Jordin no pudo dejar de notar la belleza en que se había convertido la chiquilla. Hace seis años Jonathan la había encontrado, sucia y encerrada en una carreta con destino a la Autoridad de Transición. Entonces la arrebató de la muerte, y ella lo siguió con una dedicación que rivalizaba con la de Jordin.

De todos ellos, quizás Kaya era quien conservaba el amor más inocente por Jonathan.

Pero era evidente que la chica ya no era una niña. Tal vez no podía pelear con la misma habilidad de Jordin, pero también amaba. Ya no quedaban hombres elegibles de su edad entre los soberanos; Jordin siempre había pensado en ayudarla a encontrar y seroconvertir a un apuesto amomiado de Bizancio.

Nada de eso importaba ahora.

—Vas a encontrar a Jonathan —manifestó Kaya.

Jordin hizo caso omiso al comentario e intentó pasar, con la mente puesta ya en el desierto. Llegar a ellos no sería una tarea fácil; solo tendría un disparo antes de que cundiera la alarma o se encontrara en verdadero problema.

—Rom fue a encontrar a Feyn, ¡y ahora tú vas a encontrar a Jonathan! Así es, ¿verdad?

—¡No seas ridícula! —exclamó Jordin rodeándola, ansiosa por no hacerle caso—. Y no extiendas ningún rumor ni le quites la esperanza a nadie.

—No tienes que contestarme —objetó Kaya con el ceño fruncido, insatisfecha—. Si no vas a encontrar a Jonathan ni vas tras Rom, ¿a dónde vas entonces?

—Kaya... mira, quisiera decirte más, solo que no puedo. Has puesto tu fe en Jonathan; mantenla allí, en él, no en mí. Estoy cumpliendo con mi deber, eso es todo.

—Nos estás abandonado —expresó Kaya—. Vas a encontrar a Jonathan, y no vas a regresar a menos que lo consigas.

La voz de la jovencita estaba cargada de emoción.

Quizás Kaya tenía razón. Tal vez Jordin no volvería a verla... o a ninguno de ellos, en realidad. Jordin se tragó el nudo en la garganta y tomó a la joven por los hombros, acercándola y abrazándola.

—Debo irme, Kaya. No pierdas la fe. Ruega al Creador en mi nombre.

—Déjame ir contigo.

—No puedes ir a donde yo voy.

Antes de que Kaya pudiera insistir más, Jordin agarró la antorcha de la pared, se metió a un túnel lateral, y subió los peldaños de piedra de dos en dos. Luego extinguió la llama, respiró profundamente, e hizo a un lado el sucio y pesado lienzo que oscurecía la entrada. Se internó en la sombra; una tupida maleza bloqueaba la mayor parte del cielo nublado más allá.

El santuario se encontraba debajo de los enormes cimientos de unas ruinas que nunca reconstruyeran ni demolieran. Raquíuticos arbustos habían establecido su residencia en las décadas más recientes, casi oscureciendo la arruinada piedra.

Jordin se deslizó por la abertura, mirando hacia atrás una vez para asegurarse de que el lienzo hubiera caído sobre la brecha en el antiguo muro. Satisfecha, se puso los lentes en la cara y se movió con cuidado entre la maleza para revisar si había transeúntes.

Solo cincuenta y ocho soberanos habían llegado al santuario un año atrás. Cincuenta y ocho de los centenares que una vez habían estado muy seguros y fervientes en sus caminos, y que eran sobrevivientes de un ataque inmortal sobre sus cuevas al sur de Bizancio. Habían venido a la ciudad en busca de refugio y para escapar de las hordas de Roland... solo para lanzarse en el camino de ochenta mil sangrenegras y dos millones de temerosos amomiados.

El estrecho sendero que serpenteaba por el costado sur de las ruinas estaba despejado. Jordin se agachó y se dirigió hacia esa senda, que corría a lo largo del arruinado muro. Había tambores oxidados de petróleo y montones de escombros esparcidos por el patio vacío. Las antiguas ruinas estaban ubicadas en una sección escasamente ocupada de la ciudad muy al sur de la Fortaleza. Pero Jordin estaba a punto de entrar al perímetro sangrenegra que vigilaba toda actividad hacia la ciudad y desde ella.

Manteniendo la cabeza agachada, la joven anduvo con naturalidad, como cualquier amomiado que saliera a dar un paseo en la mañana, las manos metidas en los bolsillos. Ella era sencillamente eso, se la pasó diciéndose. Una amomiada común y corriente paseando sumida en sus pensamientos.

El primer hombre que vio parecía tener no más de veinte años, agachado sobre un muro mediano al otro lado del complejo, a cincuenta metros de distancia. Tenía los brazos envueltos alrededor de las rodillas y la estaba observando. Ella desvió la mirada. ¿Había sentido él el olor picante de la piel y la respiración de Jordin? ¿De qué lado estaba soplando el viento? El pulso de la joven se aceleró.

Solo una amomiada igual que él, se dijo Jordin. Debía asentir y seguir adelante. No pasaba nada.

Así lo hizo, sin alterar el ritmo. Había pasado al menos un mes desde que viera un amomiado a plena luz del día. Se parecían a cualquier soberano excepto por la falta de brillo en los ojos amomiados.

La joven llegó al borde del abandonado complejo y atravesó una brecha en la cerca que circundaba los escombros y las ruinas. Viró hacia un callejón que atravesaba la calle adyacente, ansiosa por cruzar antes de que un ciclista que venía pudiera olerla. Había mucha menos gente aquí que en el norte, lo que disminuía la probabilidad de riesgo. Esto también la hacía más detectable para todo amomiado que encontraba.

Solo cuando llegó a la relativa seguridad del callejón le disminuyó la ansiedad. Hasta ahora, todo bien.

Durante una hora caminó hacia el sur, cortando al este y al oeste para acceder a callejones, manteniendo tanta distancia como podía entre ella y cualquier amomiado, saliendo por esas estrechas sendas solo cuando la calle estaba libre de carretas, intermitentes multitudes de transeúntes que salían del subterráneo, y de vez en cuando un auto o camión, aunque se veían pocos. El sol había subido un tercio de su trayecto en el cielo para el momento en que ella llegó a la enorme alcantarilla que chocaba con los cauces de agua debajo de los barrios al sur de Bizancio. A menudo sangrenegras hacían guardia en el extremo de un desagüe abierto, pero probablemente más a medida que se acercaba la noche, protegiendo así contra cualquier inmortal que pudiera usar el pasaje para un fácil ingreso a la ciudad.

Recorrió la mitad del trayecto a través de la alcantarilla y se detuvo en seco. El círculo de luz en el otro lado lo interrumpía la clara silueta de un sangrenegra de espaldas a Jordin. Miró por sobre su propio hombro. Estaba oscuro. No la verían acercarse.

El sonido de las pisadas de ella era otro asunto. A menudo los sangrenegras patrullaban en grupos de cuatro, de ahí que tres más podrían estar merodeando cerca. Las áridas colinas del desierto esperaban más allá, y Jordin tendría que llegar hasta ellas sin causar alarma, pues los sangrenegras no tenían reparos en darle caza durante el día.

La joven se quitó la mochila de la espalda y se sacó la túnica beige y la envoltura de la cabeza. Comenzando por el chaleco, se cambió a los colores más claros que le ayudarían a confundirse mejor en el desierto. Luego recogió la mochila y el arco y se movió a treinta pasos del desprevenido guardia. Colocó cuatro flechas en el concreto curvado, ensartó una quinta en la cuerda del arco, y se arrodilló para afirmar la puntería. A esta distancia la flecha con punta de acero tendría el poder de una piqueta.

Tomó aire, lo contuvo, y envió la saeta directamente a la cabeza del sangrenegra. No vio el impacto, pero el sonido de metal contra hueso era inconfundible. El sangrenegra gruñó una vez y cayó hacia delante, muerto antes de caer bocabajo en el suelo. Sonó un grito de alarma.

Jordin ensartó una segunda flecha y esperó, con sus adiestrados ojos enfocados en el borde izquierdo de la cloaca, lista para pasarse al otro lado si ellos venían por la derecha. Dos sangrenegras aparecieron a la vista a cincuenta pasos más allá de la alcantarilla, bastante lejos para evitar cualquier proyectil. Era evidente que no tenían intención de sufrir la misma suerte de su compañero.

Pero aunque miraban dentro de la oscura cloaca, no podían ver a la joven. Ella aflojó el vientre y esperó, con la mirada fija en los sangrenegras que esperaban ver si su atacante había lanzado un rápido ataque y había huido, o si pretendía volver a enfrentarlos. Ligados como estaban a su creadora, Feyn, a los sangrenegras les preocupaba poco la vida, lo que los convertía en guerreros totalmente audaces. Brutales. Afortunadamente, ese mismo desprecio por sus propias vidas a menudo los ponía en peligro innecesario. Casi nunca se retiraban o pedían ayuda, al menos tratándose de soberanos. Los inmortales eran otra cosa, pero estos no atacaban durante el día.

Jordin los vio analizar el asunto por diez minutos completos, tiempo en el cual se les unió un tercer sangrenegra. Finalmente uno de ellos se adelantó, espada en mano. Era obvio que habían llegado a la conclusión de que un soberano había realizado la matanza y huido. Después de todo, los soberanos eran cobardes a ojos de ellos, y preferían huir a pelear.

La joven esperó pacientemente hasta que el sangrenegra estuvo en la abertura

mirando el interior y poco después se volvió e hizo señas a los otros para que avanzaran.

Ella se irguió hasta quedar apoyada en una rodilla mientras el sangrenegra aún estaba volteado, y entonces le envió una saeta a la cabeza. Sin esperar el impacto, la muchacha agarró las flechas restantes y salió a toda velocidad. El guerrero se tambaleó, con una flecha clavada en la sien.

Los otros dos parecieron no darse cuenta de que su compañero había sido atacado hasta que tocó el suelo, y para entonces Jordin ya se había acercado otros diez pasos. Veinte antes de que los sangrenegras comprendieran que los habían atrapado en campo abierto.

Jordin salió de la cloaca a toda velocidad, saltó sobre los dos cuerpos caídos y se puso de rodillas a treinta pasos de los sangrenegras que se acercaban rápidamente. En veloz sucesión disparó las tres saetas restantes dentro de los cuerpos de sus atacantes.

Dos flechas golpearon al de la izquierda, una en el estómago y otra en el pecho. El sujeto soltó la espada y dejó escapar un rugido, aferrándose al proyectil clavado en el pecho; luego cayó de rodillas.

La tercera saeta golpeó de costado al último sangrenegra cuando este giraba para esquivarla, con la mano en la empuñadura de su espada.

Sin vacilar, Jordin corrió hacia el que se tambaleaba y terminó de derribarlo; entonces agarró la espada del hombre por la empuñadura y se abalanzó hacia el sangrenegra erguido. Este giró para enfrentarla, con el rostro rojo por la ira. Hizo oscilar su acero con un bufido.

El instinto nómada no abandonó a la joven ahora. Ella se agachó resuelta y levantó la recién adquirida espada clavándola en la mandíbula del hombre cuando este aún estaba terminando de girar.

La hoja casi le quita la cara al sujeto. Roland le había enseñado a la chica a compensar su tamaño con la rapidez. Ella había derrotado a muchos oponentes más grandes en los juegos nómadas... y en una ocasión a todos ellos. Por eso la habían escogido como guardia personal de Jonathan.

Si el sangrenegra hubiera tenido mandíbula y boca podría haber gritado. Al no tenerlas, se llevó la mano a lo que había sido su rostro. Luego dio tres pasos tambaleándose al frente y se desplomó en el suelo donde se retorció por unos segundos; entonces quedó inerte.

Todos muertos a manos de Jordin. Cuatro, con cinco flechas y una espada prestada. Las puntas de acero de las saetas advertirían a Feyn que estos guerreros no habían muerto a manos de los inmortales, quienes preferían puntas de hueso en sus saetas, sino por un soberano. Este era el primero de tales ataques en varios meses, y Jordin acababa de inscribir su nombre en sangre.

Por primera vez en días, se sintió viva.

Se enderezó y examinó el borde de la ciudad. No había indicios de más sangrenegras. Ni de amomados. Pero no estaba sola.

Jordin volvió a mirar la alcantarilla, horrorizada al ver una figura solitaria de pie a plena vista, observándola a través de lentes oscuros, vestida con polainas color gris topo y una túnica marrón.

Kaya.

—¿Kaya?

La chica de diecisiete años salió corriendo a su encuentro, con expresión de alivio, haciendo caso omiso de los sangrenegras muertos. La muerte no era extraña para los soberanos.

—¿Qué estás haciendo? —gritó Jordin—. ¿Me seguiste?

—¡Sí! —contestó Kaya deteniéndose y quitándose los lentes para dejar al descubierto sus grandes ojos color esmeralda.

—¡No puedes venir conmigo!

La expresión de la muchachita desfalleció.

—Pero yo también puedo pelear —objetó—. Necesitarás a alguien que te guarde las espaldas...

—¡No! Ni siquiera tienes un arma. ¡Eres una niña!

Kaya la miró por un momento, corrió hacia la hoja abandonada por el sangrenegra sin rostro y la levantó.

—Tal vez no esté entrenada para hacer lo que haces, pero eso no significa que yo sea inútil. Jonathan pensó suficientemente en mí como para salvarme, ¿no es así?

—¡No para esto!

—Sí para esto —respondió bruscamente Kaya—. No voy a quedarme en esa madriguera esperando que los sangrenegras nos eliminen mientras tú encuentras a Jonathan. Voy contigo.

—Esto no se trata de encontrar a Jonathan, niña tonta.

—Entonces dime por qué te diriges al desierto.

—Regresa antes de que noten tu ausencia —ordenó Jordin despidiéndola con un gesto brusco de la mano.

—Ya lo saben. Adah intentó detenerme. Pero no vale la pena vivir sin Jonathan. Iré a él por amor.

Jordin no hizo caso a la punzada que le produjeron las palabras de Kaya. Dolor, aún debajo de la superficie. Empatía. Celos extraños e irracionales. Pero desde luego que la niña amaba a Jonathan. Todos lo amaban. Y entonces comprendió que no fue el amor de Kaya, sino su fe inquebrantable, lo que despertó la envidia de Jordin.

—¿Cómo me seguiste? No dejé rastro.

—Adah dijo que vendrías aquí, a la cloaca.

—¿Dijo eso, de veras? ¿Y te dijo también que probablemente yo no regrese viva?

—Sí.

—Pero aun así viniste.

—Estoy aquí, ¿no es verdad?

—Sí, estás aquí, una chiquilla en un mundo áspero de guerreros —comentó Jordin paseándose de un lado otro, furiosa.

Nadie las había observado, pero ella debía ponerse en movimiento antes de que alguien lo hiciera.

—Regresa —ordenó señalando la alcantarilla con el dedo—. No puedes ir a donde voy. ¡Ni hablar!

—¿Y dónde vas? —preguntó Kaya, y apretó los dientes al ver que Jordin se negaba a contestar—. No voy a regresar. Acabas de matar a cuatro sangrenegras aquí. Los descubrirán, y las calles estarán repletas de ellos. Si me haces volver también podrías estar matándome aquí. Yo nunca conseguiría llegar.

Ella tenía razón. Enviarla de vuelta acabaría probablemente en que la mataran igual que si la llevaba al desierto.

—Por favor, Kaya...

—Jonathan...

—¡Él no murió para que te asesinen!

—¿Qué estás haciendo tú entonces? —replicó la chiquilla más tranquilamente.

Jordin la miró por un prolongado momento. *¿Qué estoy haciendo?*

Jonathan, ¿dónde estás?

—Sea que regreses o que te quedes conmigo, terminarás muerta. No estoy en posición de proteger a una niña.

—No soy una niña —refutó Kaya—. ¿No lo has notado?

Jordin alejó la mirada, y meneó la cabeza.

—¿Estás celosa? —inquirió Kaya.

—No seas ridícula —replicó Jordin acercándose a ella y arrebatándole la espada de la mano.

—Está bien —expresó Kaya después de mirarla durante un buen rato, el ceño profundamente fruncido—. Entonces envíame a la muerte. Cuando encuentres a Jonathan, dile que me abandonaste. Dile que morí tratando de venir a él.

—No voy a encontrar a Jonathan. ¿Estás sorda? —exclamó la guerrera, aventando la espada.

Kaya giró sobre los talones y se dirigió otra vez hacia la cloaca, con los brazos extendidos como si quisiera ofrecerse a sí misma. Ella nunca lograría volver. Los sangrenegras parecían tener un sexto sentido que los alertaba cuando sus compañeros habían sufrido algún daño. Probablemente otros ya estarían en camino.

—Kaya.

La chica marchaba resueltamente. Ella era incorregible... la mismísima receta

para un desastre seguro.

—Kaya.

La niña se detuvo pero no giró.

—Si vienes, sigues mis instrucciones al pie de la letra.

Kaya se volvió.

—No tengo comida para dos —comunicó Jordin.

—No comeré.

Al menos la muchacha tuvo la sensatez de traer la cantimplora en la cintura. Llevaba botas color marrón que le llegaban hasta media pantorrilla. No estaba adecuadamente vestida para un viaje fuera de la ciudad, pero zapatos de calle y pantalones negros habrían sido muchísimo peor para viajar a la luz del día a través de terreno áspero.

Demasiado frustrada para hablar, Jordin dio la espalda a la ciudad y se internó en el desierto, muy consciente de Kaya detrás de ella apresurándose por seguirle el paso.

Cerró los ojos. Ahora la muerte estaba asegurada.

Jonathan podría haber actuado mejor si hubiera dejado a la niña en la Autoridad de Transición. Al menos allí podría haber perdido la vida en paz.

Capítulo siete

EL DESIERTO AL SUR de Bizancio poseía varias ventajas para Jordin. Ella conocía íntimamente el terreno; los soberanos habían vivido en cuevas hacia el suroeste durante varios años antes de ser descubiertos por los inmortales un año atrás. La guerra sangrienta entre Feyn y los inmortales había sido de dos meses en ese tiempo, y con tantos enfrentamientos dirigidos hacia el norte los soberanos habían permanecido sin ser molestados por mucho tiempo... hasta ese día. Aunque ahora Roland penetraba la ciudad desde todos lados, los ataques inmortales seguían concentrados en el norte de Bizancio, donde se hallaba la Fortaleza que el grueso del ejército de sangrenegras de Feyn mantenía bajo una fuerte custodia.

Por el momento era mínima la probabilidad de un encuentro con inmortales a la luz del día en este sur lejano, pero al caer la noche muchas patrullas las rastrearían. Ella estaba contando con eso.

Jordin miró el cielo en lo alto, apenas por debajo de su cenit. Habían estado caminando casi dos horas a un ritmo saludable y se les estaba acabando el agua. Con un poco de suerte, el pequeño arroyo estacional que serpenteaba a través del cañón Basil, a una hora de distancia, aún tendría corriente.

Según sus cálculos, debían caminar casi ocho horas hasta llegar al cañón que ella tenía en mente y prepararse.

—¿Jordin?

Kaya caminaba a su derecha, a medio paso detrás, absorta en sí misma. Por muchas que fueran las complicaciones que la presencia de la chiquilla trajera a la situación, Jordin no podía negar que su compañía le brindaba un poco de consuelo. Si morían esta noche, al menos lo harían juntas.

—Baja la voz.

—¿Jordin? —susurró entonces Kaya después de carraspear.

—¿Qué pasa?

—¿Tienes un plan?

—¿Un plan para qué?

—Quiero decir —titubeó la chica—, si no vamos a encontrar a Jonathan, ¿qué planeas hacer?

No serviría de nada ocultar la verdad a Kaya.

—Voy a matar a un inmortal.

Caminaron en silencio por algunos minutos. Los profundos cañones aquí habían sido labrados por ríos, la mayoría de los cuales estaban secos, y el terreno árido y desolado había cedido años atrás al desierto tanto en arena como en roca. Treparon una pendiente de arena, inclinándose hacia adelante para tener mejor agarre, hasta una cima desde donde se veía un pequeño cañón hacia el sur. Una suave e indulgente

brisa enfriaba el sudor debajo de la túnica de Jordin.

Ella examinó el horizonte en busca de alguna señal de movimiento. Nada, como esperaba.

—¿Lo sabe Rom? —preguntó Kaya.

Miró a la chiquilla, consciente de la objeción expresada en la pregunta.

—Él sabe que podría ser necesario.

—¿Por qué necesario?

—Porque necesitamos sangre inmortal —contestó Jordin dirigiéndose al norte a lo largo del risco.

—¿Para qué?

—Es la única forma de convertirse en inmortal —explicó Jordin.

Kaya se detuvo en seco. Jordin siguió caminando.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que la única manera de convertirse en inmortal es por medio de la seroconversión. Eso significa que debo inyectarme sangre inmortal en las venas.

—¿Qué? —cuestionó Kaya apurándose para alcanzarla—. ¿Vas a *convertirte en inmortal*?

—No grites. No debemos hacer todo lo posible por ser descubiertas. No todavía.

—¿Es posible aun eso?

—¿Lo haría si no lo creyera así? —replicó Jordin.

—Pero ya no serías soberana.

Ella y Rom habían analizado la idea en varias ocasiones, una opción para una situación desesperada. Él había acudido a Feyn sabiendo que enfrentaría una posible conversión a sangrenegra, y todo en la mente de Jordin le decía que ella debía hacer lo mismo con los inmortales. Al convertirse en sus enemigos, podrían vencerlos.

—Eso es verdad —contestó Jordin.

Se bajó del risco y giró hacia el arroyo. Solo podía imaginar los pensamientos que estarían precipitándose en la mente de Kaya. Convertirse en inmortal era equivalente a volverle la espalda a Jonathan. A saltar de un precipicio hacia el abismo del mismo infierno. Y así era suponiendo que pudiera funcionar la seroconversión de soberano a inmortal. Aunque todos habían sido mortales antes de tomar la sangre de Jonathan, nadie sabía si esto se podría revertir. Por lo que ella sabía, la sangre inmortal la mataría.

—¡Eso es una locura! —objetó Kaya—. ¡Te volverás inmortal y te dispondrás a matar soberanos!

—Quizás.

—¡No puedes hacerlo! —exclamó Kaya agarrándole el brazo—. ¡Jonathan nunca lo aprobaría!

Jordin giró, liberándose del agarre de la chica.

—¡Jonathan no ha estado hablando! —gritó ella sintiendo la frustración pero sin intentar calmarse—. Él me dejó a cargo, y esto es lo único que sé hacer.

Kaya miraba como si Jordin la hubiera abofeteado.

—Si crees que me gusta la idea de convertirme al enemigo, estás equivocada —continuó Jordin—. Preferiría cortarle la garganta a Roland que comer con él, mucho menos volverme como él. Y no te equivoques, le cortaré la garganta. Pero la única manera de acercarme lo suficiente para que eso ocurra es volverme como él. Si tienes problema con eso, mejor te apuras a regresar y a correr riesgos con los sangrenegras. O si no, mantén las dudas solo en tu cabecita.

Permanecieron trabadas en esa mirada, Jordin con el rostro rojo, y el de Kaya pálido. Pero los ojos de la jovencita titilaban con afrenta.

—Si no tuvieras dudas no estarías tan enfadada —comentó ella—. Solo estoy preguntando lo que cualquier soberano razonable preguntaría.

—Ya se nos pasó la hora de ser razonables.

—Pero no la hora de ser amables —replicó Kaya—. No creo que a Jonathan le guste la manera en que me estás hablando.

Jordin la miró, sin encontrar palabras adecuadas para responder. No había nada más molesto que una santurrona sabelotodo, particularmente cuando decía la verdad.

Apartó la mirada, burlada una vez más por su propia vergüenza, lo que solamente la molestó aun más. Se hallaban en una misión de tontas. Una en la que Kaya no tenía nada que hacer.

Pero eso ya no importaba. La propia amargura que consumía a Jordin podría amenazar más la seguridad de ellas que la ingenuidad de Kaya. Entre ellas dos, Kaya estaba más alineada con el espíritu de Jonathan. Y sin embargo, la frustración se negaba a ceder.

—¿Cuántos sangrenegras has matado en defensa de Jonathan? —preguntó Jordin, con la mirada fija en la altura.

—No he matado a ninguno —contestó la muchacha después de un momento.

—¿Crees que disfruto matando? —inquirió mirándola a los ojos—. ¿Crees que cuando luchaba en defensa de Jonathan disfrutaba cada golpe de mi espada?

—No.

—¿Crees que no tengo el corazón de él? —insistió Jordin sintiendo que las lágrimas se le encharcaban en los ojos y pestañeó rápidamente para contenerlas—. ¿Crees que el hombre cuyos brazos me sostuvieron, cuyos labios me besaron, desaprobaría mi corazón?

Una lágrima se le abrió paso desde el rabillo del ojo. La enjugó con la mano.

—No, Jordin. No, ni quise decir que yo sugiriera...

—¿Has amado alguna vez a un hombre? ¿Lo has amado y le has besado los labios?

—Este... no, aún no, pero...

—Entonces no supongas que sabes algo respecto del amor, mucho menos de mi amor por Jonathan. He ido e iré a los confines de la tierra en su servicio. Si él llama, no solo responderé. Correré hacia él.

—Sé que lo harías —manifestó Kaya en voz baja—. Jonathan fue muy afortunado al tenerte. No pretendí irrespetarte. Tú me salvaste tanto como él.

De algún modo las cosas se habían invertido. Ella, no Kaya, era quien debía tranquilizarse.

—¿Te ha llamado él? —quiso saber Kaya—. ¿En tus sueños?

La pregunta la detuvo en seco.

—¿Te ha llamado a ti? —preguntó Jordin.

—Sueño que él me llama desde el desierto.

Tal vez después de todo había algo. El corazón de Jordin se le aceleró, tanto con la posibilidad de que eso fuera cierto como con algo como envidia. ¿Por qué él no la había llamado, si no solo a ella, entonces de manera diferente a los demás?

—Perdóname, Kaya —expresó Jordin después de respirar hondo y aspirar poco a poco—. No sé lo que ha sido de mí. Yo... todo esto parece tan desesperado ahora mismo.

—No te pongas triste —contestó la chica—. Todos estamos enfrentando esto. Pero podemos confiar en Jonathan, ¿verdad? Siempre me enseñaste a confiar en él, ¿no es así?

—Sí, así es —asintió Jordin distraídamente—. Y tienes razón. Solo estoy luchando un poco ahora. Siento haberte decepcionado.

—¡No lo has hecho! —exclamó Kaya tomándole la mano y dándole un beso ferviente en los nudillos—. Tú perdiste más que yo cuando Jonathan fue asesinado. Pero lo has visto, ¿verdad? En tus sueños.

—Sí, en mis sueños. Y Rom también lo ha visto.

—Él nos está llamando, Jordin. Por eso sé que aún está vivo. Solo que no estoy segura de que quiera que matemos inmortales.

Jordin analizó a la chica. Quizás estaba destinada a tener a Kaya a su lado. Se fijó en los ojos de ella, brillantes como un mar verde en el sol. El cabello le ondeaba con la brisa como una vela oscura, se fijó en un rizo apartado fastidiándole en la mejilla y quedándosele en los labios. Los nómadas la habrían apreciado tan solo por su absoluta belleza. Una criatura sorprendente que pudo haber tomado cualquier amante. No obstante, ¿qué le harían los inmortales? Roland, pensó, podría comérsela en la cena. El fuerte y repentino instinto de proteger a la muchacha sorprendió a Jordin.

—Sin embargo —añadió Kaya—, te seguiré.

Esa fe sencilla, fe en ella, casi le destrozaba el corazón a Jordin.

—¿A menos que tengas otra idea? —preguntó Jordin, por primera vez realmente

receptiva a cualquier sugerencia.

—Podríamos tan solo entrar en el campamento de ellos —dijo Kaya encogiendo los hombros.

—No sabemos dónde está. Y aunque lo halláramos nunca nos permitirían acercarnos con vida.

—Quizás podríamos capturar a uno y obligarlo a llevarnos —exteriorizó Kaya desviando la mirada, sumida en sus pensamientos.

—Tenemos el olor equivocado. Ellos son mucho más hábiles que nosotros. La percepción mortal ha evolucionado en ellos. No hay manera de que podamos tener una oportunidad.

—Entonces supongo que tienes razón —asintió finalmente Kaya, y suspiró—. Tenemos que matar. ¿O al menos herir a uno? ¿No podríamos cortarle tan solo una mano y sacar la sangre de ella?

—Poco probable —negó Jordin sonriendo—. Pero no estás lejos de lo que podría ser.

—¿Estás segura en cuanto a convertirte en inmortal?

—Este es mi camino. No estoy segura, pero es lo que haré. O al menos lo intentaré.

Jordin casi dice: «O moriré en el intento», pero se detuvo a tiempo.

—Entonces no trataré de desanimarte.

A pesar de su ingenuidad en algunos asuntos, Kaya era sorprendentemente astuta en otros.

—¿Qué tal tú? —inquirió Jordin.

—¿Yo?

—Si logramos conseguir sangre inmortal, ¿la tomarás?

—No sé. Tendría que pensarlo.

Jordin se volvió y retomó su marcha hacia el norte, junto al cañón sobre la cuesta.

—Entonces es mejor que lo pienses con rapidez —anunció por sobre el hombro—. El tiempo se acaba.

El lugar que Jordin había elegido estaba cerca de la entrada de un pequeño cañón. Una vez se había ocultado en el estrecho pasaje al final del barranco para escapar de una banda de sangrenegras. Eso fue antes de la guerra sangrienta que obligó a los guerreros de Feyn a retroceder al interior de la ciudad. Llamarlo un pasaje exageraba sus dimensiones. Era más una grieta en la pared del cañón, que sobresalía hacia el cielo a cada lado. De solo dos pasos de ancho, era profundo: al menos cien metros.

Sin la ayuda del agudo sentido de olfatear de los inmortales e ignorando que Jordin se ocultaba profundamente dentro, los sangrenegras habían pasado por la fisura, esperando en la entrada del cañón hasta el anochecer. Se dieron entonces por

vencidos y regresaron a la ciudad.

Durante las largas horas en espera de que se fueran, Jordin se había dado cuenta del precario equilibrio de las rocas asentadas a lo largo del borde occidental de la fisura. El estrecho pasaje era prácticamente una trampa mortal.

Fue a ese lugar al que llevó a Kaya. Allí trabajaron con la pequeña pala durante varias horas, aflojando suficientes rocas a fin de permitir un aplastante deslizamiento de tierra a lo largo de una sección de veinte metros por encima de la pared del barranco.

Se detuvieron una hora antes de que anoheciera. Se les estaba acabando el tiempo, y tender una trampa resultaría inútil sin un cebo. Incluso si lograran cebar y hacer saltar la trampa, tendrían que sobrevivir... tarea nada fácil en la proximidad de cualquier inmortal que se acercara. Y ningún inmortal viajaba solo; otros estarían cerca para llegar en su ayuda.

—No veo por qué algún inmortal sería tan estúpido para entrar —comentó Kaya, mirando por sobre el risco—. Ellos viajan a caballo. ¿Pueden siquiera hacer girar un caballo allí abajo?

—Hay espacio si sabes cómo manejar un caballo, y confía en mí, lo hacen. Yo pude.

Jordin se paró y volvió a examinar el horizonte. Los nervios le hormigueaban. La mayor ventaja de enfrentarlos estaba en el propio olor de ellas, y esperaban que los inmortales pudieran captarlo para así entrar al cañón, si todo iba según lo planeado. Tendrían que asegurarse de que la sangre soberana que ella había traído en su mochila hiciera su trabajo.

—¿Cómo puedes estar segura de que vendrán? —quiso saber Kaya.

Jordin agarró la mochila y sacó la gruesa vasija de cristal llena con sangre soberana, roja y viva en el sol de la tarde.

—¿Qué inmortal puede resistir el olor de la sangre soberana? —expresó ella, luego se volvió hacia Kaya, quien miraba la sangre con ojos bien abiertos—. ¿Sabes por qué la odian tanto?

—Porque pueden oler la fragancia de aquel que traicionaron.

—Correcto. Y ahora Jonathan, a su propia manera, los guiará a nosotras.

—¿A nosotras?

—Ahí es donde el asunto se pone un poco peligroso —advirtió Jordin bajando la vasija—. Necesitaremos un poco de suerte. Tenemos que estar aquí para enviar las rocas abajo, por tanto estaremos expuestas, pero el olor de la sangre es mucho más fuerte que el de nuestra piel. Con algo de suerte no podrán aislarnos.

—¿Tenemos que depender de la suerte?

—O de la providencia de Jonathan. Escoge la que quieras. Te puedo decir esto: si ellos empiezan a subir esta colina, tengo siete flechas y nueve cuchillos que ofrecerán

un razonamiento decente. No bajaremos sin pelear.

—¿No sería más seguro ocultarnos?

—¿Dónde?

—No sé —contestó Kaya mirando alrededor y encogiendo los hombros—, quizás podríamos enterrarnos en la arena.

—¿No crees que ellos verían la tierra alborotada? Además, nos sofocaríamos.

—Era una idea, al menos.

—Sí, lo era —asintió Jordin sonriendo y acariciando el pelo de la jovencita—. Estás pensando. Eso es bueno.

Kaya le devolvió la sonrisa.

A lo largo del día ella había estado cada vez más agradecida de tener allí a Kaya, quien le había reanimado una brasa de su propia fe. La muerte aún tenía que sofocar el idealismo de la juventud de Kaya. La chiquilla le hacía recordarse a sí misma años atrás. Jordin había sido una nómada huérfana, adoptada y protegida por Roland, a quien le había jurado servicio de por vida. Luego Jonathan llegó y dio sangre de sus venas a todos los nómadas, y el mundo de ellos cambió para siempre.

Jordin siempre había sido la discreta que observaba desde el costado de la fogata, sin ser notada por los demás. Pero Jonathan la había notado. Ella se había enamorado de los modales amables y serenos de él, y Jonathan le había correspondido ese amor en una forma que solo él podía hacerlo, tanto con la mirada como con sus palabras o su sangre, la cual entregó de buena gana a todo el que deseaba vida.

Ella habría ido al infierno mismo para salvar a Jonathan, como Kaya haría ahora. El espíritu de la chiquilla era contagioso. Su amor sencillo se negaba a ser refutado.

—Esta noche la sangre, no un agujero en la tierra, nos ocultará.

—Ojalá que así sea—respondió Kaya.

—Ojalá —asintió Jordin parándose y dirigiéndose al sur, a lo largo del borde del cañón—. Vamos.

Les tomó media hora depositar minúsculas gotas de sangre cada cincuenta pasos empezando directamente debajo de la sección de rocas sueltas en lo alto, luego fuera del cañón, y hacia la elevación occidental del risco donde la esparcieron sobre la tierra.

El viento se dirigía hacia el norte como siempre en esta época del año, llevando el olor a las profundidades del desierto. Cualquier inmortal en varios kilómetros sabría que un soberano había pasado por allí y seguiría el rastro al interior del cañón, creyendo que un soberano herido había buscado refugio en la noche.

El sol había bajado en el horizonte occidental, y el anochecer había caído sobre ellas antes de que se instalaran en un espacio entre dos enormes rocas que brindaban protección y visión clara del cañón en la parte de abajo. El arco de Jordin y sus siete flechas reposaban contra la piedra a su derecha; cuatro cuchillos esperaban en sus

fundas, dos en cada pierna. Tres más en la cintura, dos en el suelo.

—¿Esperamos ahora? —inquirió Kaya.

—Susurra —pidió Jordin en tono silencioso—. Ellos oyen tan bien como huelen.

Durante quince minutos se sentaron en silencio, ambas sumidas en sus pensamientos. Jordin repasó la escena en la mente muchísimas veces. ¿Cuántos vendrían? Dos, si se trataba de un grupo de exploración basado en la costumbre nómada, la cual ella supuso que Roland aún practicaba. Cuatro o más, si se trataba de una patrulla. Una docena, si se dirigían a la ciudad, donde se podrían dividir en dos grupos, entrar con despiadada precisión, dejar sangrenegras muertos a su paso, e irse antes de que los comandantes de Feyn se enteraran del quebrantamiento de la ley.

Indudablemente Roland saboreaba su letal reputación, pero hasta ahora no había podido atravesar las capas de sangrenegras hacia la Fortaleza donde Feyn gobernaba incólume. Conociéndolo como Jordin lo conocía, este era un fracaso que sin duda carcomía al príncipe inmortal. Ella contaba con eso.

Pero nada importaba si Jordin no se le podía acercar estando viva, por detestable que pudiera ser estar en compañía de él.

—¿Cuándo sucederá? —preguntó Kaya.

—Ojalá esta noche. Solo que no sé con qué frecuencia deambulan hasta aquí, tan al sur. Si no, lo volveremos a intentar mañana por la noche.

—¿Tanto tiempo? ¿Por qué entonces estamos susurrando?

—Porque por lo que sabemos, ya están viniendo.

Kaya se recostó en la roca, claramente desanimada. Ella no se había criado cazando con los nómadas, quienes aprendían temprano en la vida que la paciencia era la mejor parte de atrapar o matar cualquier presa.

—Todo está bien, Kaya. Lo lograremos. Mejor aquí que debajo de la ciudad, ¿verdad?

—¿Pero dos días?

—Esperemos que no sea así.

Mattius le había dado una semana, pero ella no había dicho nada a Kaya acerca de Recolector. No se sabía qué iría a pasar con las lealtades de ellas si llegaban hasta donde Roland. El hombre rompería el mundo en pedazos si supiera que los soberanos tenían un virus que mataría a todos los inmortales. Nadie debía saberlo.

—Podrías tener razón —musitó Jordin tocando una rodilla de Kaya—. Quizás todo esto nos lleve a Jonathan. De ser así, él estará orgulloso de ti. Piensa en eso y no en dos noches sin dormir.

Esperaron hasta bien entrada la noche sin nada más que oscuridad delante de ellas. Con el paso del tiempo, incluso susurrar se volvía muy peligroso. Tenían que escuchar con cuidado la mínima perturbación. En dos ocasiones Kaya trató de empezar una conversación, pero dos veces Jordin la interrumpió.

—¿Cómo fue? —preguntó de pronto Kaya—. Besar a Jonathan.

La pregunta agarró desprevenida a Jordin. Pensamientos de silencio se le escaparon de la mente, y los reemplazaron el recuerdo del abrazo de Jonathan ese día de su muerte. Del tierno, inocente y apuesto hombre que podía esgrimir una espada con los mejores guerreros cuando se entregaba de lleno a ello. Pensamientos de lo fácil que él había destrozado a los sangrenegras antes de entregarse ante la espada de Saric.

El recuerdo la consumía, dejando angustia a su paso.

—¿Jordin?

—Fue hermoso —susurró ella—. Abracé a la Felicidad entre mis brazos.

—¿Crees que un hombre me abrazará alguna vez de ese modo?

Jordin la miró a la tenue luz de las estrellas. ¿Qué joven mujer no querría lo que ella había tenido, aunque solo fuera por poco tiempo?

—Por supuesto. No puedo imaginar a un hombre en su sano juicio a quien no le encantaría abrazarte así.

—Nunca lo experimentaré si muero.

—No morirás, Kaya. No lo permitiré.

Lo dijo por el bien de la chiquilla. Lo dijo por su propio bien. Esperó que fuera verdad.

—¿No es igual a morir convertirse en inmortal?

—Tal vez. Pero no somos inmortales, ¿verdad? Así que ahora podemos reposar en el amor de Jonathan. Las dos.

Kaya se sentó con las piernas cruzadas, mirando más allá del precipicio hacia la oscuridad. El silencio se prolongó entre ellas por un minuto. Cerca, una lagartija se escurrió sobre una pila de piedrecillas sueltas.

—¿Sientes ahora el amor de él? —quiso saber Kaya.

Esa era la pregunta, ¿verdad? La que había establecido residencia permanente en las mentes de todos los soberanos.

—A veces —respondió ella—. No suficiente.

—¿Por qué entonces ser soberana?

Jordin conocía la respuesta, pero esta no le calentaba el corazón. Se quedó callada, pensando en que en su forma sencilla Kaya expresaba la ironía imposible de la soberanía misma.

—Si tenemos la sangre de Jonathan y somos como él, ¿no deberíamos sentir su amor todo el tiempo? Y si el amor es tan hermoso, ¿por qué todos parecen vivir en desdicha?

—No lo sé.

—Creo que ellos están fingiendo. Creo que preferirían ser inmortales para sentir el amor y la paz que una vez sintieron —declaró Kaya, hizo una pausa, y después

continuó—. ¿Es por eso que te vas a convertir en inmortal?

Jordin pestañeó en la oscuridad. *¿Era así? Creador, no.* ¿Por qué entonces le molestó la pregunta?

—No —respondió.

—Sin embargo, aún estás triste, aunque tienes dentro de ti el amor de Jonathan.

—Porque solo soy humana, Kaya. Perdí el amor de mi vida.

—Él no se ha ido.

Pero no está aquí.

—¿No lo extrañas? —preguntó Jordin.

—Sí. Pero no soy infeliz —contestó Kaya; *como tú*, oyó que decía sin que la jovencita lo expresara—. Él nos salvó de la muerte y nos dio amor; ¿por qué entonces todo el mundo es tan infeliz? Jonathan nos salvó.

—Sí, por supuesto. Y algún día, todos vamos a disfrutar ese amor. Pero hoy debemos sobrevivir.

—¿Cuán bueno es «algún día» si ese día no llega hasta que mueres? ¿Por qué entonces sobrevivir sin sentido alguno?

Jordin quiso decirle a la chiquilla que estaba pensando en términos demasiado simples. Pero también había una magia extraña en la simplicidad de su lógica.

—Aún lo sientes, ¿verdad?

Debería. Y en algunas maneras a menudo lo hacía. Pero no del modo que Kaya quería decir, como el aliento mismo, a cada instante, algo hecho posible por la misma sangre en las venas. Entonces lo supo, tan claro para ella como un cielo azul. Algo estaba mal con la forma en que estaban entendiendo la soberanía. De alguna manera habían perdido la razón de ser.

—Sí —contestó Jordin—. Por supuesto.

Ella no podía entender por qué había sentido tal molestia ante las obvias preguntas de Kaya. ¿No se trataba de las mismas preguntas que ella misma se había hecho centenares de veces? Pero allí estaba, persistente debajo de la superficie: de algún modo estaban entendiendo mal las cosas.

—Tenemos que quedarnos calladas ahora, Kaya. Pregunta a Jonathan en tus sueños. Quizás él pueda contestar.

—Lo he decidido —informó Kaya, haciendo caso omiso de la urgencia de callarse.

—¿Has decidido qué?

—Haré cualquier cosa que haga... si conseguimos la sangre.

El débil sonido de un tintineo flotó en el oído de Jordin. ¿O solamente lo imaginó? Levantó la mano pidiendo silencio y escuchó.

Otra vez allí el sonido de cascos de un caballo sobre roca.

Los inmortales habían llegado.

Capítulo ocho

CUATRO. TODOS MONTADOS EN caballos negros, sombras envueltas en tono negro de la cabeza a los pies.

Jordin estaba apoyada sobre el vientre, mirando el borde del precipicio a través de los matorrales. Los inmortales entraban lentamente a la parte ancha del cañón al extremo derecho, guiados por el olor. Olor a soberano. No parecían tener preocupación en el mundo, ¿qué era esto para ellos sino un animal herido cuyo sufrimiento terminarían con un solo golpe?

Pero no eran estúpidos. Su calma aparente era por igual mucha cautela, finamente sintonizada al terreno nocturno que los rodeaba. El olor los había guiado, pero la vista y el oído agudos les servirían ahora... así como ese sexto sentido conocido solo por quienes vivían para atacar o ser atacados.

Jordin sostuvo el arco en la mano derecha, con el corazón palpitándole contra la superficie rocosa debajo del pecho. No pudo negar su envidia al verlos. Mientras los soberanos se enclaustraban hambrientos y acosados debajo de la ciudad de los muertos, estos inmortales ardían con vida vibrante que gritaba superioridad incluso en perfecto silencio.

Tampoco podía negar su odio. ¿No habían escupido sobre la tumba de Jonathan eligiendo esa misma vida? Y sin embargo, si ella triunfaba salvaría las vidas mismas de quienes odiaba.

Por Jonathan y por el bien de su legado.

El jinete líder se detuvo a medio camino en el cañón, los otros tres se hallaban a dos caballos de distancia por detrás. Jordin sabía que ellos no estudiaban tanto sus alrededores como los *conocían*. Tal vez les estaba dando demasiado mérito. Sangrarían tan fácilmente como ella.

Kaya se arrastró a su lado. Jordin le presionó la mano en el brazo, exigiendo absoluto silencio. La jovencita puso la mejilla en el suelo pero luego levantó la cabeza para ver.

Los jinetes volvieron a reanudar la marcha a paso lento. Uno de los caballos resopló suavemente. Se escuchó el sonido de un leve cloqueo mientras el jinete calmaba la montura y luego se oyó el apagado andar de cascos de caballos a lo largo del suelo del cañón.

Los inmortales supondrían que no debían temer nada. Estaban en busca de un soberano que no tenía ninguno de sus sentidos ampliado, y que estaría herido y atrapado en el desierto donde todos los soberanos temían internarse. Cualquier conflicto aquí sería bien recibido por los inmortales como deporte.

No se detuvieron hasta llegar a la entrada de la fisura. Durante largo rato se quedaron montados en silencio. Cuando hablaban, lo hacían con pocas palabras que

Jordin no lograba entender. Ella mantuvo la cabeza agachada y rogó al Creador que empujara a un solo inmortal al interior de la trampa.

Finalmente el de la derecha del líder espoleó su caballo, guiándolo al interior de la fisura. Desenvainó en silencio la espada y se profundizó en el estrecho pasaje.

Desde donde se hallaba, Jordin podía derribar al inmortal con una sola flecha, pero hacerlo solo acabaría con lo que se había propuesto. Si abatía a uno, los otros vendrían tras ella y luego regresarían por el cuerpo de su compañero caído. Los inmortales no dejaban a sus muertos, y Jordin necesitaba el cuerpo.

Solo cuando el jinete estuvo directamente debajo de ellas, Jordin se movió con cuidado hacia atrás, rodó a la izquierda, y puso las palmas sobre la roca que habían establecido para desencadenar el derrumbe. Lanzando una última mirada a Kaya, cuyos ojos estaban bien abiertos en la oscuridad, dio un empujón a la roca. Esta volcó, quedó colgando en un precario equilibrio por un momento, y luego rodó perezosamente sobre el borde. El sonido de la roca cayendo rompió la calma a medida que las piedras bajaban por el muro, llevándose otras piedras con ellas. Con un estrépito pedregoso salpicado por fuertes golpes, las rocas se estrellaron en el pasaje, aterrizando en un trueno cada vez más intenso que resonó a través del cañón.

Detrás del sonido, un grito de alarma: un caballo interrumpió su relincho mientras las rocas trituraban al jinete y la montura.

La trampa había saltado, pero este solo era el principio. En un instante, los tres inmortales restantes comprenderían que los habían llevado a una trampa.

—¡Aprisa! —susurró Jordin.

Ella rodó, alejándose del borde, se puso en cuclillas, agarró la mochila, y corrió al norte a lo largo de la cima del precipicio, manteniéndose lejos de la línea de visión de los inmortales abajo. Debían ejecutar con precisión el escape; un paso en falso y las atraparían.

Jordin había esparcido la sangre directamente en dirección al este, lejos del cañón y hacia la ciudad por más de tres kilómetros, sabiendo que los inmortales que las perseguían seguirían el cautivante olor. Solo que no sabía si sus enemigos darían marcha atrás cuando el olor se debilitara, o si llegarían a la conclusión de que la herida de su presa se había secado y continuarían la cacería.

La joven guio a Kaya hacia el norte, cien metros hasta el final del pasaje, poniéndose el arco y la mochila en la espalda. Se dejó caer sobre una pequeña saliente, luego se estiró hacia atrás para ayudar a Kaya a bajar. Por el momento estaban a salvo, fuera de la vista.

Ruido de cascos a la distancia. Habían ido en persecución, saliendo del cañón hacia la cima de los precipicios para una rápida matanza antes de regresar a su compañero caído. Es lo que Jordin haría.

Las jóvenes tardaron solo dos minutos en bajar la empinada cuesta que habían

descendido dos veces en el ensayo, dejando caer gotas sobre la arena desde un saliente de dos metros de alto.

Jordin puso una rodilla en tierra, escuchando mientras Kaya bajaba a su lado. Un débil grito se oyó adelante, en dirección al derrumbe. Era posible que uno de los demás se hubiera quedado para ayudar. Ya no importaba; ellas estaban comprometidas.

—¿Estás bien? —le susurró a Kaya.

—Sí.

—Quédate detrás de mí. Aquí —expresó ella colocando uno de los cuchillos en la mano de la jovencita—. Por si acaso.

Kaya miró el arma como si sostuviera una por primera vez. Podía disparar un arco relativamente bien, pero los cuchillos de ningún modo eran su fuerte. En realidad el arco tampoco lo era.

Jordin descolgó el arco y ensartó una saeta, lista en caso de que los inmortales no estuvieran solos. La primera tarea era localizar el cuerpo, vivo o muerto. Si estaba vivo, tendrían que matar al jinete y recoger la sangre. Si estaba muerto, la tarea sería mucho más fácil.

Corrió hacia delante agazapada. La arena le suavizaba las pisadas.

La primera señal de rocas apareció a cincuenta metros: piedras más pequeñas que habían rodado más lejos del montón, visibles para ella únicamente en la oscuridad adelante. La joven se detuvo ante el sonido del llamado de un inmortal, al parecer buscando al guerrero caído.

Ninguna respuesta. El primero estaba muerto o inconsciente. Teniendo en cuenta los escombros, ella supuso lo primero. Ni siquiera un inmortal podría sobrevivir a semejante paliza.

Así que ellos habían dejado a uno para el rescate, lo que podría representar un problema. Ahora Jordin tenía que tomar una decisión: tratar de matar al vivo o aguardar, con la esperanza de que el inmortal saliera a encontrar a los otros en lo alto del precipicio cuando estos regresaran.

Cada minuto que esperaban era uno menos que podían usar a fin de poner distancia entre ellas y el cañón, y los inmortales regresarían muy pronto para recuperar a su compañero. Ella no tenía ninguna intención de estar cerca del cañón cuando ellos volvieran.

Mantuvo su espacio, agachada, respirando firmemente por las fosas nasales. Solo un minuto, y entonces iría a probar suerte.

Necesitaba solo treinta segundos. Oyó el crujido de riendas y luego el sonido de un galope en retirada; el inmortal se había ido para unirse a los otros en la cacería.

—¡Aprisa!

Jordin corrió al montón de piedras y rápidamente buscó alguna señal del cuerpo.

Las rocas habían caído en mayor cantidad de la que incluso ella había esperado, enterrando tanto al caballo como al hombre bajo una pequeña colina de piedras.

—Mueve la roca... busca un miembro. No tenemos tiempo para sacarlo, solo necesitamos suficiente acceso para extraer algo de sangre.

—¿Está muerto? —preguntó Kaya en voz alta.

—Ya no sentirá más dolor, si eso es lo que te preocupa. ¡Cava!

Comenzaron a empujar y a hacer rodar piedras fuera del montón. El ruido se oiría fácilmente desde arriba, pero esperaban que los inmortales estuvieran demasiado lejos para escucharlo. Esta era una oportunidad que ella debía aprovechar.

Kaya gruñó y retrocedió, casi cayendo de la roca en que se había trepado para tener mejor acceso a las piedras de arriba. Se cubrió la boca, mirando por una brecha entre dos rocas.

—Creo que encontré algo.

Jordin trepó a la posición de ella, haciendo lo posible por no retorcerse o romperse un tobillo; era lo último que necesitaban. Entonces vio el hueso roto que sobresalía de la carne hecha jirones en la abertura. Un brazo inmortal, desgarrado a través de una manga negra. A su lado, la pierna y el casco de la montura del jinete, maltratado y sin vida. Ella sintió más pesar por el animal que por el jinete.

—Eso bastará.

Se quitó la mochila y sacó una colección de frascos vacíos y la jeringa grande que había llevado. Utilizaban el mismo dispositivo para la seroconversión de amomiados.

No hubo necesidad de pinchar la piel con la gruesa aguja; la herida ya goteaba mucha sangre.

—Mantén la vista en los farallones —dijo.

—¿Cuánta necesitas?

—Tanta como para llenar dos frascos pequeños... es todo lo que tengo. Ojalá no se hubiera desangrado por completo.

Jordin insertó rápidamente la aguja en la ensangrentada masa que una vez había sido un codo, llenando la jeringa tres veces antes de cambiar frascos y repetir la operación. Los inmortales no debían darse cuenta de que habían extraído sangre de la herida.

La joven aseguró la tapa del segundo frasco, lo metió de nuevo en la mochila, y señaló a Kaya hacia adelante, que subiera el montón y que bajara por el otro lado.

—Corre, Kaya. Corre.

Corrieron una al lado de la otra por fuera del estrecho pasaje y a través del cañón. Bajaron la marcha hasta un trote mientras se dirigían al sureste por el mismo camino donde antes dejaron los rastros de sangre soberana. Esto enmascararía su retirada.

Tenían la sangre. Lo único que les quedaba era ponérsela en sus venas.

Y orar a fin de que vivieran para contarlo.

—¿Estás segura de esto? —indagó Kaya—. ¿Qué ocurrirá si nuestra sangre la rechaza?

Habían trotado y caminado de tramo en tramo por casi una hora hacia el este, adentrándose en el desierto y alejándose del punto en que salpicaran primero el suelo con sangre soberana. Ella sabía que finalmente los inmortales rodearían el lugar en busca de cualquier olor del soberano que había matado a su compañero.

—Entonces sabremos que no funciona.

—Suponiendo que vivamos.

—Podría ser.

—¿Nunca has oído que esto se haya hecho antes?

—No.

Jordin se paró en la elevación y buscó en el horizonte algún movimiento contra la noche. El paraje estaba en calma y sin vida como estuviera media hora antes. Satisfecha se colocó sobre una rodilla al lado de la jovencita.

—No estoy segura de que esto sea sabio —comentó Kaya.

—Yo tampoco. Pero sé que si seguimos siendo soberanas en algunas horas finalmente captarán nuestro olor y nos rastrearán. Confía en mí, ellos no se darán por vencidos.

—Por tanto, si no probamos la sangre, nos encontrarán y nos matarán.

—Sí.

—¿Y qué tal si tomamos la sangre y vivimos, pero nos hallamos muertas, como una vez estuvimos?

—Ya hemos hablado de eso.

Aun así, Kaya estaba llena de preguntas.

—Los inmortales odian a los soberanos. ¿Odiaremos nosotras también a los soberanos? ¿Odiaremos a Rom?

Jordin no quería considerar esa pregunta. *¡No! Imposible*, quiso decir. ¿Pero era imposible?

Tenía menos de una semana. No podía permitir que la paralizaran dudas como esas. No se atrevía.

—No quiero rechazar tus dudas, Kaya, pero ninguna de ellas cambiará el hecho de que volvernos inmortales es nuestra única esperanza para sobrevivir ahora. Y si fallo...

No llegó a completar el pensamiento. Pero ya había dicho demasiado.

—¿Si fallas en hacer qué? ¿En encontrar a Jonathan?

Esta vez Jordin no trató de disuadirla. Estaban a punto de saltar a un abismo... unos pocos momentos de transparencia eran comprensibles. Quizás hasta bienvenidos.

—Tienes razón en una cosa, Kaya: Jonathan está en nosotras, aunque sea solo en su sangre —comentó ella relajando los hombros, con el codo apoyado en una rodilla mientras se agazapaba en la elevación, escudriñando la noche—. Siempre he sabido eso. Pero ya no lo siento, y a veces me pregunto si alguna vez lo sentí.

Respiró hondo y examinó a la muchacha, quien se arrodilló a observarla.

—Algo se ha roto en mí. No puedo hallar el amor que una vez tuve. Mi mente está llena de tristeza. Tú misma lo dijiste. La desdicha me sigue como una nube. Soy soberana, pero me siento completamente perdida. No es a Jonathan a quien debo encontrar sino *a mí misma*.

Una calma pareció posarse sobre la muchacha. Finalmente asintió, con expresión plácida.

—Entonces nos ayudaremos a encontrarnos. A veces mi mente se encuentra tan sombría como la tuya.

—Espero que no sea así.

—No tengo todos los terribles recuerdos que tú tienes, pero me pregunto todo el tiempo por qué parece que nos debilitamos. Creo que cada mes nos debilitamos más.

Astutas palabras para una joven mujer.

—Creo que la única manera en que nos podemos encontrar es hallando a Jonathan —declaró Kaya.

—Entonces esperemos que él salga del escondite.

Kaya no contestó nada a esto.

—Prométeme una cosa —continuó Jordin—. Si la sangre nos cambia, recuérdame a menudo que queremos ser soberanas.

—¿Y si lo olvido?

—Entonces yo te lo recordaré.

Kaya podría haber señalado las dificultades obvias que enfrentarían si ambas olvidaban su propósito. En vez de eso se levantó, se quitó el amuleto, y lo puso por dentro de la cintura de sus pantalones.

—No quiero perderlo —anunció.

Jordin le lanzó una ligera sonrisa. Ser atrapadas con el amuleto soberano alrededor de los cuellos podría ser difícil de explicar. Pero mantenerlo cerca sería un recordatorio constante.

Se paró e hizo lo mismo.

—¿Y nuestra ropa? —quiso saber Kaya—. No es la que ellos usan.

—Tienes razón. Me encargaré de eso.

—Bien entonces —asintió Kaya—, creo que eso es todo.

—Sí.

Jordin se subió la manga hasta dejar al descubierto el hueco del codo, y rápidamente se aplicó un torniquete de goma en la parte superior del brazo. Una gran

vena brotó. Sacó una bolsita de su mochila que contenía una aguja desinfectada adherida a una corta manguera con una bomba de caucho incluida. Destapó uno de los frascos llenos de sangre y metió allí el extremo del tubo, luego con cuidado puso el frasco en la arena.

—Te inyectaré si resulta bien conmigo. Si las cosas salen mal, encuentra un lugar dónde esconderte durante la noche, y regresa a la ciudad al amanecer.

—Las dos sabemos que yo no sobreviviría la noche.

—Entonces será mejor que esto funcione.

Lanzando una última mirada a Kaya, Jordin presionó la punta de la aguja contra su vena, la que horadó la piel y luego se deslizó al interior. Soltando la aguja, agarró la bomba en la mano derecha y apretó. Conteniendo el aliento observó cómo la sangre llenaba la manguera traslúcida y, lentamente al principio, entraba en la vena.

El frasco se vació en menos de treinta segundos. Jordin extrajo la aguja y se la pasó a Kaya. Luego soltó el torniquete.

—¿Qué está sucediendo? —inquirió Kaya.

—Dale tiempo.

Ella trató de observar algún cambio en sí misma, pero pasó todo un minuto sin ninguna señal de transformación. ¿Y si no funcionaba, como sugiriera una vez el anciano custodio? Le quedaban siete flechas... tal vez podría matar a uno o dos, pero Kaya tenía razón. Nunca debieron...

De repente la cabeza se le llenó de calor. Este le bajó por la columna como si se estuviera llenando de gasolina y le encendieran un fósforo.

Jadeó.

—¿Qué pasa? ¿Está funcionando?

La noche explotó con color. Un destello de luz blanca convirtió la noche en día, cegándola a todo menos al horizonte plateado.

Llena de pánico se puso de pie, los brazos extendidos para equilibrarse.

Entonces la noche regresó, y con ella la atención de Jordin. El calor se le había extendido a las extremidades, dejándole escozor en los dedos de manos y pies hasta el punto de dolerle. La parte alta del cráneo la sentía como si estuviera llena de miles de hormigas.

Cerró los ojos. Los abrió. Esta vez, cuando miró al interior de la noche, supo que ella había cambiado.

Jordin se había seroconvertido tres veces: de amomiada a mortal con la sangre de Jonathan antes de su muerte, de mortal a soberana con la sangre de Jonathan después de su muerte, y ahora de soberana a inmortal. Sus dos conversiones anteriores le habían dejado una nube abrumadora de paz y amor.

No esta vez.

Sintió la terrible urgencia de huir, tan grande era su miedo. No sabía qué la

asustaba, solo que estaba aterrada.

Una fosforescencia verde extendió el paisaje nocturno delante de ella. Cerca, una serpiente se deslizaba por la arena a la derecha, y ella pudo oírla. La brisa había cambiado repentinamente más al oeste, y ella pudo sentirla. El aire le hizo cosquillas en el delicado cabello de la nuca, cálido como el aliento.

Por primera vez pudo oler el aroma soberano, fuerte como especia, como el jazmín pero más penetrante. Tan ácido que las fosas nasales le ardieron.

El pulso se le aceleró, y por un momento creyó que el corazón se le partiría.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Kaya, parada a su lado, con las manos en la cabeza y los ojos abiertos de par en par.

Jordin exhaló profundamente el aire nocturno, primero por las fosas nasales, luego por la boca cuando el olor de Kaya le resultó insoportable. El aire sabía a muerte y vida a la vez; a agua y tierra, a sangre y sudor.

También sabía a esperanza. Con cada respiración se le comenzaba a asentar bienestar en la mente.

Y luego esto acabó. Ella ahora era inmortal, o mortal como antiguamente se llamara, y llena de asombro ante la expresión táctil del mundo físico, los sentidos se le estimularon.

¿Podría aún desacelerar el tiempo con la mirada?

—Muévete —le dijo a Kaya.

—¿Moverme? ¿Estás bien?

—Finge que estás balanceando el puño para pegarme.

—¿Qué?

—Solo hazlo.

Kaya lo hizo, en una manera demasiado inexperta. Llegó en cámara lenta. El dinamismo de la vida con sensaciones intensificadas le inundó la memoria, ahogándole el temor que la devoraba antes.

—¿Por qué me estás mirando así? —preguntó Kaya—. ¿Funcionó?

—Sí.

—¿Eres inmortal?

Jordin levantó la mano, movió los dedos, la piel pálida ante sus ojos. Al vivir bajo tierra había perdido el color de quienes andaban debajo del sol, pero ahora prácticamente se podía ver las venas debajo de la piel. Esto era diferente, más como la piel de los nobles que como la de la mortal que fuera una vez. Entonces, los inmortales *habían* evolucionado estos últimos seis años. Y ella estaba cambiando en lo que eran ahora, en lugar de en lo que ellos habían sido.

¿Eran también más agudos sus sentidos? Aunque había pasado mucho tiempo, Jordin creyó que sí. No recordaba haber saboreado alguna vez el aire de manera tan fuerte. O haber sentido el placer de la brisa, los diminutos granos de arena que esta

transportaba, la sequedad del aire mismo, todo atravesándole la piel con tremenda intensidad.

Todo el cuerpo le vibraba con percepción sensorial. Una horquilla vibratoria, que le destemplaba los dientes. Pero esto no le trajo paz. En lugar de eso lo encontró inquietante.

—¿Vas a matarme? —quiso saber Kaya.

—¿Por qué haría eso?

—Soy soberana. Los inmortales odian a los soberanos.

Al oír la palabra «soberana», Jordin sintió una leve repulsión. O quizás se debió solo al hedor de la piel y el aliento de Kaya.

—No, no te odio. Soy una soberana de corazón y siempre lo seré.

¿Estás tan segura? Tú perdiste esta vida...

Ella rechazó el pensamiento, se arrodillo ante la mochila y extrajo el segundo frasco de sangre.

—Levántate la manga.

Capítulo nueve

LA GAMA DE EMOCIONES que inundaron a Jordin al convertirse en inmortal llegó como una implacable tormenta que solo comenzó a disminuir cerca del amanecer. Las sensaciones no eran extrañas como las que sentía un amomado al llegar a la vida por primera vez, pero sí eran devastadoramente viscerales y simplemente se intensificaron cuando intentó resistirlas. Y luego otra vez cuando se dio cuenta de que en realidad no quería resistirlas.

Había observado fascinada la seroconversión de Kaya, en particular la palidez de su piel. La muchacha podría haber pasado por uno de los miembros de la realeza, pues la carne se le había vuelto muy blanca. Parecía un fantasma en ropa de calle, la pisada silenciosa sobre la tierra yerma mientras se dirigían al norte en busca de los de su nueva especie.

Los primeros efectos de la emoción visceral y del color disipándose de la piel de Jordin estaban supeditados al mayor cambio de todos: en sus sentidos. Todo el volumen de la vida le había aumentado en los oídos. Lo que apenas lograba escuchar, o no lo lograba por completo solo horas antes, le llegaba totalmente ahora: un grillo bajo una roca a cien yardas de distancia, el viento susurrando sobre las bajas colinas, el chorrillo de un arroyuelo a cuatrocientos metros al este. El desierto, antes sin vida para ella, canturreaba sus secretos en majestuosa sinfonía.

Jordin podía ver perfectamente kilómetro y medio adelante, y distinguir las venas en las alas de un insecto mientras este salía volando en lo alto. Podía oler el excremento de un roedor sobre una colina lejana y apreciar el aroma de las bayas de un enebro transportado sobre una brisa tan suave que podía sentir que le levantaba los diminutos cabellos del cuello.

Viva. Tanto que la aterró y la tentó. Pero en realidad no estaba viva, ¿verdad? No como lo estuvo siendo soberana. No como quien había muerto con Jonathan en la comunión de su sangre. Pero con sus sentidos desarrollándose a niveles casi insoportables, lo menos que podía hacer era preguntar por qué él había querido que ellos dejaran tan exquisita experiencia.

¿Lo había querido Jonathan?

Estos eran los pensamientos que la atormentaban ahora. Los soberanos enseñaban que emociones diferentes al amor y la paz eran simplemente reacciones corporales a los pensamientos... reacciones que los alertaban cuando debían reajustar algo si esos pensamientos eran negativos, de manera muy similar a la forma en que el dolor físico avisaba a una persona que algo podría estar mal con su cuerpo. Cambia un pensamiento, y cambia la emoción. Una práctica que últimamente se había hecho cada vez más difícil.

Ahora las emociones de Jordin parecían estar frenéticamente desbocadas,

requiriendo demasiado esfuerzo para controlarse. Supuso que Kaya sentía lo mismo mientras caminaban una al lado de la otra en silencio introspectivo. El carácter comunicativo de la jovencita había desaparecido.

Por un momento de pánico se preguntó si el cambio la estaba volviendo loca.

No. Ella se aferraba tenazmente a su verdadera identidad como soberana. Una voluntad más débil podría olvidar fácilmente el valor de la soberanía, por lo embriagador de convertirse en inmortal. No era de extrañar que Roland solo se hubiera vuelto audaz a medida que su especie evolucionaba, seguro de que viviría mil años bloqueando la muerte en batalla o por enfermedad. Con razón los inmortales solo habían aumentado en cantidad mientras la población soberana había disminuido. ¿Quién podía resistir tal existencia?

A insistencia de Jordin, habían caminado toda la noche. Con algo de suerte se pondrían en el camino de una patrulla o un grupo de incursión inmortal, una tarea facilitada en la oscuridad con su vista ampliada.

Pero esa noche no hallaron nada.

Se habían detenido en un pequeño pozo de agua para volver a llenar sus cantimploras cuando los primeros albores del amanecer tiñeron el horizonte oriental.

—¿Jordin?

La voz de Kaya rompió el silencio por primera vez en horas. Esta pareció diferente a los oídos de Jordin desde su conversión: escabrosa, de algún modo, como la mujer misma.

Jordin agarró la cantimplora.

—¿Están negros mis ojos?

Ella levantó la mirada hacia Kaya y al instante le vio el cambio en los ojos. *Creador*. Durante la noche se habían vuelto negros, rodeados por un chispazo dorado como si brillaran por detrás. Inquietantes y extrañamente hermosos.

Y muy parecidos a los ojos de los sangrenegras.

Ese no era el único cambio. Los labios de la muchacha estaban más oscuros; se habían profundizado en color hasta un rico bermellón, como manchados por vino. Contra la pálida piel del rostro parecían apasionados pucheros. Había desaparecido el rubor rosado de inocencia sobre las mejillas y el coral de sus labios. Estaba asombrosamente seductora. La lengua también era más oscura, coloreada por el mismo vino delicioso de los labios.

—¿Qué pasa? —preguntó Kaya levantando la mano y tocándose los labios con los dedos.

La mirada de Jordin se dirigió a las puntas de los dedos de la chica. Las uñas se le habían tornado varios tonos más oscuros que los labios, apareciendo casi negras.

Jordin levantó las manos y vio que sus propias uñas estaban iguales a las de la chica. Marcada. Alterada en cuerpo, mente y alma. El corazón se le aceleró pero no

de miedo o ni siquiera de disgusto. De modo que esto era ser inmortal. Una parte de ella aceptó con entusiasmo la transformación.

La parte más razonable se sentía profanada.

—¡Tenemos los ojos de los sangrenegras! —expresó Kaya poniéndose de rodillas y mirándose en la cristalina superficie del pozo.

—Así parece.

Pudo haber esperado una reacción más fuerte de parte de la jovencita, pero Kaya solo se quedó mirando su tenue reflejo con extraño asombro.

—No pareces terriblemente desilusionada —declaró Jordin.

—¡Es horrible! —vociferó Kaya mirándola.

Pero su tono no estaba tan cargado de disgusto como pudo haber sido. ¿O era que Jordin solo estaba proyectando su propia culpa falsa sobre la chica?

—¿Olvidaremos? Lo que significa ser soberanas... ¿lo olvidaremos?

—Nunca —objetó Jordin—. Moriré antes de olvidar.

Pero ya había oído su propia vacilación antes de la respuesta.

Llenaron las cantimploras y se bañaron, haciendo todo lo posible por eliminar cualquier olor persistente de soberanas en la piel y el cabello. Luego durmieron durante dos horas recostadas en una enorme roca cerca del pozo de agua antes de reanudar su viaje al noreste, al interior de la tierra de los desfiladeros.

Ella habría insistido en dormir más, pero ahora solo tenía cinco días para lograr lo imposible.

—Nos han visto.

—Sí —asintió Jordin mirando hacia abajo el enorme valle desde una elevación que divisaba una formación de quebradas profundas.

El peligro les había llegado al anochecer.

Habían pasado todo el día en dirección a la carretera norte que entraba en Bizancio, sabiendo que los inmortales patrullaban de modo rutinario las rutas de suministro al interior de la ciudad, con intención de cortarles el camino.

En el momento en que Jordin captó el olor de ellos trepó a la colina cercana más alta y emitió tres prolongados y agudos silbidos en dirección al tenue olor. Esa llamada de auxilio la habían usado los nómadas por décadas, y ella la conocía bien. Si la señal hubiera fallado, Jordin los habría seguido a pie.

No llegaron a eso. Los inmortales habían oído, y cuatro de los guerreros vestidos de negro cabalgaban hacia ellas, como espectros brillantes en el horizonte.

—¿Cómo sabemos que no nos harán daño?

—No lo sabemos. Pero no hay razón para creer que lo harían. A menos que empieces a actuar de manera extraña —advirtió Jordin lanzándole una firme mirada a Kaya—. Yo soy la única que hablará, ¿entiendes?

—Desde luego.

—No, no desde luego. Una palabra errada y podrías hacer que nos mataran. Así que no hablarás en absoluto. Solo imagina que eres muda.

—Una inmortal muda.

—Algo así. Sígueme.

Jordin bajó la colina para acortar la distancia entre ellos. A los cinco minutos los inmortales eran jinetes totalmente formados sobre caballos negros, con la postura de quienes poseían el mundo, guerreros protegiendo su reino. En el desierto, al menos, esto era verdad. Roland había labrado su mundo gobernando aquí con total libertad y supremacía.

Mientras los soberanos se encogían de miedo debajo de Bizancio.

Jordin se detuvo cuando ellos estuvieron a cien metros y los dejó acercarse. Rápidamente examinó la condición en que ellas se hallaban. Las marcas en su arco y el acero en las puntas de sus flechas eran de diseño soberano, por eso las había enterrado en la arena junto con la mochila. Eso las dejaba solo con la ropa que usaban y sus cantimploras. Había ocultado un solo frasco de sangre en la cantimplora... con un poco de suerte pasará desapercibido.

La misión de Jordin la había traído a este momento. No tenía idea de cómo Roland organizaba sus inmortales o qué clase de persuasión podrían estos tener sobre él. Ella había matado a un inmortal, hazaña que solo una semana atrás habría festejado. Pero hoy día, con las horas acortándose, esto solo era un paso en un viaje imposible. Ahora vería a sus primeros inmortales cara a cara. Entonces sabría.

El jefe de la patrulla hizo trotar a su caballo y se acercó muy cómodo. Dobló a la izquierda y rodeó una vez a las jóvenes, a diez pasos de distancia, suficientemente lejos para evitar un ataque, y suficientemente cerca para examinarlas con todos los sentidos. Jordin no pudo dejar de admirar la seguridad con que él cabalgaba: no era precaución sino simple razón. Los ojos del inmortal la examinaron a través de las aberturas en la cubierta de la cabeza. Un estupendo inmortal. Un fantasma disfrazado de hombre.

¿Lo conocería Jordin de sus días como mortal? De ser así, él también la reconocería, y ella tendría que hablar rápido, y quizás actuar aun con mayor rapidez. Recordó que una vez había podido superar en combate al mortal más hábil. Los adelantos que ellos disfrutaban debido al cambio que experimentaban, ella también los poseía.

Los otros tres inmortales se detuvieron a cinco pasos de distancia, uno al lado del otro. Ninguno habló hasta que el jefe terminó su circuito y se acercó más.

—Puedo ver que ustedes tienen carne inmortal —declaró el hombre—. Pero no veo nada más inmortal respecto a ustedes.

Jordin inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Entonces ustedes sirven bien a nuestro príncipe —replicó y levantó la mirada hasta encontrar la de él—. Igual que yo.

—¿Como una vagabunda extraviada en el desierto? —intervino uno de los otros—. ¿Y qué de la belleza a tu lado?

Entonces el sujeto dirigió la mirada hacia Kaya.

—Tú podrías servirle mejor ofreciéndonos tus consuelos —concluyó él.

El calor estalló en el cuello de Jordin. Sin embargo le daría un buen uso a la simple lujuria del hombre.

—Dudo que él lo permitiría.

—Entonces no conoces a nuestro príncipe.

—Y ustedes no saben lo que tenemos para ofrecer a cambio de cualquier servicio que él desee. Por desgracia para ustedes, lo que tenemos es únicamente para Roland, no para jóvenes sementales en entrenamiento.

El aire quedó inmóvil. Jordin pudo realmente oír las palpitations del corazón del hombre, como el rítmico batido de alas de una mariposa en el aire. Su ritmo no vacilaba. El jinete en el extremo izquierdo finalmente rio.

—Es evidente que no sabes a quién le estás hablando. Sephan no es precisamente joven. Sin embargo, él entrena a lo mejor del grupo selecto del príncipe. Deberías cuidar tu lengua si esperas conservarla, belleza.

—Y yo creí que Kaya era aquí la belleza —replicó Jordin.

El jefe adelantó su caballo un paso.

—Kaya, ¿verdad? —inquirió, mirando hacia abajo a la chica—. ¿Y qué tienes que decir por ti misma, Kaya? ¿Qué clase de servicio hacen tú y tu amiga hablante aquí para ofrecer a nuestro príncipe?

Kaya lanzó una rápida mirada a Jordin, pero el jefe intervino.

—Mírame a mí, no a ella —ordenó él—. Tu vida está ahora en mis manos. ¿Cómo se llama tu amiga?

Kaya observó al encumbrado jinete como si fuera el mismísimo príncipe, al parecer cautivada por esos ojos profundamente atractivos y la voz sensual.

—No soy libre para decirle eso —expresó Kaya.

—Entonces ninguna de ustedes es libre para vivir.

—Ella viaja conmigo —observó Jordin—. Yo hablo por nosotras.

—Ustedes están en mi jurisdicción, y las dos contestarán mis preguntas.

—No pretendo ser irrespetuosa. Solo digo que yo dispongo de Kaya como tú dispones de tus hombres.

—Tú no dispones nada más que de mi atención, y esta se está agotando. Mantenme interesado y te podría ir bien.

El hombre volvió a mirar a Kaya, desestimando a Jordin.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Jordin antes de que el inmortal pudiera hablar

—. Roland querrá saber quién fue ese que desestimó tan rápido a la que él mismo entrenó para que fuera su campeona. La que ahora le trae noticias que le harán ganar una guerra.

Lentamente la cabeza del cabecilla giró de nuevo, por primera vez sus ojos revelaron verdadero interés. De modo despreocupado regresó a mirar a sus hombres mientras extraía un cuchillo del cinturón y lo lanzaba a la arena a los pies de Jordin.

—Demuéstrame —ordenó.

—¿A cuál quieres que mate?

—A cualquiera que creas que puedes.

El silencio se posó entre ellos, solo interrumpido por el zumbido de una mosca y el movimiento de la cola de un caballo. Jordin quedó súbitamente abrumada por la urgencia de matarlos a todos. ¿A cuántos soberanos habían masacrado estos mismos inmortales un año atrás?

Pero intentar matar a cualquiera de ellos, peor aun a todos, solo terminaría en tragedia. Estaban habituados al combate, manteniéndose profundamente alerta. Además eran el camino de ellas hacia Roland.

—Escoge uno —propuso ella.

—Te doy esa alternativa.

—Sin una orden directa, no puedo matar a alguien que sirve a mi príncipe. Pero te puedo asegurar que he matado a muchos sangrenegras. Ellos son mis enemigos, no ustedes.

El comandante se quedó en silencio por un prolongado momento, luego sacó algo de debajo de su manto negro. Una manzana.

—Levanta el cuchillo.

Jordin se inclinó hacia el arma, sin dejar de mirar al hombre. Apenas se había medio enderezado cuando él despreocupadamente lanzó la manzana al aire.

La joven permitió que el mundo se le desacelerara. El tiempo también se desaceleró. La manzana colgaba perezosamente en el trémulo aire, un objeto suspendido, imposiblemente grande. Ella sintió que una rodilla le caía al suelo mientras reaccionaba sin pensar. Hizo chasquear la muñeca para enviar la hoja contra la fruta, sabiendo ya que su puntería era certera.

Pero incluso cuando el cuchillo salía de su mano vio que la manzana solo era una distracción destinada a poner a prueba las verdaderas habilidades de Jordin. El inmortal que había comentado sobre la belleza de Kaya ya estaba haciendo girar su mano enguantada. Una hoja circular cortó el aire con vertiginosa velocidad.

Ella lanzó su peso hacia atrás, arqueando la espalda. El arma del inmortal le pasó zumbando la cara, casi desapareciéndole la nariz, y se enterró con un ruido sordo en la arena detrás de Jordin. Ella entonces rodó sobre la espalda y al instante se volvió a poner de pie.

La manzana yacía en el suelo a tres metros, cortada en dos.

Los inmortales no se movieron.

Jordin agarró tranquilamente la hoja circular de la arena y la lanzó al que la había arrojado.

—Creo que perdiste esto —le dijo.

Él agarró hábilmente la esfera de acero en el aire.

—Así que tienes algo de habilidad —manifestó el jefe—. Mi nombre es Rislón. Necesito el tuyo.

—Mi nombre solamente lo conoce Roland. Como puedes ver, estamos aún vestidas en ropa de calle debido a nuestra misión en la ciudad. Logramos salir en un transporte pero no tenemos caballos. O nos das uno de los tuyos o nos regresas contigo al grupo selecto. Ya hemos perdido mucho tiempo.

Rislón la miró, pero ella sabía que ya se lo había ganado.

—Serás recompensado, Rislón. Te puedo prometer que la noticia que le traigo a Roland la celebrarán todos los inmortales.

—Tú vas conmigo —expresó él inclinando la cabeza.

Kaya miró a los otros, indecisa.

—Tú, hermosa Kaya... —masculló el cabecilla haciendo sobresalir la barbilla hacia el primero que la llamara así—. Cabalgas con Sephan.

Capítulo diez

FEYN PERMANECIÓ DELANTE DE la ventana con cristales espejados del salón de observación, nombre erróneo dado a lo que en realidad para nada era un salón, sino más bien una celda aislada del antiguo y profundo calabozo debajo de la Fortaleza. Tampoco se usaba para observación. Pocos tenían las agallas para observar las más íntimas investigaciones de Corban. Feyn notó que Ammon brillaba por su ausencia.

Un solitario accesorio eléctrico colgaba inactivo del manchado techo del calabozo. En momentos como este las antorchas eran más que eficaces. Dos de ellas iluminaban los extremos opuestos de la celda de tres metros, silbando ante las gotas de humedad que de vez en cuando caían del techo. Las barras metálicas de la celda habían sido reemplazadas por un muro con la única ventana de cristales espejados. La pesada puerta adyacente a la ventana servía como la única entrada al salón. Una sola entrada. Una sola salida. Por lo general mediante un carro con ruedas para quien se sentaba en la silla.

La silla tenía respaldo alto y pesado, con patas y brazos de resistente palo fierro. Su duro asiento y sus anchos brazos estaban acostumbrados a la lucha, a la cual eran indiferentes. Pero el personaje sentado en su implacable asiento aún no había luchado ni una sola vez.

Rom.

Dentro de la celda, y con una enorme jeringa en la mano, Corban se alejó de una mesa pequeña de acero situada exactamente debajo de la antorcha de la derecha. Hizo una reflexiva pausa delante de la silla, obstaculizándole por un instante la vista a Feyn.

—¿Cuántos de los de su clase todavía viven? —inquirió el alquimista.

—Suficientes.

—¿Suficientes para qué? ¿Para hacer más?

Rom no dijo nada a esto.

—¿Dónde se ocultan?

Silencio desde la silla.

—Tenemos los medios para hacer que usted nos diga todo, ¿sabe? Debe comprender eso.

Si Rom lo comprendió, no mostró ninguna señal.

—¿Le monitoreaba su viejo alquimista, a quien usted llamaba «el custodio», los cambios en su sangre de semana en semana, o una vez al mes? —preguntó Corban; la voz a través del altavoz sonó aguda al oído de Feyn, nasal y poco interesante.

Silencio desde la silla.

—Me ayudaría en gran manera saber qué cambios descubrió él en la sangre de usted y a qué intervalos específicos la analizaba. Supongo que acumuló un conjunto

de investigaciones con tantas conversiones como usted asegura haber experimentado.

El alquimista se volvió, jeringa en mano, e hizo una pausa, sin molestarse por el silencio de Rom. Entonces se acercó, se inclinó sobre el brazo atado a la silla, e insertó la aguja en la vena de Rom. Las correas de cuero que rodeaban los brazos y las piernas de su ocupante habían sido reforzadas tiempo atrás con fuertes bandas de acero. Ni siquiera Seth había podido liberarse cuando lo abatieron a fin de probar su lealtad.

Por primera vez durante los quince minutos que Feyn había estado delante de la ventana, Rom levantó la cabeza, posando la mirada justo en la parte inferior de la pared debajo de la ventana.

El hombre tenía el rostro afectado, tanto por la lóbreguez de la celda en la que lo mantenían, como por las bromas que los guardias le habían jugado. El cabello se le había soltado y le colgaba sobre el rostro; varios mechones entrecanos se le pegaban al cuello. Una cortada reciente se le había secado por encima del ojo. Un moretón ennegrecido le hinchaba la mejilla derecha.

—Admito para mi propia perplejidad —declaró Corban mientras la jeringa en su mano se llenaba de sangre—. No he visto ninguna diferencia asombrosa en la sangre de ustedes que explique el color de sus ojos. Quizás una muestra tomada de un espécimen vivo revelará algo más. Mientras tanto, estoy curioso. Si me lo permite... ¿por qué ustedes se hacen llamar «los del soberano»?

—Porque el nuestro es un nuevo reino —contestó Rom después de otro momento de silencio; la voz era ronca por la sed, pero sin actitud desafiante y extrañamente tranquila.

—Sin embargo, solo existe un reino —explicó el alquimista levantando la cabeza y mirándolo a los ojos.

—¿Cómo tú, siendo un hombre muerto, sabrías esto?

—Solo hay un mundo y un gobierno mundial. Un Creador de mi vida, un nuevo Orden mundial bajo ese Creador.

—Solo uno que puedes ver.

—¿Vive usted entonces en un reino diferente? —preguntó sutilmente el maestro alquimista, del modo en que se complace a quien está un poco desquiciado—. ¿Se han separado sus seguidores del gobierno de este reino?

—Por así decirlo —contestó Rom con una singularidad peculiar en la boca que Corban no pudo ver porque había bajado la mirada hacia la jeringa; pero Feyn sí se percató del gesto.

—¿Y considera usted a su líder, el niño muerto Jonathan, como su verdadero soberano?

—Lo fue y lo es.

—No lo parece, dado que está muerto y que nuestra señora es la soberana.

—Mi soberano vive.

—¿De veras? —replicó Corban arqueando una ceja.

—Tú lo crees muerto. Pero también crees que estás vivo.

—Yo estoy muy vivo, como usted puede ver. Por otra parte, su supuesto soberano está bien muerto. Sin embargo usted asegura estar vivo y que yo no lo estoy, y que un niño muerto es soberano y que nuestra señora no es quien reina. Claramente se ve la locura de su lógica distorsionada.

—Jonathan vino a traer un nuevo reino. No de poder político, lo sé ahora, sino un reino de vida. Soy parte de ese reino. En realidad soy más soberano que tu «señora».

—Con usted lo negro es blanco, y lo blanco es negro.

—¿Cómo sabes qué es negro y qué es blanco?

—Porque puedo ver realmente.

—¿De veras?

—Definitivamente la evidencia señala a mi favor. No hay nada en absoluto que sugiera vida superior en su sangre —declaró Corban sacando la aguja y haciendo una pausa—. Y sin embargo, se cree superior, ¿no es así?

—Me considero vivo —expresó Rom mirando al alquimista con el verde en los ojos vívido aun en las sombras de la cámara—. Vivo y en una forma que tú nunca podrás estarlo. Feyn, por otra parte, sí puede saborear la verdadera vida, y lo hará.

—¿Qué evidencia tiene usted de esta supuesta vida? —cuestionó Corban caminando hacia la mesa sin demostrar ni una sola vez alguna molestia por las afirmaciones de Rom—. Sin duda está el color de sus ojos, aunque los alquimistas han logrado tales variaciones durante siglos. Está su hedor. También hay una leve variación en su sangre, pero nada más. ¿Tiene usted alguna habilidad que yo ignore?

—Solamente la vida misma —contestó Rom en voz baja después de hacer una pausa de un par de segundos.

—Hemos observado que los inmortales tienen un sentido altamente evolucionado de percepción —comentó el alquimista como si no hubiera oído a Rom, y Feyn se preguntó si en realidad no lo había oído—. Le recuerdo que usted ha experimentado eso. Pero no he notado ninguno de tales atributos en quienes se hacen llamar soberanos.

No hubo respuesta.

—Usted no tiene las fuerzas, la velocidad, ni la extraordinaria genética de un sangrenegra. Incluso yo diría que ha envejecido en gran manera desde la última vez que lo vi —opinó Corban sacando el tubo del cuerpo de la jeringa y agarrando un bolígrafo para rotularlo—. ¿Tiene usted la esperanza de larga vida de los canallas inmortales?

—No.

—¿Qué entonces... le brinda exactamente esta... «vida»? —balbuceó mientras

depositaba el tubo en un enrejado.

—Esperanza.

—Esperanza. ¿En la otra vida?

—La felicidad es un misterio que nadie ha entendido —contestó Rom después de titubear.

—Ya veo. Esperanza entonces para esta vida —dijo Corban mientras levantaba un pequeño par de tijeras y regresaba a la silla—. Y sin embargo en medio de esta vida usted ha pasado a la clandestinidad a fin de escapar al exterminio sistemático de su secta.

El individuo se inclinó hacia uno de los dedos de Rom y cortó un pedazo de uña.

—Según tengo entendido, todos ustedes han sido eliminados —continuó—. Su vida para nada se parece mucho a una vida.

Había satisfacción inconfundible en la voz del alquimista mientras se enderezaba. Entonces se volvió.

—Usted ha renunciado a mucho, ¿y para qué? ¿Qué ha ganado?

—Todo lo que tú has perdido.

—Y sin embargo no he perdido nada —objetó Corban volviendo a la mesa y depositando el pedazo de uña en un pequeño frasco en el estante.

Entonces el alquimista agarró otra jeringa, esta vez más pequeña, y pinchó la aguja a través del tapón de caucho del frasco. Lo llenó. Volvió hasta donde Rom y sin ningún preámbulo le deslizó la aguja en el hombro a través de la camisa.

El soberano no mostró señal de que sintiera el dolor, aunque debió ser insoportable.

—No encuentro ninguna ventaja notable sobre un amomado común a no ser simples emociones —comentó, lanzando tranquilamente la jeringa al interior de un cajón y sacando luego del bolsillo de su bata de laboratorio un instrumento de plata—. Usted no presenta ninguna evidencia que me muestre que tenga esta nueva vida que afirma poseer.

Silencio. Pero la mirada de Rom era clara y la expresión inquebrantable... incluso mientras Corban se inclinaba con el instrumento, que se asemejaba a un cortapuros, y le cortaba el dedo meñique con un fuerte *chasquido*.

Ahora el rostro de Rom tembló y la respiración se le entrecortó.

—Una prueba solamente —expresó el alquimista—. Es lo único que pido.

—No puedo —respondió Rom a través de una mandíbula apretada; la sangre caía como suave lluvia del muñón del dedo hasta el piso, y visibles gotas de sudor le aparecieron en la frente—. Simplemente lo sé.

—¿Y qué es el conocimiento sino creer que eso es conocimiento? —inquirió el alquimista llevando el dedo de Rom a la mesa—. Nadie engañado cree alguna vez estar equivocado.

Otra vez no hubo respuesta. Tal vez las palabras de Corban se estaban asimilando.

—Le he inyectado un agente coagulante —comunicó el alquimista agarrando una bolsita plástica y poniendo dentro el dedo—. Debería ayudarle con el sangrado, aunque no con el dolor.

Feyn había pensado que aquello era alguna clase de anestésico. Y sin embargo en todo este tiempo Rom no había gritado ni llorado. La llovizna de sangre se redujo al mínimo, y el muñón del dedo se irritó y se puso rojo a pesar del corte limpio.

La mirada de Rom se dirigió hacia el vidrio a través del cual Feyn observaba. Una vena había comenzado a palpitar en la sien del hombre.

—¿Puedes desafiar a tu ama? —preguntó tranquilamente.

—¿Con qué fin? —respondió Corban, aún de espaldas.

—Aunque solo fuera para saber que puedes hacerlo.

—Nunca lo haré.

—Porque no puedes. Tú, mejor que nadie, lo sabes. No tienes alternativa. Eso está en tu naturaleza junto con la sangre que te formó.

—Una misericordia de mi soberana creadora. Nunca tendré la oportunidad de desafiarle su nuevo Orden.

—Únicamente los muertos no toman decisiones.

El alquimista hizo una pausa.

—¿La has amado por decisión propia? Por supuesto que no, no puedes, ¿verdad? Los muertos no pueden amar. Tu ama te ordena obediencia pero esto resulta sin amor. Te preguntas por qué nosotros haríamos lo que hacemos. La respuesta es el amor. En tu mente te dices que estoy loco. Sin embargo, ¿ves a un demente delante de ti?

—Los engañados siempre están locos —expresó Corban mirándolo con curiosidad.

—Sin embargo hasta tu ama sabe que no lo estoy. Ella sabe que nunca me he equivocado. ¿He sido temerario? Sí. ¿Fanático? Tal vez. Pero demente... nunca.

Rom hizo una pausa, respirando varias veces por la nariz. Cuando volvió a hablar tenía los ojos fijos en la ventana.

—Desde el día en que te saqué de tu habitación y te llevé fuera de la ciudad supiste que yo era portador de la verdad. El día en que vine por ti después de que despertaras de la estasis dijiste que no necesitabas salvación, pero en el momento en que conociste a Jonathan supiste que era cierto. Todo ello. Y lo que digo ahora es verdad.

Un escalofrío recorrió los brazos de Feyn. ¿Podía él verla? Pero no, él solo esperaba que ella estuviera observando.

—Y ahora he venido porque la verdad permanece. Morirás. He venido una última vez para salvarte. Por la verdad. Por amor.

Algo respecto a él... el hombre era ferviente. Magnífico, incluso en su demacrada

condición. Antes la había ganado con su convicción. Con argumentos febriles y persuasivos. Ella supo entonces que él soportaría cualquier experimento, cualquier dolor que le provocara todo un equipo de alquimistas. Algo era cierto: él creía. Una convicción sin evidencia... sin siquiera un líder vivo. Esto maravillaba a Feyn. La desconcertaba.

La vena negra debajo de la superficie de la mano le picó, y ella se rascó; una de las uñas le sacó sangre.

Rom había tenido razón en muchas cosas, eso era así. Pero cuántas vidas había gastado en la búsqueda de esto... ¿de esta fe en algo como para entregar su vida a un propósito superior incluso al sueño de la felicidad o al temor al infierno? Sería un acto de misericordia matar ahora al hombre.

—Usted habla de amor —manifestaba Corban—. ¿Y produce menos dolor el amor? ¿Menos ira? ¿Más paz? Creo que los de su clase deben ser un manojo de nervios viviendo como vive usted ahora. Llenos de desdicha.

Rom no respondió. No había duda que los suyos conocían la desdicha.

Corban le levantó la cabeza por la barbilla, y la fijó al respaldo de la silla con una correa de cuerpo a través de la frente. Otra debajo de la barbilla.

La fe de él lo mataría, y él lo permitiría.

El alquimista agarró de la mesa un pequeño separador metálico y volvió a la silla. Abrió el ojo izquierdo de Rom y fijó los bordes del aparato a los párpados superior e inferior hasta que el color verde del glóbulo ocular resaltó bastante del cráneo.

Rom podría morir en un charco de su propia fe. ¿Para qué? ¿Para demostrar algo? ¿Para supuestamente salvar a Feyn? No. Porque creía, por equivocada que fuera esa creencia.

Como tal, representaba muchas veces la amenaza que ellos habían creído que él era. Los soberanos habían entregado sus vidas a manos de los inmortales. A manos de los sangrenegras de ella. No porque tuvieran más fortaleza, sino porque estaban dispuestos a morir por lo que creían. El sufrimiento o la amenaza de muerte resultarían insuficientes para obligarlos a someterse. La razón no podía disuadirlos.

Y eso los convertía en enemigos mortales. Aunque Rom y su banda de desadaptados no representarían un peligro inmediato para el gobierno de Feyn, podrían crear más de los de su especie, y todos poseían capacidad para rebelarse. Ella no podía tolerar tal amenaza a su soberanía.

Rom era la clave para su propia especie.

Si él no reaccionaba al dolor ni a la razón, ella se ganaría su confianza. ¿No había él hecho lo mismo por ella una vez?

Corban había vuelto a la silla con un instrumento único hecho a mano que asemejaba una garra redonda con un mango largo. Los bordes brillaron a la luz de la antorcha mientras el alquimista guiaba la hoja hacia el ojo izquierdo de Rom.

Feyn dio un paso al frente y accionó un interruptor. El dispositivo eléctrico farfulló con vida industrial e inundó la cámara con luz.

El alquimista se detuvo mientras Feyn pulsaba un botón junto al interruptor.

—Deja el ojo —ordenó ella—. Él ya está ciego.

Capítulo once

LOS INMORTALES LLEVARON A Jordin y Kaya hacia el noreste, al interior de los cañones conocidos una vez solo por los primeros nómadas, siglos antes de que escaparan al norte de Europa Mayor, para vivir allí libres de los estatutos del Orden. Al calor de fogatas Jordin había oído historias de serpenteantes y profundos recodos y de enormes precipicios. Se decía que si alguien no conocía el laberinto de cañones tan bien como la propia palma de la mano, podía perderse dentro de ellos para nunca ser encontrado.

El aire se enfrió mientras la oscuridad se asentaba alrededor de los cuatro caballos y sus jinetes. Los inmortales habían conservado el gobierno de sus pensamientos, caracterizado tanto por el silencio como los mortales por la frivolidad. Quizás se debía solo a que estaban preparados para el combate y a que eran cautelosos para exponerse, pero Jordin sintió que se trataba de algo más. Ellos no perdían palabras ni movimientos. Hasta su respiración parecía excepcionalmente controlada, como si no fuera para nada un acto inconsciente.

Ella comprendía esto. Su propia respiración se había dilatado, y cada bocanada de aire que le entraba en los pulmones estaba cargada de significado sensorial.

Cabalgando detrás de Rislon, al principio Jordin se vio desanimada por la proximidad imposible estrecha al poderoso inmortal y la piel pálida que imaginaba detrás del negro sudario que le cubría el rostro y la cabeza. Ella se preguntó cuántos soberanos habría matado él, y si la suya era la espada que había tajado a alguien que la joven alguna vez llamara amigo. Pero a medida que serpenteaban entre los cañones, sus rostros, una vez muy claros para ella, eran sombras delante del ojo de la mente femenina; los recuerdos lejanos contra la textura del cañón de piedra y los poderosos músculos del semental debajo de ella. Aun como segunda jinete, Jordin se sintió unida al poderoso animal y a las ensordecedoras palpitations del enorme corazón equino. Incluso con el mismo Rislon.

Kaya cabalgaba con los brazos alrededor de Sephan, la mejilla pegada contra la espalda, observando a Jordin con ojos redondos. No parecía ni asustada ni incómoda, sino sin poder salir del asombro.

Jordin pensó que no reconocería a ninguno de sus captores entre una multitud de otros inmortales, pues vestían uniformemente ropa oscura y tenían los rostros envueltos en muselina negra. Uno de los otros dos desconocidos podría ser el mismo Roland y ella nunca lo sabría.

No, a menos que lo supiera.

Sin embargo, la propensión de esta raza por cubrirse aún estando lejos de la civilización era un misterio.

Habían viajado tres horas y entraron a un profundo cañón para cuando Rislon

disminuyó el ritmo de su montura hasta ir al paso, inclinándose hacia una fisura de no más de cinco pasos de ancho en la pared del precipicio. Jordin siguió la línea de roca escarpada... hacia donde el abismo se encontraba con el cielo. Centinelas, siete a un costado, perfilados entre titilantes estrellas. Tan imperceptibles como sombras, y que la joven nunca habría visto sin agudo sentido inmortal.

Cuando se acercaban a la brecha, una docena de inmortales montados se unieron a los centinelas a cada lado. Luego cien más. Miraban hacia abajo en perfecto silencio. Seguramente no expresarían tal interés en la llegada de una inmortal sin rumbo rescatada del desierto. El mensaje debió haber viajado mediante algún correo invisible para ella.

Durante la última hora, Jordin había olvidado su misión. Ahora la recordó con pavor morboso. Había venido en un intento por obtener las cabezas de sus dos mayores enemigos: Feyn y Roland. Pero ahora, ante la vista de los inmortales alineados en el precipicio, supo que cualquier intento por obtener la cabeza de Roland resultaría en nada menos que una muerte segura: la suya. La de Kaya. Aunque se las arreglara para convencer al príncipe de que unieran fuerzas en la misión de matar a Feyn, miles de leales inmortales se hallaban entre ella y el mismo Roland.

Uno de los caballos relinchó. El sonido resonó en el estrecho pasaje. En lo alto, una docena de jinetes se ponía a la par en cada borde del abismo andando a sabía cansino. Una mala jugada, un movimiento sospechoso, y ella sabía que una docena de flechas le perforarían el corazón por la espalda. Oiría la vibración de las cuerdas de los arcos, vería la perezosa aproximación de cada saeta, se movería en la silla para evitar los proyectiles. Pero no podría evitarlos a todos.

Las paredes verticales a lado y lado se abrieron, dando paso a una gran meseta natural redonda esculpida en los precipicios. De cien metros de diámetro, iluminada por antorchas espaciadas de manera uniforme. Desde el cielo, la estrecha fisura que penetraba en la gran meseta podría parecer una llave. ¿Qué secretos yacían encerrados en los elevados farallones de esta guarida inmortal?

Solo uno que importaba: el mismísimo príncipe inmortal, el corazón de la sangre que ahora bombeaba a través de las propias venas de la joven.

A la izquierda, escaleras como asientos en media luna de un anfiteatro excavado en la roca bajaban hasta un estanque alimentado por una pequeña cascada cercana. Agua, ¡en medio del desierto! Tres árboles caducifolios surgían de la playa de arena cerca del agua. Por encima, uno crecía directamente de la roca.

Hacia la derecha, dos entradas abiertas en la pared rocosa. Una luz de antorchas resplandecía desde el interior, dando la apariencia de dos ojos centelleantes. Un largo establo abierto se ubicaba en medio.

Según los cálculos de Jordin, allí había solo unas pocas docenas de caballos. Sin duda había más en las cercanías. Los soberanos habían calculado en miles la fuerza

local de Roland, y quién sabía cuántos inmortales podrían vivir más allá del alcance de Bizancio, esparcidos como dedos tenebrosos que intentan agarrar el resto de Europa. ¿Podrían las cuevas en estos acantilados albergar a tantos? Seguramente no.

Así que entonces aquí estarían los guerrilleros más mortíferos y otros considerados necesarios para la misión que tenían. Y sin embargo, la vista delante de Jordin no era la de un campo normal de guerra.

Un humo se escapaba en grises mechones desde dos fisuras en el suelo del cañón. Un olor a carne asada flotaba a través del enclave, recordando a la chica que habían pasado dos días sin una comida apropiada.

La sombra de un cuerpo apareció en el borde del anfiteatro, habiendo emergido de una entrada oscurecida en la roca cerca de lo alto de la escalera. Unos dedos blancos sujetaban el frente de una capa que se arrastraba como una mancha de tinta por la piedra esculpida. Una mujer, por sus movimientos... confirmada en el momento en que echó para atrás la capucha y dejó caer por completo la capa sobre la escalera. La luz de la luna le dio de lleno en el rostro, y Jordin apenas contuvo la necesidad de lanzar un grito; esta era la primera vez que veía el rostro de un inmortal, y mucho menos un cuerpo sin su vestimenta. La mujer era sorprendentemente hermosa. Aun desde aquí Jordin le podía ver la mancha oscura de los labios, las descoloridas mejillas que reflejaban más las mismas estrellas que el cálido resplandor de la antorcha cercana. El largo cabello de color negro azabache le caía casi hasta la cintura.

A su lado, Jordin sintió más que vio la embelesada atención de Kaya. La mujer inmortal se detuvo y levantó la mirada hacia la línea de centinelas a lo largo del precipicio, como quien percibía un nuevo olor en el aire, antes de asentir de manera casi imperceptible con la cabeza. Y ahora Jordin vio que estas no eran las ágiles piernas de la mayoría de las mujeres, sino que eran esbeltas y talladas. Tenía los hombros cableados con músculos que solo vienen de vigoroso acero.

La mujer descendió los peldaños que ingresaban al estanque y luego entró al agua hasta que solamente los hombros le quedaron por encima de la superficie, y el cabello negro se extendió como aceite sobre el agua. La superficie se onduló, reflejando la luz de las antorchas, y Jordin casi se estremeció: por un instante el agua pareció tan roja como la sangre.

La misteriosa dama no hizo ningún sonido, pero se deslizó con los ojos abiertos debajo del agua durante un momento increíblemente largo antes de emerger en el otro lado. Lo hizo dos veces más, y a Jordin se le ocurrió que la mujer no se bañaba en aras de la higiene, sino como si hiciera un ritual de pureza.

Más allá del estanque la delgada cascada emergía por una fina hendedura en la roca, caía libremente siete metros hasta una plataforma de piedra y se deslizaba en la roca antes de alimentar de lleno al estanque. Un hombre podría estar de pie bajo esa

cascada mientras el agua le caía a raudales. Por un extraño momento Jordin pensó en la imagen de Roland haciendo precisamente eso, desnudo, con el pecho extendido y los brazos abiertos, mientras los inmortales descendían al estanque en comunión allá abajo.

¿Era este un vestigio del conocimiento soberano o la mente se le estaba escapando con ella misma?

—Permanece callada a menos que se te hable —comunicó Rislon dirigiéndola hacia los establos donde los otros dos de los cuales no se sabía sus nombres ya desmontaban.

—No necesitas decirme cómo comportarme entre los míos —replicó Jordin mientras entraban en fila.

—Los magníficos no son de los tuyos, o yo lo sabría. No sé a qué misión afirmas haber sido enviadas por el príncipe sin mi conocimiento. A menos que se diga lo contrario, considérate prisionera. Desmonta.

Jordin se deslizó del lomo del semental y aterrizó suavemente sobre la arena. Tenía los muslos adoloridos por el viaje, pero recibió con gusto la molestia. Ella había nacido para cabalgar, nómada hasta la médula. Había pasado demasiado tiempo.

Por otra parte, Kaya había nacido amomiada y solo había pasado días entre los nómadas mortales antes de que Rom y Roland tomaran caminos separados. Sephan parecía muy dispuesto a ayudarla a bajar antes de quitarse hábilmente el negro envoltorio de la cabeza para dejar al descubierto una larga cabellera negra y una pequeña barba contra la piel pálida. Guiñó un ojo cuando Kaya lo observó.

—Esa recomendación también va para ti, preciosa —le expresó Rislon a Kaya.

Fue entonces, con la atención de los dos hombres puesta en Kaya y cuando el caballo sacudía la cabeza con un tintineo de arreos, que Jordin dejó caer la cantimplora dentro de un montón cercano de heno. Le dio una patada suave con la suela de caucho. El recipiente se deslizó inclinado dentro del establo cercano, detrás de la pared del frente. Era lo mejor que Jordin podía hacer ahora; no se atrevía a llevarla consigo a algún espacio cerrado con agudas narices inmortales cerca. Aquí al menos el olor a estiércol podría camuflar el contenido de la cantimplora.

—Sígueme —ordenó Rislon volviéndose hacia la entrada de la cueva más lejana a la derecha.

Las paredes labradas de la cueva formaban un corto túnel que terminaba en una puerta grande de madera con tres pesados pasadores, y que podía abrirse por ambos lados, pero que solo se cerraba desde uno: por dentro. Rislon deslizó los pasadores de arriba abajo y luego jaló la pesada puerta con la manija del último. Jordin observó que se abrió hacia afuera, hacia los visitantes y no hacia adentro sobre quien podría estar atendiendo el otro lado, un testimonio de su historia como un antiguo reducto.

Ella quiso que el corazón le latiera a un ritmo constante mientras seguía a Rislon dentro del amplio pasaje interior. La joven sabía que *él* estaba aquí en alguna parte.

Pero había algo más. Al entrar al cada vez más ancho corredor, ya no de roca toscamente labrada, sino compuesto de una serie de arcos tallados dignos de cualquier basílica antigua, la joven tuvo la extraña sensación de que había llegado a un lugar al cual pertenecía.

Aunque Jordin nunca había estado en este sitio, la sangre dentro de ella había llegado a casa. Su agitación interior era tanto euforia como pánico. De nuevo quiso que el pulso se le calmara, que se le quietara antes de que lo escucharan oídos inmortales.

La luz de antorchas adelante. Entonces los arcos desaparecieron mientras el corredor se abría en una sofocante caverna de tres pisos de alto.

Kaya, a su lado, contuvo el aliento.

El espacio estaba iluminado por una lámpara de araña de hierro macizo. Con un diámetro de por lo menos tres metros estaba cargada con docenas de velas, y sus mechas ardían débilmente a esta hora tardía. Una amplia escalera se enroscaba a lo largo del muro y llegaba hasta una plataforma suficientemente grande como para cincuenta personas antes de descender por el otro lado, en el cual el último peldaño terminaba justo frente a otro corredor. En la plataforma, que se apoyaba en gigantescos puntales de madera, dos inmortales se apoyaban en la barandilla, mirando perezosamente al grupo que entraba. Las velas en la araña, prácticamente al nivel de ellos, irradiaban su brillo en los pálidos rostros de los hombres. Ahora Jordin vio que la baranda no se componía de barrotes de hierro, sino de una asombrosa colección de espadas, con las puntas hacia abajo, algunas con piedras preciosas incrustadas en las empuñaduras.

El piso debajo de la plataforma estaba cubierto con gruesas y exóticas alfombras y con sofás de terciopelo, divanes y sillas de respaldo alto, varias de las cuales las ocupaban hombres y mujeres en varias etapas de búsqueda romántica o intoxicación lánguida. Un hombre yacía de costado sobre los brazos de una pesada silla, y seguía con la mirada los movimientos de una mujer que danzaba al son de música que solo ella oía.

En medio de la parte más espaciosa de la cámara se extendía una mesa de madera extraordinariamente grande cargada con tres candeleros gigantes que ardían débilmente, varias jarras de vino (ella podía oler los taninos) y siete inmortales. Estos reposaban contra sillas talladas, y de los apoyabrazos de algunas colgaban pesadas copas de madera.

Más allá de la mesa, que la rodeaban por lo menos treinta sillas, pesadas cortinas de seda oscurecían parcialmente la entrada a por lo menos otros tres corredores en el nivel más bajo y otro en la plataforma superior. Más sedas y tapices cubrían las

paredes ya no toscamente talladas, sino esculpidas en lo alto con relieves de serpientes en medio de una noche llena de estrellas y, más cerca del suelo, asientos adornados con cojines debajo de la luna fría de piedra.

Toda la cámara estaba ocupada por casi treinta inmortales, y la mayoría de las miradas se voltearon hacia los recién llegados.

Al lado de ella, Kaya miraba como hipnotizada.

El pulso de Jordin se le aceleró mientras hacía un rápido y arrollador inventario de las personas presentes. Pero no, no reconocía ninguno de estos rostros como aquellos que había conocido antes, mortales del campamento nómada donde ella se criara desde niña. ¿Era posible que Roland hubiera extendido tanto su grupo? ¿O que quienes ella conociera antes, guerreros todos, hubieran muerto y fueran reemplazados?

La joven se dio cuenta de lo acelerado de su respiración, agravada al comprender que cualquier inmortal familiarizado con las nuevas costumbres de Roland nunca reaccionaría con asombro tan aparente como el de ella y Kaya. Miró a Rislón, que parecía muy consciente de la reacción visceral de ella.

Él no necesitaba hablar; su mirada inexpresiva decía bastante.

—Espera aquí —ordenó Rislón y se volvió hacia Sephan—. No permitas que los otros las lastimen.

El hombre se dirigió hacia las escaleras a la derecha. Las miradas de los demás estaban fijadas en las recién llegadas.

Jordin se dijo que no importaba lo que pensarán de su presencia allí. Roland la reconocería en el momento que la viera y de plano la mataría o la oiría, aunque fuera solo por curiosidad. Ella tendría una oportunidad si conseguía que la escuchara.

Ahora esto era evidente: el Roland que Jordin habían conocido como príncipe nómada no era el mismo hombre que comandaba a estos magníficos. Su nuevo mundo era tenebroso, aunque impresionante; ofensivo, aunque seductor. Ella se sintió al mismo tiempo extrañada y enajenada.

Uno de los hombres sentados a la gigantesca mesa salió de su silla y se acercó, con paso tan sinuoso como el de un gato. Mantuvo la mirada fija en Jordin, imperturbables órbitas negras bordeadas de luz.

El individuo tenía la camisa de seda abierta al frente, dejando ver el pecho musculoso y enjuto, y el estómago. En la mano sostenía una copa de vino. A primera vista se podría creer que era un tipo muy tranquilo, pero Jordin sabía que estaba mirando a un guerrero feroz.

Una sonrisa leve e irónica apareció en el rostro del hombre mientras se acercaba. Su mirada se posó como cera ardiente sobre Jordin antes de lanzar una larga mirada a Kaya... y entonces volvió a mirar a Jordin, como atareado con una decisión. Finalmente se decidió por Kaya, quien le devolvió la mirada con evidente inocencia.

—Vaya, vaya, querido Sephan, ¿qué tierno bocado me has traído hoy? —expresó el sujeto alargando la mano hacia Kaya y mirando luego a Sephan—. Espero no equivocarme al suponer que ella es un regalo.

—Eso lo decide el príncipe. Ellas vinieron por él —contestó Sephan, luego se volvió hacia Kaya—. No le hagas caso a Cain, preciosa. Es inofensivo. Son sus mujeres de las que debes mantenerte lejos. Se sabe que la amante de Cain destroza la garganta a sus rivales.

Kaya no pareció oír a Sephan. Levantó la mano y dejó que Cain la agarrara con dedos falsamente delgados.

¿Se había vuelto loca la chica?

—No estamos aquí para jugar —manifestó Jordin, tanto para Kaya como para el depredador que había enredado a la jovencita con nada más que palabras galantes y un ademán—. Solo para Roland.

—Solo Roland —afirmó Cain—. Por supuesto. Pero hasta que Roland llame, estoy seguro de que le gustaría que se entretenga adecuadamente a sus obsequios. ¿No es verdad eso, Sephan?

—Como dije, ella es para Roland. En cuanto al entretenimiento, confío en tu juicio.

Era evidente que Cain tenía un rango jerárquico superior que el inmortal que las había traído; tal vez se trataba de un famoso peleador acostumbrado a elegir entre el botín.

—¿Cómo se llama tu amiga, princesita mía? —preguntó Cain levantando la mano de Kaya y besándole los nudillos con labios tan oscuros que parecían casi negros en el salón tenuemente iluminado.

—Me llamo Kaya —contestó la chica con voz ausente.

—Así te llamas. Pero te pregunté por el nombre de tu amiga. La fierita que cree que soy una víbora —expresó el hombre, y cambió la mirada hacia Jordin—. ¿Tal vez a ella le gustaría ver mis colmillos? Esto podría hacer que valiera la pena vivir una noche en mi compañía.

A Jordin la tomó tan de sorpresa la desvergonzada evaluación del sujeto, que por un instante perdió la noción de sus pensamientos. El encanto de la innegable atracción del individuo hacia ella le llegó como la tirantez de una canción recordada, como un impulso que soplaba la llama una vez más. La joven había cavilado en la pasión mortal a la que los soberanos renunciaran en nombre de la sabiduría muerta en ella. Y así había sido. Pero esta pasión ardía en la sangre inmortal. En la sangre que ahora era suya... cauterizándole el interior de las venas, inflamándola y aterrorizándola a la vez.

—Erróneamente supones que yo tenga algún interés en si tú vives —advirtió ella—. Suéltale la mano.

Cain no le prestó atención a la advertencia.

—Ahora.

Todas las miradas estaban fijas en ellos.

—¿Da órdenes una prisionera a los magníficos? —objetó Cain haciendo una pausada demostración de soltar la mano de Kaya y dar un paso hacia Jordin—. Estás tentando mi apetito por mujeres fuertes. Ahora debo conocerte más.

El hombre bajó la cabeza y se inclinó.

—Considérame a tu servicio, querida señora —concluyó.

En ese momento Jordin se dio cuenta de que tenía la oportunidad de recibir más ofensas o de jugar la mano que tenía por delante. Ella era inmortal, ¿verdad? Así que solo se presentaría *siendo* inmortal, por ninguna otra razón que por el bien de su misión, por distante que ahora la sintiera.

Miró por sobre el hombro de Cain la mesa donde los demás miraban con interés inexpresivo. Entonces comprendió: cada superficie en el santuario de Roland goteaba vida sensual, pero los ojos oscuros que la miraban parecían tan duros como los muros tallados de piedra.

Solo Cain, aún esperando la respuesta de ella, parecía alimentar algún placer, y únicamente porque su lujuria estaba inmersa.

—Entonces sírveme —contestó Jordin—. Hemos tenido un largo viaje y necesitamos comida. Aliméntanos.

—¿Y cuál es el nombre de la que me ordena? —inquirió él arqueando una ceja y ofreciendo una sonrisa de aprobación.

—El de una luchadora que estuvo matando sangrenegras mientras tú aún eras un amomiado.

—Ella se hace cada vez más misteriosa —comentó Cain dando un paso hacia un costado y moviendo un brazo hacia la enorme mesa—. Tu comida espera.

Jordin caminó con él hacia la mesa, haciendo caso omiso a las miradas de los que estaban sentados allí, y consciente de que vestía ropa llena de polvo y mugre.

—Además quiero quitarme esta ropa de la ciudad tan pronto como pueda. ¿Supongo que puedes alojarnos a las dos?

—Sería un placer para mí. Yo mismo te vestiré. Preferiblemente a solas.

Jordin dio dos pasos más antes de detenerse, consciente de pronto de que todas las miradas en la mesa se habían desviado hacia la izquierda. Ella miró en la misma dirección hacia los lejanos corredores. Allí, una mujer había entrado al salón.

La dama no estaba vestida de negro sino del rojo más profundo, el vestido se arrastraba por el piso de piedra detrás de ella como un derrame de sangre. Los hombros no eran los de una luchadora, sino esbeltos y desnudos, las mangas largas cortadas para revelar brazos blancos. La mujer no reconoció a los demás en el salón; es más, ni siquiera pareció notarlos.

A su lado caminaba un joven león dorado que miraba por el salón con interés casual, sin apartarse ni una sola vez del lado de ella.

Por singular que fuera la vista del animal, todas las miradas estaban fijas en la mujer. Su llegada había eliminado todo sonido del salón. Donde un inmortal había estado reclinado, se enderezó; donde habían estado comiendo, las mandíbulas dejaron de moverse. La bailarina se detuvo y se metió en las sombras. El grupo que se había congregado alrededor del sofá cerca del pie de las escaleras se puso de pie y se dividió delante de la mujer.

Ella no los reconoció al pasar. Era como si no existieran.

La mujer subió las escaleras en silencio y con pies descalzos, con el vestido carmesí arrastrándosele por detrás. Los inmortales debajo no se movieron.

Había subido la mitad de las escaleras cuando se detuvo. Igual hizo el león a su lado.

Lentamente volvió la cabeza hacia Jordin. Por prolongados segundos se fijó en ella con una mirada indescifrable, como si tratara de recordar por qué la vista de Jordin le interesaba.

Entonces se dio vuelta, reanudó el silencioso ascenso de las escaleras, y atravesó uno de los trayectos de la plataforma. Más profundo en el santuario de los magníficos.

El silencio continuó por tres segundos más. Luego el salón regresó a su anterior estado. Cain retiró una de las sillas en la mesa.

—¿Quién era esa? —preguntó Jordin; Kaya seguía mirando el pasaje de la plataforma en lo alto.

—Talia —contestó Cain—. La reina de Roland.

El hombre hizo un gesto hacia las sillas.

Cien preguntas atravesaron la mente de Jordin. Había conocido a la esposa de Roland, y no era esta mujer.

Jordin se sentó, lejanamente consciente de la intensa atención que los inmortales sentados les prestaban. De la mirada de Cain sobre ella mientras sentaba a Kaya, acariciándole el brazo. De los cubiertos colocados delante de ella y del plato lleno de carne y pan crujiente... y de la copa al lado trascendiendo su dulzura.

Una mujer se acercó a Cain, ahora sentado frente a ellas, y se le colocó sobre los hombros. Él la sentó en su regazo, con la copa en una mano y la otra en la mujer, sin dejar de mirar ni una sola vez a Jordin.

Kaya comía en silencio, demasiada cantidad, con mucha voracidad, bebiendo muy profundamente, pero Jordin apenas tenía el aplomo para detenerla.

Estaba atónita por la seguridad de que había cometido una terrible equivocación al venir. ¿Con qué fin? Salvar a Rom. Matar a Roland. Matar a Feyn. Salvar a los soberanos de las emociones amortiguadas. Salvar a los inmortales aunque solo fuera

por el legado de Jonathan, aunque todo en ella le gritara que los matara a todos.

Tal vez Mattius tenía razón. Que el virus se los lleve. Sin embargo, ¿cómo podría permitir voluntariamente que todos los inmortales murieran? ¿No era Roland quien ahora la había creado?

¿Qué le estaba pasando a ella?

La imagen de la reina, Talia, le vagó en la mente. La forma en que había volteado a mirarla. Tan callada, tan místicamente absorta... tan falsamente consciente. Jordin levantó la mirada hacia un goteo de cera desde un pabilo moribundo en la enorme araña que chisporroteaba sobre la madera de la inmensa mesa. En toda la guarida goteaba seducción. Inquietante belleza.

Y peligro.

Desesperadamente deseó espacio para pensar, pero las espirales de una niebla cada vez más espesa habían comenzado a oscurecerle la mente. Por la mirada de asombro en el rostro de Kaya, también esta había empezado a perderse en esa niebla.

La ansiedad en Jordin crecía con el transitorio silencio, y se encontró amortiguándolo con vino y orando porque la llevaran ante Roland. Se sentía cayendo dentro de un abismo. Como si los que la observaban la hubieran hechizado para atraerla a sus garras. Pero ya estaba en manos de ellos, aunque solo en virtud de la misma sangre que llevaba en las venas.

Tan sumida estaba en su propia introspección que no oyó a Rislón acercándose. Él le tocó el hombro, y ella se echó hacia atrás, sobresaltada.

Rislón la miró, luego miró a los demás. Finalmente asintió una vez con la cabeza.

—Roland te verá. En la mañana —comunicó, luego se dirigió a Sephan, quien reposaba en una silla al lado de Cain—. Regresaré en una hora. Evita que tengan problemas.

Capítulo doce

LA MESA ESTABA DISPUESTA en el antiguo salón hexagonal. Perforada dos pisos debajo de la sala del senado, la cámara había sido antes un depósito de muchas cosas: antiguos artefactos como las armas que el mundo olvidara por un tiempo. Libros, escritos para los sórdidos viajes emocionales, incluso copas de una época en que las antiguas basílicas de Bizancio llamaban al Creador por un nombre más arcaico: Dios.

Esos artículos habían sido juguetes de Saric. El hermano de Feyn había venido aquí en los primeros días de su sombrío renacer, atraído por los artefactos del Caos después de que hubiera descubierto emociones por medio de la alquimia.

Feyn había despojado al salón de sus reliquias y tapices mohosos. Pero aunque habían limpiado a fondo las paredes y las habían cubierto con lino de Abisinia, nada podía detener la humedad de las piedras, como si albergaran secretos demasiado terribles incluso para que la tierra los soportara.

Aquí se había concebido el Orden. Aquí su fundador fue martirizado por el primer soberano del mundo.

La mesa estaba puesta en medio del salón, con la presencia de dos sillas. Dos bandejas servidas yacían perfectamente situadas en lo alto de la mesa: frutas, nueces y delgadas rebanadas de carnes frías dispuestas en cada una.

Feyn se acercó al gran candelero, se inclinó lo suficiente hasta prácticamente sentir en la mejilla el calor de la llama cercana, e inhaló a fondo. Jazmín. Un homenaje de Asiana.

La pesada puerta de madera se abrió. Un ruido metálico de cadenas. Pasos arrastrando los pies... unos con botas, los otros casi en silencio.

—Quítale las cadenas —ordenó ella, inclinándose otra vez hacia el candelabro como se hace con un arbusto aromático.

Pudo oler el ofensivo olor. Él.

—Mi señora...

—Ahora.

El sonido de una llave metálica, de cadenas recogidas. Ella miró por sobre su hombro y se volvió lentamente.

Seth arrodillado al lado de Rom sobre la gruesa alfombra abisinia que con anterioridad Feyn había ordenado que le trajeran. La cabeza del apuesto sangrenegra estaba inclinada. Ella estaba acostumbrada, entre otras cosas, al juego de sombras a lo largo de la mejilla cincelada del joven desde ese ángulo. Al lado de él se arrodilló Rom, cabeza erguida, mirándola.

¡Por supuesto! Él nunca había respetado el rango de ella desde la primera vez que irrumpiera en sus habitaciones muchos años atrás con fin de reclutarla para la desesperada misión de este hombre. Y en los años de vigilia de ella desde entonces, él

no había dejado de insistir en llevarla hacia sus propios propósitos.

El momento para eso había llegado a su fin. Ella ya no era la joven ingenua que una vez fuera; también podía seguirle el juego.

Feyn se quitó los zapatos de brocado y caminó en silencio más allá de la mesa hasta ponerse delante de Rom.

Los ojos de él eran sorprendentes, no solo por su vibrante color sino también por su falta de temor. Ella no veía gratitud en ellos por salvarle el ojo, ni enojo por el dedo amputado, ahora vendado. Parecía seguro. Pero había algo nuevo. ¿Arrogancia? No. Algo más.

—Por favor. Levántate. Ya no es tiempo para eso. Dejó de serlo hace mucho.

Rom se inclinó hacia delante, con una mano en una rodilla, y se levantó sin hacer ningún sonido, aunque con rigidez. Seth, a su lado, no se movió. Ni siquiera un tic muscular. Permanecería allí todo el día si ella se lo permitiera. ¡Qué contraste entre estos dos hombres!

—Seth, espera afuera.

La mirada del sangrenegra no se enfocaba tanto hacia arriba como hacia adelante, a lo largo de la alfombra. A Feyn le conmovía y le irritaba esta vacilación. Ella sabía que él no querría dejarla sola con el soberano. Por proteccionismo, sin duda. Por celos, quizás. Pero después de un instante se levantó, fijó la mirada significativamente en Rom, se paró y salió, cerrando en silencio la puerta.

Feyn no tenía duda de que él estaría allí en la misma posición, escuchando con atención, listo para agarrar a Rom por la garganta si ella levantaba la voz.

—Ven, siéntate conmigo. Debes estar muerto de hambre —expresó la mujer, moviéndose hacia la mesa y sacando una silla; ¿cuándo fue la última vez que ella hiciera eso?

—Feyn...

—Por favor.

Todos los demás hombres que ella conocía se habrían sentado rápidamente.

—No acudí a ti por comida.

—Entonces compláceme. Tengo hambre.

Él asintió con una leve inclinación de cabeza y en su lugar le hizo señas de que se sentara.

—Eso está mejor —declaró ella sentándose, con una sonrisa en los labios mientras él agarraba la silla adyacente.

Sin embargo, en vez de comer, Rom se volvió hacia Feyn, con los codos en las rodillas. Ahora ella pudo ver las señales de fatiga a través de los hombros masculinos. En la maraña de cabello... en las sombras debajo de los ojos. Ella había ordenado que no lo dejaran dormir.

—Dispondré un baño para ti. Ropa limpia. Pero por ahora debes comer algo. Y

mientras lo hacemos, puedes decirme claramente a qué has venido —expuso cruzando una pierna sobre la otra, la larga abertura en el vestido le dejaba al descubierto el muslo.

La mirada de él se dirigió al regazo de Feyn.

Ella escogió una rara fresa fresca de su plato y la tendió hacia él.

—Ya te dije a qué he venido —respondió Rom, y después de un instante de vacilación agarró la fresa.

—Ah, es verdad. Viniste a hacerme soberana.

Rom mordió la fresa, y ella inclinó la cabeza, observándolo. Él se puso a masticar más despacio y cerró los ojos... pocos estaban acostumbrados a platos frescos de esta calidad. Su demacrado cuerpo expresaba la realidad: los soberanos apenas lograban sobrevivir. Feyn se preguntó cuándo había tenido él algo fresco para comer.

—En ese caso —continuó ella soltando una suave risita y moviendo el plato hacia él—. Si vas a hacerme soberana deberás tener energía.

—No soy yo quien hace soberanos. Es Jonathan.

—Su sangre, quieres decir.

—Sí. Pero también él.

—Me pregunto qué te poseyó para tomar la sangre de un muerto en tus venas. He oído las historias, y mis fuentes son confiables.

Feyn se echó para atrás y lo observó. Las fresas eran su comida normalmente favorita, pero el apetito se le había arruinado por el fuerte hedor de Rom.

—Una visión —respondió él bajando la fruta—. Un sueño, de Jordin, la chica que lo amaba.

—Y ahora él está muerto.

—Jonathan no está muerto.

—¿Está su cuerpo en la tumba?

—Sí. Pero él vive.

—Qué paradoja. Explícamelo.

—No puedo. Solo sé que es verdad.

Había algo en los ojos del hombre...

—¿Quieres de veras que yo sea como tú, correcto? —inquirió Feyn con un poco de asombro.

—No como yo. Como Jonathan quiso que fueras.

—Una soberana, lo cual ya soy. No del tipo de soberano de sangre muerta... sino gobernante. Nací para ello. Y sin embargo tú estás aquí, pidiéndome una vez más que adopte otra vida. ¿No te cansarás nunca de este juego?

—No.

Helo ahí de nuevo, el fervor de un fanático en esos ojos.

—¿Qué *fue* lo que Jonathan te trajo, exactamente?

—Vida.

—Dices eso una y otra vez, y aun así vives como una rata en la clandestinidad. Estás medio muerto de hambre. Estás acosado, no solo por mis sangrenegras sino por los inmortales de Roland. ¿No tuvo él alguna vez la misma sangre que tú? ¿Y ahora se destrozan entre sí? ¿Es esto lo que esperabas?

—No —respondió él, ya sin celo en los ojos.

—Y por eso te vuelvo a preguntar: ¿qué te ha traído la sangre? ¿Paz? ¿Significado?

—No sé las respuestas. Solo sé que esto es lo que estoy destinado a ser. Y que aquí es donde estoy destinado a estar ahora. Aquí, contigo.

—Y si yo siguiera tu camino... ¿qué ganaría? ¿Te ha traído alguna vez paz esta vida?

Él la miró, en silencio.

—Nada de paz, entonces.

—Todavía no.

—Todavía no. Es evidente. Mírate.

—¿La tienes tú? Tú posees el mundo. ¿Te ha traído paz?

Feyn soltó una risita frágil.

—Hay poca paz para mí. El más humilde de los artesanos duerme mejor que yo —confesó ella, inclinando la cabeza y examinándose las manos—. Debes recordar algo de eso. Una vez fuiste un humilde artesano.

—Sí. Una vez —respondió Rom asintiendo con la cabeza.

—¿Ya no?

—Ahora tengo poco tiempo —expresó él cambiando la mirada hacia un tapiz en la pared.

—No. Estás demasiado ocupado tratando de mantenerte vivo. Por favor, come más. ¿No tienes hambre?

—Puedo comer más tarde —contestó volviendo a mirarla.

Rom, el que siempre está enfocado.

Feyn agarró una fresa, pensó comerla, y luego la depositó en el plato.

—¿Te has preguntado alguna vez si hubiéramos estado juntos en caso de que las cosas hubieran sido diferentes?

Rom parpadeó, y otra vez a Feyn le sorprendió el color de esos ojos. Ella debió esforzarse para armonizar al hombre canoso delante de ella con el muchacho de quince años atrás, pero allí... lo veía en destellos, en el rictus del labio.

La mirada de él se deslizó de su brazo a la mano de ella.

—Tal vez.

—Una vez te pedí un poema. ¿Recuerdas? Ese día, en la pradera. Entonces eras poeta y muy joven. Pero muy listo. Me habías engañado, haciéndome beber la sangre.

Y vine a la vida. Tú fuiste lo primero que vi, y me enamoré. ¿Recuerdas?

—Sí —susurró él.

—Juntos en la noche raudos cabalgamos. Tras el amor corriendo, y la luz buscando —declaró ella, recitando las palabras que Rom le compusiera años atrás.

Él levantó la mirada, con ojos sorprendidos.

—Ahora para ti y para mí ya todo ha cambiado...

Separando los labios, él había comenzado a expresar las palabras antes de que el sonido le saliera incluso de la boca.

—Tú eres una reina, ¿y yo, quién soy? —recitó él tiernamente, mirándola ahora a los ojos—. Vivamos a plenitud, pues lo demás no es vida.

El aire pareció estancarse entre ellos; la mesa, la comida, olvidadas.

—Si tan solo hubiéramos podido eternizar ese momento —comentó ella—. Si lo hubiéramos conservado, olvidándonos del mundo.

Rom interrumpió la mirada y la bajó al sencillo vestido de seda. Hebras amarillas y negras entrelazadas que lo hacían brillar tanto en la oscuridad como en la luz.

—Lo siento —expresó él.

Sus palabras la sorprendieron.

—Debí haberte dado esa vida —continuó él mirándola otra vez—. Quise hacerlo. No pude, no tenía suficiente sangre.

Mientras lo decía, el hombre que era hoy desapareció, y allí estaba él, aquel impetuoso joven de veinticuatro años que ella conociera muchos años atrás.

—De haber podido, te habría evitado la muerte... que volvieras a ella. Habrías venido con nosotros. Nunca habrías tenido que renunciar a tu vida. Si yo hubiera podido salvarte entonces, lo habría hecho. Pero no tenía suficiente sangre.

No era frecuente que Feyn se sorprendiera. Pero ahora con la admisión de él, y su aparente angustia, ella se encontró mirándolo fijamente.

—Me estaba preparando para venir por ti mientras dormías en estasis —continuó Rom—. Mi rostro sería lo primero que verías al despertar. Y Creador, ¡cómo oraba porque me volvieras a amar!

Ella alejó la mirada.

—Pero entonces Saric te encontró primero y te convirtió en sangrenegra. No sabes cuántas veces me arrepentí. Lo que él te hizo... me consumió vivo.

—Y sin embargo —interrumpió ella con obligada benevolencia—, aquí estás de nuevo.

—Sí —asintió él de manera más ecuánime—. La historia nos trajo aquí, al lugar donde te puedo traer vida, finalmente. No la mía, y no por medio de engaño. No estás perdida para los sangrenegras. La antigua sangre aún permanece en tus venas.

—Y por eso has venido a salvarme definitivamente.

—La sangre de Jonathan lo hará.

¡Jonathan! ¡Jonathan! ¡Siempre Jonathan!

Ella respiró lentamente por la nariz. Deseó mantener uniforme la respiración.

—Entonces... si lo que afirmas es cierto, dame una muestra de fe. Sin duda me debes eso.

—¿Qué quieres? Estoy aquí por mi propia voluntad, sabiendo que fácilmente podías matarme. Tu alquimista me desmembró, dada la oportunidad, y se lo permití. ¿Qué más prueba necesitas?

—Tal vez si me dices dónde está el resto de tu gente vería a los de tu clase como menos que rebeldes en clandestinidad.

Él quedó paralizado.

—Ellos no te conocen como yo. Te conocen como la que traicionó a Jonathan.

—Di mi vida por Jonathan.

—Se trató de una tú diferente.

—Es verdad. Se trató de una yo distinta —asintió ella—. Ahora soy soberana. Una vez di mi vida por tu causa. No supongas que soy tan diferente.

—Estoy aquí, a tu merced. ¿No es suficiente eso para ganar tu confianza?

—Quizás —expresó Feyn asintiendo con la cabeza—. ¿Pero es que no ves, Rom? Todo es como Jonathan lo habría tenido. Él creía que estaba cumpliendo algo. Creía que debía morir. Si no hubiera querido que yo gobernara como sangrenegra, no habría abierto el camino. Pero aquí estoy. Tal vez esta es la manera en que siempre debió ser, y la manera en que Jonathan siempre quiso que fuera. Pregúntate quién lo ha honrado mejor. ¿Tú, quien lo quiso a él en este trono, o yo, a quien él quiso en este trono?

Rom se quedó mirando, perplejo.

—Él me hizo soberana de este mundo. ¿Ahora socavas tú mi autoridad rechazando mi gobierno?

Él siguió sin responder.

Feyn había logrado bastante por ahora... viéndolo suavizarse y cambiar tanto como podía en tan poco tiempo. El razonamiento de la mujer había sido calculado cuidadosamente, y la reacción de él era la que ella había esperado. Pero al final el corazón de Rom, no los argumentos de ella, serían la perdición de él.

Rom todavía la amaba.

Se compadeció de él. Quizás era algo más, otra razón para dejarlo ahora. Feyn no tenía interés en que él influyera en ella.

—Ayúdame y te ayudaré, Rom. Soy soberana, ¿ves? Debo saber dónde viven mis súbditos. Prometo pensar en lo que has dicho; confío en que harás lo mismo. Nos volveremos a ver pronto.

Ella se levantó y salió del salón, dejándolo solo con sus pensamientos.

Y con su corazón.

Capítulo trece

LA VOZ ERA UN simple susurro, expresado desde más allá, llamando a Jordin en su sueño como un recuerdo lejano que ella no lograba recordar bien. Como algo en el viento, invisible y no muy bien escuchado. Sin embargo, más que el viento. Alguien... era alguien...

El susurro terminó. Una neblina densa se le asentó en la mente.

Nadie.

Jordin abrió los ojos, consciente únicamente de que estaba perdida. Tenía vacío el corazón, pero no recordaba qué podría llenarlo. Lo profundo podía llamar a lo profundo, pero en ese momento lo profundo solo se sentía como ausencia.

Podía sentir la estera de paja debajo de ella, sorprendentemente suave. ¿Dónde se hallaba? En un vientre oscuro, tallado en la roca. No en Bizancio...

La guarida de Roland.

El pulso de Jordin se aceleró, y pestañeó cuando los acontecimientos de la noche se le presentaron en la memoria, presionando forma e identidad a su ser. La habían capturado cuatro inmortales. Entró luego a la guarida. La mirada tentadora de Cain. La fiesta, demasiado cargada de vino...

La amante de Cain se lo había llevado súbitamente, lo que había llegado como un alivio para Jordin, no solo porque no tenía deseos de estar con él, sino también porque ella pudo ver la posesividad en los ojos de la amante del hombre.

Poco después Rislon se llevó a Jordin de la mesa. La guio escaleras arriba, a través de un laberinto de pasajes, hasta este cuarto, donde ella había cerrado los ojos y permitido que el mundo se desvaneciera.

Jordin se sentó y miró la oscuridad que la rodeaba. ¿Estaba sola? No podía oír ninguna respiración en el pequeño espacio. Sí, estaba sola. Extrañamente perdida. Y sin embargo en casa.

Era inmortal, renacida a un estado de pertenencia que no había sentido en años. Al principio no lograba recordar por qué había renacido, solo que la conversión se había realizado rápidamente en su cuerpo. Su mente había seguido pronto. ¿Le consumiría ahora el corazón? Al volverse inmortal se había injertado en un linaje que sentía de su propiedad.

Pero otra cosa le pinchaba la mente: una espina de comprensión que la aterrorizó. Se había vuelto inmortal para salvar a Rom.

Mattius. El virus.

Su profundo sueño le había robado momentáneamente la memoria, pero ahora esta regresaba con alarma.

Solo tenía cuatro días.

No obstante, de pronto no tuvo claridad acerca de cómo salvar a Rom y matar a

Feyn. ¿A dónde iba a guiar a Roland? A la Fortaleza a través de un laberinto virtual de túneles subterráneos que ella y Rom habían dibujado una vez con el custodio. Sí. Pero no lograba recordar bien el camino a través del laberinto. Su mente estaba en estado de fuga, nublado por la seroconversión.

Jordin rodó de la estera y se obligó a ponerse de pie. ¡Tenía que pensar! Si no lograba recordar el pasaje, todo se habría perdido.

¿Cuánto tiempo había dormido?

A través del salón vio en la oscuridad el débil perfil de una pesada puerta enclavada en la piedra.

La manija se negó a ceder. La habían encerrado allí dentro.

Ella se volvió y examinó la poco profunda cueva sin necesidad de luz. Nada más que la sencilla estera en el suelo. El lugar era un calabozo.

¿Dónde estaba Kaya? ¿Se la había llevado Cain después de todo?

La idea era a la vez natural y profundamente ofensiva. Inexperta en rechazar las insinuaciones de los hombres, y floreciéndole pasiones sensoriales inmortales, la chica sería fácilmente seducida. Sin embargo, Kaya era soberana hasta la médula.

Y con una fe sencilla que incluso superaba a la de Jordin.

El pensamiento se apoderó de Jordin como un peso muerto. Ella también era leal a Jonathan. Él la había amado, y ella a él, en maneras que pocos lo sabrían. Pero ese amor se sentía muy extraño con cada día que pasaba. Y hoy día...

Jordin fue liberada de sus ataduras, a la deriva en un mar de tenebrosidad. Soberana. Inmortal. Y ahora estaba olvidando por qué la vida como soberana tenía algún atractivo.

Jonathan...

El sonido de una llave en la cerradura la volvió a lanzar al presente, y se dio vuelta. Un momento después una luz amarillenta llenó el marco mientras la puerta se abría más allá a un túnel. Rislón se hallaba parado en el umbral.

—Vístete —ordenó él lanzándole un paquete de ropa.

—¿Qué hora es?

—Mediodía.

¡Así de tarde!

—¿Dónde está Kaya?

—Apúrate.

Cualquier amistad o satisfacción que él hubiera mostrado en el desierto había desaparecido. Aquí en la guarida, una invisible tensión los mantenía en esclavitud.

—No es prudente dejarlo esperando —concluyó él.

A él. A Roland.

Jordin se hizo a un lado y rápidamente se desnudó, consciente de la mirada atenta de Rislón. La ropa consistía solo de un vestido negro corto que le llegaba hasta la

mitad del muslo y de un lazo dorado para atarlo alrededor de la cintura. No había zapatos.

Pero por supuesto que Roland estaría más interesado en inspeccionar a una nueva esclava que en la absurda historia de cómo podría ganar una guerra... de parte de una extraña que se negaba a dar su nombre, nada menos.

Eso cambiaría en el momento en que la reconociera.

—Por acá.

Rislon se hizo a un lado para que Jordin tuviera que caminar delante de él. El largo túnel estaba iluminado por una sola antorcha. El agua goteaba en alguna parte detrás de ellos. El olor a almizcle de tierra húmeda le llenó las fosas nasales. Ningún aroma de inmortales. ¿Vivían de noche y dormían durante el día?

—¿Cuántos viven aquí? —inquirió ella.

No recibió respuesta.

El túnel cruzó otro túnel.

—A la derecha —ordenó Rislon.

Al extremo del pasaje había una puerta, a través de la cual él la condujo.

Jordin se detuvo, sorprendida por el cambio. El pasillo más grande al que entraron estaba iluminado por seis antorchas, tres a cada lado. A diferencia del túnel oscuro detrás de ellos, la piedra aquí estaba cubierta desde el techo hasta el piso con tapices y cortinajes de terciopelo. Corredores alfombrados de metro y medio de ancho recorrían toda la longitud del corredor, terminando en una majestuosa puerta abovedada iluminada por dos candeleros, con una docena de velas blancas en cada uno.

Jordin no necesitó que le dijeran que el príncipe estaba detrás de esa puerta.

Su difícil situación de pronto le pareció increíblemente surrealista. ¿Cuántas veces en las últimas veinticuatro horas había dejado un mundo y entrado en otro?

La chica respiró con calma, y el pulso se le intensificó cuando Rislon agarró la enorme manija metálica y abrió la puerta de un empujón. Luego ella ingresó al salón más grande y al instante sintió el aire quieto.

Al salón lo iluminaba una docena de candelabros que emitían un inquietante color ambarino, dejando al descubierto todos los detalles a la vista ampliada de Jordin de manera tan clara como la luz del día. Gruesas cortinas de terciopelo color púrpura cubrían las paredes, acentuadas por tapices con imágenes de lobos y halcones. Viejos baúles atados con bandas metálicas se apilaban a lo largo de la pared trasera. Alfombras de seda ocultaban cada centímetro del suelo, colocadas de a dos y hasta de a tres en algunas partes, con sus borlas doradas echadas hacia afuera como dedos anillados de manos aplastadas. En una mesa lateral había una jarra de vino y un plato de exóticas frutas frescas.

Jordin captó todo esto a primera vista en una manera que solo un inmortal podía

hacer, con conciencia sensorial sin límites. Pero fue Roland, el príncipe, quien le cautivó la atención.

Cuatro escalones de piedra cubiertos con alfombra de color vino tinto llevaban a una plataforma en la que había una gran silla metálica forrada de piel plateada. Lobo. Él estaba más recostado que acostado en la silla, el brazo derecho descansando en el codo, y la barbilla apoyada en la palma de la mano. Las piernas cubiertas en cuero negro, alargado hasta las rodillas. No usaba camisa. Negros tatuajes tribales de los nómadas se extendían a través de los gruesos hombros y hasta la mitad de los brazos, resaltándole la palidez de la piel.

El cabello negro desprovisto de trenzas o cuentas le colgaba hasta los pálidos hombros enlazados con la fuerte musculatura de un guerrero. Gruesas bandas de cuero con bordes dorados alrededor de ambas muñecas; tres pesadas cadenas unidas al esternón cargaban un enorme pendiente de plata repujada con una media luna que brillaba a la luz de las velas.

Para un amomado, él habría sido terriblemente magnífico. Pero para los ojos inmortales, él era nada menos que supremo. Creador y gobernante. Dador y tomador de inmortalidad.

El hombre devolvió el embelesado interés de Jordin con ligero aburrimiento.

La mujer que había atravesado el salón principal reposaba sobre un sofá bajo cercano, con las piernas dobladas hacia un lado. Con una mano acariciaba al león que Jordin viera la noche anterior, tendido en la alfombra exactamente debajo de su ama. Unos anillos le brillaban en la mano, cuarzo pálido del color del cielo. La mujer estaba totalmente adornada en blanco, la única en la guarida de Roland que parecía usar algo que no fuera negro.

El león levantó la cabeza en el momento en que Jordin entró, observándola con interés mucho más agudo que Roland o su reina. El collar dorado opaco brillaba a la luz de las velas.

La única otra persona en la habitación era una sierva, parada al extremo de la mesa lateral, manos cruzadas, los pálidos brazos en agudo contraste con la simple seda negra de su vestido, igual al de Jordin. Detrás de ella, una gruesa puerta de madera llevaba ostensiblemente a las profundidades de la guarida.

—¿Es esta? —preguntó Roland, barbilla en mano, uñas negras tan marcadas como los labios color vino tinto contra esa carne pálida.

—Sí, mi príncipe —respondió Rislon inclinando la cabeza.

—¿La mujer sin nombre que asegura que la envié a una misión de la que no sé nada?

Jordin se sintió inexplicablemente atraída por la voz. Por el hombre que una vez la rescatara de la miseria y la entrenara como campeona. Quien había elegido la inmortalidad y que según parece había alcanzado su máximo poder.

Pero también había en él un aire de insatisfacción. Tenía el aspecto de un hombre que ya no le interesaba su propio mundo, impulsado por conquistar uno más importante.

El que Feyn controlaba.

El acceso a Feyn era la única ventaja que Jordin tenía, y en el mejor de los casos esa ventaja era una esperanza fragmentada.

—¿No reconoces a la chica que una vez trajiste a tu tribu? —inquirió ella—. Te serví una vez junto a tus mejores guerreros.

Las palabras trajeron una oleada de recuerdos con ellas. Roland, su príncipe, como un mortal recién convertido una década atrás, cabalgando por el campamento, el color encendido en los pómulos, el cielo en los ojos. Danzando alrededor del fuego nocturno, sus trenzas desenfrenadas en la espalda, un semental de príncipe, entre los demás guerreros. Él había sido el deseo de toda jovencita nómada. Roland, quien se topara con ella fuera del campamento un día al final de su niñez y le preguntara si era feliz entre el pueblo de él. Jordin había estado nerviosa y halagada de que Roland incluso recordara su nombre, ¿qué era ella sino una niña huérfana que él había tomado como una desechada de una tribu vecina? Pero entonces el príncipe había observado la honda en la mano de ella, el montón de piedras cercanas, los rastros de lágrimas frustradas en el rostro infantil. Ese día él le había enseñado a lanzar correctamente... nadie más había creído que valía la pena dedicarle tiempo a una huérfana. Un año después, él le puso la primera espada en la mano.

Jordin lo había adorado una vez. Pero al mirarlo ahora no podía armonizar este líder melancólico con ese hombre. El príncipe que ella conociera había desaparecido... y pronto también se iría el inmortal en que se había convertido.

Roland la miró. El reconocimiento llegó con lentitud, pero cuando lo hizo, toda su actitud cambió.

Poco a poco bajó el brazo y se levantó. Por varios segundos observó, el rostro demacrado, cauteloso.

—Recuerdo a una chica a quien una vez hice una de los míos... solo que depuso su lealtad y se volvió soberana —expresó él con mirada tan dura como ónix engastado en oro.

—Ahora inmortal —corrigió ella; y antes de que él pudiera enunciar un juicio, añadió—. Era inmortalidad o muerte. Mi lealtad a aquel que una vez servimos los dos es muy fuerte, pero no veo ningún propósito en morir por él.

—Y sin embargo acudiste a mí. El que trae muerte a todos los soberanos.

—¿Te parezco soberana? Me sorprende que uses ese nombre para describir a cualquiera menos a ti mismo. O a Feyn, quien ahora ocupa ese cargo.

Roland le recorrió el cuerpo con mirada inquisitiva. Otra vez ella se sintió poco más que una esclava a quien se inspecciona en búsqueda de mérito. Sin embargo, ¿no

tenía derecho él? No solo era príncipe, sino su príncipe ahora.

El pensamiento debió causarle repugnancia. No fue así.

Un toque de temor le recorrió la columna vertebral. Él era Roland, aquel a quien ella había venido a matar. Pero al estar delante de él ahora, la misma idea se sentía traicionera. Absurda. No podría matarlo más que matarse ella misma.

Entonces le vino a la mente: sin duda todos los magníficos habían llegado a vivir por medio de la sangre de Roland, no directamente por la sangre de Jonathan como la tuvo el mismo Roland. Y por extensión, ella la tenía ahora.

—Acércate más —pidió él.

Jordin dio un paso rígido hacia el centro de la habitación.

—Más cerca.

Ella vaciló y luego dio tres pasos más, obligada ahora a mirarle el rostro.

Roland descendió los escalones con musculosa fluidez. Jordin lo había conocido en su anterior estado como un guerrero extremadamente despiadado, capaz de vencer a diez hombres en combate mano a mano, perfecto en el uso de su sentido mortal. Ella no albergaba ilusiones de que él fuera ahora menos cruel o habilidoso. Al contrario, esos brazos y esas manos que movía con tan engañosa facilidad serían más mortales que nunca. Si él sacara su espada ahora, ella quizás ni siquiera se daría cuenta de que la había golpeado hasta que la hoja le hubiera atravesado medio cuello.

El pensamiento le hizo acelerar el ritmo cardíaco, pero no por temor.

—Si yo no supiera que los de tu clase se oponen tanto a matar, podría creer que viniste aquí en un vano intento por asesinarme —manifestó Roland.

—Como puedes ver tú mismo, soy inmortal. No tengo reparo en matar sangrenegras o soberanos, quienes no tienen esperanza de redención. Pero no mato a los de mi propia clase.

Él cruzó los brazos y dio un paso a su derecha. Cualquier aburrimiento que lo poseyera antes había desaparecido. La reina, Talia, observaba a Jordin a través del velo con la mirada en otra parte, acariciando distraídamente la melena de su joven león.

—¿Por qué has venido, chica linda? —preguntó Talia en tono suave que pareció más un ronroneo que una voz—. ¿Si no a atentar contra la vida de mi príncipe?

—A darle las llaves del reino que él desea —contestó Jordin.

—¿Y cuáles son esas llaves?

—Puedo mostrarle una forma de entrar a la Fortaleza donde él podría quitarle a Feyn la cabeza de los hombros y el anillo de la mano —replicó Jordin mirando directamente a Roland a los ojos.

—Qué declaración más audaz —expresó el príncipe sonriendo ligeramente, sin ninguna calidez.

—Sin embargo sabes que yo, a quien entrenaste tú mismo, nunca le he mentado a

mi príncipe.

—Si conocieras una manera de acercarte a Feyn, ya la habrías usado.

—Los soberanos no poseen las mismas habilidades de los inmortales. Tampoco tienen las cantidades. Son tres docenas de viejos y niños, ocultos, hambrientos y acosados tanto por Feyn como por tus magníficos. La sangre soberana se habrá extinguido pronto.

—¿Y Rom? —exclamó el príncipe como se pregunta por alguien a quien no se ha nombrado en años—. ¿Conoce tu complot para infiltrarte en mi guarida?

—Lo tienen cautivo en los calabozos de Feyn. Pero sí, él sabe que es la única manera.

Roland arqueó una ceja.

La examinó por un momento y luego caminó alrededor de ella, recorriéndola otra vez con la mirada. La dureza había desaparecido del rostro masculino, sustituida por curiosidad. Jordin le había ofrecido acceso directo a su único enemigo verdadero, pero no tenía motivos para tomarla en serio.

—Así que mi enemigo viene a entregarme en bandeja la cabeza de Feyn —dijo él por fin—. Sabiendo muy bien que si me apodero del trono no habrá nada que me impida exterminar a los soberanos. No logro imaginar a un Rom como ese.

Entonces tocó el cabello de Jordin mientras pasaba detrás de ella.

—Mi reina tiene razón —concluyó—. Eres más hermosa de lo que recuerdo.

—No conoces a Rom —manifestó la joven con la garganta repentinamente reseca—. Él solo habla bien de ti.

—Por supuesto que lo hace. Él está a mi merced —declaró Roland volviendo a rodearla, los ojos negros centelleándole con la dureza de quien no conoce el miedo—. Igual que tú.

—Igual que yo —asintió ella en voz baja.

—Tengo tu incuestionable lealtad, ¿no es así? No somos sangrenegras, lo sabes. Los inmortales son totalmente susceptibles de traición.

—No he visto nada más que lealtad aquí —objetó Jordin.

—Me he ganado la lealtad de ellos. Y se han ganado la mía. Pero tú no lo has hecho.

—¿Cómo quieres que te la demuestre? —preguntó ella con el corazón golpeándole las costillas, lo que sin duda él podía oír.

—Tendrás que enseñarme ahora el camino a Feyn.

Jordin vaciló, sabiendo que la verdad podía terminar con su vida. En este instante.

—No puedo —contestó por fin.

—¿No? ¿Por qué no?

—Porque no logro recordar.

—No logras recordar —repitió Roland con una sonrisa irónica—. ¿Oíste eso, mi

reina? Ella afirma que no puede recordar lo que vino a decirnos.

El rostro se entenebreció, la sonrisa se desvaneció.

—¡No juegues conmigo!

Jordin pestañeó, sorprendida por la dureza y la absoluta amargura en el tono del príncipe. Y constató que debajo de esa apariencia de poder y pasión, Roland vivía en desdicha. Estaba rodeado de lujos, de belleza, y por mucho que poseyera, no podía disfrutar la inmortalidad a la que se aferraba con garras de hierro. A pesar de toda la aparente lealtad de sus magníficos, ¿podía él creer en el amor de uno solo?

En ese momento Jordin supo que él no tenía ventaja. El hombre que tenía delante no había encontrado vida más abundante que ella desde la muerte de Jonathan.

—¿Te molesta, no es verdad? —expresó ella—. Tener tanta vida y aún sentir tanta impotencia para agarrar lo que buscas.

—Tengo más vida de la que podrías imaginar —exclamó él, frunciendo los músculos de la mandíbula.

—¿Qué es la vida si no puedes hallar paz en ella?

Los ojos del hombre se entrecerraron.

—Solamente los cadáveres descansan en paz —concluyó.

—Así decíamos una vez. Debe ser algo terrible vivir mil años en desdicha. Quizás sería mejor llamar infierno a la inmortalidad.

Roland le lanzó una mirada tétrica, y Jordin pensó en la posibilidad de que él montara en cólera y la hiciera pedazos.

—Tienes todo lo que este mundo puede ofrecer —continuó ella—. Todo menos el trono. Y cuando lo tengas, seguirás siendo desdichado porque en realidad lo que buscas es verdadera vida y paz. El poder tampoco te dará eso.

—¿Hablas de la clase de paz que has conocido? —exigió saber él—. ¿Escondiéndote mientras a los de tu clase los agarran uno por uno? ¿Es este el gobierno de amor de Jonathan en los corazones de ustedes?

Jordin no supo qué decir. Las palabras de Roland resonaron tan ciertas como las de ella. Así que declaró lo único que sabía: la verdad.

—Los soberanos son tan desdichados como ustedes parecen serlo.

La confesión pareció deprimirlo.

—Por eso es que estoy aquí —continuó ella rápidamente—. Una vez comíamos juntos ante la misma hoguera y luchábamos contra un enemigo común para salvar la vida que Jonathan nos había traído. He hecho todo lo que creí correcto, ¿y qué me trajo? Una desdichada existencia, rodeada de muerte. No tengo nada más que perder. Por tanto acudo al mismo príncipe que una vez me salvó del desierto.

—Para pedir algo a cambio de una promesa que no puedes cumplir.

—Sí puedo cumplirla.

—¿Cómo?

—Convirtiéndome otra vez en soberana.

Creador, ella esperaba que esto fuera cierto.

En ese momento la puerta se abrió detrás de Jordin y ella oyó las pisadas de dos personas entrando al salón. La joven no se volvió. Su mirada permaneció fija en Roland.

Los ojos del príncipe se movieron rápidamente sobre el hombro de Jordin. Giró hacia la mesa lateral y agarró con calma la copa de la sierva, quien al parecer ya se había asegurado de que estuviera llena, y tomó un largo trago a espaldas de ellos. Los recién llegados caminaron hacia él en la mesa con solo una superficial mirada en dirección a ella.

—No hay señales —manifestó uno de ellos... una mujer.

Jordin conocía esa voz; intentó identificarla...

—Fueran quienes fueran, deben haber escapado al interior de la ciudad —siguió hablando la mujer, una guerrera con la vestimenta negra de los magníficos.

Había algo en la posición que ella adoptó, en la facilidad con que se conducía que era más real y casual que los demás alrededor de Roland.

El hombre a su lado era mayor, con cabello negro largo y una barba tan blanca como su piel, vestido con túnica negra en vez de atuendo de batalla. Alguien con autoridad. Cuando habló, Jordin reconoció al instante su voz ronca.

—Si los herejes se han atrevido a atacarnos abiertamente, debemos eliminarlos. No necesitamos a este aguijón de nuestro lado. Debimos haberlos exterminado hace un año cuando los teníamos a nuestro alcance.

Quien habló fue Seriph, el miembro del consejo al que Jordin sirviera cuando todos ellos eran mortales.

—Seriph tiene razón, mi príncipe —adujo la mujer—. Yo enviaría a Cain y sus veinte a cazarlos. Uno por uno si es necesario.

—Eso no será necesario, hermana —indicó Roland—. Los soberanos ya no son un problema.

Jordin se sorprendió. Michael. La hermana de Roland.

—Así dijiste cuando exigiste que los perdonáramos la última vez —objetó Michael—. Y ahora han matado a Jalarod. Su hermana está furiosa por el dolor.

Jalarod. El nombre del inmortal que Jordin había matado. Un momento de terror la invadió, quizás porque ahora compartía la sangre de Jalarod. El anónimo inmortal tenía nombre y familia. Ellos lloraban a sus muertos como los sangrenegras no podían hacerlo.

Siempre se habían preguntado por qué los inmortales se retiraron antes de matarlos a todos. Ahora Jordin lo sabía: Roland había ordenado que perdonaran a algunos. Los quería lisiados e inmovilizados, no derrotados.

—Ya tengo a la asesina de Jalarod —comunicó Roland volviéndose y lanzándole

a Jordin una mirada poco entusiasta—. Es una de nosotros.

No había duda de la ironía en sus palabras.

Michael y Seriph se volvieron al unísono para mirarla. Michael se quedó pasmada mientras el rostro se le llenaba de reconocimiento.

—Jordin.

—¿Qué significa esto? —exigió saber Seriph.

—Jordin ha desertado —explicó Roland—. Y siendo la guerrera que le enseñé a ser, hizo lo que se debía hacer para adquirir nuestra sangre. Lamentable, pero bastante ingenioso. Más importante, ella puede llevarnos a los demás. Su lealtad ahora reposa conmigo. ¿No es así?

Ella siempre había sabido que Roland podría probarla de este modo. Así que jugaría la única carta y dejaría que el destino siguiera su curso.

—Me da gusto verte, Michael. No puedo decir lo mismo de ti, Seriph. Siempre fuiste aquel en quien menos podíamos confiar. Me sorprende que Roland no te hubiera eliminado ya.

Un atisbo de sonrisa apareció en la boca del príncipe. Eso fue lo único que a ella le importó ver.

—Ustedes saben que los soberanos no toman las vidas de inmortales, así que tienen que preguntarse por qué me sentí obligada a matar a uno de ustedes —comentó rápidamente Jordin, beneficiándose del momento—. ¿Simplemente para convertirme en inmortal?

La chica levantó una mano y observó cómo se movían sus dedos.

—Lo admito, me gusta la piel —continuó—. Sentir y ver igual que ustedes me muestra cuánto he perdido.

Ella bajó la mano.

—Pero lo que ninguno de ustedes sabe es que a menos que triunfe en mi misión, todos ustedes estarán muertos dentro de cuatro días. La sobrevivencia de todo inmortal está totalmente en mis manos. Inclina tu orgullo mezquino, Seriph. Mátame ahora y con ello te llevarás la vida de todo inmortal vivo.

La joven hizo una pausa para que ellos procesaran la declaración.

—¿Crees que puedes engañarnos con esta ridícula amenaza? —protestó Seriph, con el rostro ahora más cerca del color de sus labios que de su barba.

Roland levantó una mano para acallarlo. Examinó a Jordin por varios instantes. Quizás por primera vez encontró verdad en el rostro femenino. ¿Y cómo podía no hacerlo? Ella estaba hablando sin reservas.

—Continúa.

—Uno de nuestros alquimistas ha creado un virus aerotransportado que infectará rápidamente a toda la población mundial. Lo liberará a menos que yo mate a Feyn y devuelva a Rom en cuatro días.

Jordin se paseó, sintiendo por fin libertad para moverse, para respirar. Ella, no Roland, tenía ahora el mando en el salón.

—El virus obviará a todos los amomados y en pocos días matará tanto a sangrenegras como a inmortales. Como pueden ver... yo tenía una buena razón para hacer todo lo necesario a fin de ubicarme aquí. Si ustedes no estuvieran tan ansiosos por eliminar a todo soberano que se les cruza por delante, yo podría haber venido en paz. La muerte de Jalarod es consecuencia de su odio, no del mío.

—¿Y los soberanos? —exclamó Roland.

—Sobrevivirán —expresó Jordin—. Después de todo, fue uno de nuestros alquimistas el que creó el virus. Podría acallar la emoción soberana. Pero sobrevivirán.

—Por lo cual te convertirías otra vez en soberana —objetó él de manera misteriosa—. Mejor existir en paz, despojada de la emoción que motiva nuestra locura, que estar totalmente viva. ¿No es eso lo que Megas dijo una vez antes de convertir al mundo en un cementerio lleno de cadáveres ambulantes? Y así la historia cierra el círculo.

—¡Herejía! —gritó Seriph, señalando a Jordin con un dedo torcido y acusador—. Es lo que beber la sangre muerta de Jonathan ha traído a nuestra puerta. Herejía y muerte.

Por un instante las palabras del hombre le parecieron a la chica nada más que la verdad. La misma idea de acallar todo aspecto de vida parecía blasfema. Renunciar a la misma inmortalidad parecía demencia. ¿Quién abandonaría el regalo de vida extendida que ella sentía ahora?

Y sin embargo, los inmortales no eran menos desdichados que los soberanos. Por tanto, ¿dónde estaba entonces la vida abundante de Jonathan?

—¿Por qué volverías a tu sangre soberana? —preguntó Michael—. Acabas de obtener vida plena.

—Porque es la única manera en que les puedo guiar a Feyn.

—¿De qué se trata esto?

—Ella asegura que no puede recordar lo que vino a decirnos —contestó Roland, una vez más con incredulidad en el rostro—. Es evidente que recordará si se convierte en soberana.

—Más mentiras —se burló Seriph.

¿Estaba ella mintiendo... incluso a sí misma? La mente le estaba retrocediendo a un abismo de olvido, y apenas recordaba por qué *debía* convertirse otra vez en soberana. Pero eso era lo importante, ¿verdad? Debía volver a convertirse en soberana, y pronto, antes de estar irremisiblemente perdida.

Además debía darles más a ellos, o nunca tendría la oportunidad de encontrar su camino de regreso.

—Ustedes tendrán que preguntarse por qué estoy aquí para advertirles. ¿Qué más tendría yo que ganar al acudir a ustedes? Necesitaba que me oyeran, por lo que me volví inmortal. Ahora debo guiarlos, y para eso debo convertirme en soberana.

Ahora andaba a tientas en la oscuridad.

—La soberanía quizás no sea un regalo para mí con los sentidos extendidos que ustedes conocen muy bien, pero hay más en juego que simple memoria. Como soberanos, sabemos más. Tal vez por eso es que ahora no puedo recordar la manera de entrar en la Fortaleza. Estos sentidos aumentados parecen robar otras habilidades a la mente.

—¿Nos crees estúpidos? —rebató Michael con una risa de incredulidad.

—No. Pero los soberanos tienen una clase diferente de vista. A veces podemos ver vislumbres del futuro. Esto podría ser de gran valor en una misión para eliminar a Feyn.

El don nunca había sido previsible, y declararlo quizás solo establecería una expectativa que más tarde podría dañar la credibilidad de Jordin, o lograr que todos murieran; sin embargo, ella necesitaba todos los medios para persuadirlos ahora.

Debía volverse soberana otra vez o todo estaría perdido. Todos los inmortales morirían, y Jordin junto con ellos.

—Más insensatez —comentó Seriph con el ceño fruncido—. Si ese don fuera remotamente valioso, lo habrían usado para permanecer vivos. Ella nos está llevando a un juego sucio.

—Todo lo que he dicho es cierto —aseguró Jordin.

Roland la observaba con mucha atención.

—Entonces te daré la oportunidad de mostrarme cuán cierto es —declaró él dirigiéndose hacia los escalones que se levantaban hasta su trono.

Subió, se sentó tranquilamente y se inclinó hacia delante, con los codos sobre los brazos de la silla.

—Dime dónde se oculta el resto de los soberanos. Demuestra tu lealtad, y permitiré que te conviertas en soberana. Niégate a hacerlo y morirás con nosotros, suponiendo que haya algo de verdad en lo que aseveras.

Jordin no había previsto el ultimátum. Al oírlo ahora sintió que se le enfriaba la sangre. Revelar la ubicación del santuario a los inmortales de Roland era tan bueno como sentenciar a muerte a los soberanos.

—¿O también has olvidado eso?

—Soy leal, mi príncipe. Pero... mi lealtad final reposa con Jonathan.

—Jonathan está muerto.

—¡Él vive en la sangre de los soberanos!

—Quienes son desdichados y demuestran tener una vida mucho menor de la que Jonathan tuvo alguna vez. Si te niegas, y el virus del que hablas realmente existe,

entonces todos moriremos, incluso tú. Feyn morirá. Si Feyn convierte a Rom en sangrenegra, lo cual indiscutiblemente hará, él también morirá. ¿Qué queda entonces? Un puñado de herejes que se llaman soberanos, prolongando su propia clase de desdicha.

Jordin se sintió en espiral hacia un pánico total.

—Si te lo digo, ¡simplemente me matarás y los masacrarás a todos! Mattius ha tomado las precauciones necesarias: liberará el virus antes de que puedas detenerlo.

—No los masacraré a todos. No todavía.

—¿Y yo?

—Tu destino estará ligado al mío —decretó él con los labios torcidos en una mueca amenazante—. Es la única oportunidad que te doy.

Jordin se quedó inmóvil, aparentando tranquilidad, esperó, pero su mente gritaba traición y abatimiento, presionada a tan terrible elección.

La única elección y, sin embargo, para nada una opción.

—Necesito algo de tiempo —pidió ella.

—Del que afirmas que no tenemos —expresó él, e hizo una pausa para examinarla—. Tienes hasta que el sol se ponga.

—Quizás no necesite tanto tiempo.

—¿Eres la guardiana del tiempo en mi mundo? —inquirió él y no esperó la respuesta de ella—. No, creo que no.

Entonces se volvió hacia Rislón.

—Llévala otra vez a su celda. Déjala en la oscuridad.

—Sí, mi príncipe.

—Y tráeme a la otra —ordenó Roland volviendo a mirar a Jordin.

Capítulo catorce

MÚSICA DE CUERDAS INUNDABA la oficina de la soberana. Tensa con conmovedora añoranza, el concierto era una investigación en el Caos y el genio, tan antiguo como las emociones humanas que una vez arruinaran el mundo. El padre de Feyn, ex gobernante mundial, habría condenado a cualquiera que poseyera o escuchara tal música. Su medio hermano había traído la música a la fortaleza personal de él para disfrutarla. Ella ahora la escuchaba solo para esto, pues la música sería de los compositores amomiados se sentía repetitiva y muerta en comparación.

Porque ellos *estaban* muertos.

Feyn se había puesto aretes ámbar y ónix. Quince piedras talladas colgaban de cada oreja, engastadas en oro, reluciéndole como fuego negro casi hasta los hombros, enmarcadas por la oscura caída de su cabello. El vestido de terciopelo era de su acostumbrado color negro, las mangas como guantes le pasaban las muñecas, terminando en punta cónica sobre los dedos. Caía en el suelo detrás de ella, un derrame de tinta a través de cuentas de oro, el dobladillo ribeteado en hilo dorado del antiguo valle Indus.

Por primera vez en años ella permaneció delante de la gran ventana, no mirando hacia afuera sino para ver su propio reflejo.

¿Soy hermosa?

Nunca le había interesado, porque eso nunca había importado. La belleza no podía darle más de lo que ya tenía: la lealtad del mundo, el tributo de los tesoros continentales, la incesante devoción de los habitantes a la mano del Creador en la tierra.

Ya no les importaba que ella disolviera el senado y abandonara el Libro de las Órdenes junto con sus visitas semanales a la basílica. El Libro, la basílica... representaban muletas de vidas que se debían estructurar... una férrea hoja de ruta hacia la felicidad, o al menos hacia la esperanza de esa felicidad.

Feyn sabía de sobra que no debía esperar la próxima vida. Nadie sabía qué pasaría con el alma después de la existencia. No había garantía ni siquiera para el más devoto. Todos vivían en temor hasta el último aliento, ¿y qué se había ganado con esto alguna vez sino la desdicha de la incertidumbre?

Ella había visto cosas que no podía explicar, más recientemente hace seis años, a manos del mismo Jonathan cuando él le había oscurecido los ojos, revelándole el interior de su alma. No obstante, ¿qué había resultado de esta pequeña lección?

Nada.

Eso la entristeció un poco. Feyn se había descubierto casi deseando que hubiera algo más en cuanto a él que la extrañeza de su sangre y la mutación que esta trajera. La muerte en esa sangre solo había devuelto a Rom y a los de su clase a una

experiencia menor de vida, y sin embargo afirmaban ser superiores. Un engaño tan peligroso como fascinante.

Ella inclinó la cabeza. Su antigua criada, Nuala, nunca se había adaptado a los cosméticos más intensos que Feyn prefería últimamente. Por suerte, la sirvienta había experimentado un accidente durante su seroconversión, error que provocó una infección suficientemente grave como para enviarla a la Autoridad de Transición. Feyn había tenido una cena privada a solas en la alcoba de Nuala en su honor. Caviar, si recordaba correctamente.

Se suavizó el borde del delineador oscuro debajo de los ojos con la yema de un dedo. Ahora atendía sola estos asuntos. Preferible a permitir la mirada directa de alguien más, lo cual ella encontraba ofensivo. En todo caso, la belleza se había vuelto mucho menos interesante para ella.

Hasta ahora.

Qué extraño no sentirse como una caricatura de sí misma. Sentirse realmente *entendida*.

Examinó la separación de venas negras que le subían por el cuello hasta la mejilla. La sombra de las pestañas, la mancha oscura de los labios.

¿Soy hermosa?

¿Suficientemente hermosa para ganar el corazón y la confianza de un hombre con la voluntad de rechazarla? ¿Un hombre y un hereje en desacuerdo con todo lo que Feyn representaba?

Por primera vez en años Feyn tenía bastante cerca un oponente digno de interés en rango con quién engranar. El primer reto personal que había enfrentado en años. Iba a saborear el día en que jugara de igual manera con Roland, pero ese sería un juego mucho más letal con mayores riesgos.

Un toque a la puerta.

—Adelante.

La criada entró con un carrito, detrás del cual se arrodilló mientras los aromas de carne asada, cebollas y champiñones exóticos inundaban el salón.

—Mi señora. ¿Dónde le gustaría...?

—En la mesa.

Feyn dejó que la mirada de la mujer la recorriera desde el cuello hasta el ancho escote de su vestido. ¿Era alguien hermoso si lo llamaban así quienes le temían? ¿Llegarían finalmente a creerlo, si no lo habían creído antes?

La criada aún estaba terminando, cuando otro toque sonó en la puerta del salón.

Feyn se volvió de la oscura ventana.

—Abre la puerta —le ordenó a la criada, quien salió corriendo y lentamente movió el muy pesado portón.

Feyn cruzó las manos.

De rodillas en el umbral había dos siluetas conocidas. Seth, con su divina estatura, y la figura del hombre que ella había conocido desde hace mucho, muchísimo.

Feyn pasó a la criada y se detuvo delante de Rom.

Él estaba vestido con una túnica sencilla y pantalones, usaba un par de botas finas que sin duda eran las más costosas que se hubiera puesto alguna vez. El pelo aún húmedo, perfectamente atado a la nuca. Y como siempre, la miraba directo a los ojos.

¿Por qué la agitación dentro de ella?

Feyn sonrió y extendió una mano.

—Ven.

Él se levantó, y la soberana lo guio hacia la mesa.

—Gracias, Seth.

Por el rabillo del ojo, ella vio el breve titubeo antes de que el sangrenegra se levantara y cerrara la puerta. Por un instante sintió bastante aversión hacia Seth, la criatura de su propia creación, mientras sentía renovada intriga por el hombre que tenía a su lado. La criada terminó, Feyn la despidió con un ademán, luego se volvió hacia Rom, quien levantó la cabeza, escuchando con asombro.

—Ah, la música —expresó Feyn—. ¿Te gusta?

—Es... —balbuceó él, y por un instante pareció el joven impulsivo que ella conociera una vez, la mirada extraviada como para ver la música en forma física—. Es hermosa.

—Todavía el artista de espíritu —comentó ella sonriendo.

—Aun como amomado sentía que la música que yo componía era la más pálida sombra de algo más —explicó él, la última palabra se redujo a un susurro.

—Los muertos, como los llamas, no pueden producir ese fruto.

—No —concordó él, volviendo la atención hacia ella.

—¿Vienes conmigo? —inquirió Feyn dirigiéndose hacia el diván ubicado cerca de la mesa—. Ordené carne de venado. Es probable que no hayas comido mucha en estos últimos años.

Rom miró la mesa baja en que la criada había dispuesto la comida. Feyn caminó alrededor hasta el extremo del diván antes de sentarse, luego se deslizó un poco a fin de hacer espacio para él.

—En otra vida podrías haber venido a la Fortaleza conmigo ese día. Habríamos cenado de este modo durante el resto de nuestra existencia.

—Nunca te tomé por alguien sentimental —comentó él sentándose a su lado.

—De estos últimos quince años hemos pasado solo unos pocos días juntos. Por extraño que parezca. Y sin embargo es verdad.

—Tal vez porque en los ojos de mi mente he pasado muchos días contigo —afirmó él.

—¿De veras? ¿Cuántos?

—Muchos —contestó Rom únicamente después de titubear.

Ella se quedó en silencio por un momento.

—Me amaste una vez, creo —exteriorizó ella levantando el pesado cuchillo y un tenedor de tres dientes, y comenzando a cortar la carne de venado, que fue a parar más allá del cuchillo, tierna hasta el hueso—. Creo que esa es la razón para esa misión tuya.

Rom no contestó nada mientras Feyn le ponía una porción grande en el plato, al que le añadió vegetales cocidos al vapor y champiñones goteados con mantequilla en su propio jugo. Partió un pedazo de pan de la hogaza envuelta en el centro de la mesa y lo colocó en el borde del plato, luego lo miró de soslayo.

—Sin duda, no *todo* se trata de Jonathan.

—No —contestó él tranquilamente, mientras ella le ponía una servilleta en el regazo.

—He pensado en lo que dijiste —expresó Feyn, sirviéndose—. Y quiero saber algo.

—Por supuesto.

—Viniste a mí para salvarme. ¿Por qué ahora?

Rom permaneció en silencio por un momento.

—Porque pronto podría ser demasiado tarde.

—¿No fue demasiado tarde el día en que Saric me resucitó con su sangre?

—No, no lo creo. Y no creo que lo sea ahora.

—Tu sangre mata a los sangrenegras. Pero tú crees que yo viviría debido a que tomé la antigua sangre hace quince años.

—Estoy apostando mi vida en ello al venir aquí.

—¿Por qué eso te importa tanto? —indagó ella levantando el tenedor y mirando a Rom.

El hombre tomó un bocado de carne de venado, y aunque ella sabía que debía ser la mejor carne que él habría comido en mucho tiempo, pareció demasiado distraído para notar su sabor.

—Porque nunca he creído que estuvieras destinada a ser lo que eres —contestó él después de tragar el primer bocado.

—Jonathan claramente lo creyó.

—Soberana, quizás. Pero no esto. No una sangrenegra.

—Eso es un poco intolerante, ¿no crees? ¿Eres el Creador para decidir?

—No. Pero sé lo que el corazón siempre me dijo.

—¿Por qué? Somos muy parecidos en muchas maneras. Sentimos. Tenemos deseos. Vivimos más a plenitud que cualquier ciudadano común. Pero no crees que nos parezcamos en nada, ¿verdad? Y puesto que tú crees algo, también lo deben creer

todos los demás.

—Sé que te debe parecer de ese modo. Si yo estuviera en tu posición ahora, podría creer lo mismo. Sencillamente lo sé, Feyn.

—Y por tanto esperas que cambiándome cambiarás al mundo.

—Solo sé que ahora mismo estoy aquí por ti. Después de eso... —manifestó él, haciendo un movimiento leve de cabeza y mirándola—. No sé.

—No es el mejor plan expuesto, si pretendes poner al mundo a los pies de Jonathan —objetó ella con una tranquila sonrisa.

—Mis planes no han equivalido a nada. Todo lo que creí saber... estaba equivocado. Pero en este instante sé esto: Vine aquí a salvarte. Y también con la esperanza de salvar a mi pueblo, y sí, al legado de Jonathan.

Feyn lo había dejado en el salón hexagonal en un estado más flexible que este. Él parecía haber recuperado algo de su antigua resolución. Ella no debió haber esperado el día.

—No soy más que una mujer de lógica. Sabes que no puedo permitir que tu pueblo socave la lealtad de mis súbditos.

—Lo sé.

Comieron en silencio durante un minuto.

—Aún eres apuesto —comentó ella tranquilamente.

Y lo era, en su escabrosa manera. Más que por la dureza tallada en el rostro y las rayas canosas en las sienes. Algo al respecto expresaba devoción. Eran celos, desde luego, ¿pero qué era el celo sino devoción fanática? Seth y cualquiera de los sangrenegras morirían por ella, perderían un brazo, dejarían que les desollaran la piel del cuerpo por ella. Porque no tenían alternativa.

Pero aquí estaba un hombre que había elegido su camino y no se salía de él, por equivocado y sedicioso que fuera ese camino. Al menos eso podía admirar ella.

Feyn bajó el tenedor y se recostó en el espaldar del diván.

—Aún estoy esperando, Rom.

—¿Qué?

—Tu gran persuasión. Tu truco inteligente. Tu punto de vista sobre cómo me convencerás, sobre cómo me seducirás, me culparás o tratarás de llevarme a tu manera de pensar. Es lo que siempre has hecho, ¿no es así?

Él bajó tranquilamente el tenedor y el cuchillo y se volvió hacia ella.

—Solo sé que te amo —confesó él tiernamente, y aunque ella esperó un instante, no añadió nada más.

—Y así que esto es amor —expresó Feyn—. ¿Querer que yo sea como tú?

—No. Esto es amor: que mi vida no signifique nada para mí al lado de la tuya.

—Y tú escogerías mi vida por sobre la de tu gente.

—No. Porque mi vida tampoco es nada para mí al lado de la de ellos.

—Ah. Y por eso no me dirás dónde están, incluso por el bien de los tuyos.

Él bajó la mirada, y después de un momento deslizó los dedos de la mano buena a través de los de ella.

—Por el bien de ellos, no puedo —declaró.

Feyn inclinó la cabeza contra el respaldar del diván. El olor de Rom era molesto en las fosas nasales de ella, amenazando ahogarla con cada respiración. ¿Era él consciente del perfume de loto que ella usaba, que le emanaba del cálido pulso en la garganta?

—Permíteme ponerlos bajo mi protección, Rom. Vivirán en mejores condiciones y sabré que no representan ninguna amenaza. Contenerlos es lo único que me importa. Pueden vivir sus días, y no me importará de quién sea la sangre en sus venas mientras no conviertan a otros. Y tú vivirás aquí, conmigo, si lo decides.

—Por mucho que me gustaría hacerlo, no puedo.

—¿Qué? ¿Dejarme proteger a tu gente o vivir conmigo?

—La sangre de Jonathan es mucho más importante que tú o yo. No puedo permitir que se extinga.

—Yo podría convertirte —declaró ella, sintiendo que los ojos se le estrechaban levemente.

—Solo podrías intentarlo.

—Te podría convertir en sangrenegra —expuso ella jugueteando con los dedos de él, bastante ásperos entre los suyos—. Como uno de mi clase, hecho por mí, desearías solamente lo que yo desee. ¿Sería tan malo preferir mis deseos por sobre los tuyos si de veras me amas?

—Cuando dije que vine sabiendo que podrías matarme sabía que eso incluía intentar cambiar la vida de mis venas.

Hablar en tan tranquilos tonos, la mano de él en la suya... el momento era más surrealista que cualquier otro que Feyn pudiera recordar. Pero su frustración iba en aumento. Si él se diera cuenta, el juego terminaría.

—Yo esperaba que me hablaras de tu propia decisión.

—No puedo. Lo siento.

¿Por qué era él tan testarudo? Ella soltó la mano, temerosa de que él sintiera la agitación.

—¿Preferirías que te convierta, a aceptar lo que te pido a cambio? Tengo el poder de decidir si tu gente vive o muere; no te equivoques, todo se reduce a eso. No dejes que eso suceda. Yo tengo riqueza. Comodidad. ¡Emoción! No estoy muerta. No soy amomiada.

—No, no lo eres —replicó él en voz baja después de mirarla a los ojos por un momento bastante largo—. Pero tampoco eres sangrenegra. No del todo. Esta es tu única esperanza de sobrevivir. El resto de tus sangrenegras no tienen esperanza. Por

favor, Feyn, te lo suplico. Una vez confiaste en mí. La única manera de que puedas vivir es convirtiéndote en quien Jonathan quiere que seas.

Ella lanzó una carcajada suave de incredulidad.

—Jonathan. Todo tiene que ver con Jonathan. ¿Te sirve él en su vida muerta de manera tan atenta como lo has servido todos estos años? Jonathan te dejó, Rom. ¡Se fue! Tú afirmas que no es así; sin embargo, ¿dónde está? Ya le has dado tu vida, no a mí sino a él. ¿Y qué tienes a cambio? Vida, dices. ¿Estás seguro? Así que no eres amomiado. Tampoco eres mucho más. Renunciaste a la inmortalidad. Tu gente disminuye cada vez más. Has desperdiciado la vida... ¿para qué?

Feyn ya no pudo ocultar la frustración en su voz. Se levantó del diván, se alejó de la mesa, y se volvió.

—No seas estúpido. El hecho es que necesitas tanto la *salvación* como crees que yo la necesito. Te has destruido, Rom. Pudiste haberte ahorrado todo esto y quedarte en tu nido de ratas. Al menos entonces tu pueblo podía haber vivido un poco más. Pero ahora me obligas a actuar. Eres tan bueno que mataste a tu propia gente.

Rom la miró fijamente, pero era preocupación y no temor lo que llenaba sus ojos.

—Te equivocas, Feyn. Son los sangrenegras, no los soberanos, quienes morirán.

—Sí, sí, por supuesto. Aunque afirmes que ya estamos muertos. Lo he escuchado mil veces.

—No has escuchado esto. Estoy aquí para salvarte, como aseveré. Hay un alquimista entre nosotros que ha hecho un intento desesperado de salvar a todos los soberanos.

—Por favor, ahórrate el melodrama.

—Él tuvo éxito al crear un virus que en cuestión de días matará a todo sangrenegra que respira —explicó Rom levantándose del diván y parándose frente a ella, al mismo nivel—. Tu amante, el sangrenegra Seth, es prácticamente un muerto. Igual tú. Espero persuadirte sin amenazas, pero se nos está acabando el tiempo.

Feyn sintió que el calor le abandonaba las yemas de los dedos y que luego se le drenaba del rostro.

—No te creo. Es un truco. Otra de tus manipulaciones.

—¿Qué razón tengo para mentirte? ¿Por qué me arriesgaría a dejar a mi pueblo sin líder?

—Y si existiera un virus, ¿no matará también a los amomiados? ¿A los inmortales? ¿A ustedes?

—Matará a los inmortales. Podría afectar a algunos amomiados, pero a pocos. Podría afectar también nuestras emociones, pero no, no nos matará.

Ella sintió que de la garganta le brotaba risa. Esta salió y se derramó en una melódica carcajada. Pero ella solo sentía temor, no diversión.

—¿Piensas que yo creería tan desesperada mentira? Qué ironía. El mundo

volvería al gobierno de amomados, y los soberanos sin emoción total no serían mejores que ellos. ¡Todo aquello por lo que has dado tu vida quedaría en nada!

—Sí. Lo sé —expresó Rom, con urgencia ahora, y ella supo que él creía cada palabra que articulaba—. Mi gente supondrá que ya me habrás convertido en sangrenegra, sujeto a muerte igual que tú si liberan el virus. Esta fue mi mejor jugada para mantenerlos a raya. Estoy totalmente comprometido a mantener pura la sangre de Jonathan.

Feyn se alejó, la mente le rugía como una furiosa tormenta. Rom la había superado. Y esta vez sin misericordia, si lo que él decía era verdad.

Y lo era, ¿verdad? Rom no sabía mentir.

—Te das cuenta de que la sangre negra te podría matar —advirtió ella dándole la espalda—. Nunca se ha hecho con un soberano. Corban está indeciso respecto a las consecuencias. Pero si lo hago y tú sobrevives... dices que el virus te matará de todos modos. Así que de cualquier manera estás muerto. ¿Era este tu gran juego?

—Si tomas mi sangre, ambos estaríamos seguros, y Mattius no liberaría el virus.

—¿Eres tan tonto? ¡Yo nunca tomaría tu sangre muerta para vivir en infortunio como vives tú! La única manera de deshacer al mundo de esta amenaza es aplastar el virus. ¡Ahora! Antes de ser liberado. ¿No lo ves?

—Si atacas, él soltará el virus.

—Ese es un riesgo que deberé tomar. Tienes que ayudarme.

—¡Estoy intentándolo! —gritó Rom.

—¡Dime dónde está él!

—No puedo —dijo Rom mirándola, con la mandíbula tensionada.

—Entonces me estás obligando a actuar —advirtió ella después de mirarlo por un prolongado momento.

Las manos de la mujer temblaban, pero ya no le importaba. A grandes pasos se dirigió hacia las enormes puertas de la oficina y las abrió. Seth se hallaba de pie ante ella, con las manos cruzadas, y levantó la cabeza.

—Llévalo al laboratorio. Dile a Corban. Lo convertiremos esta noche.

Capítulo quince

RISLON HABÍA DEVUELTO A Jordin a la celda y, a pesar de su súplica de ser oída en el momento en que llegara a una decisión, sin ninguna ceremonia el hombre había cerrado y trancado la puerta, dejándola en la oscuridad.

—¡No tenemos tiempo para esto! —gritó ella a través de la puerta.

Las pisadas alejándose fueron su única respuesta.

El juego de Roland se le hilvanó en la mente. Jordin había pedido tiempo, y él se lo había concedido, pero solamente bajo sus propias condiciones, sabiendo que la mantendría firmemente en una posición de menos poder si la obligaba a preocuparse mientras las horas corrían.

Mientras tanto, el príncipe manipularía a Kaya con la esperanza de conocer la ubicación del santuario. Él fracasaría, pues sin duda Kaya no conocía suficientemente la ciudad como para entregar la ubicación exacta. Y en caso de que le diera suficientes detalles a Roland, él esperaría hasta el oscurecer para utilizar la ventaja de la vista inmortal.

Kaya había estado fuera del santuario solo una vez, siguiendo a Jordin por calles desconocidas. Había muchas ruinas parecidas a aquella bajo la cual se enclaustraban los soberanos que quedaban. Con tan poco tiempo antes de la liberación del virus, Roland quería estar seguro de su destino, suponiendo que creyera la advertencia de Jordin. Extrañamente, a él no pareció alarmarle demasiado lo uno o lo otro.

Pronto tendría suficiente preocupación.

Según Rislón, Jordin había despertado al mediodía. Debía anochecer al menos en seis horas, tal vez hasta en ocho. Cuatro días estaban a punto de convertirse en tres. ¡Se le estaba acabando el tiempo!

Se había paseado en la oscura celda durante lo que parecía una eternidad, analizando su difícil situación, destrozada por la insoportable dicotomía que se le desarrollaba en la mente. Ahora tenía dos amos: Roland, su príncipe (y por extensión su creador) asentado en incuestionable poder, lleno de la misma vida que fluía por las venas de la joven.

¿Y quién era el otro amo? Ya no podía identificar fácilmente su vínculo con Jonathan. Un recuerdo lejano... una voz que la llamaba en sueños desde el más allá. ¿O era Rom su amo, a quien había jurado lealtad? ¿O quizás su propia conciencia, que le susurraba en las más profundas cavernas de la mente?

Jordin estaba dándose por vencida, pero en alguna parte más allá de sus pensamientos y emociones inmortales debía creer que seguía siendo soberana.

Sin embargo, ¿qué era la soberanía sino desgracia? ¿Qué poder o plenitud había hallado después de que pasara la euforia inicial del renacimiento?

Y he aquí la verdad: los caminos de los dos amos estaban atados a desventura y

sufrimiento. A este paso tal vez sería mejor encontrar la muerte y arriesgarse a cualquier cosa que esperara más allá. Sin embargo, Jonathan insistió en que su reino era de esta tierra, aquí y ahora entre todos ellos. ¿Dónde estaba entonces?

Los pensamientos se le arremolinaban en una niebla gris. Ella sabía esto: el destino del mundo descansaba ahora en las decisiones que tomara, y ninguna de ellas parecía prestarse a un resultado sin algo de fatalidad.

Si se negaba a decirle al príncipe dónde se ocultaban los soberanos, ella seguiría siendo inmortal y se perdería toda esperanza de rescatar a Rom. Suponiéndola muerta, Mattius liberaría el virus. Ella moriría junto con todos los sangrenegras y los inmortales, dejando a todo soberano sobreviviente despojado de su existencia plena y bajo el control de Mattius.

Si le daba a Roland información errada para ganar tiempo, él rápidamente se enteraría del engaño y no volvería a confiar en ella. Sin la confianza de él, Jordin fracasaría en todos los frentes.

Si le confesaba la ubicación del santuario, él enviaría a Cain con sus magníficos y mataría o capturaría a todos los soberanos vivos que quedaban. Incluso si ella guiaba con éxito a Roland en una misión para rescatar a Rom y matar a Feyn, el príncipe aún estaría en posición de matarlos a todos sin dejar rastro de sangre soberana que sobreviviera al virus. Si ella intentara mudar a los soberanos a un nuevo escondite, él rastrearía los movimientos y los encontraría... pero no había ningún sitio a dónde llevarlos; desde hacía mucho tiempo los soberanos se habían quedado sin lugares donde esconderse en la ciudad.

La desesperanza que le presionaba la mente no se sentía más variable que las toneladas de rocas por encima de la cueva diminuta y hueca en que se hallaba. Jordin no encontraba salida, ni luz ni alternativa que pareciera capaz de liberarlos a todos de una muerte segura. La historia estaba condenada a repetirse, y ella era impotente para detenerla.

El aire frío de la cueva le secaba el sudor de la frente tan pronto como le aparecía en la piel, sin brindarle alivio al horno que le quemaba la mente. Las manos le temblaban a medida que se paseaba. Y luego los pensamientos comenzaron a fallarle totalmente.

Jordin tendría que decirle a Roland todo lo que sabía, tan pronto como lo supiera. Decirle y confiar en él. No tenía otra alternativa.

Se dejó caer en la estera y permaneció de espaldas, con los brazos cruzados en el pecho, mirando la oscuridad de lo alto. Lágrimas le inundaban los ojos y le bajaban por las sienes, humedeciéndole el cabello.

—Jonathan...

El susurro pareció irresistiblemente vacío y lejano aquí, en las profundidades debajo de la superficie de los cañones.

—Jonathan, ¿por qué me dejaste? Te suplico. Por favor... me dejaste una vez. Encuéntrame. Sálvame.

Este fue su último pensamiento deliberado.

La chica se desligó de sus pensamientos como si hubiera caído en una fisura en el suelo de la cueva. El silencio la calmó, dejándole solo tinieblas... y paz.

Permaneció separada del tiempo. Respirando. En reposo. No había nada más que oscuridad y el sonido de su respiración.

No supo cuándo quedó consciente del débil sonido, solo supo que estaba allí exactamente detrás de su mente: un suave zumbido que parecía como si hubiera estado allí desde el principio, reprimido y silenciado hasta ahora por su incesante mente.

No había palabras, solo un tono prolongado y suave. La voz de un niño, quizás, que gradualmente cambiaba de zumbido a tono, una palabra entonada a través de labios entreabiertos. La voz de un niño clamando en el desierto. Haciéndole señas a ella. Compases perfectos de notas encantadas desde una solitaria garganta, que le fluían directamente hacia los nervios.

Las tinieblas comenzaron a dividirse. ¿O era su propia mente dando paso al suave gris de la luz? Jordin podía verla realmente, como si se hubiera abierto un camino en el silencio, un camino que había estado nublado hasta ahora.

¿O se trataba de un sueño?

La voz del niño estaba acompañada por un coro de cuerdas, tan débil al principio que Jordin no estaba segura de oírlo. Ese sonido estaba allí y no lo estaba... había estado allí, tal vez, todo el tiempo.

Hermoso. Muy hermoso. Aquí, sin posibilidad de elegir. Sin ansiedad, sin mundo que salvar. Aquí ya había salvación, totalmente alcanzada y llevando los acordes musicales que parecían haber existido desde el principio del mundo.

Justo cuando ella creyó que el sonido podría arrastrarla, el niño dejó de cantar, como de pronto consciente de haber sido descubierto. Las cuerdas se silenciaron. Pero la paz permaneció, suspendida en alguna parte más allá del pensamiento.

Guíalo, Jordin.

La joven contuvo el aliento. La voz de Jonathan. Como un hombre o un niño, ella no estaba segura, pero era la voz de él; Jordin la habría reconocido en cualquier parte.

La muerte no es el final.

Entonces la presencia de esa voz desapareció, y ella supo una vez más que estaba sola.

Los ojos se le abrieron de par en par. Estaba despierta, tendida sobre la espalda, con las manos cruzadas sobre el pecho.

Y respirando con dificultad.

—¿Jonathan?

Su voz resonó suavemente en la cueva. Jordin se levantó en medio de la oscuridad.

—¿Jonathan?

De repente la puerta se abrió, inundando de luz la alcoba. Por segunda vez ese mismo día, Rislon estaba en el marco de la puerta.

—El príncipe pregunta cuál es tu decisión —informó.

—¿Es de noche? —inquirió ella.

—Si no lo fuera, él no estaría preguntando.

La mente de Jordin dio vueltas, en busca de una respuesta a las preguntas que la acosaban. Pero no había otra opción real que tomar ahora. Ella ya sabía qué hacer.

—Dile a mi príncipe que si me permite convertirme en soberana, yo misma lo guiaré a nuestro santuario. Mi vida y las vidas de todos los soberanos estarán en sus manos. Dile que lo llevaré esta noche.

Los guerreros inmortales a las órdenes de Roland sumaban dos mil, y solo a trescientos de ellos los llamaban magníficos, la fuerza élite que ocupaba la cueva conocida sencillamente como la guarida de Roland. De ellos, doscientos llenaban ahora el salón principal, todos adornados en trajes negros de batalla y botas. Se podría llegar a creer que Roland los había convocado para atestiguar grandeza.

Pero Jordin sabía que él solo deseaba que todos ellos vieran lo que sucedía cuando sangre soberana entraba en venas de un inmortal y lo convertía en algo menor.

Rislon había dado al príncipe la respuesta de Jordin y en el transcurso de una hora volvió por ella. Indicó que todos estaban listos. ¿Dónde había ocultado ella la sangre soberana? En su cantimplora, que cuando llegó había lanzado al heno en el establo abierto. Él le había arrojado una dura mirada, y luego le dijo a la joven que regresaría.

Ahora Jordin se hallaba de pie junto una antigua mesa de madera que habían puesto en el centro del gran salón, directamente debajo de una de las enormes arañas. No menos de cien velas iluminaban el recinto, irradiando un resplandor ámbar pálido sobre los fantasmales rostros inmortales que parecían flotar sobre hombros vestidos de negro, cada uno de ellos observando con esos ojos negros iluminados por su propio fuego dorado. Se hallaban de pie en misterioso silencio, unos apoyados en la barandilla a lo largo del nivel superior, otros formados a lo largo de ambas escaleras, otros más en el nivel principal.

Rislon y Sephan eran ahora dos entre muchos, sus rostros fríos. Cain estaba de pie sombríamente en presencia de su príncipe, mientras la reina Talia miraba inexpresiva desde una silla de terciopelo rojo y respaldo alto. Kaya estaba justo detrás y a la derecha de Roland (Jordin reconocería sus grandes ojos dondequiera) engalanada con un sencillo vestido negro que le dejaba al descubierto las pálidas piernas hasta la

mitad de los muslos. Si la chiquilla hubiera dado algo ante Roland, esto no debió incluir información sobre la ubicación del santuario; era evidente que él aún necesitaba ese conocimiento.

A Jordin no le interesaba suponer qué otra cosa Kaya pudo haberle dado a Roland. Una punzada de celos se le clavó en el corazón. ¿Cómo había llegado a sentir tal afecto por el príncipe? Y si la misma Jordin sentía atracción por él, ¿cuánto más habría sentido Kaya? La criatura era una fruta intacta, ansiosa por amar con nueva pasión sensorial. Si la chica sentía algún anhelo por recuperar su soberanía, su rostro no lo demostraba de ninguna manera. Se veía total y descaradamente inmortal, y muy consciente de haber sido elegida para estar al lado de Roland.

En cualquier otro grupo tan grande, Jordin esperaría señales de individualidad: una tos aquí y un susurro allá mientras la curiosidad sacaba lo mejor de los espectadores. Variados y coloridos vestidos, y cabelleras de diferentes longitudes y colores.

Pero todos los magníficos de Roland parecían extrañamente iguales. El contorno de sus rostros era blanco, el largo cabello principalmente trenzado y sin adornos. Vestidos del mismo negro que su líder con solo la ocasional pieza de joyería, un collar alrededor del cuello de guerrero o un anillo en un dedo pálido; Jordin no lograba hallar en ellos ningún indicio nómada, ni de la anarquía del color, ni del alboroto de individualismo con que habían celebrado la vida bajo las estrellas del desierto.

Excepto, desde luego, por Talia, quien se destacaba en verde azulado, una sencilla gota de océano en un mar de negro.

Solo otros cuatro sobresalían en la reunión, todos enfundados en largas túnicas con bandas rojas alrededor de sus mangas largas. Dos hombres, una mujer y Michael. Espadas con empuñaduras doradas colgaban de sus cintos; medias lunas colgadas de cadenas alrededor de sus cuellos. Rislon había mencionado a su cacique, Lydia, durante el largo viaje hasta la guarida. ¿Eran entonces estos los caciques guerreros?

Roland se había puesto una holgada camisa color azul oscuro metida en la cintura debajo de una larga túnica similar que le colgaba hasta las pantorrillas. Tenía el cabello recogido en cola de caballo. Sus uñas negras estaban perfectamente cuidadas y sus mangas nítidamente abrochadas. Los labios color vino tinto no brindaban ninguna sonrisa, solo taciturna resolución.

Pero Creador, él es apuesto, ese siniestro príncipe. La misma imagen de la perfección mortal.

El hombre levantó una mano y señaló hacia un lado, sin dejar de mirar a Jordin. Seriph salió del círculo exterior de espectadores, portando una bolsa negra.

Los instrumentos de seroconversión.

Depositó la bolsa en la mesa y extrajo un sencillo tubo traslúcido fijado a una

delgada aguja de acero inoxidable, y los colocó sobre una tela blanca junto al frasco de sangre que hallaran en la cantimplora de Jordin.

El temor se deslizó por la columna vertebral de la joven. Darse cuenta de que estaba a punto de perder la vida inmortal la llenó repentinamente de pavor y de extraña afrenta. La respiración se le complicó.

Roland se había colocado a su lado, las manos cruzadas a la espalda, un esbozo de sonrisa se le formaba ahora en los labios.

—Conseguirás tu deseo, querida. Pero no te equivoques, harás como dijiste. Y si me fallas aun en lo más mínimo, te devolveré a tu actual estado y sabré lo que debo saber de un modo u otro. Tengo formas de lograr lo que deseo. Si tienes alguna duda, podrías preguntarle a Kaya. Traérmela fue algo muy sensato. Supongo que te debo mi gratitud.

Él la estaba provocando, apelando al deseo de Jordin de estar con su creador como una de sus crías. El hecho de que el juego de él sobre los celos de ella tuviera un efecto tan dulzón en su mente la aterraba, incluso ahora ante todos estos rostros.

—Como dices... —balbució ella apretando la mandíbula—. Mi destino ahora está ligado al tuyo. Acabemos esto.

Roland hizo una seña con la cabeza a dos inmortales detrás de Jordin. Estos se acercaron y pusieron las manos sobre el vestido de seda de ella, como para quitárselo. Jordin los rechazó.

—¿Quieres también humillarme?

—¿Humillarte?

Entonces ella comprendió que los inmortales no albergaban temor a la desnudez.

Pero los soberanos sí lo sentían. ¿O no?

—Perdóname, pero cuando me vuelva soberana podría sentirme extraña. Déjame vestida.

Los rostros que flotaban en la asamblea reunida se miraban atónitos; los inmortales no le hablaban de este modo a su príncipe. El mismo oído de Jordin se ofendió por su propio tono.

—Por favor —continuó ella—. No quise ofender. Pero los soberanos no son tan libres.

—Quizás eso también es parte de tu desgracia —expresó él—. ¿No nos liberó Jonathan de todas esas tonterías?

¿De veras? Jordin no lo recordaba exactamente.

—Déjala vestida —ordenó él a Seriph—. Pero manos a la obra, no tenemos toda la noche.

—Sobre la mesa —expresó Seriph frunciendo el ceño sin ningún indicio de aprobación.

Jordin rodó sobre la superficie de madera y quedó de espaldas, mirando a lo alto

la enorme araña. El tenue silbido y el chisporroteo de cien velas se unió a la firme respiración de los inmortales. La chica no pudo evitar la sensación de que se habían congregado alrededor de la mesa para un festín.

La helada mano de Seriph le agarró la muñeca, y ella cerró los ojos.

Guíalo, Jordin. La muerte no es el final.

¿Quería él decir que ella iba a morir?

El recuerdo de la música se apoderó de ella y por un momento le tranquilizó la mente, pero la paz la abandonó mientras el inmortal le ataba un torniquete por sobre el codo izquierdo y le palmeaba la vena en el brazo para hacerla brotar.

Por favor, no me dejes morir.

La aguja le perforó la piel. Jordin contuvo la respiración, esperando más dolor o calor, algo que indicara el cambio en el tipo de sangre que le entraba a las venas.

No sintió nada. Ninguna oleada de energía, ni marejada de emoción, dolor ni asombro, ni siquiera el más ligero estremecimiento más allá del pinchazo de la aguja misma.

Nada.

Pero ella ya había vivido esta experiencia, transformándose de mortal en soberana, e igual que ahora, la conversión en ese entonces había tardado algún tiempo. ¿Por qué el cambio sería diferente ahora?

Entonces llegó. La tristeza se asentó sobre ella como una sábana sofocante. ¿Y si estaba equivocada y la reconversión sencillamente la mataba? ¿Y si Jonathan quiso decir que ahora ella moriría de veras?

Los inmortales no hacían ningún sonido; y si lo hacían, los sentidos resaltados de ella ya le estaban fallando, dejándola sorda a los susurros de ellos. ¿Dónde estaba ahora la música de su sueño? Se esforzó por escuchar, pero solo había silencio, total y asfixiante.

Pequeños puntos de luz flotaban en la oscuridad, cayendo hacia un negro horizonte como estrellas fugaces, titilantes. ¡No era demasiado tarde! ¡Aún podía detenerlos! Se llenó de pánico, y le salió sudor por los poros. En su mente, ella extendió la mano a través del pecho, agarró la aguja y la extrajo lanzando un grito.

El cuerpo comenzó a temblarle.

El último pinchazo de luz se apagó. La oscuridad, más profunda que cualquiera que conociera antes, entrándole en la psiquis como una densa niebla negra. Ella sintió que se le complicaba la respiración, que se le disminuía el pulso y se le enfriaba el cuerpo.

Estaba muriendo.

Cuando lo comprendió, era demasiado tarde. Trató de abrir la boca y pedir auxilio a gritos... ellos la ayudarían, ¿verdad que sí? Pero los músculos no le respondieron. Los brazos permanecían a los costados, temblando con los últimos vestigios de vida.

Jordin sintió que le sacaban la aguja. Luego no sintió nada. Solo perfecta paz.

Oscuridad.

Silencio.

Muerte.

Entonces, sin previo aviso, una luz salió de aquella oscuridad que era su inexistencia. No se le filtró en la conciencia ni surgió de la explosión de un átomo; explotó con un destello blanco. No cambió el mundo muerto de Jordin, le creó uno nuevo. Hágase la vida. No había nada, y al instante hubo todo.

La joven era vagamente consciente de que tenía un cuerpo que reaccionaba a la repentina erupción de vida, distorsionada más allá de lo que ocurría de manera natural, porque al momento nada era natural. Todo era nuevo.

Un zumbido le inundó los oídos, suave y persistente. Notas largas y tonos formados, llevados por una sola voz, ¡la misma que ella había oído en su sueño anterior! Música. La luz era música, que la llamaba desde el desierto.

Ven a mí, amada mía. Despierta de tu letargo y conoce que eres una conmigo.

El mismo aire era la música de Jonathan, y Jordin lo respiró como una droga que aguzaba la sinapsis hasta el punto álgido. Una sensación tan vivificante y hermosa que la hizo sentir impotente de resistir su implacable poder.

¿Sientes mi vida, Jordin?

El susurro de Jonathan resonó a través del nuevo mundo de la joven, delicado pero cargado con tanto poder como la luz y la música juntas.

¿Por qué te resistes a lo que es real? ¿Por qué olvidas quién eres?

Y con esas palabras susurradas ella oyó un lejano grito. El suyo.

Encuéntrame, Jordin. Encuéntrate. Ven a mí.

Temblaba violentamente, lloraba de manera incontrolable, la boca abierta. Quería decir: *Lo haré. Te encontraré*, pero lo único que salían eran gritos.

Jordin no supo cuánto tiempo duró esa primera explosión de vida, la sintió eterna. Estaba viva. Estaba en casa. Y luego la luz y la música se desvanecieron, dejándola en silencio una vez más.

Ella sintió que su cuerpo se distendía sobre la mesa de madera, agotado. Deshecho. Restaurado.

Vivo.

El sonido de su propia respiración era como oleadas en sus oídos; Jordin abrió los ojos. Su primer pensamiento fue: ¿qué pasó con la música?

Había desaparecido.

El corazón se le aceleró, le dio un vuelco, luego volvió a recuperar su pulso rítmico. La música era para despertar de sueños, no para la vida. En la existencia real, ella estaba aquí en la guarida de Roland, rodeada por sus magníficos con rostros demacrados. Ella había gritado como moribunda... si alguno de ellos había tenido

alguna vez la más leve curiosidad respecto a convertirse en soberano, sin duda ahora la había perdido.

Jordin levantó la mano y se miró los dedos. La piel ya se había oscurecido.

Se sentó y miró a Roland, quien estaba de pie con los brazos cruzados, la mirada cautelosa. Por algunos instantes nadie habló. Kaya miraba con ojos negros opacos, evidentemente asustada.

—De modo que eso es morir —comentó Roland—. Aterrorizador. Siempre me he preguntado por qué harían ustedes algo así.

Él se acercó a ella y le tomó la mano con gesto curioso. La volteó, le sobó la piel con el pulgar. Luego olfateó el aire.

—¿Qué es ese olor?

—Vida —respondió ella.

—Lo conozco... acacia.

La mente de Jordin aún estaba preocupada con el poder de la vida que le llevaran los acordes de aquella música. La tristeza le comprimió el corazón. ¿Iba a ser este siempre el modo de actuar de Jonathan: susurrar vida y luego desaparecer, dejándola sola?

—Los amomados y los sangrenegras lo detestan —expresó ella, refiriéndose al olor.

Roland la examinó con evidente fascinación. Le tocó la barbilla con la mano y con suavidad le hizo girar la cabeza, como si inspeccionara el cambio en el rostro y los ojos femeninos. Sus miradas se encontraron. La de él persistió.

—Así que tenemos una soberana en nuestra compañía —manifestó Roland soltándole el rostro—. Dime por favor que recuerdas lo que viniste a decirme.

Jordin no podía recordar de qué hablaba él. Su mente aún estaba atrapada en la telaraña de muerte, de vida y del eco cada vez más débil de la voz de Jonathan. Ella estaba aquí por una razón, sabía eso, pero los detalles se le habían escapado.

—¿Decirte qué?

—¿Te estás burlando de mí?

—No. Solo que no estoy segura de qué estás hablando.

—Eres soberana. Dime dónde están escondidos los demás.

Ahora ella recordó que se había vuelto soberana a fin de guiarlo hacia los demás, pero no recordaba ninguno de los detalles que la vinculaban con el sitio donde se escondían.

—En Bizancio.

—¿Dónde en Bizancio?

Jordin pestañeó. Era todo lo que sabía.

Miró alrededor del salón. Como uno solo, todas las miradas estaban fijas en ella, sentada en la mesa, desorientada y perdida.

—Yo... —balbuceó, y miró a Roland—. No estoy segura. Pero sin duda lo recordaré.

La mandíbula del príncipe se flexionó con desagrado.

—Eso has dicho —decretó, giró hacia la derecha y se dirigió a las escaleras.

Los inmortales desaparecieron como lluvia llevada por un fuerte viento.

—Llévenla a mis habitaciones inmediatamente. Michael, reúne un grupo de incursión.

Y luego desapareció.

Capítulo dieciséis

JORDIN ESTABA DE PIE en la habitación de Roland, con el pulso acelerado. Rislon y Sephan casi la habían arrastrado escaleras arriba, por el pasillo, y a través del salón del trono donde ella se encontrara por primera vez con Roland, y luego hasta su alcoba interior. Si el tratamiento que le dieran antes había sido indulgente, este era ahora intolerante. Haciendo una reverencia habían cerrado la puerta detrás de ella.

Apenas quedó a solas con él, Jordin contempló los alrededores. El príncipe se había reservado su mobiliario más lujoso para este, su enclave privado, donde al parecer gobernaba con tanta pasión como en cualquier campo de batalla. El calor parecía emanar de las pesadas pieles que cubrían el suelo y de las cortinas oscuras de terciopelo que cubrían las paredes y encerraban el otro lado de la gran cama con toldo en el centro de la habitación.

No menos de seis almohadas de color vino tinto y de seda dorada se hallaban colocadas contra la negra cabecera de madera, la misma que estaba tallada con arcos góticos parecidos a los que Jordin había visto en las antiguas basílicas de la ciudad. Cruces igualmente antiguas en lo alto de los doseles, sus centros insertados en ámbar. Al lado de la cama se hallaba una pila de libros sobre una mesa baja, el desteñido dorado de los títulos oscurecido en la tenue luz, las velas en el soporte metálico al lado ardían hasta consumirse.

Al otro lado de la alcoba un sofá extendido en el suelo, otra pila de libros al pie se levantaba hasta la altura de un candelero con no menos de una docena de velas. Jordin nunca había creído que Roland fuera del tipo erudito, pero sobre el diván uno de los libros estaba vuelto hacia arriba, abierto, como si lo hubieran dejado allí a toda prisa, igual que un amante abandonado en medio de la noche.

Roland se había quitado la túnica y arremangado la camisa, y estaba vertiendo vino en una de las dos copas de peltre colocadas sobre una mesa ornamentada de madera. Levantó la copa, bebió de un trago la mitad de su contenido, luego la bajó, la volvió a llenar, y también llenó la segunda copa. Sin volverse hacia Jordin se desató la cola de caballo. El cabello le cayó sobre los hombros. Ella nunca lo había visto sin las cuentas, las trenzas y las plumas del guerrero nómada. Pero ahora, sencillo como estaba, podría haber sido la envidia de cualquier mujer.

Tomó otro trago antes de apoyar una mano fornida en la cadera y respirar por las fosas nasales. Jordin no podía verle la expresión del rostro, pero lo adivinó bastante bien por el movimiento impulsivo del príncipe. Al ofrecerse a estar a su servicio, ella se las había arreglado para despertar la bestia dentro de él.

Guíalo, Jordin.

¿Guiarlo a dónde? Sentía a Jonathan tan lejano como sus sentidos inmortales, lo que la dejó sintiéndose entorpecida. Ella no podía entender por qué su memoria era

tan frágil. Por qué no lograba recordar lo que significaba ser soberana, y mucho menos los detalles relacionados con dónde había vivido o qué específicamente debía hacer. Esos pormenores le revoloteaban en la mente, tan esquivos como espectros.

No obstante, otros recuerdos resonaban con inconfundible claridad.

¿Por qué te resistes a lo que es real?

¿A qué se estaba resistiendo? ¿Era real esta habitación? ¿Era real la distinción entre soberano e inmortal? ¿Cómo podía aceptar lo que era real si no lograba recordar?

¿Por qué olvidas quién eres?

¿Quién era ella? Una soberana, sí, ¿pero qué era un soberano? ¿Estaba su memoria tan atada a su sangre como para recordarle únicamente lo que era importante en cuanto a la naturaleza de esa sangre?

Jordin había muerto y luego había vuelto a vivir, era todo lo que sabía. La prueba había sido fantástica, llenándola de alegría apenas controlable. Pero cuando el éxtasis de ello se desvaneció, su memoria también se esfumó; y ahora, sin un contexto claro, se sentía despojada de identidad.

Cómo deseaba volver al vientre de ese renacimiento para, con tanta claridad como lo había sabido entonces, saber quién era. No recordaba haberse sentido así la primera vez que había tomado sangre soberana, seis años antes. ¿Por qué esta vez?

¿Por qué olvidas quién eres?

Quiso gritar: *No quiero olvidar. ¡Quiero saber quién soy!* En vez de eso se quedó sin palabras, respirando deliberadamente por las fosas nasales como si pudiera obligar a la memoria a entrar en la mente igual que el aire en los pulmones.

Roland bajó la copa y se volvió hacia Jordin, con las dos manos en la cadera. Durante mucho tiempo solamente la miró, con ojos negros. Se suponía que ella lo odiara, ¿verdad? Sí, había llegado a odiarlo.

Había venido a matarlo. Eso era correcto... había venido a usarlo para algo y luego a matarlo. La joven recordó eso muy bien ahora.

¿Lo odiaba realmente?

—¿Por qué estoy aquí? —inquirió ella.

Roland la observó indeciso.

Jordin miró alrededor del cuarto, deslumbrada otra vez por la riqueza allí. Estaba lleno de objetos de consuelo, paz, luz. Toda prueba de vida abundante. Y sin embargo ella sabía de alguna manera que Roland también había olvidado quién era. Por más que la habitación estuviera diseñada para exudar calor, no se podía evitar el frío de sus paredes de piedra, ni sacar la oscuridad de los rincones. Así como el vino sobre la mesa no podía garantizar descanso.

—No sé qué me ha ocurrido —declaró ella enfrentándolo—. Lo siento... sé que no estás complacido, pero simplemente parece que no recuerdo las cosas.

—¿Es esto lo que significa ser soberano? —objetó él—. No asombra que te hayas vuelto tan desdichada.

—¿Desdichada?

—Quizás ahora más que antes de que tomaras la sangre muerta.

Desdicha. Ahora lo recordaba muy bien.

—Basta de juegos —añadió Roland—. Acudiste a mí con afirmaciones disparatadas de que un virus mortal para todos los inmortales sería liberado a menos que entregáramos la cabeza de Feyn a tu alquimista. Mi gente parece creer que las intenciones de ustedes son menos que nobles. Que no tienen la fortaleza para sobrevivir, así que recurren al engaño con nuestra supuesta desaparición. Que esta tontería relacionada con tu memoria no es más que una farsa.

Poco a poco las piezas del rompecabezas, la mente de Jordin, empezaron a caer en su lugar.

—Tu gente está equivocada —manifestó ella—. Juro por mi vida que mi muerte y mi resurrección me despejaron la mente.

—¿Es así?

—Creo que sí.

Una ligera sonrisa irónica suavizó el rostro del príncipe. Su mirada recorrió el cuerpo de la joven hasta los dedos de los pies. Parecía verdaderamente curioso, pero ella sospechó que la muestra de interés solo era su forma de manipularla. Él se dirigió a la mesa y agarró dos copas en las manos.

—Si solo pudiera leer la mente y saber, Jordin —sugirió, volviéndose—. Sinceramente, no sé si tomarte en serio. Los soberanos en nada se parecen a lo que yo imaginaba.

—¿Y qué esperabas?

Roland se acercó a ella y le ofreció una de las copas.

—No sé. Algo menos interesante. Ellos afirman que tú estás conspirando. Pero solo veo una chiquilla confundida en mi alcoba.

Él intentaba ablandarla. Ganarse su confianza. Quizás más... Jordin sintió que el pulso se le aceleraba, pero no sabía por qué. Ella sabía que lo odiaba, pero el corazón aún no había alcanzado a la mente en cuanto al tema, lo que en sí servía como una advertencia.

Ella sí lo odiaba. La de Feyn no era la única cabeza que había prometido entregar.

—No tienes que estar asustada —comentó Roland mientras se llevaba la copa de peltre a sus manchados labios y tomaba un sorbo—. A decir verdad, tengo más fe en ti que en mi gente. Espero que me des la razón.

—Por supuesto que lo haré.

—Bebe. Arrebatamos este vino de un transporte con destino a la Fortaleza. Vino robado de la mesa de la soberana, que ella muera de la infelicidad.

Jordin tomó un primer sorbo aunque solo para apaciguarlo antes de que él le quitara la copa y pusiera las dos sobre la pila de libros en la mesa junto a la cama.

—Podrías demostrarme tu pérdida de memoria.

—Ya sabes que te estoy diciendo la verdad —expuso ella—. Si yo supiera lo que deseas saber, te lo diría. Los soberanos no son nada si no son confiables.

—Ah, estoy seguro de eso —afirmó él tomándole la mano, levantándola y girándola lentamente—. Dime, ¿es también verdad que los soberanos aman a los inmortales a pesar de nuestras diferencias? ¿No era ese el camino de Jonathan?

Jordin no estaba segura de qué contestar. Amor, sí, supuso. Sin embargo, ¿*amar*?

—¿No? —inquirió él mirándola fijamente a los ojos.

—Sí —contestó ella.

—Me siento extrañamente encantado contigo —comentó el príncipe enredando los dedos en el cabello femenino.

—Tienes a la reina.

—Ella no comparte mi cama.

La confesión sorprendió a Jordin. Incluso en su estado de desorientación no podía confundir las intenciones del hombre. Él la estaba probando para ver si recordaba que lo odiaba.

—Tal vez mi mente no esté tan clara como debería —expresó ella—, pero sé que no estoy aquí por amor.

—Y yo que creía que el amor era lo único que importaba a los soberanos, estando tan saturados de él. Tú debes conocer el placer como pocos.

La joven pudo oír el corazón que se le aceleraba como un caballo desbocado. Pudo sentir el calor que le brotaba en la piel. Olerse su propia transpiración. Roland podría confundir esto con deseo.

¿Lo era?

Él no podía ser sincero. Y si lo fuera, ella no caería en la trampa.

¿Y si él fuera sincero?

Jordin no podía devolverle el afecto que el príncipe le mostraba.

Otro pensamiento tras el anterior: rechazarlo solo socavaría la confianza de él. Ganarse su afecto, por otra parte, podría obtener esa confianza.

—Nunca imaginé que encontrara tan atractiva la vista de la piel que dejé atrás —opinó Roland acariciándole la mejilla con el dorso del dedo índice.

—Fuimos iguales una vez —contestó ella después de titubear.

—Éramos iguales hace una hora —corrigió él con voz tranquilizadora—. Tú fuiste quien cambió, igual que hace seis años. Por tanto, muéstrame lo que significa ser soberana.

—¿Cómo, si no lo recuerdo?

—¿Has olvidado cómo amar? —quiso saber el príncipe rozándole el cabello con

los labios, lanzándole aliento caliente al oído—. Entonces déjame mostrártelo.

Jordin se sintió como un animal acorralado. Peor aun, una parte de ella no quería alejarlo. Y eso la asustó.

El poder bruto de él la excitaba como una droga, aterrándola y seduciéndola a la vez. Su salvación vino en un simple pensamiento: sea que él se sintiera atraído o que estuviera jugando con ella, era evidente que a Roland le gustaban las mujeres fuertes.

—El destino de los de tu especie está en juego, ¿y en lo único que piensas es en tu cama? —objetó ella retirando la mano de la de él, alejándose y enfrentándolo—. ¿Soy solo una flor para ser arrancada?

—¿Es eso lo que crees? —cuestionó él verdaderamente asombrado.

—¿Cómo no podría hacerlo?

El rostro de él, muy pálido, en realidad había adquirido un sutil tono rosáceo.

—Lo que necesitas está encerrado aquí, y no por debajo de mi cintura. Ayúdame, ¡no me seduzcas!

—¡*Estoy* ayudándote! —replicó el hombre, y Jordin se sorprendió por la facilidad con que lo hizo retroceder.

—¿Cómo?

—Estoy tratando de liberar tu mente.

—¿Junto con mi vestido?

—Tal vez alguna liberación de tu cuerpo también liberaría tu mente.

—¿Y eso es en lo único que estabas pensando?

—No del todo, no —dijo Roland cediendo y riendo suavemente.

—Tú me encuentras atractiva —exclamó Jordin mirándolo de soslayo.

—Si estuviera presionado a hacerlo —contestó él, y añadió como en una confesión forzada—. Sí.

—¿Solo si estuvieras presionado? ¿Así como alguien obligado a considerar las migajas en el suelo?

—Manifesté que encontraba atractiva tu piel, ¿no es así?

—Mi piel.

—Cada vez más —contestó él, titubeando.

—Entonces un poco más es demasiado. Soy soberana, alguien a quien matarías, no con quien te acostarías. ¿O también perdiste la memoria?

El rostro masculino se puso tenso.

¿Qué estaba haciendo ella? Había ido muy lejos. Este era Roland, príncipe de los inmortales. Su enemigo.

A quien Jonathan había amado.

Guíalo, Jordin.

Jordin lo necesitaba tanto como él a ella. No se podía dar el lujo de hacerlo sentir rechazado, pues había demasiado en juego. Él ya se estaba alejando como si fuera a

llamar a Rislon o a despedirla.

Jordin respiró rápido y profundo, y estiró la mano hacia el hombro de él.

—Roland. Por favor. Estoy aquí porque los riesgos son muchos como he dicho. Desde el día en que te fuiste desprecié tu decisión. Nunca acudiría a ti a menos que fuera mi última opción. ¿Quieres la verdad? Eso es. Hay más, estoy segura, pero necesito tu ayuda para recordarlo.

El príncipe se alejó, y la mano de ella se le deslizó del hombro. Pero entonces llegó.

—¡Las claves hacia la guarida soberana! La Fortaleza —espetó ella.

Él hombre rechazó el resto del vino, bajó la copa y, lanzándole una mirada sombría, comenzó a irse con las manos en las caderas. Parecía más un león enfurruñado que un príncipe inmortal. Pero entonces, su situación era tan incierta como la de ella, ¿verdad? Por un instante Jordin quiso consolarlo.

¿Consolarlo? ¡A este hombre que había asistido a la masacre de tantos soberanos apenas un año atrás! ¿Qué le impediría tomar de un golpe las vidas de aquellos que quedaban?

Nada.

Y aquí estaba él, envuelto en comodidades. Pero por magnífico que pareciera, exudaba infelicidad.

Igual que ella.

¿Por qué te olvidas?

Un tremendo peso se asentó en el corazón de la joven. Estaba llena de la sangre de Jonathan pero sin paz, un recipiente hueco, algo vacío.

Jonathan los había abandonado a todos.

El mismo aire se sentía demasiado espeso como para respirar. La desesperación le penetró en la mente. Su único pensamiento convincente era que no debía permitir que Roland se diera cuenta.

Pero ya era demasiado tarde. Ella no pudo contener las lágrimas que le inundaban los ojos. Se quedó helada, odiándose, mientras una lágrima le bajaba por la mejilla.

Y luego fluyeron en silencio y sin restricciones. Nada podía detenerlas.

Roland había dejado de caminar y la estaba observando, pero la visión de ella estaba demasiado borrosa como para ver la reacción masculina.

—Lo siento... —balbució ella, dando media vuelta—. No sé qué me está pasando.

—Está bien.

La voz de él era profunda y suave, y le arrancó a ella un sollozo desde lo más profundo del corazón. Jordin debía controlarse. Su muestra de emoción era impropia, si no para un inmortal, entonces sin duda para una soberana recién convertida. ¿Qué pensaría cualquier inmortal, por no decir el mundo entero, de tal reacción de parte de

alguien que aseguraba tener el amor, el gozo y la paz de la sangre de Jonathan?

Roland se le acercó, le colocó una mano en el brazo y la miró fijamente. Ella levantó la mirada y vio el rostro de un hombre tierno, no del poderoso guerrero que había cazado soberanos y conquistado mujeres. Él le enjugó las lágrimas con el pulgar.

—No quería lastimarte.

Jordin finalmente encontró aparente control.

—Estoy perdida —musitó.

Roland la miró por varios segundos, le acarició la mejilla y la acercó a su pecho. Permanecieron inmóviles, la respiración de ella demasiado acalorada en el aire entre ambos, sus lágrimas demasiado humillantes sobre la seda negra de la camisa del hombre.

Los brazos masculinos demasiado dispuestos a ser fuertes alrededor de ella.

El príncipe la soltó, y ella contuvo una agobiada respiración mientras él caminaba hacia la puerta, donde se volvió, la mano en la manija.

—Dormirás aquí esta noche, sola y tranquila. Encuéntrate, Jordin. Si lo que dices acerca del virus es verdad, la vida de mi pueblo depende de ello.

Capítulo diecisiete

—DEBES RECIBIR HONRA —OPINÓ Feyn, caminando junto a la pesada mesa de piedra sobre el estrado—. Fue en este mismo lugar que obtuve nueva vida.

El hombre sobre la mesa no dijo nada. Corban le había atado una mordaza alrededor de la cabeza y lo había asegurado como un sacrificio: amarrado de pies y manos, la camisa destrozada, la cabeza asegurada con gruesas bandas a la superficie de la mesa. Pero la mujer tenía la sensación de que él no habría reaccionado. Le había dado por callar en esta última etapa de fanatismo. Pronto colapsarían las falsas ilusiones en que se apoyaban todas las creencias ingenuas de él.

Feyn le mostraría el sufrimiento. Y también la perfecta paz.

—Comprendes que es un acto de bondad que te hago —expresó ella volviéndose; la voz se extendió perfectamente por todo el salón.

Las luces eléctricas de la antigua sala del senado estaban encendidas, e iluminaban tenuemente las pinturas de otros milenios en el techo. Exactamente sobre el estrado, una gran mancha oscura sobre el lugar donde antes la antorcha del senado ardió día y noche oscurecía lo que de otra manera había sido una obra invaluable. Feyn había pensado a menudo que lograba ver una imagen que asemejaba una mano, con el dedo índice extendido, emergiendo del borde de la falla negra que con los años solo se había ennegrecido. Se suponía que esa antorcha debía arder para siempre.

Hasta el día en que Feyn la extinguió.

Ella se volvió mientras Corban terminaba los preparativos, apuntalando los ojos bien abiertos de Rom con instrumentos metálicos que perversamente parecían abrazaderas pero que tenían el efecto contrario. Rom yacía boca arriba, con los ojos muy abiertos en los marcos de acero inoxidable. Las manijas como tijeras le brillaban sobre las sienes. Corban había pedido estudiar los cambios en los ojos de Rom durante su conversión, y Feyn le había concedido la petición.

La respiración de Rom era dificultosa, aunque firme. Controlada, aunque bastante audible para traicionar lo que debían ser latidos acelerados. Él creyó saber lo que estaba a punto de ocurrir.

No tenía idea.

Feyn no había tocado la mesa desde que entrara al salón, quedándose atrás mientras Seth y otros sangrenegras depositaban encima a Rom. A pesar de que ella no cambiaría quién era hoy, por lo que definitivamente agradecía a Saric, nunca había podido reprimir la repugnancia al ver la mesa de piedra desde el día de su propia conversión. Habría destruido ese mueble si no hubiera sido el símbolo de la presencia de los regentes en el teatro del gobierno mundial. Se trataba de un recordatorio tangible de la supremacía de la jefatura soberana sobre el Orden, del modo que la soberana era la mano visible del Creador en la tierra.

Nadie sabía que la mesa era la razón principal de que ella dejara de asistir a las audiencias del senado. Después de eso, no había sido difícil dar el paso para disolver por completo al senado.

—Muy pronto la carga de lealtad de tu gente, en realidad de cualquier conocimiento que te atribule, habrá desaparecido —comentó Feyn—. No vivirás en desdicha, escondiéndote del sol como lo has hecho. Comerás de mi mesa. Hasta dormirás en mi cama, si lo deseo. Y conocerás la paz carente de lucha, leal solamente a una voluntad: la mía. Piensa en eso en las horas venideras. Necesitarás algo a qué aferrarte.

Corban cruzó las manos detrás de la mesa, esperando. Cuando ella asintió, él levantó una sencilla endoprótesis vascular adherida a una manguera transparente de caucho con una segunda endoprótesis en el extremo opuesto. Feyn reprimió un temblor por pura fuerza de voluntad, en conflicto por la necesidad de besar el instrumento de su propia conversión.

—Mi señora —dijo Corban, haciendo un gesto hacia el espacio a su lado.

—Comprende que este es un honor que no le di ni siquiera a Corban —juzgó ella acercándose al costado de la mesa—. Pero Corban no te envidiará, ¿verdad, Corban?

—Su voluntad es perfecta, mi señora —contestó el alquimista.

Pero por supuesto que el hombre estaba celoso. ¿Cuál de ellos no se habría mordido su propio brazo por la oportunidad de recibir lo que Rom estaba a punto de tomar: una dosis completa de la sangre de su creadora directamente de ella?

Feyn se levantó el dobladillo de la pesada manga. Sangre roja, adornada en oro y ónice negro resplandeció a lo largo del borde. Doblado hacia atrás, dejando al descubierto la vena negra exactamente debajo de la superficie de la piel.

El factor atenuante de la envidia de Corban, aparte de su deseo inherente de agradarla, era su propia curiosidad. Parecía consciente solo de sus movimientos exactos a medida que envolvía un torniquete en la parte superior del brazo de Feyn y le aplicaba astringente a la vena. Ella pudo sentir la fría mordedura del acero mientras él le deslizaba la endoprótesis dentro del brazo.

—No puedo garantizar que él sobreviva —advirtió Corban, recordándose una vez más.

—Lo sabremos muy pronto —respondió ella.

Al observar a Corban, Feyn se preguntó si estaba lista para que Rom muriera. Tanta historia... Pero al mirarlo, los curiosos ojos abiertos, ella supo que él ya estaba muerto para ella.

La mujer no dijo nada mientras Corban deslizaba con cuidado el otro extremo directamente en la yugular de Rom, sin otro indicio de dolor de parte de este que un movimiento de ojos.

Ella asintió secamente y el alquimista la miró. Bajando la mirada, giró la pequeña

válvula. Sangre negra se apresuró a llenar la manguera.

Sangre de Feyn. Sangre de creadora.

Lo único que la mujer sintió fue un leve tirón contra su vena mientras abría la mano, con la mirada fija en Rom. Él respiraba con dificultad, los puños cerrados, una gruesa vena le vibraba a lo largo del cuello.

Feyn miró a Corban, quien parecía estar vigilando el flujo a través de la manguera, mirando cada pocos segundos al gran reloj en la parte trasera del senado. El tiempo pareció detenerse.

—¿Está funcionando? —preguntó ella.

Al principio creyó que Corban no la había oído.

La mujer miró a Rom. La vena a lo largo del cuello empezó a temblar.

—Sí —contestó Corban.

El temblor se convirtió en un espasmo visible. Los ojos de Rom miraban el cielo, abiertos a causa de los aparatos de acero, pero Feyn sabía que sin los aparatos estarían abiertos con horror.

¿Qué veía él?, se preguntó Feyn. Para ella, había sido desgarramiento del alma. Su propia conversión la había arrancado de las entrañas de la estasis, de un hermoso vacío que no era felicidad ni temor, que no contenía sueños ni recuerdos. Un lugar donde ella estaba consciente de las mismas moléculas en su piel. Allí había sentido más que oído el silencio de un mundo invisible por medio de ojos naturales, como si tuviera un dedo en este mundo y otro en su imagen reflejada.

Saric la había arrancado de todo. De la única plenitud que alguna vez conociera de veras.

Ahora, mirando a Rom, ella recordó la negrura y la asquerosa brea de temor que la había jalado desde ese lugar. De dolor. De comprensión de vida tenebrosa. Ella había entrado allí como alguien apretándose hasta quedar plana a fin de entrar a un mundo plano, como a través de la rendija de una puerta. Insoportable y terrible a la vez.

El sudor le perlaba y le goteaba a Rom por los costados del pecho, sobre las costillas, a lo largo de la frente. Él se estremecía y gruñía ferozmente dentro de la mordaza. Los brazos rígidos contra los costados, las muñecas luchando contra las cuerdas.

Feyn miró a Corban, quien estaba inclinado sobre la cabeza de Rom, mirándole los ojos.

Rom se arqueó sobre la mesa, los talones clavados en la piedra, la espalda increíblemente inclinada. Se arqueó aun más, los músculos contraídos, los atados brazos apretados y rígidos. Las caderas muy elevadas, dobladas en un ángulo tan agudo que Feyn se preguntó si era posible que al hombre se le rompiera la espalda. Estaba segura de que si la banda no le hubiera mantenido abajo la cabeza, él se habría

torcido tanto que ella podría haber oído el chasquido de las vértebras.

La mordaza ahogaba un grito espantoso.

—¿Qué está sucediendo? —exigió saber ella.

—La transformación, mi señora. Usted reaccionó de igual modo.

Rom volvió a gritar, jadeando contra la mordaza, ante el esfuerzo de sus músculos, ante el obvio sufrimiento. El sonido degeneró en una prolongada serie de gritos.

Feyn nunca había oído a Rom de este modo, tan más allá de sí. Atrás quedó el hombre dueño de sí mismo. Uno demoníaco yacía en su lugar; monstruos luchaban en sus venas.

—Está matándolo —comentó Feyn, y el sonido de sus propias palabras la dejó helada.

—Dele tiempo, mi señora. Venga, ¡venga a ver! —exclamó Corban, moviéndose hacia un lado.

Por primera vez desde su propia conversión ella se agarró del borde de la mesa, acercándose más para inclinarse sobre la cabeza de Rom.

—Los ojos. ¿Los ve? ¡Los ojos!

El verde, una vez tan reluciente, había comenzado a extinguirse hasta llegar a ser un color avellano lechoso. Feyn observó embelesada mientras esos ojos palidecían hasta quedar blancos, rodeados de globos oculares inyectados de sangre. Durante varios segundos permanecieron pálidos. Un remolino de tinta se enroscó en el iris del ojo izquierdo, como tinta negra derramada en agua. Le inundó el iris, a lo largo del anillo interior, y luego apareció en el derecho, como si una serpiente negra se le hubiera deslizado a través de la cabeza. Se nublaron, como el cielo agitado de Bizancio antes de una tormenta, y luego se ennegrecieron. Oscurecieron como la obsidiana y parecieron endurecerse delante de la mirada de Feyn.

Los apretados dientes de Rom habían sofocado sus gritos, reemplazándolos con desesperadas aspiraciones de aire a través de sus fosas nasales. Marcas negras le aparecieron en el pecho. No, marcas no, sino las venas arrastrándosele debajo de la piel. Hasta el cuello, sobre la mandíbula y hacia la mejilla, como rajaduras en cristal antes de romperse.

Rom cayó hacia atrás en la mesa y comenzó a estremecerse. La convulsión comenzó desde los pies a través de las piernas y hacia el torso. Él tembló a la par, más y más violentamente hasta que la mesa también se sacudió.

—¡Está matándolo!

Corban le lanzó a Feyn una mirada en blanco. En su opinión, la pérdida de Rom podría ser una lástima solo por razones intelectuales y científicas, pero Feyn se dio cuenta de que por un momento le importó si Rom vivía o no.

Pero por supuesto que le importaba. Si él moría, no podría decirle la ubicación de

los soberanos escondidos.

La sangre manchó la mordaza. Rom se había mordido la lengua. Una gota se deslizó por la mejilla hacia la mesa. No sangre roja.

Casi negra.

La mirada de Feyn se clavó en el iris de Rom, en busca de algún centelleo...

Una débil luz detrás de las negras órbitas creció rápidamente. El pulso de la mujer se aceleró ante la conocida vista de nueva vida, que iluminó y resplandeció por un instante, haciendo que esos ojos parecieran brillar, antes de retirarse dejando tan solo un anillo dorado alrededor de los iris.

El temblor amainó. El cuerpo quedó inerte. La respiración se detuvo. Los globos oculares se retorcieron y después quedaron quietos, fijos en el techo.

Feyn y Corban se miraron por un momento, el alquimista con la cabeza inclinada.

—¿Está muerto? —exigió saber ella.

—Tal vez él no era suficientemente fuerte.

—Ahora no me es útil para nada —comentó Feyn alejándose de la mesa y lanzando una última y dolorosa mirada a Corban.

—Mi señora, perdóneme.

Ella se volvió, estaba a punto de decirle a Corban que se lo llevara, que muy bien podría realizar todos los experimentos que quisiera mientras el cuerpo aún estaba fresco, cuando la figura sobre la mesa aspiró aire a través de la ensangrentada mordaza.

Feyn se dio la vuelta.

Rom estaba inmóvil, como acostado en reposo. Corban se le inclinó encima, mirándolo a los ojos.

—¡Quítale la mordaza! —ordenó ella, acercándose.

Los ojos dentro de los agarres vagaron hacia Feyn cuando Corban quitó primero la mordaza y después los instrumentos que mantenían abiertos aquellos ojos.

—Rom pestañeó. La miró de manera extraña. Era la mirada de alguien a punto de hacer una pregunta o de reconocer un rostro.

—Bájalo de la mesa.

—Mi señora, no estoy seguro si...

—Seth. Rarus —llamó ella chasqueando los dedos—. Bájelo.

Los sangrenegras corrieron por el pasillo central y subieron la escalera lateral del estrado. Desataron a Rom y lo levantaron.

—En la silla —pidió ella, señalando el asiento detrás de la mesa ocupado una vez por quien gobernaba todo el mundo.

Rom no tenía estabilidad en los pies mientras la pareja lo arrastraba hasta la silla y lo dejaba caer.

Una vez más, miró a los sangrenegras, a Corban, y a ella, en quien fijó la mirada.

—Baja la mirada —ordenó Feyn.

Rom titubeó y luego miró al suelo.

Durante bastante tiempo ella examinó la figura inclinada, los brazos colgados como mangas vacías sobre los brazos de la silla.

—Así que... —balbuceó la mujer rodeando la mesa para estar delante de Rom—. Ahora has experimentado lo que yo viví una vez. ¿Sabes dónde estás?

Él permaneció callado. Sin duda no era capaz de resistirse a ella.

—¡Respóndeme!

—Sí —contestó él con una voz profunda y ronca.

—¿Y quién soy yo?

—Feyn.

La respuesta llegó tardía, apenas más que un susurro.

—¿Y qué eres ahora?

—Yo...

Feyn vio parpadear otra vez los ojos de él, todavía fijos en el suelo.

—Voy a ser más específica. ¿*De quién* eres?

Él levantó la mirada.

—¡Mira hacia el suelo! —ordenó ella bruscamente.

Rom volvió a mirar el piso.

—¿A quién le perteneces?

—A ti —respondió Rom.

—¿Qué soy entonces para ti?

Lento otra vez. Demasiado lento. Ella sintió que el pulso se le aceleraba. Quizás su conversión no estaba completa.

—Mi creadora —dijo él finalmente con voz grave y ronca.

—Tu creadora. Y como tal estás obligado a mi palabra sin chistar.

Feyn miró a Corban, quien tomaba la escena con interés. Seth y Radus estaban a un lado.

—Dime ahora —continuó ella, dando tres pasos delante de Rom y deteniéndose—. ¿Dónde está el resto de soberanos?

Ella pudo ver que él movía los ojos a un lado y otro, como si observara a un roedor escurriéndose por el suelo. Un ligero temblor le sacudía las manos.

—Te lo vuelvo a preguntar. ¿Dónde está el resto de tu gente?

El temblor le subió al hombre por los brazos hasta los hombros, como si estuviera luchando contra un gran peso, los músculos fatigados.

Feyn inclinó la cabeza.

—¡Habla!

Permaneció en silencio.

Ella lanzó una dura ojeada a Corban, quien bajó la mirada.

—¿No tuvo éxito esto?

—Sin lugar a dudas, lo tuvo. Pero nunca habíamos convertido a un soberano. Su sangre se ha convertido, pero tal vez su mente tarde algún tiempo en perfeccionarse, mi señora.

—¿Cuánto tiempo?

—Quizás una hora. Quizás más tiempo.

—¿Más tiempo? ¡No tenemos más tiempo!

—Él asegura que el virus será liberado...

Feyn lo interrumpió con una mano medio levantada y volvió su atención otra vez a Rom. El virus sería liberado en tres días si él había estado diciendo la verdad. Pensar en eso le provocó un escalofrío desde el cuello hacia la espalda.

—De modo que te resistes. Resistes a la misma sangre en tus venas.

No hubo respuesta.

Feyn se acercó a Rom, lo agarró del cuello con una mano y lo puso de pie. Luego más alto, hasta que sus pies colgaron a centímetros del suelo. Ella lo miró al rostro, con el brazo temblando de ira más que por el esfuerzo. La mujer casi nunca exteriorizaba de manera tan abierta su propia fuerza.

Saric había creado mucho más de lo que él previera el día que la formó.

—Que te quede muy claro esto, Rom Sebastian. Ahora soy tu creadora. Tu lealtad es para mí. Me obedecerás sin pensar ni titubear. Es necesario que entiendas esto, y rápidamente. Te será muchísimo menos doloroso.

Le soltó el cuello con un ligero empujón. Él se deslizó por el borde de la silla y se estrelló en el suelo, demasiado débil para impedir la caída.

Feyn se abalanzó, lo agarró por las mejillas, y lo giró hacia los dos guerreros parados cerca.

—¿Los ves? ¿A esos dos?

—Sí —logró contestar Rom a través de una respiración agitada.

—Radus, dale la espada a Seth.

El sangrenegra extrajo la espada corta con un silbido de acero y se la pasó a Seth, quien la agarró.

—Seth, mata a Radus.

Los ojos de Radus se abrieron un poco... y después de par en par mientras Seth le clavaba hacia arriba la espada debajo de la caja torácica, hasta la empuñadura.

El sangrenegra cayó de rodillas, con las manos en la espada hundida profundamente en su pecho.

—Hermoso, ¿verdad? —susurró Feyn al oído de Rom—. ¿Comprendes que mi poder es absoluto?

Ella lo oyó tragar. Lo sintió temblar.

—Seth.

—Sí, mi señora —respondió el sangrenegra con voz como de ronroneo.

La mujer sabía que Seth estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que la complaciera; que él en realidad disfrutaba obedeciéndola.

—Saca tu espada.

Él deslizó el arma de su funda, los ojos fijos en Rom, entrecerrados como rendijas felinas a la expectativa.

—Córtate la garganta.

Seth levantó bruscamente la cabeza. Por primera vez al servicio de ella la miró fijamente, con un indicio de duda. Pero su lealtad no se podía transar.

Levantó la espada y lentamente, con la mirada fija en su creadora, se arrastró la hoja a través de la garganta. Por un momento permaneció allí, con asombro y devoción en conflicto en la expresión del rostro. La sangre salió a borbotones de la herida y salpicó el estrado entre ellos.

Ah, ¡pero él era magnífico! Feyn había tenido razón al creer que Seth había sido el pináculo de su creación.

El sangrenegra se tambaleó solo un paso antes de caer al suelo, drenado del obscurecido líquido que le daba vida.

—Te daré un poco de tiempo para calmarte —advirtió, alejando el rostro de Rom—. La próxima vez que yo hable, obedecerás.

Feyn se puso de pie, se alisó la ropa, y miró la figura caída de Seth con una ligera mueca de arrepentimiento.

—Corban —llamó; el alquimista temblaba visiblemente.

—¿Mi señora?

—Llévalo abajo. Avísame cuando su transformación sea total: cuerpo, mente y alma.

Capítulo dieciocho

JORDIN DESPERTÓ SOBRESALTADA, CON los ojos abiertos y el corazón palpitándole fuertemente en el pecho. Los acontecimientos de la noche anterior le inundaban la mente con el estruendo de una catarata.

Se sentó, jadeando. Las cortinas de la enorme cama estaban cerradas a su alrededor, el débil brillo de una vela emitía sombras a través del techo, recordándole que no estaba muerta ni asfixiada.

Roland la había dejado sola a fin de que durmiera. Y de que recordara.

Ella había tomado sangre soberana y llegó a experimentar una muerte vacía antes de volver a nacer en una explosión de amor. Pero el encanto de ese momento había desaparecido tan rápido como llegó.

Apartó la cortina y miró la vela en la mesa cercana mientras las palabras de Jonathan le llenaban la mente: *¿Por qué te olvidas?*

Jordin no sabía por qué. Pero con ese olvido había perdido su sentido de identidad. El miedo la había llevado a un punto álgido, y ella había llorado, muy consciente de su propia infelicidad después de haber sentido tanta belleza en su renacimiento.

¿Por qué la hermosura la había abandonado tan rápidamente?

No solo había olvidado lo que significaba ser soberana, sino los particulares de su existencia.

Jordin pestañeó.

Pero ahora lo sabía, ¿verdad? Detalles precisos del santuario soberano le volvieron a la memoria. El pasaje a través de las ruinas. El alerón de lienzo. La enorme cámara con asientos circulares... su propio cuarto pequeño con la cortina desgastada sobre la entrada. Lo que había estado oculto por la niebla de inmortalidad era claro por primera vez desde su llegada a la guarida de Roland. Como también lo eran los detalles del laberinto subterráneo que conducía a la Fortaleza. Otros recuerdos específicos se le ensartaron en la mente: lugares, personas, fechas... cada uno de ellos poniéndose en su sitio, uno tras otro.

Pero Jonathan no se había estado refiriendo a ese olvido. Sus palabras le habían cuestionado el alma misma de la joven. *Ser soberana*. La abundancia de vida que él había prometido.

Vida que ella no había experimentado.

¿Cómo podía recordar lo que nunca había conocido? ¿O lo había sabido alguna vez en esos primeros días como soberana?

El pecho se sentía vacío. Los ojos se le empañaron mientras la verdad se asentaba a su alrededor, espesa como la oscuridad, pesada como el cuero sobre la cama. Cualquier paz que Jonathan hubiera prometido estaba en ella tan ausente ahora como

lo había estado antes de volverse inmortal.

Tal vez más. Al lado del recuerdo de su reciente renacimiento, su vacío solo parecía profundizarse más, un desfiladero cortado por el río de su reconversión.

Jordin había redescubierto su memoria solo para descubrirse... perdida.

Pero conocía el camino hacia Feyn. Eso era lo único que debía importar ahora. Después habría tiempo suficiente para descubrir el origen de su desgracia, suponiendo que aún tuviera la emoción que hubiera quedado para sentir.

Aventó las cobijas y se deslizó de la cama, vestida aún en corto atuendo negro. Fue tambaleándose hacia la puerta, la abrió y corrió por el corredor, la mente consumida de pronto por un solo pensamiento.

Tenía tres días para regresar ante Mattius con las cabezas tanto de Feyn como de Roland, o el virus sería liberado. Y de algún modo, después de conocer a los inmortales como los conocía ahora, Jordin entendía que exterminarlos ofendería profundamente a Jonathan. Los sangrenegras eran una cosa, pero anoche ella había visto humanidad en los ojos de Roland y...

Sin embargo, tenía intención de matarlo.

Jordin se detuvo bruscamente, a mitad del pasillo vacío. ¿Matarlo? ¿Al príncipe que únicamente amaba con pasión y odiaba la desdicha tanto como ella? Anoche la había tratado con ternura. Le había cedido la cama, dejándola sola.

Siguió corriendo, haciendo a un lado el dilema. Nada importaría si no mataban primero a Feyn. El tiempo era demasiado corto.

La chica atravesó la puerta al final del corredor, giró hacia las escaleras de la derecha, y voló por ellas, la mano en la barandilla, observando sus pies descalzos para asegurar un punto de apoyo. Solo cuando ya había descendido la mitad de los peldaños levantó la mirada y vio que tal vez una docena de inmortales estaban sentados en la inmensa mesa de comedor en el nivel principal, que sus cabezas se habían vuelto, y que todos la miraban.

En la cabecera de la mesa estaba sentado Roland, apoyándose contra el alto espaldar tallado de la silla.

Jordin se sonrojó al verlo, sintió que en la comisura de los labios se le formaba una leve sonrisa.

Entonces vio a Kaya. Sentada a la derecha de él.

El calor repentino que le brotó en la espalda sorprendió a Jordin. ¡La muchachita no tenía por qué estar cerca del príncipe!

Jordin le había dicho a Roland exactamente cuánta sangre soberana necesitaría, no más. El resto era para Kaya. Pero solamente ahora le llegó la urgencia de la seroconversión de Kaya.

Se controló y siguió su descenso, más lento ahora, consciente de que tenía el cabello revuelto y el vestido arrugado por una noche en la cama de Roland.

Jordin se acercó a la mesa y se detuvo a tres pasos del príncipe. Él no hizo ningún esfuerzo por levantarse o sacar una silla para ella, prefiriendo en su lugar mirar de modo expectante. Había desaparecido el hombre tierno que la abrazara brevemente la noche anterior.

Aquí estaba el príncipe, haciendo gala de autoridad delante de sus magníficos y de la chiquilla sentada a su lado, quien evidentemente adoraba el mismo aire que él respiraba.

—Necesito hablar contigo.

—Habla —contestó él.

—En privado.

—No tienes secretos aquí.

—¿No?

—No.

La irritación de la joven aumentó.

—Si tenemos alguna esperanza de detener el virus, debemos salir ahora mismo —manifestó ella, suponiendo que la revelación sería nueva para todos menos para Michael, quien se apoyaba contra una butaca de tres puestos frente al príncipe, con los brazos cruzados.

La mirada que la mujer le envió al príncipe confirmó la sospecha de Jordin. Pero Roland no dejó de fijar la mirada.

—Así que recuerdas todo.

—Sí.

La mirada de él fue intensa sobre ella por varios interminables segundos; el silencio era pesado en el enorme salón. El brazo derecho del príncipe se apoyó en la mesa, levantando un solo dedo... una postura desdeñosa. Al instante todos los inmortales se levantaron menos Michael y Kaya. Entonces, con una mirada a los otros, Kaya también se levantó.

—Ella se queda —expresó Jordin, mirando a la chica.

La ceja de Roland se arqueó. Los otros se detuvieron, el salón se llenó de tensión repentina ante la tácita confrontación.

—La necesito —expuso Jordin.

Roland titubeó y luego hizo un seco movimiento de cabeza. Kaya volvió a sentarse, con las manos en el regazo. Los demás reanudaron su salida en silencio, algunos hacia las puertas a lo largo del muro, otros subieron las escaleras como negros fantasmas desapareciendo por las paredes, y quedaron solamente Roland, Michael y Kaya en la mesa. El príncipe esperó hasta que la última puerta se cerrara antes de hablar.

—Todo un espectáculo tu entrada. Te haría bien recordar dónde te encuentras.

—¿Cómo es posible que lo olvidara? —replicó Jordin sin perder de vista a Kaya,

quien le devolvió la mirada con indiferencia.

—De veras —comentó Roland—. Y sin embargo has olvidado mucho últimamente.

—Al parecer es fácil perder la razón en este lugar.

—Y sin embargo parece que encontraste la tuya en mi cama —corrigió él.

Jordin le lanzó una penetrante mirada. Pero el tono de él no tenía nada de burla, y ella vio que el semblante se le había suavizado.

—Así es —respondió ella—. Dormí bien. Y confío en que tú también.

—Mucho —dijo él sonriendo levemente, luego señaló una silla con la mano extendida—. Por favor...

El príncipe estaba vestido de negro, la camisa sin mangas y medio abotonada en el frente. Las bandas negras le abrazaban cada brazo donde los bíceps se unían a los codos. Los músculos tensos le presionaban las venas hacia la superficie de los antebrazos; los dedos, curvados y sueltos, parecían suficientemente fuertes para aplastar sin reparos el cuello de un hombre. A Jordin le sorprendió su propia reacción ante él incluso ahora, ya como soberana y totalmente descansada.

Y sin embargo este era el hombre al que debía matar. El pensamiento la aterró.

—No tenemos tiempo para sentarnos aquí —replicó ella—. Yo quizás sepa cómo entrar a la Fortaleza, pero llegar hasta Feyn y Rom podría tardar algún tiempo.

—Sí, desde luego. Hoy mismo mataremos a Feyn. Casi lo olvido.

—¿No me crees?

—No me has dicho qué es lo que recuerdas. Dímelo ahora y sabré qué creer.

Jordin lo miró, tratando de juzgar la sinceridad del hombre, consciente de que Michael los examinaba. Él estaba jugando con ella, sabiendo que no tenía más opción que seguir el juego. La joven necesitaba tanto de él como él de ella.

—Lo haré. Tan pronto como Kaya se vuelva soberana.

—Esa es decisión de ella, no mía —objetó él manteniendo su expresión plácida.

Kaya miraba entre ellos, en silencio.

—Adelante, adorada chiquilla. Dinos si quieres tomar la sangre muerta y perder tu inmortalidad.

—¿Por qué habría de hacerlo? —inquirió Kaya.

—¡Porque amaste a Jonathan antes de que te metieras a la cama de este hombre! —exclamó bruscamente Jordin—. ¡Ubícate, Kaya!

—¿No es esto lo que Jonathan quería? —cuestionó ella, con demasiada inocencia.

—¿Murió él por esto? —exigió saber Jordin—. ¿Te volviste loca?

Kaya pestañeó, por sorpresa o simple comprensión, Jordin no lo supo. Roland parecía contento de dejarlas en este intercambio. Lo disfrutaba, quizás.

Jordin caminó detrás de la silla del príncipe y se puso en cuclillas sobre un solo pie al lado de Kaya. Agarró la mano de la chica y la miró directo a los ojos negros.

—Por favor, Kaya... piensa en la soberanía que Jonathan nos dio al morir. ¿Cuántos han dado sus vidas por proteger su sangre? Tú, quizás más que cualquiera de nosotros, sabes lo que significa volver a vivir. ¡Él te salvó de la Autoridad de Transición! Tienes que volver a tomar su sangre y hallar vida de nuevo.

—Nunca me he sentido tan viva —cuestionó Kaya, con un indicio de temor cruzándole el rostro—. ¡No puedo tomar sangre muerta! No ahora. Acabo de encontrar vida.

Jordin sintió que le surgía ira a punto de estallar, acrecentada por la profunda comprensión de que ella había sentido lo mismo... y por el temor de poder estar equivocada. ¿Se suponía acaso que lo incorrecto debería sentirse tan natural y verídico?

—¡No seas tonta! —exclamó Jordin parándose abruptamente, sin saber si le estaba hablando a Kaya o a sí misma—. Tú tomaste su sangre y hallaste nueva vida, ¡así como yo!

—Una vida de desdicha —intervino Roland, repitiendo las mismas palabras que Jordin pronunciara la noche anterior.

—Él te hechiza y te levanta la falda, ¿y tú olvidas quién eres? —contraatacó Jordin empujándolo con el dedo y taladrando a Kaya con la mirada—. No confundas placer con verdad.

—¿Qué te hace creer que alguien me ha levantado la falda? —objetó Kaya con el rostro ennegrecido—. ¿Crees que soy una vagabunda? ¿Que he perdido la razón solo porque aún tengo la vida a la que tú renunciaste?

De repente Jordin se sintió ridícula, y avergonzada por dudar de la chiquilla, al menos en cuanto a Roland. Sintió que la cara se le sonrojaba.

—¡No tengo intención de tomar tu sangre! —gritó Kaya poniéndose de pie, ahora con la expresión firme—. Soy inmortal ahora y nunca he sido más feliz. Con tu permiso, mi príncipe.

Entonces miró a Roland.

—Me gustaría salir.

—Por supuesto —ratificó él tiernamente—. Y mantente lejos de manos ansiosas, ¿quieres?

Esta última frase la dijo mirando a Jordin.

—Lo haré —contestó Kaya haciendo una reverencia; entonces se volvió y corrió hacia las escaleras sin mirar a Jordin.

—¡El virus matará a todos los inmortales, Kaya!

La muchacha no hizo caso a la advertencia.

—¡Solo encontrarás infelicidad! —señaló Jordin detrás de ella.

—Tú eres la única infeliz, Jordin —expresó Kaya girando en el primer escalón.

Luego siguió subiendo las escalinatas y desapareció.

—Supongo que ella nos advirtió, ¿o no? —señaló Roland con risa irónica.

Las palabras de Kaya se incrustaron en la mente de Jordin como una garrapata. Ya no podía fingir que no era infeliz.

—La estás arrastrando a la tumba contigo —manifestó ella sentándose en la silla que Kaya dejara vacía.

—Y sin embargo tú podrías estar en la tumba antes que ella. Los inmortales son, después de todo, inmortales.

Jordin enfrentaba la corta vida de un soberano. Tal vez demasiado corta. Roland todavía podría matarla, y ella podría incluso morir en esta misión. Tal vez así sería. El hecho de que hubiera sobrevivido dos veces a la seroconversión no significaba nada.

—Ahora... como dices, se nos acaba el tiempo. Dime dónde puedo encontrar a este alquimista que nos quiere matar a todos.

—La única manera de detenerlo es matar a Feyn.

—Pondré mi fe en mi propia intuición, si no te importa.

La sonrisa del príncipe se desvaneció, reemplazándola una mirada de dominio absoluto.

—Supongo que conoces el camino de vuelta a casa. Llévame o dime dónde es. De cualquier modo estaremos a la puerta de la muerte al anochecer para crear nuestro propio destino.

El príncipe arqueó las cejas.

—¿O preferirías dejar que el virus siguiera su curso?

Capítulo diecinueve

FEYN CRUZÓ LOS BRAZOS dentro del salón de observación. Más allá del vidrio, Rom se hallaba desplomado en la silla de madera dura. No había necesidad de ataduras, aunque por el aspecto que él tenía tal vez pudo haberlas necesitado, aunque solo fuera para mantenerlo erguido.

Una hora, había dicho Corban.

Demasiadas habían pasado.

Feyn se acercó a la puerta y entró al salón interior. Rom no se movió, la cabeza le colgaba sobre el pecho. Ella se preguntó si él estaba durmiendo. Echó un vistazo a Corban, quien solo asintió con la cabeza, entonces caminó alrededor de la silla y quedó delante de Rom.

—Buenos días. Oí que tuviste una noche difícil.

No hubo respuesta.

—Siento que tuvieras que soportar este lento comportamiento, solo una rendición total te puede traer paz. ¿La tienes, Rom? ¿Sientes paz?

Él levantó la mirada, los círculos de fatiga debajo de un ojo tan negro como el moretón ennegrecido debajo del otro. La piel se le había emblanquecido en una palidez horrible desde que ella lo viera en la sala del senado. El negro racimo de venas que le subía por el cuello y le trepaba hacia la mandíbula, y que le recorría sobre el dorso de las manos, se parecía menos a la entintada elegancia de las propias venas de Feyn, y más a las negras fisuras en algo que está a punto de romperse.

Rom levantó la cabeza, luchando para evitar que se le bamboleara hacia atrás. La mirada nunca le llegó a subir más arriba de las rodillas de ella.

—En cierto modo —contestó él.

Feyn dirigió una mirada a Corban, quien le devolvió un gesto tranquilizador. De pie cerca de la mesa, el alquimista parecía agotado, aunque sin duda en mucha mejor condición que Rom. Se había cambiado de túnica, observó Feyn.

Ella volvió la atención hacia Rom. Una de sus manos temblaba de vez en cuando, como quien padece parálisis. ¿Sería consecuencia de la conversión o de no haber podido dormir?

—Bien. La paz total vendrá cuando te sometas del todo. Dime, ¿estás complacido en cuanto a este nuevo cambio en ti?

—Yo...

Él tragó hondo, miró alrededor, un extraño desconcierto en la mirada. Feyn le dio tiempo.

—Estoy teniendo problemas en recordar el cambio —expresó él con la mirada fija en ella.

—¿Qué pasa con tu cambio que no te quede claro?

—No... no lo sé. Cómo eran las cosas antes.

—¿Te das cuenta, Rom Sebastian —preguntó ella con una ligera sonrisa—, que esta es la primera vez que somos de la misma especie?

—No sé qué quieres decir...

—Esta es la primera vez que tú y yo tenemos la misma sangre. Yo tu creadora, tú mi esclavo. Ayer señalaste que me amabas, un sentimiento apropiado para un esclavo. Dijiste que querías que yo fuera como tú. Ahora te he concedido ese deseo.

Ella hizo una pausa.

—Recuerdas que me amas, ¿verdad que sí?

—No... no recuerdo la conversación.

¿Qué otra cosa tal vez no recordaba el hombre? Era evidente que él había renunciado a su estado de resistencia tras la conversión, pero si no podía recordar los detalles de su antigua vida, todo se habría perdido.

—¿Es una treta? —inquirió Feyn con una ceja arqueada, mirando a Corban.

—No lo creo. Su conversión está completa: cuerpo y voluntad. Quizás no su mente o su emoción. Esas seguirán, estoy bastante seguro.

—Sí te amo —afirmó Rom; su mirada se detuvo en el rostro de ella—. Sí... sí, te amo.

—Como deberías. Entonces harás todo lo que te pido.

Él no contestó a esto.

—¿Estoy equivocada? —preguntó ella más bruscamente.

—No —respondió Rom en tono extraño, como si no entendiera las palabras... o como si estas no pudieran salir de él.

Pero en ese momento Feyn supo que tenía a Rom Sebastian, el líder de los supuestos soberanos. Lo tenía de veras, a pesar de que él no hallara paz total. ¿Qué era la paz, de todos modos? Ella misma la sentía muy poco, y sus sangrenegras la conocían menos. Lo único que necesitaba de ellos era lealtad y servicio incuestionable, no su gozo o paz. Necesitaba el amor de ellos, no el placer.

—Entonces muéstrame tu devoción y dirígete a mí correctamente.

Él miró a Corban, luego volvió a mirar a Feyn.

—Baja la mirada —ordenó ella suavemente.

Él hizo como la mujer le indicaba.

—¿Quién soy?

—Mi señora —respondió Rom con calma.

—¿Y?

—Mi creadora.

—¿Y?

—Aquella a quien amo.

—Bien. Dime ahora dónde se esconde el resto de soberanos.

Las cejas de Rom se juntaron.

—Ahora.

—No puedo.

—¡Ahora!

Su lucha por recordar parecía auténtica. Ella no podía culparlo por eso.

—En las ruinas —reveló él.

—¿Ruinas? ¿Dónde?

—En la ciudad...

—La ciudad está llena de ruinas. Tendrás que decirme cuáles. Ahora.

—Ruinas... al sur. En la parte sur de la ciudad. No puedo... —titubeó levantando la mirada, el rostro demacrado.

—¡Baja la mirada!

Él lo hizo al instante.

—Perdóname, mi señora.

—¿Qué ruinas? ¡Piensa!

—No logro recordar... —titubeó él con sudor en la frente.

—¡Concéntrate!

Permaneció callado, con la mirada examinando el piso entre sus pies. El recuerdo estaba más allá de él.

—Envía mil hombres —ordenó Feyn volviéndose hacia Corban—. Barre el sector sur de la ciudad. Escudriña toda ruina que encuentres.

—Mi señora, eso podría llevar días. Y el virus, si lo que él ha dicho es verdad, será liberado dentro de tres.

—¡Entonces envía diez mil! ¡Ya!

Ella se volvió con un chasquido de la seda negra.

—Y mantente trabajando en nuestro nuevo amigo. La información está oculta en alguna parte de esa cabeza dura.

Capítulo veinte

BIZANCIO YACÍA BAJO UN cielo nocturno negro como el carbón, una ciudad en crecimiento inconsciente de que el destino del mundo pendía de una cruel armonía, un juicio final a punto de declararse en solo cuestión de horas.

Jordin se hallaba sentada en lo alto de su caballo entre Roland y Michael, mirando a la capital desde la elevación. Cuarenta de los más diestros magníficos de Roland montaban a la par, silenciosos e inmóviles, encapuchados y vestidos de negro. Cualquiera que mirara fuera de la ciudad los confundiría con un grupo de segadores que salieron para arrastrar al infierno a los inconscientes.

Y podrían tener razón.

Detrás de las puertas cerradas de cien mil casas e igual cantidad de apartamentos, los amomados preparaban una cena nocturna que constaba principalmente de fécula, carnes enlatadas y verduras añejas. No se aventurarían a salir, demasiado conscientes de las masacres que visitaban sus calles después del anochecer. Así que permanecían prisioneros tanto por el miedo como por el toque de queda nocturno de la ciudad, orando en sus cenas porque el Creador le concediera a Feyn el favor contra la plaga de inmortales de rostro blanco a quienes temían aun más que a los sangrenegras de ella.

Ochenta mil de los guardias de Feyn patrullaban la ciudad en un perímetro cada vez más amplio alrededor de la Fortaleza, rondando en grupos por las calles vacías, ávidos por asesinar. Llevarle a Feyn la cabeza de un inmortal lanzaría incluso a un sangrenegra de más bajo rango a una elevada posición en las filas.

Al menos, eso era lo que se suponía. La hazaña aún no se había logrado.

Los magníficos de Roland nunca habían entrado en la ciudad en tales cantidades como lo harían esta noche. La suya era una campaña de guerrillas, dependiendo del sigilo y de las agudas percepciones que los convertían en objetivos valiosos para los sangrenegras más fuertes y más rápidos.

Jordin había aceptado guiar a Roland al interior; ella lo necesitaba, fin de la historia. Él fue inflexible en sus condiciones, sabiendo que a la joven no le quedaba más remedio que aceptar. Incluso había establecido una hipótesis razonable para su habilidad en impedir que Mattius liberara el virus. Aún tenían dos días completos, ¿no era así? Con sus habilidades inmortales el príncipe podría detener al anciano soberano antes de que este pudiera activar la liberación. ¿No era mejor aniquilar al alquimista antes de ir tras Feyn y confrontar a sus formidables sangrenegras?

Habían cabalgado duro y llegaron una hora antes del anochecer. Pero ahora que el momento había llegado, Jordin no podía calmar los nervios. Había repasado cien veces todas las estrategias posibles para entrar al santuario. Con la superioridad de la vista y el sentido del olfato de Roland, la mejor opción podría ser que él penetrara

primero, pero ella tendría la ventaja de entregar al príncipe si este aceptaba entrar como cautivo. Jordin estaría cumpliendo parte de su trato, lo que podría al menos hacer que Mattius se detuviera y así obtener más tiempo.

Ella aún no le había sugerido la estrategia a Roland.

Él se quitó la capucha de la cabeza. El cabello le cayó sobre los hombros.

—Dinos ahora el camino —indicó él, sin molestarse en mirar a Jordin; su atención estaba fija en las lejanas barreras a lo largo de la entrada a la que ella los había llevado en el extremo este de la ciudad.

La joven miraba, apenas viéndolos en la oscuridad, sintiéndose prácticamente ciega en comparación con la criatura que había sido solo horas antes, sin dejar de preguntarse si podría haber servido mejor en esta misión siendo inmortal.

Era difícil hacer caso omiso al llamado de esos sentidos embriagadores, tan ricos y llenos de toda la vida sensual a los que los soberanos renunciaran. Jordin difícilmente podía culpar a Kaya por negarse a renunciar a ellos a cambio de un futuro incierto y menos vibrante, afanándose bajo la desdicha de la soberanía.

¿Desdicha? ¿Menos? Ella hizo de lado los insensatos pensamientos y enfocó la mente en la tarea a la mano.

—¿Qué garantía tengo de que no me matarás en el momento en que te lo diga?

—El virus es nuestro enemigo común —opinó él volviéndose hacia ella—. Compensa mi fe en tu advertencia confiando en mí.

—Mattius no es imbécil. Si se las arregla para soltar el virus, este viajará por el aire. Una vez que esto ocurra no tenemos motivo para creer que se pueda detener. Tengo una mejor manera.

—Dímela.

—Te llevaré como mi rehén. Atado y amordazado.

El príncipe arqueó una ceja. Uno de los caballos lanzó un silencioso resoplido.

—Puedo entender que preferirías atarme y amordazarme. Y si yo fuera cualquier otro podría aceptar —comentó él fríamente—. Dime, ¿has oído alguna vez de un inmortal muerto en batalla en el último año?

—No.

—No —repitió él en tono grave y totalmente seguro—. Existe una razón para eso. Y tendrías mejor resultado si confías más en mis habilidades que en cualquier plan astuto. Créeme cuando te digo que entraré y saldré de tu santuario antes de que este Mattius comprenda que no está soñando.

Tal vez ella lo estaba subestimando. Jonathan simplemente había dicho: *Guíalo*.

—Hazlo a tu manera. Pero yo dirijo.

Él asintió con brusquedad.

—Cabalga firme por las calles —ordenó él entonces volviéndose a Michael—. Aporrea al infierno desde los adoquines. Quiero que todo sangrenegra a quince

kilómetros oiga. Que corra a la pelea. No los enfrentes, solo llama su atención lejos de nosotros.

Entonces se dirigió a Jordin.

—Necesito saber la dirección.

—Al sureste —contestó ella.

Roland examinó la oscura ciudad y luego se volvió otra vez hacia Michael.

—Envíalos al noreste bajo la guía de Marten —indicó—. No más de una hora dentro de la ciudad. Que después salga por el norte, hacia el basurero occidental. Nos reuniremos en el valle Bethelim.

Jordin sabía del valle solo por rumores, llamado así por los antiguos nómadas que tenían sus propios nombres para cualquier punto en el mapa. Se trataba del valle más yermo en la tierra, una vez exuberante, pero ahora pura tierra porque en realidad no había Creador, como decían aquellos que habían desafiado al Orden. Allí, armas divinas habían convertido la tierra en polvo durante la Guerra Fanática cinco siglos antes. Ninguna vida había regresado. Ninguna alma viajaba allí. Nunca.

Nadie más que inmortales, evidentemente.

—Cain —llamó Roland mirando a su izquierda.

—Mi príncipe —contestó el magnífico.

El hombre que había abordado a Jordin con tan deliberado afecto solo dos noches atrás estaba enfocado ahora solo en tratar con la muerte. De los cuatro caudillos militares entre los espectros de Roland, solo Michael había venido, pero sin duda en algún momento Cain sería uno de ellos... si vivía suficiente tiempo.

—Tus hombres conmigo y Michael.

—Como digas —expresó él inclinando la cabeza.

—Ahora, Michael.

Ella espoleó su semental con los talones y salió al trote hacia el extremo derecho donde Marten esperaba.

—Guíanos —le pidió Roland a Jordin—, pero yo me pondré al frente. No permitiré que alguien nos ponga en peligro por falta de visión. Dirígeme desde atrás.

—De acuerdo.

Sin una palabra, veinte caballos a la derecha de Jordin salieron de la línea y bajaron la pendiente, los jinetes echados para atrás en la silla, enfocados singularmente en su misión. Los cascos resonaban, pero los magníficos vestidos de negro parecían flotar como fantasmas colina abajo.

Jordin sintió que el pulso se le aceleraba mientras los guerreros se internaban en la noche. ¿Cuántas veces los inmortales habían ingresado a la ciudad de este modo? ¿Con qué frecuencia habían obrado por su cuenta para maldecir al nuevo y fatídico Orden de Feyn? La joven estaba presenciando una maravilla... nada desprovisto de magia, y sin embargo tenebroso.

¿Podía una especie tan sepulcralmente hermosa, dada a luz por el mismo Jonathan, estar tan equivocada?

El sonido de atronadores cascos se volvió distante, dejando otra vez la noche en silencio. No se dijo ninguna palabra más mientras esperaban la orden de Roland. Cien pensamientos comenzaron a correr por la mente de Jordin.

Ninguno de ellos bueno.

La orden del príncipe llegó por medio de una acción silenciosa. Adelantó su caballo cinco pasos y se detuvo. Se volvió, clavó la mirada en Jordin, y luego salió, espoleando su montura colina abajo a todo galope.

A la vez, Michael, Cain y los fantásticos bajo la orden de Roland se pusieron en camino, dejando a Jordin sola por un instante. Entonces ella clavó los talones en su corcel y lo dirigió hacia delante.

El animal conocía bien su lugar entre los otros y la llevó tras ellos a todo galope. La tranquila noche cobró vida, el polvo en las fosas nasales y el viento en el rostro, llevándose los pensamientos de lo que estaba por venir.

A Roland no pareció importarle que ella se quedara atrás, pues su misión estaba creada y su objetivo era claro. Soberana o no, ella lo alcanzaría, ¿no había sido así siempre? Y ella lo hizo así, tronando a través del pelotón para cabalgar exactamente detrás y a la derecha de él.

Jordin esperaba que él aminorara la marcha antes de llegar a las barreras, pero no lo hizo. Se inclinó en la silla y aumentó la velocidad, directamente hacia el muro de concreto de la altura de las ancas de un caballo.

Su corcel despegó del suelo con gallardía, como si se burlara de su aplastante peso. Sin necesidad de orientación, la montura de Jordin siguió, levantándola hacia el cielo en un poderoso salto que la dejó sin aliento.

Aterrizaron con tremendo sacudón y galoparon sin perder el paso.

Solo cuando Roland llegó al centro de la calle vacía desaceleró hasta trotar, la cabeza hacia adelante y la atención fija.

Se hallaban en territorio sangrenegra. Jordin se colocó al lado del príncipe, consolada por su fuerte presencia en tan peligroso terreno. No había brisa... si algún sangrenegra venía en un radio de un kilómetro, él lo sabría solo por el olor.

—La dirección es tuya—manifestó él mientras los demás llegaban directamente detrás.

—A la izquierda en la próxima intersección —dijo ella.

—¿Y después?

—Entonces te lo diré —contestó Jordin tras titubear.

Roland la miró. Solo él estaba sin capucha, como para dejar en claro que su lugar como líder significaba ser visto por todos.

—Entonces es mejor que mantengas el paso, mi pequeña soberana. Iremos por

estas calles como el viento.

—Nos oirán.

Él no se molestó en contestar sino que puso a galopar su montura, escudándose en la noche.

Jordin siguió firme, y veinte magníficos detrás de ella. El estruendo de cascos resonaba en los edificios, anunciando la tormenta venidera.

La joven presionó su caballo para alcanzarlo. Al girar, el príncipe no intentó bajar la velocidad para buscar dirección sino que siguió derecho por la mitad de la calle.

Guíalo, Jordin.

—¡Izquierda al final! —gritó ella.

En lugar de eso él viró en un callejón y cortó detrás de la calle que Jordin había indicado. De manera natural los inmortales conocían sus terrenos de cacería tan bien como quienes habían construido la ciudad. Tal vez mejor que la misma Feyn.

Roland siguió el callejón a lo largo de dos cuabras antes de cortar a la derecha y retomar la calle que Jordin indicara primero. Ella supuso que él simplemente evitaba posible contacto, alertado por sus sentidos. Esta noche él no estaba cazando secuaces de Feyn.

Aunque seguramente incontables amomados habían oído el alboroto que se avecinaba y miraban por sus ventanas para ver pasar volando a los magníficos, solo se toparon con un amomado en la media hora que les llevó llegar al borde de las ruinas. Habían dejado al anciano mirando boquiabierto debajo de una farola. Siguieron corriendo, haciendo tanto ruido como para convocar a los muertos.

Y luego estuvieron solo a cien metros del borde de las ruinas.

Roland lo supo antes de que Jordin se lo dijera; cómo, ella no tenía idea. De repente él jaló las riendas y levantó una mano. El caballo de la joven se paró en dos patas, casi lanzándola por detrás.

—¿Qué pasa?

Él miró la calle vacía. La cerca que rodeaba las abandonadas ruinas estaba a la vista... ella no le había dicho nada del lugar. ¿Podía Roland oler a los soberanos debajo de las ruinas?

El rostro del príncipe estaba tenso; los ojos muy abiertos con evidente preocupación.

—¿Qué pasa?

Roland hizo un ademán, y la mitad de los inmortales se colocaron a su flanco derecho mientras él ponía su caballo a un rápido trote. Jordin mantuvo el paso, la mente dándole vueltas con preguntas. ¿Sangrenegras?

Llegaron al borde del recinto, y Roland examinó las ruinas, cabalgando paralelo a la cerca. Ninguna señal de movimiento ni de sangrenegras. Un rápido vistazo... todos los inmortales fijos intensamente en el perímetro.

Solo cuando Jordin vio que una sección de tres metros de la cerca del perímetro había sido cortada supo que algo andaba mal. Ella siguió adelante, con el alma en vilo, con la esperanza de que sus temores fueran infundados. Podría haber motivos para la brecha en la cerca. Eso no significaba nada.

Pero Roland parecía saber algo más.

Él guio a su montura a través de la abertura, seguido por los otros que se desplegaron a lo ancho una vez que pasaron, doblando hacia el seto que ocultaba la entrada del santuario.

Pero allí también había un problema, uno mucho más revelador: el seto delante de la entrada estaba pisoteado.

Jordin apresuró su caballo, saltando sobre montones de escombros y grandes bloques de piedra.

La entrada había desaparecido. Había piedras apiladas en su lugar. Quizás Mattius había ordenado cerrar la abertura por protección. Pero eso no explicaba el seto pisoteado.

Ella se apeó del caballo y corrió frenética los diez pasos hasta el montón de piedras. La mayoría de ellas del tamaño de cabezas humanas, ninguna más grande que la de un caballo, y se desprendían fácilmente en medio del pánico de ella.

—¡Ayúdenme!

Roland se enderezó en la silla, examinando el perímetro con cautela.

—Háganlo —ordenó.

Tres de los hombres de Cain se apearon, y sacaron suficientes piedras para revelar la oscuridad más allá. Jordin dio un paso atrás, jadeando, con el temor alojado en la garganta.

Roland se apeó y caminó hacia ella, mirando el hueco en la pared.

—Michael y Cain, conmigo —ordenó, y pasó a Jordin—. Los demás quédense aquí. Ustedes saben qué hacer.

—No, no pueden entrar —susurró ásperamente la joven—. Si Mattius...

—Estamos más allá de eso, querida.

Se metió en el túnel, seguido por Michael y Cain, quienes simplemente le lanzaron a Jordin una mirada al pasar.

Ella miró por sobre el hombro y vio que los demás estaban formados en un amplio arco, los caballos de espaldas a la entrada, centinelas del príncipe.

Jordin se acercó a la grieta sin luz, consciente de la profunda oscuridad más allá. Roland ya había desaparecido con Michael y Cain detrás. Ella conocía de memoria la escalinata.

La joven llegó al rellano inferior y estaba a punto de llamar en la oscuridad cuando una luz tenue inundó la caverna. Roland estaba parado ante una antorcha de pared que al parecer había encendido para beneficio de ella, y miraba hacia atrás para

ver que ella lo lograra.

—¿Dónde está el virus? —averiguó él.

Incapaz de formar palabras, Jordin corrió hacia la antorcha, se la arrebató al príncipe, y salió corriendo, fuera de sus cabales. Bajó por el túnel que llevaba al salón principal.

En el momento en que ella ingresó a la enorme caverna donde normalmente se reunían, vio que ellos habían desaparecido. Habrían dado batalla aquí. Habrían caído tanto sangrenegras como soberanos. Pero no había ninguno, ni señal de sangre que se pudiera ver.

¿Los capturaron entonces?

Jordin corrió, buscando en los rincones cualquier señal perdida en la tenue luz.

—¡Revisen todas las puertas! —ordenó Roland, sus palabras resonaron a través de la caverna.

La joven corrió de nuevo, pensando ahora solamente en un salón: la cámara del consejo. Llegó hasta la enorme puerta, movió la manija, y abrió la puerta de un empujón.

Espirales de humo flotaron hacia ella, inundándole las fosas nasales con un olor tan molesto y pútrido como ninguno que pudiera recordar. Dos lámparas de petróleo estaban ardiendo, una en cada muro. Pero el humo no provenía de ellas...

Sino de los cuerpos carbonizados en el suelo.

Jordin retrocedió tambaleándose. El corazón se le paralizó; los pulmones dejaron de respirarle.

Más de diez cuerpos. Más de veinte.

¡Todos ellos!

—¡Aquí, Roland! —gritó Michael—. ¡El laboratorio!

Jordin pestañeó ante la vista, luchando por comprender, sabiendo que no había nada que comprender más allá de lo que sus ojos ya le decían. No supo qué hacer, su mente ya no estaba procesando adecuadamente los pensamientos.

—¡Jordin!

Roland. Su voz apremiante.

La joven salió tambaleándose de la cámara. Roland estaba en la entrada del laboratorio a treinta pasos por el pasillo.

—Ven.

Los pies de Jordin se negaron a moverse.

—¡Ven! —vociferó él.

Jordin tropezó con algo en el suelo, se apoyó con una mano, y se lanzó hacia Roland, apena consciente de sus pies.

Entonces allí estaba el príncipe, agarrándola del brazo para afirmarla, jalándola y llevándola al laboratorio.

Un delgado velo de humo oscurecía parcialmente los instrumentos y las ampollas rotas de alquimia esparcidos por las mesas de trabajo. Pero la mirada de Jordin fue atraída al instante por lo que vio en el suelo.

No podía confundir el cuerpo parcialmente quemado de Mattius, con los ojos muertos mirando al techo, la ampollada y retorcida boca en su último grito de horror.

Sus dedos ensangrentados aferrados a una ampollita sellada con corcho y resina.

El virus, seguramente. Mattius no iría por ninguna otra ampollita en una situación tan desesperada; aquello por lo que habían tomado medidas tan desesperadas. Por lo que todos los demás habían perdido sus vidas.

Roland pasó junto a ella, se agachó ante el cuerpo quemado, y despegó los rígidos dedos de la ampollita atascada en la palma. Los inmortales tenían aquello por lo que habían venido. Si Rom era sangrenegra, Jordin era ahora la única soberana viva. Y entonces Roland la convertiría en inmortal, y no quedaría rastro de sangre soberana en la tierra.

El legado de Jonathan había conocido un final horrible.

Roland se paró lentamente y retrocedió, con la mirada fija en la ampollita en la mano de Mattius. Ensangrentada. La palma del alquimista estaba cortada. No por una espada de sangrenegra, sino por vidrio.

La ampollita yacía en dos pedazos, quebrada por la mitad. Mattius la había roto en su propia mano. Había una «R» marcada en la parte superior de la ampollita destrozada. *Recolector*.

Jordin levantó la mirada hacia Roland. Los ojos de él perforaron un hoyo en la misma alma de ella. Él sabía tan bien como la joven: el príncipe de los inmortales, reluciendo con vida ahora mientras se mantenía erguido, ya era un hombre muerto. Junto con todos esos bajo su mando que se jactaban de inmortalidad.

Mattius había liberado el virus.

Capítulo veintiuno

FEYN SE HALLABA DE pie delante del gran escritorio de la oficina de soberana, mirando el solitario objeto sobre su superficie pero sin verlo realmente. La mente le daba vuelta a los acontecimientos de las últimos veinticuatro horas como una tormenta a su alrededor.

Los diez mil sangrenegras se habían dividido en tres sectores de la ciudad. Sur, había dicho Rom. Habían ido al suroeste, al centro sur y al sureste, examinando toda manzana, tomando por asalto cada casa, apartamento y edificios comerciales, oficinas y basílicas. A su paso dejaron amomados huyendo y gritos mientras investigaban cuartos traseros, clósets, huecos de escaleras, áticos y azoteas. Hasta las antiguas criptas de las basílicas. Al menos ocho muertes se habían reportado, y muchas palizas más. Nada de eso era poco común tratándose de sangrenegras, lo cual no le preocupaba a Feyn.

Lo único que importaba era encontrar a los soberanos.

Habían pasado siete horas hasta saber que habían encontrado y asesinado inmediatamente a los soberanos.

Los secuaces de Feyn habían regresado sin cadáveres, bajo órdenes de matar y quemar. Pero habían traído anaqueles de ampolletas... tres de ellos marcados con una siniestra «R». *Recolector*.

Corban se había encerrado inmediatamente en el laboratorio a trabajar febrilmente en revelar los secretos del código viral. Hacía una hora Ammon había venido a informar que en realidad se trataba de un virus. Parecía letal.

Feyn pasó por el costado del escritorio, se inclinó por un momento en el borde antes de sentarse lentamente en la gran silla detrás de él. Se agarró de los brazos de la silla hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

Los soberanos estaban muertos, su grupo herético purificado por fuego. Ella habría estado profundamente satisfecha menos por algo: el inquietante informe de que habían derribado a un alquimista soberano en el laboratorio subterráneo.

La mirada en el rostro de Corban cuando recibieron la noticia había reflejado el propio temor de Feyn, la propia ira de que ni siquiera la soberana del mundo pudiera saber qué acontecimientos habían ocurrido en los momentos antes de que lo encontraran.

¿Había él liberado el virus ante la primera alarma? ¿O los sangrenegras lo habían matado antes de que los enviaran a todos a una sentencia de muerte?

La mujer permanecía totalmente enmudecida, como se hace en el ojo de una tormenta. Pero esa tormenta era nada comparada con el chubasco en el corazón de la regente mundial, que empeoraba por el conocimiento de que ella, el ser más poderoso sobre el planeta, no podía hacer nada más que esperar mientras Corban intentaba

desentrañar el virus y crear un antivirus antes de que fuera demasiado tarde. Cada minuto que pasaba era uno menos que ella podría haber tenido en esta vida. Uno menos que Corban podría tener para crear un antídoto. Uno menos antes de que ella conociera la verdad, por sí misma, de la felicidad o el infierno.

Extraño... ella no había creído en lo uno o lo otro cuando salió de la estasis. No había cavilado en la muerte ni siquiera en el momento antes de que la tajaran quince años atrás. Pero ahora se preguntaba por primera vez en años con relación a aquellos que habían ido a la otra vida, suponiendo que esta existiera.

Su mirada se levantó hacia el frasco de cristal parado otra vez en el centro de su escritorio. Una vez perteneció a los vivos. ¿Dónde estaba ahora su propietaria?

Un toque sonó en la puerta lateral. La adrenalina se le disparó en las venas, pinchándole su cultivada calma. Inclino la cabeza, se tocó las yemas de los dedos, los codos en la silla, y exhaló lentamente por las fosas nasales. Podría haber orado en esa postura, pero el único Creador que reconocía era ella misma.

—Adelante —dijo al fin levantando la cabeza cuando sintió que el pulso se le calmaba.

Se levantó del escritorio mientras el hombre entraba y se dirigió hacia la figura que se había arrodillado. Un sangrenegra, joven, el cabello como una catarata negra sobre los hombros.

Así que Corban seguía trabajando.

—¿Sí?

—Mi señora —expresó el hombre, levantando la cabeza lo suficiente para mirar las puntas de las botas femeninas.

—¿Y bien?

—Un ciudadano desconocido para nosotros ha venido con un mensaje urgente. La espera en la sala del senado.

—¿Qué quieres decir con que me espera en la sala del senado? —inquirió ella, mientras una molestia le encendía la nuca—. ¿Un amomiado?

—Sí, mi señora.

—¿Y tiene nombre este amomiado?

—No, mi señora.

—Amomiados desconocidos no entran así no más a la Fortaleza, mucho menos a la sala del senado.

—No, mi señora.

—Mis sangrenegras regresan de su misión en el sur de la ciudad, ¿y tú vienes para decir que un extraño espera reunirse conmigo? —cuestionó ella mirándolo, luego extendió la mano, lo agarró del hermoso cabello y lo levantó de las rodillas—. ¿A quién obedeces? ¿A mí o a él?

—¡A usted, mi señora! Él dijo que le dijera que ha venido para ver a la paloma

blanca.

El significado de la frase le entró en la mente. ¿Paloma blanca?

Feyn bajó al hombre y dio un paso atrás, asombrada por las implicaciones de esas dos palabras.

Por un momento permaneció inmóvil. El salón pareció girar en torno a ella por voluntad propia, como si el tiempo se rebobinara. No pudo dejar de pensar en las palabras.

Un amomado.

No podía ser.

—Ve a buscar a Seth —pronunció ella al fin, apenas oyendo las palabras por sobre el estruendo de su corazón.

—¿Mi señora?

—¡Seth! —gritó ella—. ¡Tráelo inmediatamente!

—Seth... pero Seth está muerto, mi señora.

Muerto. A manos de ella.

—Vamos.

La mujer pasó junto al hombre y caminó por el pasillo, seguida rápidamente del sangrenegra. Atravesaron una puerta lateral que descendía hacia los laboratorios y las antiguas cámaras subterráneas, e ingresaron al corredor público.

Paloma blanca. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que ella oyera estas palabras?

Feyn hizo un gesto a uno de los guardias de turno en el corredor, uno de los cerca de treinta ubicados a intervalos regulares. Los oficiales y sus asistentes, los administradores y visitantes reales, se detuvieron al verla, retrocedieron instintivamente debajo del dorado techo en forma de arco, y se pusieron de rodillas desviando la mirada. Ella pasó junto a ellos, a paso cada vez más veloz, sin molestarse con las pretensiones de decoro. El guardia descendió tras ella.

La gobernadora mundial abrió la gran puerta de la antecámara del senado y cruzó el salón a paso rápido mientras el joven sangrenegra se apuraba para jalar la enorme puerta de la cámara misma.

Estaba iluminado adentro. Habían prendido las luces eléctricas del invisible panel.

Ella entró, caminando lentamente a lo largo de la última fila del teatro político, el pulso le resonaba contra las sienes.

Entonces lo vio: un personaje solitario sentado detrás de la mesa de piedra sobre el estrado. En la silla del soberano.

Tenía la cabeza inclinada debajo de una capucha, el rostro oscurecido en una sombra.

Feyn se obligó a caminar y hasta a correr mientras recorría el enorme pasillo,

recordando el paso de una soberana, la verdadera soberana, gobernadora del mundo. No podía sino sentir la moldura dorada de su corpiño debajo de la luz artificial, el oro pesado del anillo que le hacía doler los dedos que tenía empuñados.

Recorrió el camino hasta las escaleras, subió al borde del estrado, sin dejar de mirar una sola vez al personaje. Se acercó a la mesa de piedra y se detuvo, enfrentándolo directamente.

Las manos del hombre estaban cruzadas delante de él. Secas, rajadas y arrugadas. La túnica que usaba era gruesa y estaba desgastada a lo largo de la manga. Una barba entrecana y sucia caía exactamente hasta el escote de la túnica. La boca del hombre estaba reseca y los labios pelados.

—Solo hay un hombre vivo que sabe cómo mi padre solía llamarme —expresó ella con arriesgada serenidad.

Sus sangrenegras habían subido al estrado, listos para derribar al hombre a una orden. A detenerlo para siempre si se movía demasiado rápido.

—La paloma blanca —indicó el hombre con voz ronca pero suave—. Aunque ahora sus plumas parecen ser negras.

—Descúbrete —dijo ella, muy suavemente.

Por un momento el hombre no se movió. Y entonces una de sus manos se levantó hasta la cabeza y echó hacia atrás la capucha para dejar al descubierto una cabeza de enmarañado cabello largo y canoso. Un rostro endurecido como el cuero por el sol. Un rostro que ella conocía demasiado bien.

—Hola, hermana.

Saric.

Ella lo miró, las costillas esforzándose por respirar contra el corpiño de su vestido.

La última vez que lo había visto, su piel era de alabastro. Sus venas tan negras como las de ella, sus ojos tan negros como si no tuviera pupilas. Pero ahora... aquí se hallaba un amomiado.

¿Cómo era posible? Pero también... el bronceado de su piel, una vez tan pálida, desprendiéndose en varios lugares debido al sol. Sus ojos, el color azul claro de la realeza, tan pálidos... casi como los de ella fueran alguna vez. No había rastros de las venas negras en ninguna parte, ni siquiera la sombra azul que la realeza apreciaba debajo de la pálida piel.

Él era totalmente el mismo que había sido mucho tiempo atrás. Y totalmente sorprendente.

—¿Cómo sobreviviste? —exigió saber ella.

No brindó respuesta.

—Eres un tonto si crees que puedes reclamar ese trono.

—No tengo interés en tronos.

Ella rio, el sonido quebradizo como esquirlas, haciendo eco hasta el techo abovedado.

—Entonces eres un impostor. Al hermano que conocí no le interesa nada más que el poder.

—El hombre que conociste está muerto.

—Y sin embargo aún está demasiado vivo.

Feyn estaba temblando con la ira del pasado. De la sangre de él dentro de ella. Del dominio que había ejercido sobre ella. De las maneras en que él la había arruinado y la había creado.

—Pero quizás tengas razón. No veo a un hombre muerto, sino algo mucho más patético —declaró Feyn poniendo las manos sobre la mesa e inclinándose hacia su hermano—. *Veo a un amomado.*

La mirada de él se topó con la de ella.

—¿Y tú? —replicó él con voz vacía de emoción.

—No sé por medio de qué alquimia renunciaste a ser sangrenegra, pero te favorece. Siempre fuiste un necio.

Saric no ofreció explicación. Todos estos años Feyn había supuesto que él había muerto. Y sin embargo aquí estaba.

—¿Cómo entraste aquí?

—Olvidas que conozco la Fortaleza tan bien como te conozco a ti.

—¡No sabes nada de mí! —exclamó ella sintiéndose perpleja—. ¿Qué quieres esta vez? Tus años de seducirme y doblarme a tu voluntad quedaron atrás. ¿Viniste a pedir limosna? ¿Has visto mi ejército?

Feyn extendió el brazo.

—¿Has visto la gloria de ellos inundando las calles de la ciudad? Soy diez veces la soberana que tú jamás habrías sido.

Él permaneció inmóvil, sin mostrar emoción, los pálidos ojos azules fijos en ella. Feyn podía entender la falta de ambición de su hermano como amomado, pero no había temor en sus ojos. Quizás el desierto le había achicharrado el cerebro.

—No puedes dejar de representar el papel de tonto patético, ¿verdad? Siempre queriendo lo que es mío.

Feyn comenzó a alejarse, pero luego giró hacia atrás y lo escupió en el rostro.

Saric parpadeó una vez, pero por lo demás no mostró ninguna reacción, aunque la saliva le bajaba por la mejilla.

—Llévatelo a los calabozos que tanto amó —ordenó ella al joven sangrenegra.

—Hermana.

El sangrenegra comenzó a avanzar.

—Tengo noticias que te salvarán la vida —expresó Saric.

—¡Agárralo!

El guardia titubeó. Pestañeó una vez, como confundido.

—Hermana.

Feyn se pudo haber encolerizado por el titubeo del guardia, pero lo hizo debido a la segunda vez que Saric pronunciara la palabra: *hermana*. El odio le inflamó las venas.

Ella levantó la mano súbitamente para detener al sangrenegra.

—No. El calabozo es demasiado bueno para ti. Si prefieres ser amomado, debo tener la misericordia de matarte aquí.

—Si te niegas a oírme, pronto estarás muerta.

El hielo la inundó. ¿Sabía él acerca del virus? ¿Sería posible?

—Ellos están viniendo por ti ahora. Estarás muerta antes del amanecer. ¿Cómo puedes ser soberana si estás muerta?

—No seas ridículo.

—Ellos están viniendo por ti ahora.

Él la miraba, inflexiblemente.

—¿Quiénes? —exigió saber Feyn—. Decenas de miles están en guardia.

—Ellos han encontrado un camino. Si quieres sobrevivir la noche debes detenerlos antes de que irruman en la Fortaleza.

Ellos. Los soberanos están aniquilados. Solo se podía referir a los inmortales.

Roland.

—Estás loco —exteriorizó ella emitiendo una frágil risa—. Hablas lo imposible. ¿Cómo se las arreglaría alguien para cruzar mis defensas?

—Del modo que hice yo.

Esa afirmación la paralizó. En realidad los sangrenegras habían dicho que él simplemente había aparecido. Nadie conocía los túneles subterráneos de la Fortaleza como Saric.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—A través del antiguo laberinto.

—No conozco ningún laberinto.

Saric retrocedió poco a poco. El sangrenegra a su lado dio un paso atrás, claramente sin saber cómo portarse en presencia de un antiguo soberano, el sucesor del padre de Feyn.

—Lo hallarás en el Libro de Soberanos encerrado en la bóveda posterior del archivo.

—¿De qué Libro de Soberanos hablas?

—Si hubieras sucedido a nuestro padre según lo decretado, él te lo habría dado, en secreto, la noche de tu toma de posesión.

—¡Nadie me ha hablado nunca de ese libro!

—Cuando maté a papá y me convertí en soberano, tomé su llave —confesó él

sacando del bolsillo de su túnica una antigua llave y poniéndola sobre la mesa—. Mi regalo para ti, de modo que realmente puedas ser soberana. Considera mi deuda pagada.

Pero desde luego. Cuando él la resucitó a la vida negra, él no pretendió que ella gobernara. Se había guardado los secretos del cargo para sí.

Feyn estiró la mano a través de la mesa y tomó la llave mientras él se levantaba de la silla de soberano.

—Rápido. Ellos vendrán.

Saric se dirigió tranquilamente hacia la puerta detrás del estrado. Y luego desapareció.

Feyn tardó un momento en recuperar la compostura. Entonces se le ocurrió que Saric había hallado una manera de convertirse en amomado por medio de alguna clase de alquimia. Como tal, la sangre de él podría contener otra clave, una que podría brindarle un antídoto para el virus.

—¡Tras él! ¡Tráiganmelo vivo!

Feyn se dirigió rápidamente a los calabozos. Encontró el libro. En el interior, un mapa del antiguo laberinto. En una hora había enviado a mil sangrenegras a los jardines para grandes reuniones. La muerte no la reclamaría tan fácilmente una segunda vez.

Ahora mientras descendía, con el objeto de cristal curvado en el hueco de su brazo, descubrió que la tormenta de su ansiedad se había ido y que la había reemplazado una rabia impávida por la aparición decidida de Saric.

Y su desaparición.

Los primeros dos sangrenegras lo habían perseguido hasta el archivo, todo el camino hasta el laboratorio y los antiguos calabozos, pero habían subido con las manos vacías. Ella había enviado a otros para cazarlo abajo.

¿Cómo había sabido él que Roland venía?

—¿Por qué los guardias habían titubeado?

Feyn se contestó que se debió a la conmoción, que el sangrenegra que se hallaba al lado de Saric no había sabido a quién hacer deferencia: a la soberana actual o al exsoberano.

La propia indecisión de ella le molestó aun más. Le incomodó incluso que ahora Saric tuviera esa influencia en ella, aunque en sus propias venas ya no fluyera la sangre que ahora corría por las de Feyn. Le molestó que por medio del insignificante regalo de una llave se hubiera enterado de que la soberanía que ejercía no había sido completa.

Una vez más, Saric había desaparecido sin consecuencias.

¿Por qué su hermano le había advertido? Sin duda para volver a ganarse su

confianza. Él tendría más sorpresas guardadas para ella, siempre lo hizo. Esta vez estaría lista.

Suponiendo, desde luego, que sobreviviera.

Ni una noticia de Corban en todo este tiempo. Ammon solo reportó que él trabajaba febrilmente todo el tiempo, hasta ahora sin éxito. Había vuelto a ocuparse en muestras de la sangre de Rom antes de su seroconversión, pero Feyn temía que ya fuera demasiado tarde. La sangre de un soberano vivo podría brindar una clave para un antídoto. Pero no había ninguno.

Feyn pasó al guardia hacia el antiguo laboratorio y estuvo tentada a entrar al salón privado de Corban, pero su presencia solo sería una distracción. Él no necesitaba más acoso; la propia vida del alquimista estaba en juego.

En vez de eso, Feyn se dirigió a la parte trasera de la cámara cavernosa, hacia las antiguas celdas, directamente hacia la cámara de Rom.

Él estaba sentado a lo largo de la parte posterior del muro, una sombra más allá de la luz de antorcha.

—Tengo un regalo para ti.

Rom levantó la cabeza.

Feyn alzó el frasco de vidrio que había tenido sobre su escritorio por horas, mórbido y repugnante a la vez. La mujer vio cómo los blancos de los ojos de él se dilataban mientras ella lanzaba el frasco al suelo. Se rompió con un ruido estrepitoso de vidrio haciéndose añicos, el corazón rodando por el sucio suelo.

El corazón de Avra.

Rom se puso de pie. De una patada, Feyn metió el corazón en la celda. Él miró, con el rostro pálido, sabiendo muy bien la implicación.

—Encontramos tu santuario. Ya no hay soberanos.

Rom levantó lentamente la mirada hacia ella.

—Dime si tengo razón —exigió saber la mujer—. Ya no hay soberanos vivos.

La mirada de Rom se agitó, tratando de contener la emoción.

—Habla.

—No murieron todos —contestó él.

Feyn hizo una pausa, sintió que se le enfriaban las venas. ¿Mentía Rom? No, no era posible.

—¿Qué quieres decir? —inquirió ella con tono peligrosamente tranquilo.

—Hay uno más.

—Ah sí, por supuesto —objetó ella—. Tu precioso Jonathan, a quien te niegas a reconocer como muerto.

—No. Otro.

Feyn se acercó a las barras, agarrándolas con dedos blancos. Lo miró directamente en la oscuridad.

—¿Quién?

—La que está viniendo por ti.

—¿Quién está viniendo por mí?

—Jordin.

Capítulo veintidós

—¡NO LO COMPLIQUES! —EXCLAMÓ Roland paseándose delante de Jordin en el gran salón del santuario como un león enjaulado—. ¡Dime todo!

Michael estaba de pie a un lado, mirando a Jordin como si ella, y no el virus, fuera el flagelo que se cernía sobre la propia vida de la guerrera.

Cain se inclinó contra una columna tallada a la derecha de Jordin, la seducción había desaparecido de sus ojos.

El cambio en ellos era profundo. Darse cuenta de la inmortalidad recortada no les había sentado bien.

—Ya te lo dije —respondió Jordin—. Quizás debiste haberme escuchado con más atención la primera vez.

Michael se le abalanzó como una gata, agarrándola por la garganta.

—¡Recuerda tu lugar, soberana! —exclamó.

—Lo... haré.

—¡Suéltala! —ordenó bruscamente Roland.

Que Jordin fuera la única en el salón que podría sobrevivir al virus era algo que no podían pasar inadvertido. Si esto no le daba una ventaja, al menos la envalentonaba. Lo que menos le importaba era si vivía o moría en el momento.

—Entonces cuida lo que dices o te cortaré la garganta —amenazó Michael soltándola poco a poco hasta terminar empujándola.

—¡Basta! —exclamó Roland, controlándose—. Y sí, estuve escuchando. Quiero oírlo otra vez. ¿Estás segura de que el virus estaba en ese envase?

—Sin duda alguna. Liberarlo era la gran obsesión de Mattius. La ampolla está marcada con una «R» y el virus se llama Recolector. ¿Necesitas más?

—Y tu argumento es que este Recolector se transporta en el aire.

—No es ningún argumento. Todo sangrenegra que estuvo en este lugar está infectado y ha llevado el virus al interior de la ciudad.

—Infectados. Como nosotros lo estamos —manifestó Roland con el ceño fruncido.

Jordin titubeó.

—Así es. Igual que tus magníficos afuera. El virus tiene un período de incubación de tres días, después de los cuales todo sangrenegra e inmortal vivo hoy día enfermará gravemente y morirá. Al venir acá has ejecutado tu propia sentencia de muerte. Intenté advertirte.

—¿Importa eso? —objetó él, haciendo un gesto de desprecio con la mano—. El daño estaba hecho antes de que viniéramos.

—Por parte de Rom —añadió Michael—. Si todo lo que dices es verdad, él nos traicionó a todos nosotros.

—¿Los traicionó a ustedes? ¡Él *luchó* por ustedes! —prorrumpió Jordin señalando con un dedo hacia la salida del túnel—. ¡Él pudo haber destruido a todos nuestros enemigos sin levantar una sola espada! En vez de eso, a fin de salvarlos acudió a Feyn, conociendo el peligro. Si ustedes me hubieran escuchado en el momento que llegué, podríamos haber alcanzado a Rom antes de que Feyn lo manipulara. Esto recae sobre las cabezas de *ustedes*, no de Rom.

—¿Cómo pudimos haber alcanzado a Rom? —replicó Michael—. Tu memoria falló, ¿recuerdas?

—Yo estaba *retrasada* —explicó Jordin taladrando a Roland con la mirada—. Un día pudo haber sido determinante.

—¡Por tu propia obstinación! —expresó Michael.

Roland levantó la mano para silenciarlas.

—Lo que sucedió ya no importa. Lo importante es la preservación de nuestra especie.

—Que ya no es inmortal —añadió Jordin.

—¡Basta! —rugió él, haciendo resonar el salón con su rugido—. Dime qué más sabes.

Ella retomó el diálogo con Rom y Mattius en mente.

—Tenemos que suponer que Rom es sangrenegra y que pronto también estará infectado.

—¿Y? ¿Cómo detenemos el virus?

—No hay manera —respondió ella sacudiendo levemente la cabeza—. El virus infectará al mundo. Todos los sangrenegras y los inmortales morirán. Los amomiados padecerán un resfriado común y los soberanos probablemente perderán todas sus emociones. El daño está hecho.

Él la miró.

Ella soltó una lenta respiración, sin saber si lo que iba a decir podría hacer que la mataran por la sola sugerencia.

—Hay una manera de vivir. Convertirse con mi sangre. Solamente la sangre de Jonathan puede salvarlos. Parece que hemos llegado al punto de partida.

—¡Nunca! —exclamó el príncipe; su respuesta no pudo haber sido más contundente.

—¿Ni siquiera si eso significa *vivir*?

—¿Bajo la tiranía del miedo una vez más? ¡Nunca! —decretó él dando dos pasos a su izquierda antes de girar otra vez, el rostro sombrío—. Olvidas que fuimos nómadas antes de volvernos inmortales. Durante quinientos años nos rebelamos por principio contra el Orden de temor. Soy un príncipe atado tanto por mi propia historia como por mi sangre. Tu soberanía no es nada más que humanidad despojada de vida. El virus nos volvería amomiados a todos. ¡*Moriría* antes de poner en mi cuerpo una

sola gota de sangre contaminada de muerte, traicionando así la verdadera vida que Jonathan nos dio!

Esas palabras entraron a la mente de Jordin como plomo, quitándole la esperanza de los huesos. Había mucha más verdad en ellas de lo que habría admitido incluso una semana atrás.

Mattius, en su falta de entendimiento, había sentenciado al mundo a un futuro no de paz... sino de aflicción.

—Soy la única soberana viva —declaró Jordin—. No hay seguridad de que vaya a perder mis emociones. Pero lo que *sí* es seguro es que si te niegas a tomar mi sangre, tú y todo tu pueblo...

—¿No me expresé con claridad? ¡Nunca!

¿Había esperado ella alguna otra reacción? Roland preferiría morir en batalla que ceder un milímetro ante el miedo o la soberanía, a lo cual veía como la misma muerte en vida. Y el ejemplo de su propia existencia infeliz no había hecho nada por convencerlo de lo contrario.

Nada por mostrarle la vida abundante que Jonathan había prometido...

Porque ella misma no la había encontrado.

Jordin se dio vuelta, frotándose las sienes con los dedos como si quisiera canalizar pensamientos coherentes en la mente. La puerta hacia la cámara del consejo estaba cerrada, igual que la del laboratorio de Mattius. Con el mundo presionando sobre ella, no podía comenzar a pensar en cómo honrar debidamente a los muertos. Tantos niños y ancianos... el pensamiento le produjo náuseas. Si había alguna gracia en la situación, era que ellos habían muerto como soberanos. Y que habían muerto por la espada antes que por el fuego.

Jordin solo podía esperar que aún se pudiera hacer volver a Rom de su condición de sangrenegra. Y a Kaya.

—No se ha *demostrado* que el virus vaya a matar inmortales —comentó Cain—. ¿Cómo podía saberlo este alquimista si no lo ha probado?

—Porque la sangre inmortal es igual a la sangre mortal —explicó Jordin—. Él estaba seguro, créeme. ¿Quieres de veras arriesgarte a creer que él se equivocó?

—Se me conoce por tomar riesgos —replicó él con calma—. En lo único que no deseo pensar es en cambiar mi naturaleza.

Entonces Cain se puso en cuclillas sobre un talón y miró a Roland hacia arriba.

—Rom podría saber lo que ella no sabe.

El príncipe miró a Michael, pero esta no le ofreció ninguna opinión. Él se había enemistado con Rom seis años atrás cuando los mortales se dividieran, pero cualquier diferencia entre ellos era ridícula ahora.

—Él tiene razón —expresó Jordin aprovechando el momento—. Si Rom es un sangrenegra quizás pueda volver a ser soberano. Al haber contraído el virus, su

sangre podría ser resistente en maneras que la mía no lo es.

Esta era una posibilidad muy remota, y ella lo sabía.

—Si no, en el último de los casos él podría saber más que yo —concluyó.

La mandíbula de Roland se apretó mientras consideraba las palabras de la joven.

—Hace meses él sugirió que uno de nosotros se volviera inmortal para llegar a ti, Roland. Él bien podría haberse vuelto inmortal si con esto te hubiera salvado. Él nunca ha abandonado sus creencias.

Roland le lanzó una mirada claramente irónica.

—¿No entiendes? ¡Él no quiere que mueras!

El príncipe vaciló solo un momento más.

—Entonces solamente hay un curso de acción —declaró él al fin—. Vayamos a la Fortaleza. Solo puedo esperar que sepas tanto como afirmas.

—Conozco el camino. Eso es todo.

—Entonces llévanos —pidió él, moviéndose ya hacia la salida—. Le arrancaremos a Feyn la cabeza de los hombros.

—¿Y Rom? —preguntó ella corriendo tras él.

Sus palabras llegaron por sobre el hombro del príncipe.

—Oremos porque pueda salvarnos a todos.

Capítulo veintitrés

JORDIN GUIÓ A LOS veinte magníficos a través de la ciudad, escoltada por Roland a la derecha y Michael a la izquierda.

Debía haber sido un momento para saborear. Jordin, la única soberana, dirigiendo a Roland y sus guerreros más destacados a un destino que ella elegiría. En realidad, incluso ahora podría hacerlos extraviar y dejarlos morir, librando al mundo para siempre del flagelo de Jonathan.

Jordin podía llevarlos a una batalla campal con sangrenegras, mantenerse alejada y observar cómo se masacraban entre sí, empapando el suelo con sangre contaminada. ¿O debía usarlos para matar a Feyn y rescatar a Rom como había previsto? ¿Qué importaba?

Era la única entre ellos que sobreviviría. El legado de Jonathan, contaminado por los efectos de Recolector en sus emociones, viviría solo en ella. Una salvación lisiada.

Pero Jordin no sentía salvación. Ni un indicio de gloria o paz en el pensamiento. Hacía tiempo que las circunstancias de la vida le habían acuchillado el corazón. Inexplicablemente, de algún modo esto no se había detenido, y cada bombeo del corazón era el recuerdo vivo del fracaso absoluto. De la brutal matanza y de la quema de tantos a quienes ella había amado. De cada amomado ajeno a la salvación, entre los cuales una vez viviera.

Que Feyn hubiera hallado el santuario significaba que Rom le había dado su ubicación. En el momento en que Jordin olió el fuego dentro de las cavernosas cámaras supo que lo habían convertido y obligado a revelar el remanente soberano. Si él podía traicionarlos, ¿de qué era capaz ella misma? La joven tocó el equipo de seroconversión que tenía en la chaqueta y oró por no fallarle a Rom.

Luego estaba Roland. Jordin no podía negar la atracción que sentía en el corazón por el príncipe, incluso ahora. El recuerdo de su tierno abrazo precisamente anoche se negaba a salirse de la mente. El príncipe la había comandado una vez. El corazón en el inmortal aún la llamaba.

Kaya estaba esperándolo, Jordin sabía... una jovencita inmortal suspirando por su amo. Jordin hizo caso omiso a los extraños celos que sentía y se compadeció del inocente olvido de la jovencita; la muerte la esperaba.

Habían cabalgado velozmente, el estruendo de muerte había disminuido a un susurro silencioso; hacia el perímetro oeste de la Fortaleza, Jordin a la cabeza, desviándose de los puestos de sangrenegras a la señal de Roland. Con cada kilómetro que pasaban, las defensas de Feyn se hacían más fuertes. No tenían intenciones de evitar a aquellos amomados que encontraran, sabiendo que estos solo correrían a esconderse, y que quizás harían una llamada frenética para alertar a las fuerzas...

demasiado tarde.

El objetivo que tenían: el antiguo laberinto conocido solo por los gobernantes en el cargo y por los antiguos custodios de los secretos; un laberinto de pasajes reservado para el escape real. Durante cientos de años este conocimiento se consideró solo un mito transmitido de soberano a soberano.

Jordin le había explicado a Roland que por eso no era probable que Feyn supiera del laberinto. Saric le había quitado la vida a su padre, y no hubo tiempo para que Vorrin le transmitiera el secreto. Además Saric había puesto a Feyn como su sucesora antes de que Jonathan llegara a la mayoría de edad.

—¿Cómo supiste de este laberinto? —había exigido saber Roland.

—Cuando nos refugiamos en el santuario debajo de las ruinas, el custodio halló algunos documentos antiguos que entre otros secretos hablaba de la existencia del laberinto por parte de quienes primero trabajaron en él. Nos lo mostró solamente a Rom y a mí.

—¿Y por qué no usaron el laberinto para arrancarle la cabeza a esta serpiente?

—Si es a Feyn a quien te refieres, Rom se negó a tocarla —contestó Jordin lanzándole una mirada irónica—. A cualquier sangrenegra menos a ella. Tú sabes cómo él la ha protegido desde el principio. El laberinto sale concretamente a los jardines para grandes reuniones detrás del palacio. Las edificaciones están sumamente protegidas por más sangrenegras de los que pudimos haber enfrentado cara a cara.

Él frunció el ceño. Jordin clarificó aun más el caso.

—Los sangrenegras que pululan en los jardines nos habrían *olido* llegar. Solo alguna vez hemos tenido unos cuantos guerreros entre nosotros. Sin nuestro antiguo sentido mortal... —balbuceó la chica meneando la cabeza—. Habría sido un suicidio.

—Pero con una fuerza élite de magníficos inmortales... —añadió Roland.

—Sí —terminó ella la frase nivelando la mirada con la de él.

El príncipe asintió ligeramente con la cabeza.

—Te llevaré más allá de los muros de la Fortaleza —continuó la joven—. Tendrás que abrirte paso luchando hasta el palacio.

La entrada al laberinto estaba en la bodega de una antigua basílica al norte de la Fortaleza... demasiado cerca del mismo reducto, muy en el grueso de sangrenegras que rodeaban la capital. Debían entrar por el este.

Cabalgando por las abandonadas calles, con el equipo en la chaqueta, lo menos que Jordin se preguntaba era si viviría para llegar hasta Rom.

Un instante después, Roland se detuvo, mano en alto.

Los magníficos de Michael y Cain se pararon en seco, dejando que el caballo de Jordin trotara varios pasos antes de que ella jalara las riendas.

El príncipe puso su caballo a la par, con la mirada enfocada en la calle,

escuchando atentamente durante varios segundos en la noche. Jordin solo oía el silencio de la ciudad, pero eso no significaba nada; Roland mismo podía oír el paso de un gato con sus patas acolchadas a una cuadra de distancia... o el roce de una bota sangrenegra a lo largo del pavimento una cuadra más allá.

—¿Cuánto más?

—Como ochocientos metros.

—Hay muchísimos adelante. Feyn suele tener estas bandas de secuaces alrededor de la Fortaleza. Podríamos abrirnos paso peleando, pero tendríamos demasiadas pérdidas.

—Ustedes no están acostumbrados a las pérdidas —comentó Jordin, incapaz de evitar el tinte mordaz en la voz—. Algunos de nosotros no somos tan afortunados.

Roland se volvió en la silla y examinó el costado de la cara de la joven.

—Siento mucho tus pérdidas.

—Pronto tendrás bastantes de las tuyas.

En el momento en que las palabras entraron en la noche, ella se arrepintió de haberlas dicho.

—Perdóname.

—Tenemos que virar hacia el este —informó Roland observando la calle, luego tiró de su montura sin esperar instrucciones.

Seguiría siendo el príncipe de los inmortales hasta el último aliento.

Él los llevó hacia el este y luego al norte, haciendo caso omiso de Jordin, mientras rodeaban fuera del alcance de los sangrenegras que zumbaban en la Fortaleza como un enjambre de avispas protegiendo a su reina.

Solo cuando estuvieron mucho más al norte, Roland se volvió hacia la chica con un asentimiento de cabeza y permitió que ella volviera a tomar el liderazgo.

Jordin los llevó por varias cuadras de la Basílica de los Portones, al parecer usada por Megas cinco siglos atrás. Megas, el primer soberano, que había canonizado el Libro de las Órdenes, asesinó al fundador de la Orden y liberó el virus que produjo la muerte a todo ser humano vivo en el planeta. Megas, quien estuvo tan paranoico en su nuevo mundo lleno de temor, debió construir el antiguo laberinto como un medio de escape desde la Fortaleza.

—Aquí es —informó Jordin haciendo detener a su caballo ante el portón y asintiendo con la cabeza ante el enorme arco de entrada.

Roland examinó los jardines. La basílica ya no estaba en uso, mantenida solo como un sitio histórico en tributo a Megas.

Fiel a su nombre, un enorme portón negro en la cerca de hierro forjado separaba los jardines de la calle. Malezas dispersas se habían apoderado de lo que una vez fuera un ancho patio interior de concreto. Este patio estaba roto en pedazos desmoronados, sus bordes asomándose a través de la suciedad en partes que no

lograba cubrir la basura que durante alguna de las tormentas características de Bizancio había ido a parar allí.

Dos columnas se levantaban como centinelas junto a la entrada, unidas por otra puerta de hierro. El gran portón detrás de esta, arqueado y siniestro, encadenado y cerrado con candado. Por encima había ventanas con vitrales a lo largo de las paredes. Jordin no podía distinguir las escenas, pero siempre eran las mismas: los horrores de las Guerras Fanáticas; el filósofo Sirin alimentando una paloma de la paz; y siempre, exactamente sobre el altar, Megas sosteniendo el atado Libro de las Órdenes, canonizado bajo su mandato.

Jordin analizó la cerca de hierro forjado. Metro y medio de alto, se extendía cincuenta metros en cada dirección desde el portón exterior y al parecer alrededor del complejo.

—Los jardines traseros son nuestra mejor alternativa. Hay una entrada por detrás.

—¿Dónde está la entrada?

—En la bodega.

—¿Y de allí?

—Tomamos el túnel que dirige a la Fortaleza.

Eso era ponerlo de manera sencilla; el laberinto mismo podría atrapar al desconocedor durante horas y hasta días. Más tiempo si no lograba encontrar la salida.

—¿Recuerdas el camino?

—Espero que sí.

El príncipe le lanzó una mirada. Era indudable que la memoria de ella era un punto sensible con relación a él.

Roland volvió su montura para enfrentar la cerca y la llevó directo hacia el portón de hierro. Con un poderoso salto, el caballo salvó la barrera y fue a parar hábilmente más allá.

Antes de que Jordin pudiera hacer girar su caballo, los otros lo siguieron, los cascos de los corceles saltaron las balaustradas con puntas de hierro sin siquiera un rasguño. Con el estruendo sordo de un repiqueteo aterrizaron en la oscuridad del patio y desaparecieron tras su líder. Jordin contuvo la respiración y espoleó su corcel en el corto despegue. Por segunda vez esa noche la joven voló por los aires y aterrizó con la gracia del caballo y el jinete magníficamente entrenados.

Ella podría no ser inmortal, pero como nómada había montado con los mejores.

Cuando giró en la esquina, la mitad de los magníficos ya estaban desmontando y lanzando las riendas alrededor del descuidado seto a lo largo del muro trasero. Roland observaba desde su caballo mientras Jordin examinaba la puerta mecánica.

—Las ventanas —comentó ella volviendo con el reporte.

El príncipe desmontó de su caballo, señalando con el dedo dos ventanas de media

altura en cada lado de la puerta. Cain golpeó una con la bota, y otro magnífico presionó el codo contra la otra ventana. El cristal destrozado se precipitó dentro del edificio.

Todo esto sucedió antes de que Jordin pensara en desmontar. Observar la precisión y la velocidad con que obraban los inmortales de Roland, la forma en que sin problemas y sin cuestionar cumplían las órdenes, le produjo respeto, a pesar de las circunstancias.

—Jordin.

Ella miró al príncipe y bajó del caballo. Rápidamente lo ató.

Con una inclinación de cabeza corrió hacia la ventana despejada por Cain, deslizó una pierna y después las dos, y entró a la oscura basílica.

Antes de que la guerrera tuviera tiempo de recuperarse, Michael ingresó por la otra ventana, girando elegantemente sobre una palma con ambas rodillas dobladas para saltar el alféizar, como una bailarina danzando por el aire.

Los demás volaron en rápida sucesión detrás de ella.

—Muévete.

La orden vino de uno de los magníficos detrás de Jordin. Ella se hizo a un lado y miró por el pasillo, intentando orientarse mientras los demás magníficos entraban, llenando el sombrío espacio.

—Sígueme —dijo Roland en voz baja, tomándola del brazo.

A pesar de sus años de entrenamiento al lado de Roland, y de su antigua posición como campeona, Jordin se sentía como una niña entre ellos mientras el príncipe la jalaba hacia delante.

Por un momento, cegada por la oscuridad y a merced de Roland, despreció su estado de soberana. Una parte de ella se preguntaba si sería mejor morir como inmortal aunque solo fuera para sentir, *sentir* realmente, la vida plena otra vez antes de entrar a lo que el destino le aguardara más allá de la tumba. Para bajar peleando pero vibrantemente viva hasta el final.

Solo podía ver siluetas oscuras, iluminadas por farolas más allá de las claras ventanas. Pasillo abajo. Un silencioso informe del extremo de la basílica: uno de ellos ya había encontrado el camino que conducía a la parte de abajo. A tientas en la oscuridad, ella habría tardado muchos minutos.

Todo el tiempo la mano de Roland estaba enroscada alrededor del bíceps femenino.

—¿Dónde está la bodega?

—En la parte trasera, allí debe haber una despensa —informó ella.

Roland transmitió la información, y la llevó al hueco de una escalera. Aquí la oscuridad se hizo total, y aunque Jordin se las arregló para recorrer los tres primeros peldaños, tropezó con el cuarto, permaneciendo de pie solo por la mano firme del

príncipe.

—Cain, encuentra una antorcha —ordenó él; luego a ella—. Perdóname, olvidé lo limitada que es tu vista. Si no logramos encontrar una antorcha, tendré que cargarte. Sería mejor para ti decirme el camino y quedarte atrás.

—No —negó la joven; el solo pensamiento de quedarse sola la aterró—. No, debo guiarte.

El camino a través de los túneles dependía de giros exactos en tres de nueve intersecciones: la segunda, la séptima y la novena; pero Jordin no estaba dispuesta a entregarle ese conocimiento a Roland. No confiaba en que él regresara a la vida a Rom.

—Simplemente encuentra una antorcha.

Él titubeó, luego la guió rápidamente escaleras abajo. La grava se deslizó debajo de los pies de la joven. Una llama resplandeció ante el rostro de Cain... un pequeño encendedor en su mano derecha a tres pasos de distancia. La mirada de él estaba fija en ella mientras con el fuego tocaba una improvisada antorcha. Una luz anaranjada iluminó una enorme bodega alineada con estantes de barriles. ¿Incienso? ¿Combustible para lámparas?

La mitad de los magníficos ya estaban listos, esperando órdenes de Roland; los otros bajaron las escaleras detrás de Jordin. El príncipe le soltó el brazo y se dirigió hacia los barriles de madera apilados cuidadosamente en los costados contra la lejana pared.

Pateó un bloque de madera encajada en la base del barril en un extremo, colocó el tacón de su bota en el barril y lo empujó con fuerza. El contenedor rodó y la pequeña montaña de barriles cayó rodando.

El pulso de Jordin se aceleró mientras aparecía en la pared el contorno de antiguos listones grises. Una entrada, apresuradamente sellada mucho tiempo atrás.

—Derríbenla —ordenó Roland.

Cain le pasó la antorcha a uno de sus hombres, se acercó a la pared y asentó la bota contra uno de los listones. Se rajó. Otra fuerte patada y la antigua madera se hizo añicos. Cinco empujones más de la bota y la entrada se despejó de todos los listones menos uno a la derecha; ya tenían un metro de ancho y suficiente altura para que un hombre alto pasara por debajo sin ningún impedimento.

Cain entró y observó el oscuro pasaje. Se volvió hacia Roland.

—Despejado.

—Anda a la vanguardia con la llama. A tu espalda. Michael, atrás —dijo Roland, mirando a Jordin—. Debemos permanecer cerca de la antorcha de Cain. Asegúrate de tus giros. Cuando llegemos al final del pasaje, yo dirijo.

Las palabras fueron directas y tranquilas, pero la joven sabía que él estaba furioso detrás de esa sombría mirada. ¿Cómo era para un hombre tan poseído de inmortalidad

enterarse de que estaba infectado con un virus letal para el que no había cura... ninguna cura aparte de convertirse en aquello que se había dedicado a aniquilar?

Al parecer el viaje en silencio a través de la ciudad solamente había fortalecido la resolución del príncipe. No había búsqueda de salvación en esos ojos centelleantes. Esta era una misión de venganza.

Jordin siguió a Cain, quien había tomado la antorcha y entraba al pasaje delante de ella.

Roland mantuvo el paso sin pronunciar palabra. El sonido de las botas de los demás sobre el suelo de piedra resonaba suavemente alrededor de la joven: *una compañía de guardias, llevándola hacia su ejecución*, pensó.

No. Eran *ellos* los sentenciados a muerte.

Jordin pensó entonces que al estar Roland frente a su propia muerte no solo tendría dificultades para tomar la sangre soberana, sino para permitir que cualquier sangre soberana sobreviviera a él.

Él no tendría misericordia.

Al matarla, acabaría eficazmente por igual con las épocas de custodios, nómadas, mortales, inmortales y soberanos. Solamente sobrevivirían los amomados, que ya habían estado muertos durante casi quinientos años.

El antiguo túnel olía a tierra, hongo y moho. Las elevadas paredes de piedra caliza estaban labradas de forma tosca; el pasaje lo habían perforado a toda prisa, solo como algo práctico. Corría directo sin siquiera un recodo o una marca. *Kilómetro y medio, al menos*, pensó ella. Lo más probable era que estuvieran pasando justo debajo de las fortificaciones de los sangrenegras, inmediatamente fuera del muro de la Fortaleza.

Les tomó diez minutos llegar a la primera intersección, túneles más pequeños se ramificaban a derecha e izquierda.

—Más allá —informó Jordin.

Siguieron adelante sin hablar.

Solo veinte pasos después hallaron un segundo cruce.

—A la derecha —avisó ella.

Roland intercambió una mirada con la chica y asintió hacia sus hombres.

Viraron en el pasaje, que cien pasos más adelante los llevó a un cuarto, quinto y sexto cruce. En el séptimo, Jordin los dirigió hacia la izquierda.

Otro largo túnel, después una octava intersección. Solo en la novena ella indicó un giro a la derecha, llevándolos a un pasaje que corría de manera angular y no perpendicular como había sido hasta aquí.

—¿Cuántos giros más? —inquirió Roland en voz baja.

No había razón para mentir.

—Ninguno.

Él se detuvo, al igual que Cain y los que venían tras ellos.

—Ve a la retaguardia.

—No.

—Haz como digo —ordenó Roland en tono tranquilo aunque no podía ser más demandante—. Te olerán cuando te aproximes.

—Iré a la retaguardia en la salida, no antes.

—Haz como digo —gruñó él de manera irreflexiva.

—¿Qué vas a hacer? ¿Atarme de pies y manos y mandarme a la retaguardia?

—Si es necesario. Eres un riesgo.

—No podré ver.

—¡A la retaguardia!

La joven trató de pensar en otra razón de por qué debía mantenerse firme, pero no la halló. Su vacilación le quitó el asunto de las manos. Roland miró a los hombres detrás de ella, y unos fuertes dedos la tomaron del brazo. Jordin trató de zafarse, pero el esfuerzo fue totalmente inútil.

—¡Quítenme las manos de encima!

—Tráela, Michael —ordenó Roland sin voltear a mirar, y acompañado de Cain se metió en lo profundo del pasaje, el ritmo acelerado por la longitud de los pasos.

—¡La sangre de Rom podría contener el único antídoto para el virus! —gritó Jordin; su voz resonó en el túnel—. ¡Su muerte podría sellar la tuya propia!

Los magníficos pasaron a su lado como si ella no fuera más que una piedra en el lecho de un río. Y luego se pusieron al trote, ganando velocidad como una jauría de perros que habían olido una presa, hasta ir raudos por el túnel a toda carrera.

—¡Quédate cerca! —exclamó Michael, tomándola firmemente del brazo y tirando de ella—. ¡Vigila por dónde andas!

—Nuestra sangre podría representar un freno para el virus, Michael —comentó Jordin jadeando—. Al menos la de Rom. No pueden matarlo.

—¡Quédate callada o te silenciaré!

Jordin no tenía motivos para dudar de la guerrera. La mujer a quien una vez considerara amiga se había endurecido con el tiempo, desde que combatieran y cabalgaran juntas, y ahora mostraba crueldad. Jordin dejó que se le tranquilizara la mente, pensando en que Michael no tenía nada que perder si la hacía tropezar o chocar contra la pared. Roland le había ordenado que la llevara, y eso haría, a pesar del hecho de que ya no la necesitaba para irrumpir en la Fortaleza.

Necesitaron algunos minutos para llegar al final del pasaje. La fila se agrupó cerca de lo que al principio parecía ser un callejón sin salida. Por la luz de la antorcha que ardía cerca de una protuberancia Jordin pudo ver la silueta de ladrillos de piedra caliza que bloqueaba el camino.

—Sangrenegras —susurró Michael.

La guerrera mantuvo la mirada al frente, intensamente enfocada.

—Demasiados.

¿Cuántos? Devolverse no sería una opción para Roland, que estaba comprometido y consumido con una misión: matar a Feyn.

De repente las tinieblas inundaron el pasaje, la llama se extinguió. Jordin oyó chirridos y estruendo de bloques de piedra. Michael la agarró del brazo y la arrastró hacia adelante. Se habían puesto en movimiento. Y con rapidez.

Después de no más de veinte pasos, Jordin llegó al contorno irregular de una abertura que enmarcaba un brillo amarillo opaco al otro lado.

Michael la soltó, saltando sobre bloques derribados, con cuchillos ya en mano. Corrió tras los magníficos, ansiosa de repente por protección a pesar de lo que les esperaba. Apenas pudo esquivar una roca de medio metro y salir del pasaje.

El parque para grandes reuniones estaba en el centro de una arena al aire libre de piedra caliza tallada, con treinta o cuarenta filas de asientos alrededor de la circunferencia. Pero fue la escena que la recibió, iluminada por cien antorchas, lo que dejó a Jordin con el alma en vilo.

No menos de quinientos sangrenegras alineados en las gradas, sus ojos negros con dorado fijos en los magníficos esparcidos a la izquierda de la joven, listos para la orden de su príncipe, las manos listas para sacar las armas.

Los pulmones de Jordin estaban desprovistos de aire. ¿Cómo lo habrían sabido ellos?

El terreno estaba en perfecto silencio. Jordin examinó las gradas. Se había equivocado, los sangrenegras eran más de mil. Estaban totalmente quietos, esperando una orden, sin demostrar ningún indicio de preocupación por los esquivos magníficos atrapados por fin delante de ellos.

¡Tenían que regresar!

El pensamiento gritó a través de la mente de Jordin y luego desapareció, reemplazado por la certeza de que Roland no mostraría tal debilidad. Tampoco ella. Un nómada se habría retirado alguna vez, pero ellos ya no eran nómadas; eran mortales, aunque ahora divididos por tipo de sangre. Una actitud desafiante residía en su sangre, que frente a la muerte saltaba con vida intensa.

Cinco sangrenegras estaban alineados sobre una tarima que servía como plataforma, tranquilos con las manos cruzadas. Jordin no les podía ver los rostros; solo por las marcas rojas en sus corazas ella supo que se trataba de comandantes. A cada lado de la plataforma, negros estandartes: la antigua brújula de Sirin sin sus engastes, un simple círculo dorado sobre un fondo negro... levantado silenciosamente por ráfagas de aire.

Ninguna señal de Feyn.

Roland erguido, los pies plantados listos y los brazos colgando a sus costados, la

capucha echada atrás del rostro. Sus guerreros no parecían más preocupados que su príncipe, aunque sin duda buscaban en la mente opciones no aparentes para Jordin. Ángulos de ataque, dividir al enemigo, un medio de atravesar la inmensidad de sangrenegras.

Una última y mortífera posición.

Mortífera, porque no tenían nada que perder.

—Demasiados —susurró Michael en tono silencioso.

El oído agudo de Roland captaría fácilmente las palabras.

—Aguarda —respondió el príncipe, apenas más alto que un susurro, con voz tranquila.

—Hay una mejor manera —comentó ella.

Roland le hizo caso omiso y comenzó a avanzar al frente, la mano en la espada que tenía en la cintura, la mirada puesta en los cinco comandantes en la plataforma. Caminó treinta pasos antes de detenerse y volverse para examinar lentamente a la multitud.

—Soy Roland, príncipe de los inmortales, asesino de muchos —declaró él, su voz resonó por todo el escenario con inflexible poder—. Mi enemigo es sangrenegra. Ustedes, quienes no han derribado aún a ninguno de mis magníficos.

Caminó examinando a los sangrenegras con ojos desafiantes. Sin temor... Jordin sabía que él no temía nada. Como en respuesta, el propio corazón de ella se llenó del tipo de audacia conocida solo por quienes han enfrentado obstáculos insuperables y se han rendido al destino.

Luego recordó que era la única soberana viva.

La audacia se derritió.

—Solo ven a veinte delante de ustedes —continuó Roland, extendiendo el brazo hacia sus guerreros—. Envíen a cincuenta, y les mostraré yo solo cómo un inmortal se gana su rango.

—¡Atento! —susurró Michael.

El príncipe estaba entreteniendo. Jordin lo sabía, igual que Michael. Incluso ahora, frente a mil, la mente de él estaba buscando alguna estrategia que le permitiera sobrepasar a estos sangrenegras y entrar al palacio. Pero no había manera de que veinte magníficos prevalecieran contra una tormenta de sangrenegras. Ninguna cantidad de flechas y cuchillos podría rechazar tal enjambre, cuando decidieran atacar.

Sin embargo, ¿por qué no lo hacían?

La respuesta se presentó en ese instante. No era tras los inmortales que ellos iban.

Iban tras ella. Querían su sangre. Si sabían que la sangre soberana no sucumbiría ante Recolector, cualquier esperanza de conseguir un antídoto vendría de las venas de Jordin.

¿La capturarían viva?

—Y por tanto ustedes están aquí pensando en su destino —gritó Roland—, sabiendo que deben obedecer a su creadora cuando los llame a morir.

Los comandantes no hicieron ningún movimiento.

—Hay una mejor manera —repitió Michael, desafiando la orden de su hermano de que se callara.

Se generó silencio, pero Jordin sabía que se estaban comunicando en tonos demasiado bajos para que ella pudiera oír.

No obstante, el hecho de que Michael expresara tanta preocupación como lo hacía, hermana o no de Roland, era profundamente desconcertante. Todo esto era un engaño. No había manera de atravesar la multitud delante de ellos. De modo que, ¿por qué las evasivas?

De repente el comandante en el centro de la plataforma dio un paso y los enfrentó bajo la luz de dos elevadas antorchas a cada lado, los brazos extrañamente sueltos a los costados.

—Entrégnanos a la soberana y perdonaremos a los demás —demandó con voz fuerte pero tensa—. Entrégnanos a Jordin.

Algo respecto a él... su rostro era ligeramente más solemne y su piel pálida, grabada con venas negras. Pero la forma en que se mantenía, como si sus miembros no estuvieran animados por voluntad propia, sino por la de alguien más. La dureza de esa mandíbula, la absoluta guerra dentro de esos ojos...

Rom. Se había vuelto sangrenegra.

Rom, junto con los secuaces de Feyn, bajo la autoridad de ella.

Jordin se movió antes de que supiera lo que esperaba conseguir, caminando hacia Roland con pasos rápidos.

—¡Retrocede! —gritó Michael.

Ella no tenía intención de volver atrás.

Roland no se había vuelto, a pesar de estar consciente de que Jordin se acercaba.

La joven se detuvo a tres pasos a la derecha del príncipe y miró a Rom, cuyos ojos negros la observaban, negros como cuervos atrapados en una jaula.

—Participas en un juego peligroso —comentó Roland en voz baja.

—Igual que tú —replicó ella con la mirada fija al frente, luego se dirigió a Rom en voz alta para que todos oyeran—. El virus ha sido liberado. Mattius lo liberó antes de que lo mataran. Todo sangrenegra e inmortal sobre la tierra estará muerto en pocos días. Horas, quizás. Roland nunca permitirá que los sangrenegras me agarren viva. Tú y yo seremos sus primeras víctimas. Sin duda puedes ver eso.

—Yo soy de mi creadora y tengo mis órdenes —contestó Rom con voz lenta, cargada de emoción y convicción a la vez—. Si vienes voluntariamente vivirás...

—No, Rom. Feyn me usará y me matará, igual que a ti.

Ella había querido que sus palabras acerca de la intención de Roland de matarla no fueran ciertas, pero sabía que había dicho la verdad. Permitir que Feyn la tomara como rehén con el fin de huir y esconderse solo sería como poner sal a la herida. Y el príncipe nunca permitiría eso.

Ella debía brindarles cualquier información errada que pudiera inventar para obtener más tiempo.

—Hablé con Mattius antes de encontrar a Roland. La sangre soberana debe ser de la clase más pura para que cualquier esperanza de un antivirus pueda salir de ella. Soy la única soberana viva en el mundo. Si muero, también muere Feyn. Déjanos pasar, ¡aunque solo sea para salvar a Feyn!

Permaneció callado.

—Él está perdido, Jordin —murmuró Roland—. No puede salvarte.

—¿Y puedes tú? —objetó ella moviendo apenas los labios.

—Entrégnos a Jordin y todos ustedes podrán salir vivos de este escenario —repitió Rom—. Estas son las únicas órdenes que importan.

La joven sintió tanto indignación como empatía por Rom, tan agarrado por un poder más allá de su voluntad. Y por dolor; no había manera de que ella pudiera alcanzarlo antes de que el virus le devastara el cuerpo.

—Solo hay una salida —informó Roland en voz baja—. Solo una.

—¿Cuál?

—A través de la oscuridad.

La única manera era por medio de su sangre y esa tampoco era una verdadera salida, pensó Jordin. ¿Había Jonathan pretendido que ella muriera rodeada por sangrenegras, igual que él? ¿Estaba muerto el legado de vida? ¿Era *esta* la salvación que la sangre de Jonathan había ofrecido a los vivos? ¡Mejor no haber nacido en absoluto que sufrir como habían sufrido desde que él muriera!

—¿Desea tu creador sangre soberana para crear un antivirus? —preguntó Roland caminando hacia ella, pasándole los dedos a través de la espalda y colocándose detrás—. ¿Esta única alma por las vidas de mis magníficos, permitiéndome la libertad de regresar con mi ejército y aplastarlos a todos ustedes o morir en batalla?

El príncipe se detuvo y enfrentó a Rom, con la mano sobre el hombro de Jordin.

—¿Es esto lo que requieres, Rom?

Él no contestó.

—Entonces tendrás a tu soberana. Con mis condiciones.

Le agarró el brazo a Jordin y tiró de ella, retrocediendo hacia Michael. Los veinte magníficos se alistaron.

—En el momento en que el primero se mueva, Michael —le dijo en voz baja—, ven a mí rápidamente. Atenta.

Durante seis zancadas completas no pasó nada detrás de ellos. Jordin no podía

saber lo que Roland tenía en mente. Pero tampoco los sangrenegras.

Golpes sordos sonaron detrás de ella, y se volvió para ver que no uno sino docenas de sangrenegras saltaban al suelo, como piedras negras cayendo con fuerza sobre la tierra.

Pero estas piedras tenían piernas poderosas y ya corrían a toda velocidad. Vaciaban las gradas e inundaban los jardines, un enjambre de secuaces concentrados en su presa.

—Ellos...

Antes de que Jordin pudiera terminar su advertencia, Roland la tomó en sus brazos y caminó con pasos seguros, haciendo caso omiso a la conmoción detrás de él, siguiendo a los demás magníficos a medida que comenzaban a huir de nuevo hacia el túnel como una fila de murciélagos volando hacia una cueva.

Todos menos Michael y Cain, quienes corrieron hacia el torrente de sangrenegras, una guardia trasera rápidamente formada, lista a frustrar al enemigo el tiempo suficiente para asegurar la rápida salida de sus compañeros.

¡Los sangrenegras venían a toda prisa! Cientos de ellos estaban ahora sobre los jardines, pululando.

Roland se echó a Jordin en los hombros como podría hacer un simple gimnasta. Ella giró a tiempo para tener un claro vistazo del torbellino que eran Michael y Cain, desgarrando la vanguardia de sangrenegras que inundaban el escenario alrededor de ellos.

Jordin oyó el fulminante canto del acero, claro hasta para el oído de ella, chocando contra las armaduras sangrenegras. Una cabeza salió volando hacia el cielo, la cara pálida boquiabierta en estado de shock. Michael lanzó la espada en un arco mortal, y tres guerreros más se estrellaron en el suelo sin el beneficio de sus piernas. Las manos de Cain resplandecieron desde su cadera. El impacto de sus cuchillos lanzó a dos sangrenegras contra los que venían detrás. Giró, arrancándole a uno la espada y el brazo, y atravesando la armadura y las costillas de otro.

Cuando la oscuridad del pasaje se estrechaba como un iris detrás de ellos, Jordin vio que los sangrenegras descendían por cientos. Un grito de batalla que ella sabía que pertenecía a Michael traspasó el aire. Retrocedieron en un torbellino de acero y sangre, reduciendo la vanguardia de sangrenegras. Una marejada negra se extendió alrededor de los dos magníficos.

Habían superado a Michael y Cain.

Roland se detuvo en seco. Se dio vuelta y miró por el túnel mientras los sangrenegras surgían más allá del punto donde Michael y Cain habían caído.

El cuerpo del príncipe tembló debajo de Jordin. Un feroz gruñido le depuró la ira.

Sin otro momento para llorar la muerte de su hermana, se apuró más profundo dentro de la oscuridad y giró en el primer túnel, corriendo a toda velocidad detrás de

los otros. Total oscuridad envolvió a Jordin mientras el choque del tumulto se desvanecía en la distancia.

Roland permaneció en silencio, respirando a un ritmo profundo y mortífero. Michael y Cain le habían ofrecido valiosísimos segundos con sus vidas. El laberinto con su oscuridad le brindaría más. Suficiente.

Pero Jordin sabía que una nueva oscuridad había entrado a la mente de Roland.

Una oscuridad que significaría la muerte de todos ellos.

Capítulo veinticuatro

FEYN RECORRÍA CON PASO airado la oficina de soberana. Se detuvo una vez para observar la cambiante noche a través de la gran ventana. Volvió a caminar de lado a lado. Atrás quedaron los largos terciopelos, sustituidos por pantalones ajustados de cuero y botas aseguradas por sobre la rodilla. Atrás quedaron los aretes ámbar, solamente el brazalete dorado le reflejaba el dorado de los ojos. Portaba en la cadera una corta espada con empuñadura enojada. Mortífera, casi, como su propietaria.

Roland y sus magníficos habían escapado. No solo con sus vidas, sino llevándose a la chica soberana.

Feyn se detuvo ante la ventana y miró hacia afuera. Las nubes sobre Bizancio se desplazaban en lo alto contra elusivas estrellas.

Mil sangrenegras. Veinte inmortales.

Escaparon. Aun superados en gran manera, habían eludido la fuerza total de las cantidades.

Los dos cuerpos inmortales habían resultado inútiles; fascinantes quizás en otra época para su equipo de alquimistas, pero tan propensos a Recolector como los sangrenegras.

Como ella misma.

La ira le recorrió ante la ineptitud de su ejército, ante la rapidez geriátrica de su alquimista llamado maestro, ante el destino acordado para ella de parte de un soberano anónimo. La ira ante la misma sangre de Jonathan.

Pero había algo muchísimo peor dentro de ella, extendiéndosele a través del corazón y la mente como ácido: miedo. Igual que cualquier criatura, tan común como los amomiados. Durante más de una década ella no había sentido de este modo las garras del temor.

En todo esto, sus pensamientos se habían vuelto hacia un blanco improbable. Saric.

Él había acudido a ella como amomiado. Solo después de que él saliera comprendió que cuando Recolector reclamara sus últimas víctimas, Saric quedaría ileso.

Y esa era la píldora más amarga de todas.

Feyn se había devanado los sesos, acosando a Corban hasta sus límites. Pero el alquimista que perfeccionara el suero negro afirmaba no conocer manera de revertirlo. Y sin embargo, *había* una forma. Saric. E incluso él se había quedado sin responder, llevándose el secreto en la sangre.

El infierno sabría dónde podría estar él ahora. Sin embargo, estaba allá afuera en alguna parte. Y aunque había enviado rastreadores en su búsqueda, de alguna manera ella sabía que no lo encontrarían. Saric siempre hallaba una manera de sobrevivir.

El odio se le retorció en la mente como una espiral.

Oyó un suave arrastrar de pies detrás. Levantó la mirada hacia un claro en las nubes en el frío brillo de la luna, soltó una lenta respiración y deseó que el corazón se le detuviera.

Luego giró sobre sus talones.

Cinco comandantes sangrenegras estaban delante de ella, que una hora antes se habían parado en la plataforma de la arena para reuniones. No, cuatro comandantes y Rom. Aunque él estaba vestido igual que los comandantes a su lado, permanecía como si estuviera atado, resistiendo todavía lo que no podía desafiar.

Cerca del escritorio estaba Corban, la endoprótesis y la manguera que se habían convertido en la marca de su trabajo en sus manos, las ojeras tan negras que parecían moretones contra su piel blanca.

Feyn evaluó la línea de sangrenegras ante ella: el gran perímetro de sus hombros, el modo en que miraban hacia el suelo, los amplios nudillos y los muslos fuertemente musculosos. Eran suyos cada uno de ellos. Suyos para andar por las calles y eliminar a los enemigos de ella, cada uno motivado por una voluntad, la de ella, como dedos de la propia mano de Feyn.

Saric. Roland. Jordin. Todos se le habían deslizado a través de los dedos. No solo eso, sino que cada uno siempre tuvo enérgicas claves para la propia salvación de ella.

—¡Tenemos un día para prepararnos! —exclamó Feyn, su voz resonó mientras caminaba lentamente por la fila de comandantes—. Roland está en una misión suicida. Sabe que no puede vivir. No cojeará dentro de la basura para morir en la arena, sino que volverá para llevarse a tantos como pueda. Rom ha identificado uno de los cuerpos que quedaron como el de la hermana de Roland.

Ella curvó los labios.

—Qué poético —concluyó.

A continuación hizo una pausa ante el último de los comandantes y le levantó la barbilla con un dedo. La mirada de él permaneció fija en el suelo más allá de ella.

Feyn bajó la mano.

—Le daremos la batalla que desea. ¡Una batalla como nunca se ha visto! Aquí, en Bizancio. Nuestro patrimonio. Nuestra tierra. Nuestras condiciones.

La mujer caminó hasta el otro extremo de la línea, pasó a Rom, y puso la mano frente al primer comandante.

—Tú despejarás una franja de un kilómetro alrededor de la Fortaleza.

—Mi señora, los magníficos evitarán el campo de batalla en las calles más oscuras —comentó el hombre delante de ella—. Hay mil casas en los sectores este y sur de aquí.

En un instante, la regente llevó la mano a la empuñadura. El acero se deslizó con un silbido de la vaina mientras empujaba la hoja hacia arriba debajo del borde de la

coraza del hombre. El rostro del hombre registró asombro en silencio al tiempo que una delgada corriente de sangre le chorreaba por la comisura de la boca abierta.

—¡Roland solo ve sangre, idiota! Él mismo se lanzará contra nuestro ejército.

Feyn extrajo la espada y se volvió mientras el sangrenegra caía de rodillas detrás de ella.

—Le daremos a Roland tantos sangrenegras como pueda imaginar en un campo de batalla que no podrá resistir. Las personas en esas casas tendrán una hora para evacuar o morirán. ¡Quiero todas las estructuras arrasadas para mañana!

Se dio la vuelta y lanzó una significativa mirada a Corban. Agobiado y sin dormir, el alquimista asintió, poniéndose aun más pálido que antes.

—Me traerás de inmediato al maestro ingeniero. Toda energía eléctrica en la red de la ciudad se redirigirá hacia la Fortaleza para nuestras defensas. Iluminaremos el campo de batalla como el sol —declaró ella levantando la espada en la mano y moviendo la empuñadura en la palma—. Quiero dos mil antorchas iluminando cada sombra en un radio de un kilómetro. Cierren el resto de la ciudad. Llamen a los guardias de los puestos más allá del perímetro. Todos los ochenta mil estarán aquí, dispuestos como instruí.

Entonces Feyn caminó hacia el comandante que yacía derribado e inmóvil dentro de un charco de sangre, y se dirigió al segundo comandante en línea. Lo miró directo a los ojos. Él sangrenegra cometió el error de mirar hacia atrás.

—¿Te atreves a mirarme a los ojos después de un fracaso?

—No, mi señora. Yo...

Los ojos del hombre se agrandaron mientras ella le clavaba la espada en la cintura.

El siguiente sangrenegra no cometió el mismo error.

—Arcane —llamó ella.

La respiración de él era irregular. Feyn pudo *oler* el sudor que corría por el cuello del comandante.

—¿Mi señora? —susurró él.

—Cumple estas órdenes sin perder tiempo.

—Lo haré, mi señora.

Ella bajó la espada, la punta hacia el suelo. La giró una vez. La sangre salpicó el mármol y le manchó el negro de las botas. Levantó el arma, dio otros dos pasos hacia el siguiente hombre y volvió a poner la punta hacia abajo. Un giro del metal. La garganta del hombre se le movió visiblemente al tragar. Los tendones del cuello le sobresalieron; estaba evidentemente preparado para la oscilación de la espada. Feyn levantó los dedos de la empuñadura, y el arma repiqueteó en el suelo.

—Mátalo, Arcane —susurró ella, girando en sus talones.

Para cuando Feyn cruzó hacia Corban, el gemido del hombre había llenado el

salón detrás de ella. La mujer se volvió a tiempo para ver a los dos hombres que quedaban: Arcane, con la corta espada oscura y desenvainada en la mano, y Rom, todavía rígido, a un brazo de distancia.

Se detuvo delante del alquimista. Su cabello, normalmente muy bien peinado, estaba echado hacia atrás en una maraña. La arrugada túnica le colgaba sobre los delgados y envejecidos hombros; había perdido peso en los dos últimos días. Pero lo más revelador de todo era la sombra de resignación latente en sus ojos.

—¿Qué noticias hay?

—Los inmortales son inservibles —comunicó el alquimista meneando la cabeza—. La muestra que tomé de Rom antes de su conversión no es mejor. Nuestros esfuerzos por desentrañar el virus y crear un antídoto... inútiles.

Corban se quedó en silencio.

Ella se dio vuelta y le lanzó a Rom una mirada furiosa.

—¿Qué más se puede hacer?

Él giró la cabeza y la miró a los ojos.

—No hay cura, mi señora —contestó como si el aire de sus pulmones le obligara a formar las palabras.

—¡No lo aceptaré!

—Nos estamos aferrando de nada —comentó Corban al lado de ella—. Hemos intentado todo. Lo único que queda es la sangre soberana.

—Tú la tenías dentro de ti —dijo ella, moviendo bruscamente la cabeza en dirección a Rom.

—La muestra que conservamos desde antes de su conversión demostró ser... poco concluyente. Quizás si estuviera viva, tomada de la vena... pero aun entonces —expresó él meneando otra vez la cabeza.

Por un momento el salón dio vueltas.

Dos días. Dos días antes de que el mundo se le saliera de los dedos junto con la vida.

Bajó la mirada a la endoprótesis y la manguera en manos del hombre.

—¿Lo conectaste hoy día?

—Sí. Lo intentaremos de nuevo —contestó él, pero su voz le dijo claramente que ya sabía que esto no reportaría nada.

Feyn agarró la endoprótesis y la manguera de manos de Corban y se acercó al candelero que ardía sobre el escritorio. Se levantó la manga por el puño bordado y le echó hacia atrás. Sin preámbulo, se insertó la endoprótesis directamente a la vena negra a lo largo de la curva del codo, y le hizo un gesto a Corban, quien ya corría a su lado para conectar rápidamente el frasco al otro extremo de la manguera.

—Mi señora...

—Él afirmó durante años que mi sangre conoció vida una vez. Bueno, veremos si

tiene razón.

Hace quince años, esto había sido suficiente para enviarla de rodillas sobre la plataforma de su propia toma de posesión. Para extender los brazos a la espada del custodio y morir. El más elemental indicio de recuerdo aun después de la muerte amomiada había vuelto a reclamarle los sentidos. Solamente lo suficiente.

Suficiente como para engañar a la muerte y volver a levantarse.

Miró hacia Rom mientras giraba la perilla de la manguera.

Pero mientras observaba el negro fluido de su propia sangre llenando la manguera, supo que esta no recordaba más aquella vida.

El frasco se llenó. Feyn sacó la endoprótesis. Alejó a Corban cuando intentó contener la herida.

—¡Llévatela y hazme un antivirus! Tu vida depende de ello. Y llévatelo —ordenó señalando a Rom con el dedo—. Drénalo hasta secarlo si es necesario. En cuanto a ti...

Se dirigió a Arcane.

—Prepárate. ¿Quiere batalla Roland? Lo mataremos en las calles a él y a sus magníficos. ¿Me oíste? ¡Los mataremos a todos!

Capítulo veinticinco

EL VALLE BETHELIM ESTABA en silencio, sus laderas inhóspitas y su endurecida tierra marcada bajo un cielo implacable. El sol se asentaba sobre las colinas orientales, un solitario ojo rastreando a los treinta y ocho magníficos vestidos de negro y la única soberana que se habían aventurado en el desolado lugar.

Roland se hallaba de pie en la elevación hacia el sur, alejado de Jordin y los demás, las manos en las caderas, mirando la enorme extensión de desierto que recorría todo el camino hacia el lejano mar.

El príncipe no había pronunciado palabra desde la arena, al parecer ajeno a la carga sobre su hombro mientras corrían a través de los túneles, a pesar de la insistencia de Jordin de que la bajara. Solo después de llegar a la bodega la había depositado en el suelo sin ninguna contemplación antes de subir al piso principal.

El príncipe había montado y ya espoleaba su caballo para cuando Jordin salía a tropezones de la basílica. Le había tomado a ella todo un minuto alcanzar a los otros que atravesaban Bizancio a toda velocidad tras su líder. Roland había cabalgado como un hombre poseído. Aunque abandonaron la ciudad detrás de ellos con seguridad, por varios kilómetros más no había amainado el ritmo de su caballo hasta ponerlo a trotar.

Michael, muerta. Jordin apenas podía comprenderlo. Hasta el imperturbable Cain. Los primeros inmortales muertos en batalla.

Por culpa de ella.

Habían cabalgado durante la noche sin pronunciar palabra, y Roland hasta se negaba a mirarla. Así que lo dejó solo, el ritmo de sus caballos golpeando la tierra debajo de la joven.

El dolor del príncipe era evidente. Pero esta noche Jordin sabía que él debió haber tratado con un golpe adicional: Roland, el invencible príncipe de los inmortales, había resultado falible.

La joven había luchado con la creciente desesperación a medida que pasaba la noche, buscando en vano cualquier hilacha de esperanza... de absolución. No tenían esperanza de recuperar o salvar a Rom. Feyn estaba viva. Los inmortales iban a morir pronto. ¿Y dónde quedaría ella? Jonathan, Triphon, el custodio, todo soberano con quien había vivido y peleado, los inmortales que conoció siendo nómada... Y pronto Rom, Kaya y Roland, todos aquellos a quienes había conocido en esta vida, estarían muertos dentro de un día. Dos a lo sumo.

La única misericordia en todo esto era que ella pronto estaría despojada de emoción.

Jordin miró a Rislón y a los otros magníficos. Cabalgaban erguidos en sus sillas, haciéndole deliberadamente caso omiso, las miradas fijas en su líder. Ninguno

pareció darse cuenta de que ella estaba presente hasta que espoleó su caballo hacia Roland.

—¡Retrocede! —gritó bruscamente Rislon.

Haciéndole caso omiso, Jordin clavó los talones en los flancos de su montura y subió la colina a galope.

Roland no se movió cuando ella se acercó por detrás. La joven desaceleró el paso a la derecha de él y lo observó por un momento. Tenía la frente perlada con sudor, el cabello húmedo y enmarañado, apelmazado contra la nuca. Se había quitado la túnica y la camisa, quedándose solo en una camiseta negra sin mangas que le cubría un poco los músculos. A la luz del día los tatuajes en sus brazos parecían más oscuros de lo que Jordin recordaba.

Las lágrimas se le habían secado en la cara, dejándole rastros de dolor en las mejillas y la barbilla. Ella comprendió que se había equivocado al creer que el príncipe no tenía idea de qué era el dolor... incluso en lo repentino de la propia pérdida que ella sufrió con la muerte de Jonathan y la culpa que sentía ahora por las de Michael y Cain.

La joven siguió la línea de visión de él hacia el sol que se levantaba en el horizonte.

Se suponía que Jonathan había llegado al poder como ese sol: luz para un mundo perdido en tinieblas. Pero aquí en el valle Bethelim, la indiferente esfera solo parecía un recordatorio de que el lugar sobreviviría a todos ellos.

—Tú me culpas —expresó Jordin—. Pero te lo juro, no sé cómo sabían que íbamos.

Roland siguió mirando el sol, como arriesgándose a que le quemara la vista.

—¿Me vas a rechazar siempre?

—¿Quién puede rechazar a un hombre muerto? —preguntó él con amargura.

—Lo siento mucho por Michael.

—No pronuncies su nombre.

Jordin no dijo nada.

—Ella y Cain no fueron los únicos en morir... solo son los primeros. ¿No es ese tu razonamiento? ¿Que todos los inmortales morirán a manos de un virus creado *por soberanos*?

—¡Por un alquimista canalla! ¡Uno que vio cómo los inmortales masacraban a quienes él amaba! En lugar de estar aquí quemándote los ojos, ¿por qué no me ayudas a pensar en cómo salir de esto?

—Desmonta.

Jordin dudó por un momento, luego se apeó de la silla, vagamente consciente de los dolores musculares a lo largo de la espalda y los muslos.

—Llámalo, Rislon —dijo él, demasiado bajo para el oído humano; y en ese

momento la joven recordó que todos ellos pudieron oír cada palabra que ella había pronunciado.

Un silbido desde el fondo del valle. El caballo se volvió y se dirigió colina abajo.

—Deseas conocer mis pensamientos —declaró él, enfrentándola—. Está bien. Escucha con atención.

Jordin asintió con la cabeza, afligida. Debía ser más valiente que cualquiera de ellos. Al fin y al cabo, iba a vivir. Todos ellos enfrentaban una muerte inminente. Y sin embargo allí estaba ella, sumida en autocompasión, incapaz de ver alguna ventaja.

—Desde luego que escucharé —respondió ella.

—Con mucha atención —reiteró Roland—. Una persona que enfrenta la desaparición de todo aquello por lo que ha vivido no necesariamente es razonable, así que perdóname pero resulta que yo soy esa persona. El hecho de que Feyn te quiera viva solo significa que el virus representa la amenaza que afirmas. Ella te tomaría y te extraería la sangre con la esperanza de hallar un antivirus en corto plazo... está claro que esa mujer es tan irracional como yo.

Entonces respiró hondo y continuó, sin poder controlarse.

—Si te hubiera oído la primera vez que viniste, quizás yo habría podido salvar a mi gente, una realidad que solo hace que mi razón parezca menos estable. Aun así, estable o no, el pasado ya pasó.

Palabras sencillas de un príncipe. Jordin no se podía quejar de su sinceridad.

—Sí. Ya pasó.

—Y sin embargo, debo decir esto: fue uno de los de tu clase quien liberó este virus. Si crees que fue un error de su parte hacer eso, debiste haber hallado una manera de detenerlo.

—¿Y qué crees que estuve tratando de hacer? ¡Acudí a ti!

—No dije que hallaras a alguien más que lo detuviera. Lo debiste haber matado tú misma, hace mucho tiempo.

—Él afirmó que hacer eso solo aseguraría la liberación de Recolector.

—Entonces debiste asegurar la lealtad de tus súbditos mucho antes de que pudieran volverse contra ti. Te hago personalmente responsable por no prever y detener este acontecimiento.

—Y yo te hago personalmente responsable por presionarlo hasta el punto de crear el virus —contraatacó ella—. ¡Debiste haber pensado eso antes de masacrar a mi gente!

—¡Estoy vivo! —exclamó él sacudiendo el rostro mientras soltaba las palabras, traicionando la rabia total que le hervía detrás de los ojos—. Y ahora moriré por esa vida, como lo hizo Jonathan.

—¿Jonathan? —objetó Jordin temblando al instante—. ¿Te *atreves* a pronunciar su nombre? ¡Tú rechazaste su sangre!

—¡Tomé su sangre mientras él aún vivía! No puedo aceptar tus argumentos para la vida que afirmas en su sangre *muerta* más de lo que podría aceptar un rumor de que este desierto reseco —aseguró él señalando el suelo del valle—, es un lago rodeado por árboles. ¡Tu vida no es más vibrante que esta tierra arruinada!

—¿Y la tuya sí lo es?

—Pregúntale a Kaya —declaró el príncipe bajando el brazo—. No. Pregúntate tú misma. Fuiste inmortal hace solo dos días.

Aunque furiosa y justamente indignada, Jordin no pudo discutir. No podía señalarle su profunda desdicha debido a la acusación a todo volumen acerca de la suya propia. ¿Cuántas veces había envidiado en los inmortales su apariencia de vida... de vida real?

—En tu mismo ser, no has sabido cumplir —concluyó él.

Jordin apretó los dientes, queriendo contener las lágrimas. Si brotaban ahora, no se detendrían.

—Si hay algo que no me has dicho, dílo ahora —decretó Roland asintiendo con la cabeza y suspirando—. No obstante, solo tengo un curso de acción delante de mí.

—Siempre hay más de un curso. Tú me enseñaste eso.

—Entonces dílo ahora. Rápidamente... el tiempo ya no es mi amigo.

Jordin tragó saliva, tratando de imaginar las palabras correctas que debía expresar con la convicción adecuada. Lo que salió la sorprendió incluso a ella.

—Te amo —confesó la joven.

Él parpadeó. Paralizado.

—Es decir, me aterra, pero también he visto quién eres realmente, y no es esto —continuó ella alejando la mirada antes de que las lágrimas la pudieran volver a amenazar—. Te necesito.

Al decirlo sabía que estaba exagerando en un terrible momento de desesperación, pero también sabía que detrás de esas palabras había más verdad de la que ella deseaba admitir.

—Tal vez solo estoy diciendo eso porque sé que pronto estaré sola en el mundo. Estaré... sola —comentó Jordin con labios temblorosos y negándose a detenerse por mucho que lo intentó—. Pero al menos estaré *viva*.

Entonces estiró las manos y le agarró los brazos.

—Te necesito. Para *vivir*. Vive para mí, Roland. Por favor. Y tendremos tiempo para entender todo esto.

—¿Volviéndome soberano? —objetó él con mirada perturbada.

—Es la única manera en que yo...

—¡Nunca! —la interrumpió—. En otro tiempo te pude haber convertido en mi reina. Ahora solo te puedo ofrecer mi muerte.

Roland miró como si la fuera a escupir. Ella supo que fue una tonta al expresar lo

que sabía que él rechazaría de forma contundente. Pero no tenía alternativas. Estaba totalmente desesperada.

—Aún podríamos volver por Rom.

—¿Volver? Incluso ahora Feyn está reuniendo su ejército. Sabe muy bien lo que yo haré. Es una cabecilla con mentalidad de líder, ¡y no es tonta! Ya no tenemos ningún truco que realizar; ningún túnel que no haya colapsado ya. No. Iré por Feyn según mis reglas.

—Para morir según las de ella.

La mirada de Roland la taladró. Cuando volvió a hablar, su voz era uniforme.

—Según las mías. Tengo mil doscientos guerreros esperando. Labraremos muerte en Bizancio para honrar a Michael. No dejaremos un alma viva a nuestro paso. Ya no se trata de *a quién* mataremos, sino *a cuántos*.

En otra vida, las palabras de él la habrían impulsado a actuar. Pero al oírlas ahora, con la vida del príncipe tan fugaz ante ella, solamente la aterraron.

—¡No llegarás a la Fortaleza!

—Te equivocas. Nunca estuve dispuesto a arriesgar la vida de los míos. Ahora no hay nada que perder. Los haré esforzarse al máximo. Ya estamos muertos. Nadie ha visto aún la furia desatada de los inmortales —advirtió él, inclinándose, y curvando los labios detrás de los dientes—. Pero te aseguro que será un buen día para morir.

—¡No tienen que estar muertos aún! Como la última soberana te puedo ofrecer vida.

El príncipe escupió a un lado con disgusto.

—Por favor, Roland, ¡te lo suplico! Tu método no te traerá nada bueno.

—Me dará honra, uno de los muchos atributos dignos que sacrificaste al beber la sangre de un hombre muerto. Sin honra no hay vida. Yo soy quien vive, Jordin, no tú.

Pasó al lado de ella, hacia el camino por donde la joven había venido.

—Sabes que no puedo ir contigo —declaró ella volviéndose y siguiendo tras él.

—Te quedarás aquí —estableció el príncipe—. A pie.

—¡No puedes dejarme a morir aquí! —exclamó Jordin corriendo tras Roland, llena de pánico.

Él no le hizo caso, bajando por un lado de la colina a paso fluido y clarificando así sus intenciones. Jordin se detuvo a medio camino, comprendiendo que él no se retractaría después de hacer tal declaración frente a sus magníficos, quienes habían oído cada palabra.

Roland se balanceó en la silla, riendas en mano. Pronunciando una orden que ella no pudo entender, el príncipe dio un rodillazo a su montura y se dirigió al este a un trote rápido antes de lanzarse al galope.

Rislon dejó caer dos cantimploras en el suelo, le lanzó a Jordin una última mirada, y llevó la compañía tras Roland. En menos de un minuto el sonido de

golpeteo de cascos se desvaneció, dejándola mirando tras ellos en un silencio tan total que parecía resonarle en los oídos.

Por mucho tiempo no se movió. Su mente no parecía capaz de concluir pensamientos totalmente formados.

Entonces le surgió una idea, clara y devastadora a la vez. Jonathan la había abandonado. Igual que Rom. Y ahora Roland también. Estaba sola.

Jordin examinó lentamente el horizonte, buscando cualquier indicio de vida. El calor se levantaba de las blancas colinas como augurando el infierno que venía. Poco a poco cayó al suelo.

El fin había llegado.

Capítulo veintiséis

EL SOL DEL MEDIODÍA miraba con ojos crueles las bajas colinas del desierto al noreste de Bizancio. Cortado por el cañón ocasional, el valle Bethelim no existía en ningún mapa del Orden, y fueron los nómadas los que le pusieron el nombre. De kilómetro y medio de largo, se extendía hacia el norte hasta un amplio y rocoso cañón rodeado por un corto farallón a cada lado.

Tres objetos extraños yacían en el blanqueado suelo de la entrada al valle. Pequeños e insignificantes desde lo alto del farallón, hasta a los buitres les interesaba poco lo que parecían ser dos piedras color café opaco. El tercer objeto, más grande, yacía tan inmóvil como un peñasco.

Un ojo humano podría haber reconocido las figuras de dos cantimploras, y la tercera como una mujer tendida de costado hecha un ovillo, la frente casi tocándole las rodillas.

Las marcas claras de un sendero extendiéndose desde la humana inmóvil hacia el este sugería que los otros habían abandonado la escena, dejando a una de los suyos a merced del sol y expuesta a los elementos.

Pero no había ojo humano observando desde el cielo. Hasta en su estado casi catatónico, Jordin sabía esto. Ni desde las colinas. Ni desde el valle. Estaba sola. Totalmente, mientras el corazón se le expandía y contraía dentro de ella como burlándose del verdadero estado de su ser.

Después de todo, ya estaba muerta. Si no en cuerpo, entonces en espíritu y mente. La carne pronto comprendería esto. La respiración succionaría aire por última vez; el corazón le brindaría un último y patético latido; la sangre dejaría de fluir a través de extenuadas venas; y un día el esqueleto se le secaría hasta convertirse en polvo y volaría con el viento.

Se había sentado en la ladera por una hora después de que Roland se fuera, hundiéndose poco a poco en la desesperación que le ahuecaba el pecho y le entumecía la mente... Ella podía recordar esa parte.

¿O había sido un sueño?

Finalmente se había levantado, había ido pesadamente hacia las cantimploras y se había quedado allí, mirándolas, antes de sentarse de costado, envolviendo los brazos alrededor de las rodillas y enroscándose. Como si abrazando el cuerpo pudiera darle algún consuelo al corazón.

Pero el sufrimiento solo se le había profundizado.

El recuerdo de por qué padecía la abandonó, reemplazándolo una implacable conciencia de tormento. Una incansable *necesidad* de sufrir, aunque solo por el consuelo de la penitencia. Ella no merecía menos.

Tenía suficiente vida como para desear la muerte.

El sol estaba alto, resplandeciendo con suficiente calor como para inflamarle la piel expuesta. Miró las cantimploras. Se le ocurrió que debía beber un poco de agua.

Pero no lo hizo. Debía moverse, pero el pensamiento se disipó antes de estirar los brazos y las piernas junto con cualquier recuerdo de por qué podría ser importante vivir.

¿Le esperaba la felicidad? Entonces, ¿por qué vivir? ¿Para extender el sufrimiento?

Los pensamientos se le extendieron por la mente, como nuevos magníficos que le harían compañía... el doble de sigilosos y el triple de siniestros.

Una hora después estaba mirando el oscuro pliegue de la manga de su túnica. Una maraña de cabello le cubría el rostro, como red filtrando el sol. Una hebra atrapada en sus pestañas se movía lentamente con suave y calurosa brisa.

Entonces recordó. Rom era sangrenegra y pronto estaría muerto. Los soberanos... todos muertos. Roland, en una misión de muerte.

Jonathan...

Muerto.

Y ella yacía aquí en tierra yerma del infierno, aferrándose a una vida que no tenía derecho de poseer. Una vida a la que renunciaría porque no le había mostrado ningún poder, ni gracia, ni paz, ni amor... sino sufrimiento y vergüenza. Tendida en el suelo del valle maldijo el día en que tomó en sus venas la sangre de Jonathan.

¿Por cuántos años desde entonces había representado el papel de tonta, hablando de un poder del que no podía demostrar su valor a pesar de lo persistentemente que lo confesara?

Demasiados.

Cerró los ojos. Sintió que las lágrimas le brotaban detrás de las pestañas y se le deslizaban por las sienes. La boca se le curvó en un silencioso grito de autocompasión. Un sollozo le ahogó la garganta. Luego otro, y otro, hasta que el cuerpo se le estremeció como un motor petardeando, vacío de pensamientos, alimentado solo por vergüenza.

—Jonathan... Por favor, te ruego...

Esas fueron sus primeras palabras en horas, un murmullo llevado por la brisa.

—Por favor... —balbuceó, pero lo había llamado muchas veces, solo para recibir silencio como premio—. Por favor. Ven a mí.

Sálvame. Y entonces el mantra dejó de susurrar a la memoria y desapareció.

No había Jonathan que la salvara.

El calor del suelo del valle le subía por la espalda, un suave torbellino le levantaba hebras de pelo que no estaban enmarañadas contra el rostro. Recuerdos de sueños marchitos le murmuraron en la mente. Un tiempo no hace mucho en que ella soñaba con energía en bruto recorriéndole el cuerpo, nacida de los tonos puros del

canto de un niño, llamándola.

Absurdo, ese recuerdo. Lejano, vacío. Burlón.

Pestañeó, lanzó una lenta respiración a través de la nariz, y como si tuviera artritis se irguió sobre los codos. Una oleada de náusea cálida la inundó mientras se alzaba más presionando las palmas contra el duro suelo.

Jordin miró la ancha boca del valle, abierta hacia el sur como un embudo, el suelo en pendiente a ambos lados de un extenso piso. El aire relucía con calor creciente, distorsionándole la vista.

Alargó el brazo hacia una de las cantimploras, la mano flotando justo por sobre la cubierta de tela marrón. Habían atado al cuello una cuerda de cuero para evitar que al destaparla el tapón se cayera al suelo. El extremo de la cuerda de cuero sobresalía dos centímetros en el aire por sobre el hueco del tapón.

Al principio Jordin pensó que el movimiento era otra distorsión por la fatiga, deshidratación. La mente no le estaba funcionando perfectamente. Parecía temblar.

Como temblaba la tierra debajo de la palma.

Así que esto era lo que se sentía al morir.

Pero entonces una leve vibración le subió por el brazo. De la clase que uno podría sentir al aproximarse un ejército, golpeando el suelo bajo los pies a lo lejos. ¿Habían regresado los magníficos? Volvió el rostro hacia el sol, aún medio elevado en el cielo. No.

Escudriñó nuevamente el horizonte y, al no ver nada, pegó el oído al suelo. El zumbido que oyó era bastante débil como para confundirlo con el ruido de su propia respiración. Pero allí estaba, más allá del aliento contenido y del pulso complicado de su corazón.

Jordin se incorporó, giró alrededor, y miró hacia el norte, profundo dentro del valle.

Pero no vio el valle. Su vista se detuvo en una visión a menos de veinte pasos de donde se hallaba. Un hombre encapuchado, los brazos a sus costados, vestido en harapos. Pestañeó, entrecerrando los ojos para descubrir que la estaba mirando con ojos azules claros desde un rostro profundamente bronceado.

La joven trató de pararse, pero cayó hacia atrás. Se volvió a impulsar lentamente hacia arriba, las manos agarradas de la inestable tierra. La cabeza le palpitaba con fuerza.

—Hola Jordin —expresó el recién llegado.

El extraño estiró la mano hacia la capucha y la echó para atrás hasta revelar el largo cabello canoso y despeinado. Estaba caminando hacia ella.

La mente de la joven se esforzó por reconocer. Solo veía un fantasma de otra vida ante ella, pero algo le era conocido.

—No temas, chiquilla. No estoy para lastimarte, sino para ayudarte.

El hombre se detuvo a tres pasos de distancia. Su sonrisa era tierna.

—Duele, ¿no es así? —inquirió él.

Jordin quiso preguntarle quién era. Qué quería. Pero la lengua, demasiado seca, se negó a formar las palabras.

—Mi propio viaje fue así de doloroso, te lo puedo asegurar.

—¿Quién es usted? —ella graznó y carraspeó—. ¿De qué viaje habla?

—El viaje de sangrenegra a verdadero soberano.

—¿Sangrenegra?

El hombre se acercó más, e instintivamente ella retrocedió. Levantó las manos para afirmarla, con las palmas hacia afuera mientras rodeaba a Jordin. Entonces se inclinó hacia una de las cantimploras, la destapó, y tomó un largo trago. Satisfecho, suspiró y le ofreció el envase.

—Te ves como si debieras usar esto.

Jordin agarró la cantimplora con mano insegura, pero no se la llevó a los labios.

—¿Quién es usted?

—Me doy cuenta de que no tengo el mismo aspecto. Nunca me conociste antes de que me volviera sangrenegra.

Solo entonces el nombre de él le llegó como un susurro a través del cañón.

Saric.

Los pulmones de ella se le tensaron, y dio un paso atrás.

Saric, quien había asesinado a Jonathan, partiéndolo casi en dos con la brillante hoja. Saric, el hombre a quien despreciaba más que a cualquier otro. El epítome del mal materializado como un espejismo en el desierto.

—De este modo me ves ahora —comentó él—. No como quien una vez fui, sino como aquel a quien Jonathan concediera una vida que ni siquiera tú conoces aún.

Jordin estaba alucinando. Debía ser así. Los ojos de él no eran verdes, sino azules claros. Él no era soberano, sino amomiado una vez más.

La joven abrió la boca para reírse de él. El sonido fue seco y lleno de desdén.

—Usted miente —objetó—. ¡Los sangrenegras no pueden regresar a la vida!

—Y sin embargo aquí estoy. En la carne.

El hombre extendió las manos, dejando al descubierto los antebrazos. Sus dedos estaban desgastados, las uñas llenas de mugre. Sus venas, azules debajo de la piel oscurecida por el sol, sin la reveladora tinta del veneno dentro de ellas.

—Pasé años en el desierto, viviendo entre marginados, con la mente perdida ante mi desdicha, sabiendo que la sangre en mis venas me ligaba a la muerte. Entonces él llegó y me abrió los ojos en una manera que nunca había creído posible. ¿Ves? —inquirió Saric acercándose un paso—. Él hizo un camino para mí antes de su muerte, y para ti en su muerte.

—Usted tiene los ojos de un amomiado —comentó Jordin con la mirada clavada

en los ojos de él.

—Eran verdes como los tuyos cuando me volví soberano al principio. Luego fui transformado.

—Usted nunca podría convertirse en soberano.

—Durante un año después de matar a Jonathan vagué por el desierto, huyendo de los sangrenegras de Feyn, indigente, tratando de sobrevivir como pudiera. Perdí toda esperanza; hasta la ambición me abandonó. También se me fue el deseo de vivir. Subí a la cima de un barranco, y allí fue que Jonathan vino a mí. Poco después entré al reino soberano. Allí fui transformado. Desde entonces he estado viviendo entre amomados y refugiados de la ciudad, esperando este día y la última tarea delante de mí. Por tanto mira, soy yo, no tú, quien ha encontrado salvación.

—¡Miente! ¡No hay salvación para alguien como usted!

—¿No? ¿Eras salva hace un momento, mientras llorabas en el suelo? Muéstrame tu amor, tu gozo. Tu paz. Estos son los frutos del reino de Jonathan —informó él con una sonrisa tierna—. Sin ojos verdes.

Había un tono profundamente tranquilo en la voz de él, uno que ella no podía comprender. Sin embargo Jordin conocía a Saric como un individuo que esgrimía un sinfín de engaños y manipulaciones.

—Él te llama —expresó, tendiéndole la mano—. ¿Lo has oído?

Recuerdos de sueños llenaron la mente de la joven. Entrecerró los ojos.

—Fui yo quien advirtió a Feyn —confesó.

Jordin se quedó perfectamente inmóvil, respirando ahora de manera uniforme, arreglándose para tragar, aunque tenía seca la garganta y su mente rechazaba la idea de que Saric pudiera estar delante de ella ahora, así. Había jurado matar a este individuo si lo volvía a ver.

Y sin embargo aquí estaba ella, débil a merced de él, desprovista de la paz que parecía fluir de Saric con su mismísimo aliento.

Las últimas palabras de él florecieron tardíamente en la mente de la joven. *¿Él los había delatado ante Feyn?*

—¿Qué?

—Ustedes debieron dar marcha atrás por su propio bien —explicó él—. Para que vinieras aquí y te encontraras conmigo en esta hora. Hasta las muertes de Michael y el otro han actuado para tu bien. Verás, así como Jonathan me ayudó a ver. He esperado y me he preparado para este momento.

Por un instante ella tuvo la conocida sensación de ira, de odio, pero el peso de su sufrimiento era demasiado grande para sostenerlo por mucho tiempo, y sintió desvanecerse aun mirándolo a los ojos.

En el momento en que ella se abandonó, el aire pareció echar chispas. La tierra debajo de sus pies se sintió viva con poder invisible. Jordin se esforzó por razonar,

por comprender. Este era Saric, el asesino de Jonathan, hablándole de vida a ella, ¡quien amaba a Jonathan! ¿Qué broma divina, qué gran injusticia era esta?

Y sin embargo él estaba aquí más drásticamente cambiado que cualquier soberano que ella viera alguna vez. No en los ojos ni la piel, sino en algo que ella nunca viera antes en ninguno de los soberanos, y que irradiaba del hombre.

—¿Quieres ver, Jordin? —inquirió Saric sonriendo e inclinando la cabeza, extendiendo los brazos en invitación.

¿Ver?

La mente de la joven comenzó a disipársele, ya sin poder respaldar ni siquiera su deseo de entender. *Sí*.

Permíteme ver. Intentó hablar. Lágrimas le aparecieron en los ojos.

—¿Quieres ver el reino dentro de ti donde la verdadera paz y el verdadero amor están llamados a unirse?

—Sí —susurró Jordin.

—Dilo y deséalo, querida Jordin. Muchos son los llamados, pocos los escogidos.

—¡Sí! —gritó ella mientras su propia desdicha estallaba en su interior; todo el dolor, la desilusión y la tristeza, y la ira, irrumpían en su mente a la vez—. *Sí*.

La joven sollozó.

—Quiero... ver.

—Entonces debes abrir los ojos —explicó Saric—. Aquellos que están cerrados en letargo.

—Ayúdame —expresó ella, tuteándolo; entonces pidió, muy silenciosamente, puesto que la respiración se le había ido y la garganta se le había oprimido—. Te lo ruego.

Saric bajó los brazos mientras se movía hacia ella. Levantó la mano y al acercársela al rostro, ella dejó que su resistencia final escapara, rindiéndose a cualquier cosa que viniera, y ofreciendo todo el sufrimiento y la confusión que habían vivido con ella por tantos años. Demasiados.

—Te esperaré al otro lado, querida mía.

La mano de él le cubrió los ojos por un momento y luego le cacheteó la mejilla, como para despertarla con mano firme.

—Ve —le dijo.

El mundo de Jordin titiló hasta volverse negro, y ella se sintió caer.

Luego no sintió nada.

Capítulo veintisiete

JORDIN RECUPERÓ LA CONCIENCIA antes de abrir los ojos. No supo cuánto tiempo había estado inconsciente... solo que una nueva conciencia la había despertado. Una certeza de que lo *que era*, estaba destinado a ser.

Cuando abrió los ojos, aún había luz. Más clara incluso de lo que había sido antes. La tierra estaba casi tan blanca como antes, pero de alguna manera parecía más pura. No más brillante, sino *más* de lo que había sido.

La joven se levantó y miró alrededor, buscando a Saric. Las colinas aún se elevaban alrededor de ella, el valle aún se extendía a lo ancho hacia el sur donde la oscura tormenta se concentraba sobre el horizonte.

Sobre Bizancio.

Pero aquí en el desierto, el sol todavía brillaba en lo alto, habiéndose movido apenas. Las cantimploras aún estaban en el suelo, una donde la habían arrojado, la otra cerca del lugar donde Saric le ofreciera un trago que Jordin no había bebido.

Nada había cambiado.

Y sin embargo, de alguna manera todo era distinto.

La chica volvió a estar consciente del débil zumbido, más definido ahora, hormigueándole la carne, hablándole a los huesos.

Levantando el brazo derecho se dio vuelta y miró el valle; entonces contuvo la respiración, sobrecogida por la vista delante de ella.

Un barniz traslúcido parecía elevarse del suelo a solo cincuenta pasos de distancia. Una pared brillante que dividía el valle y le distorsionaba la vista de lo que se hallaba al otro lado. El zumbido venía de algo más allá o del muro mismo.

La joven levantó la mirada y vio que el muro era tan alto como ella podía ver, que corría en ambas direcciones más allá de las colinas, de este a oeste. Parecía ondear y reflejar el sol como agua.

Se puso de pie, respirando con dificultad, los ojos abiertos, sabiendo que de algún modo más allá del velo estaba el mundo de los sueños. El mundo de Saric...

El mundo de Jonathan.

Despierta de tu sueño, Jordin.

Las palabras le susurraron a través de la mente, como transportadas en el zumbido.

¿Estaba soñando?

Ven a mí. Despierta de tu sueño de carne y hueso.

—¿Estoy soñando? —indagó con voz como de una mujer más joven, inocente y curiosa.

Una débil risa la llamaba. Y luego una voz inconfundible.

—*Ven, Jordin. ¡Corre! ¡Despierta!*

¡Jonathan!

Con la razón perdida a los cuatro puntos cardinales, el deseo inundándola en lugar de esta, Jordin arrancó hacia el velo.

—¡Jordin!

La joven se detuvo ante el inconfundible grito de la voz de Roland detrás de ella.

Roland... ¿había regresado por ella? No había manera de que pudiera volver tan pronto.

Poco a poco se volvió a tiempo para ver al príncipe bajando la colina sobre su semental, vestido para la batalla con la misma camisa y las mismas botas que había estado usando antes. La brisa le levantaba el cabello mientras cabalgaba. La mirada estaba absorta en ella.

—Jordin... —balbuceó él jalando las riendas y apeándose.

Examinó el rostro de la joven, pareciendo conciliador, casi arrepentido. Se apoyó en una rodilla.

—Perdóname —pidió mientras una lágrima le brotaba del ojo y le bajaba por la mejilla—. No tenía derecho de dejarte. Perdóname.

Ella no sabía qué pensar. Solo que aquí estaba arrodillado su príncipe, pidiéndole perdón.

—Envié a los demás a reunir el ejército mientras yo regresaba. No moriré negando la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que no habría reina entre los inmortales más que tú. Has tomado el trono de mi corazón.

Jordin lo miró a los ojos, sabiendo en ese instante que amaba al príncipe ante ella mucho más de lo que pudo haber amado si Saric no le abría los ojos para recibirlo.

Las lágrimas inundaban los ojos femeninos.

Ante eso, Roland se irguió y cerró la distancia entre ellos en dos zancadas, estrechándola entre sus brazos. Luego sepultó la cabeza en el cuello de la chica.

—Perdóname, mi amor. Acepta mi confesión y absuélveme —suplicó él levantando la cabeza, pasando la mano por el cabello de ella, y luego retrocedió y la besó tiernamente—. Hazme soberano.

Jordin levantó la mirada y vio más allá del eclipse en los ojos masculinos hacia el amor que se arrodillaba ante el corazón de ella.

—¿Te convertirías en soberano?

—Sí.

—¿Ahora?

—Ahora —contestó Roland, y volvió a tocarle ligeramente los labios con los suyos.

Ven a mí. Despierta de tu sueño de carne y hueso.

Jonathan estaba llamando...

—Ven conmigo —expresó Roland—. Cabalga a mi lado. Hazme soberano y vivamos nuestros días como uno solo.

Jordin giró la cabeza y vio que la resplandeciente fisura aún dividía el valle en dos. Este le había traído a Roland. De alguna manera el mundo se había enderezado. Jonathan la había liberado...

—Jordin —dijo el príncipe tomándole la barbilla y mirándola a los ojos—. Debemos apurarnos. Mis magníficos cabalgan hacia la ciudad con venganza y muerte en sus mentes. ¡Debemos detenerlos!

—No tengo endoprótesis —expresó ella.

—Seriph tiene una. Monta conmigo.

Roland parecía ajeno a la anomalía detrás de Jordin. Ella miró una vez más por sobre el hombro.

Despierta, Jordin. ¡De prisa!

—¿Lo ves? —preguntó la joven volviendo a mirarlo—. ¿Lo oyes?

Los ojos de él se levantaron para mirar más allá de ella y volver a posarse en el rostro de Jordin.

—Solo veo a mi salvadora delante de mí en la carne, fluyendo con sangre vivificante —declaró el príncipe y comenzó a girar, jalándola del brazo—. No hay tiempo. ¡Tenemos que cabalgar!

—¡Espera!

La confusión daba vueltas en la mente de Jordin. Había venido para encontrar a Jonathan, no para salvar a Roland. ¿Cómo podía hacer caso omiso a la voz de Jonathan?

—¡Jonathan está aquí! —exclamó ella.

—¿Jonathan? —inquirió él mirando alrededor—. ¿Qué quieres decir? En tu sangre, se supone. Ven conmigo antes de que tu sangre falle y Jonathan ya no esté más. ¡De prisa!

Comenzó otra vez a caminar, jalándola hacia la montura. Ella lo siguió cuatro pasos antes de detenerse. No podía irse ahora, ¡no cuando Jonathan estaba llamándola!

—Roland, espera.

La mano de él le soltó el brazo.

—¡No hay tiempo!

—¡Jonathan!

—¡No existe Jonathan!

Ven conmigo, Jordin.

Con estas palabras zumbándole en la mente, ella supo que no podía salir con Roland, no hasta que captara la verdad de lo que yacía detrás del velo.

Sin otro momento de vacilación, Jordin dio media vuelta y comenzó a correr hacia la distorsión.

—¡Jordin!

No. Roland debía ser un fantasma.

La joven había dado solo tres largos pasos antes de que la conciencia del cambio de paisaje la sorprendiera. La tierra se oscureció bajo los pies, entonces brotaron hojas letales que serpenteaban como lenguas estridentes, llenando el aire con gritos, protestas y acusaciones, incluso mientras las botas de Jordin las aplastaban bajo los pies.

Corrió más rápido, mirando hacia la derecha.

La colina, la misma ladera por la que Roland descendiera, se levantaba como una iracunda ola negra. Jordin se detuvo en seco, aterrada de repente. El mundo se había vuelto una pesadilla. ¡Estaba soñando!

Y sin embargo, no sentía esto como un sueño.

Por encima, nubes tormentosas se reunían con aterradora velocidad. Mientras ella observaba, aquellas nubes engendraban cuatro, diez y luego una docena de dedos retorcidos, cada uno de ellos descendiendo hacia Jordin, señalándola como dedos acusadores.

—¡Mírame, soberana!

Ella giró hacia la voz gutural detrás de ella. Roland había desaparecido. Saric caminaba hacia la chica, a menos de veinte pasos de distancia, vestido con una negra túnica larga. Era otra vez sangrenegra, y había muerte en sus ojos.

—Tu vida es la de una rata patética buscando basura podrida en la alcantarilla.

Un ensordecedor trueno cayó encima. Saric venía, avanzando con pasos largos. Llena de pánico, la joven intentó volver a girar hacia el velo, pero descubrió que las hojas en la tierra se le habían enroscado alrededor de los tobillos.

—Mereces solamente lo que eliges, y solo has elegido desdicha —gruñó Saric.

Uno de los dedos del cielo salió disparado hacia Jordin, un estrecho embudo de aire caliente que se le estrelló en el pecho, haciéndole sobresaltar el corazón.

Pero no era solo aire. La culpa y una condenación visceral se le estrellaron en el estómago. Gritó... hasta que el horror le cortó la respiración.

¡Estás despertando, Jordin! Ahora corre hacia mí. Abandona tus temores y mira lo que es real. Ven a mis brazos.

La joven volvió a gritar, esta vez con una furia que no sabía que poseyera. Se sacudió con suficiente fuerza para liberar las piernas de esas vides negras. Estas se le deslizaron por las piernas como cuchillas de afeitar. Jadeando, corrió en tropel hacia la grieta que dividía el valle y se lanzó al interior.

Como si se hubiera sumergido en un lago, los sonidos detrás cesaron de pronto, y fueron reemplazados por un repiqueteo suave y una marea baja. Su piel, golpeada,

cortada y sangrante, olvidó el dolor, volviendo a la vida con la sensación de que cada célula de su cuerpo zumbaba vida.

Jadeó, aspirando el aire impulsado. Cuando este le llegó a los pulmones, el pecho se le llenó de euforia, explotándole en la mente como éxtasis.

Ven a mí, Jordin...

Al caer de cabeza más allá del velo, la joven supo que había entrado a la felicidad.

Tirada en el suelo del desierto blanco quedó jadeando bocabajo, rodeada solo por el sonido de su propia respiración.

Perfecto silencio.

La piel se le estremeció como si se sumergiera en un mar vivo. Estaba henchida de paz, que se hallaba en sus células, colmándole los pulmones, en todas las venas.

Lentamente levantó la cabeza y miró la colina a su derecha. Era la misma de antes, pero ahora parecía moverse, como si cada grano de arena estuviera vivo. Jordin pestañeó, pensando que su visión se corregiría sola, pero la colina positivamente titilaba.

Como lo hacía la tierra debajo de sus palmas y brazos.

Miró alrededor, no vio señales de Jonathan, pero *sabía* que estaba aquí, con ella. En ella. Rodeándola.

Se puso de pie, mirando alrededor como si hubiera entrado a un mundo extraño, estupefacta por el esplendor de lo que antes solo había sido un yermo valle desértico. Era el mismo valle, pero ahora brillaba con belleza.

¿Cómo no lo había visto antes? ¿Cómo no lo había conocido?

Jordin también sabía ahora otras cosas. Sabía que no estaba soñando. Que de algún modo había despertado de un sueño... uno de su propia creación, y que había confundido con su verdadera vida. Que era una con Jonathan y que lo había sido todo el tiempo, pero que solo ahora estaba consciente de ello.

El reino soberano. El reino de Jonathan. Estaba dentro de Jordin, como él estaba dentro de ella... mientras tanto la joven había estado buscándolo todo el tiempo.

La conciencia le estremeció los huesos. Jonathan la había invitado a despertar, y ella había despertado. Al amor. Al corazón del Creador mismo.

Amor. Jordin estaba llena de él. Le corría por dentro, le bajaba por la columna vertebral, persuadiéndola desde cada nervio con un placer tan exquisito que ella se preguntó por un momento si moriría, pensamiento que no le produjo ni un solo temor de muerte.

Extendió los brazos y se miró los dedos, moviéndolos en el aire. El espacio daba vueltas con visible poder, ella apenas lo veía, pero era palpable como una corriente de agua enroscándosele alrededor de los dedos.

No. Ella era la corriente. La joven estaba inundada de amor, desde la coronilla

hasta las puntas de los pies. Lo sentía crecer rápidamente, condensado en su pecho y saliéndole del cuerpo.

Jordin vio la silenciosa onda de choque entrando al aire delante de ella. Observó la ondulación extendida a través del espacio que la rodeaba.

Se puso de pie, asombrada y consciente de que el poder de esa corriente de ningún modo se había agotado al salir de ella. Parecía ocupar dos lugares al mismo tiempo. Tanto dentro como fuera de ella. En suministro eterno.

—Hola, Jordin.

La joven se dio vuelta y vio lo que había ansiado toda la vida. Incluso en la vida antes de saber lo que significaba vivir.

Jonathan.

Estaba a menos de tres metros de distancia, vestido con la misma clase de túnica que ella lo había visto antes en varias ocasiones. El cabello era largo, enmarañado y libre, y los ojos le brillaban juguetones encima de una amplia sonrisa.

Una cicatriz apenas visible en el cuello le bajaba, desapareciendo debajo de la túnica, vestigio de su ejecución a manos de Saric.

Las lágrimas le bajaban a Jordin por las mejillas. No originadas por la tristeza sino por el gozo.

Los ojos de Jonathan también se inundaron de lágrimas por sobre su sonrisa. Rio y avanzó corriendo, incapaz de contener su propia alegría. Lanzando los brazos alrededor de ella la hizo girar sobre los pies, en un abrazo tan exuberante que Jordin debió ceñir sus brazos y piernas alrededor de él para no caer hacia atrás.

Él reía con deleite, girando alrededor con los brazos de la joven aferrados a sus hombros mientras ella le sepultaba el rostro en el cuello y lloraba de gratitud.

—¡Aquí estás! —gritó Jonathan—. ¡Finalmente has venido a casa! Te extrañé mucho, Jordin. Te amo tanto.

Ella estaba perdida en él. En amor. En el amor de Jonathan.

Eran uno.

¡Uno!

Jonathan la dejó en el suelo, giró e hizo una reverencia, un brazo extendido en invitación.

—Bienvenida a mi danza —dijo él, mostrando una firme sonrisa—. La llamo el reino soberano. No existe nada mejor, te lo puedo asegurar.

Jordin reía, sonreía, mientras se acercaba a él.

—Bien entonces, mi príncipe —comentó ella tomándole la mano entre las suyas—. Muéstrame este reino donde has estado escondido, esperando rescatarme en mi hora de necesidad.

—¿Escondido? —objetó Jonathan enderezándose y ladeando la cabeza.

Al instante ella supo lo que él quería decir.

—No, no has estado escondido, ¿verdad? Soy yo quien ha estado escondida.

Él inclinó la cabeza una vez. *Continúa...*

—Escondida detrás de un sueño del cual finalmente he despertado —declaró Jordin, pensando en su propia declaración, y luego preguntó—. ¿Fue un sueño, verdad?

—Por así decirlo, sí. El sueño al que llamas tu vida.

—¿Toda mi vida? ¿No solamente las imágenes que vi antes de atravesar el velo?

—Toda. Como un sueño. ¿Es más real de lo que ves ahora?

—No —contestó ella mirándolo profundamente a los ojos, e imaginando que se zambullía dentro de ellos—. Ni siquiera cerca.

—Cuando metes un palo en el agua, ¿se ve derecho o el agua lo distorsiona?

—Lo distorsiona.

—De igual modo, tu mente distorsiona tu vida. Tu mente no lo sabe, pero está mirando a través de agua sucia la mayor parte del tiempo. Pronto te mostraré una nueva clase de agua.

—¿De veras?

—Lo haré —respondió Jonathan irradiando otra sonrisa—. Mira a tu alrededor. ¿Qué ves?

Por primera vez Jordin apartó de él la mirada desde que la dejara en el suelo, y miró alrededor del desierto. Las colinas, el suelo del valle, las dos cantimploras, el rastro dejado por los caballos de Roland. Todo como había sido, ahora bullendo de energía.

—Veo el desierto Bethelim —respondió ella—. Lo veo nuevo. Lo veo realmente.

—Y me ves —añadió Jonathan.

—Sí —susurró la joven; luego se dijo en el corazón: ¡Sí!

Él caminó hacia Jordin. Levantó la mano. Presionó la palma contra el pecho de ella. El amor ingresó en los pulmones femeninos y se le envolvió alrededor del corazón y la columna, viajando a través de los nervios hasta cada fibra de su ser.

—Estoy aquí, Jordin. Soy el Yo soy en ti. Y tú estás en mí. ¿Lo sientes?

—Sí —afirmó ella; las lágrimas se le volvieron a desbordar de los ojos—. Sí.

—En el momento en que tomaste mi sangre te convertiste en soberana. Te ofrecí salvación, y sin embargo, no hallaste nada más que temor y enojo. No encontraste amor verdadero, paz verdadera, ni gozo verdadero. Esos son los frutos de mi reino, no la ansiedad generada por una mente enferma. Ahora te puedes liberar de tu mente.

—Me hallaba poseída por una mente insensata —confirmó ella, perdida en sus pensamientos.

—No hay necesidad de volverte perfecta, Jordin. Solo debes *ser* perfecta, no en lo que haces, sino en cómo estás siendo. Debajo de las capas y las mentiras de la mente, ya eres perfecta. Por tanto, sé, incluso como yo soy.

Todo tenía sentido. Jonathan había hablado reiteradamente de la realidad de que su reino estaba dentro. No en tronos terrenales ni en futuros políticos.

—Te has hecho llamar soberana. Igual que Rom y los otros. Pero no han vivido la soberanía. ¿Cómo te puedes salvar del odio y al mismo tiempo estar prisionera de ese odio? Has hablado de amor, pero ahora sabes que el amor y el temor no pueden estar en el mismo corazón al mismo tiempo. Tu mente se ha vuelto tu ama, encarcelándote en un calabozo que está atado por la carne y el pensamiento. Tú no eres tu mente o tus pensamientos, Jordin. Nunca lo fuiste. Ahora conoces un nuevo reino, uno conmigo. Y en este reino soberano, amor mío, hay más poder del que puedas imaginar.

—¿Cómo es posible ser uno contigo? ¿Somos lo mismo?

Jonathan retiró la mano del pecho de Jordin. El calor permaneció.

—Permíteme mostrártelo —contestó él guiñando un ojo.

Dando un paso atrás, levantó la mano y chasqueó los dedos. Al instante una planta verde brotó del suelo del desierto a tres metros de distancia. Jordin observaba, asombrada mientras la planta crecía delante de sus ojos, primero como un árbol pequeño, luego más grande, y aun más grande, hasta que sus ramas se extendieron llenas de hojas verdes que les brindaron sombra.

—¿Ves? El árbol de vida. Las mismas venas corren por tronco y ramas para ofrecer vida al mundo. ¿No son uno el tronco y la rama?

¡Desde luego!

—Veo —susurró la joven, luego exclamó—. ¡Veo!

—¡Ves! —dijo él riendo, tomándola de la mano y haciéndola girar.

—¡Veo! ¡Realmente veo!

Por qué esta sencilla revelación era tan profunda, ella no estaba segura. Pero en ese momento la sintió como la puerta de ingreso a todo un universo.

—¿Te gustaría ver más? —inquirió Jonathan agarrándole las dos manos entre las suyas y lanzándole una sonrisa juguetona.

—¡Tengo que ver más!

—¿Te gustaría verme moviendo montañas?

—¡Me gustaría verte construyendo una nueva tierra!

—¿Te gustaría zambullirte en un lago y respirar el agua?

—¡Sí! ¡Sí!

—Un lago dentro de ti. Una fuente eterna de agua vivificante tan formidable como un océano sin fin.

Jordin echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—¡Quiero zambullirme en un lago y respirar tu amor! —dijo en voz alta para que los cielos oyeran cada palabra.

La alegría despegó por el aire, la suya propia, llevada por el desenfrenado

entusiasmo de la niña en quien Jordin se había convertido en el reino soberano de Jonathan.

—¡Quiero danzar y cantar! —gritó—. ¡Quiero volar, reír, cantar, danzar y nadar en un océano de amor! Quiero...

Se detuvo, sin saber qué más podría querer. Solo entonces se dio remota cuenta de que el débil zumbido en el aire había cambiado. Sonaba más como música, un acorde perfecto de tonos inquietantes y armónicos que le fluían directamente a los nervios como si fueran autopistas de luz, devolviéndola al sueño que había tenido en la guarida de Roland.

Ven a mí, Jordin.

Los ojos se le abrieron de golpe. El cielo azul nadaba con largas, etéreas y vacilantes franjas de rojo y púrpura contra un fondo profundo y dorado.

La joven bajó la barbilla. Jonathan ya no le sostenía los brazos. Ya no estaba delante de ella. La colina directamente frente a ella ya no era un desierto pálido y endurecido. Se había transformado en un paisaje exuberante, vivo con pasto verde, florecido con flores blancas y amarillas. Jordin giró la cabeza.

Jonathan estaba en la arenosa playa de un lago a cincuenta pasos a la derecha, sin camisa. El agua ante él se extendía al norte, tan lejos como ella podía ver, agua brillante que relucía bajo el colorido cielo. Unos árboles alineaban las colinas, las mismas acacias a las que Jonathan había llamado el «árbol de vida».

Los ojos de Jonathan brillaban con osadía. Extendió la mano, con la palma hacia arriba, invitándola.

—¿Quieres zambullirte, Jordin?

Ella giró hacia él y corrió hacia el lago, jadeante de anhelo.

Capítulo veintiocho

EL INTERIOR DE LA torre estaba oscuro, las ventanas como ojos en la noche. Abajo, dos mil antorchas resplandecían contra una franja de más de un kilómetro de profundidad de tierra recién despejada que rodeaba el perímetro de la Fortaleza. Habían puesto los escombros en enormes terraplenes tan altos que oscurecían a muchos de los edificios más pequeños más allá de ellos, una gran barricada que se abría solamente en una dirección: sur. Dentro del aclarado campo de batalla no menos de quince grupos de sangrenegras miraban hacia afuera como un enorme iris negro alrededor de la Fortaleza, quince mil montados y sesenta y cinco mil a pie, ochenta mil en total.

Las negras y espesas nubes se habían agrupado sobre la ciudad. Inquietas, bajas y volátiles.

Feyn se volvió de la ventana que había sido su preocupación en las últimas horas. Había reprendido al siervo cuando le trajo comida y lo envió a esperar afuera de la puerta. En una mesa cercana, una copa de vino estaba intacta. En el centro del salón, Rom se hallaba taciturno y tranquilo como una columna, cubierto de desdicha silenciosa.

—¿Qué los retiene?

Como Rom no respondió, la mujer cruzó hacia él, le tomó la barbilla en la mano volviéndole la mirada directamente hacia ella.

—Roland no conoce el miedo. Tiene todos los motivos para venir a mí con todo lo que posee.

Entonces empujó el rostro de Rom.

—Y por eso espero aquí —susurró.

La regente fue hacia el otro lado de la torre, rascándose el interior del antebrazo, exactamente por encima de la muñeca. La vena por debajo no le daba paz. Siempre le había picado, como ortiga en la sangre, pero en la última jornada positivamente le ardía.

Es el virus. Te está matando ahora.

—¿Cuánto tiempo era el período de incubación de este virus?

—Tres días —contestó tranquilamente Rom—. Fue un cálculo aproximado.

Feyn bajó los brazos y volvió a mirar por la ventana. Roland llegaría por el sur. Atravesaría la ciudad. Este era el camino de mayor resistencia. El menos lógico, y por tanto el más esperado. La bravuconería del príncipe exigiría que lo vieran.

La mujer rio, el sonido tan frágil como fragmentos en el salón de la torre.

—Qué pareja pudimos haber hecho, él y yo. Te digo ahora que es un hombre digno de la sangre negra.

Afuera las antorchas ardían como varias cuentas ambarinas sobre un mortífero vestido de terciopelo.

—Esta es la manera en que siempre debió haber sido. ¿Ves? Nada ha cambiado.
Excepto el resultado final.

Todos morirían. Las Guerras Fanáticas volverían a remodelar el mundo. ¿Dónde estaban ellos? ¿Era posible que hubiera juzgado mal al príncipe? ¿Que él hubiera guiado a su gente a morir al interior del desierto?

No. Esos podían moverse como fantasmas, pero Roland dejaría su marca indeleble antes de llegar a ser alguien. Tendría su inmortalidad de un modo u otro. Tampoco ella sería despojada.

Feyn había dado a sus guardias la orden de abrir la gran puerta al sur, para que sus sangrenegras aumentaran su formación ante esa entrada. La superabundancia de sangrenegras delante de ese ingreso sería irresistible para el ego del príncipe.

¿Pero dónde estaba él? Si ella miraba con suficiente cuidado solo percibiría los sutiles movimientos de sus guerreros, deambulando en sus sitios, levantando de vez en cuando la mirada hacia el cielo turbio en lo alto. Pensó dos veces que había oído a uno de los comandantes vociferar la orden de esperar. Los movimientos de estos se habían calmado por un tiempo después de que ella ordenara abrir la puerta, solo para volver a inquietarse.

Sus hombres estaban buscando pelea. Tres horas antes ella había estado de pie en el terraplén de la muralla y les había dado la noticia del virus. Les dijo que los inmortales los atacarían en última y desesperada resistencia. Que vivir más que ella sería traición... pero que vivir más que cualquier inmortal sería victoria.

Feyn deseó que la ansiedad que le había subido por la columna volviera a someterse. Se dijo que este último teatro de sangre importaba para algo: aunque solo fuera para demostrarle a Roland que estaba vencido, totalmente, antes de morir.

¿Y luego qué?

Nacidos una vez en vida, somos bendecidos. Agrademos al Creador por medio de una vida de Orden diligente.

Las palabras de la antigua liturgia le llegaron de manera espontánea a la mente. Palabras sin significado, destinadas a controlar a los temerosos.

Ella sabía ahora que la felicidad no la esperaba.

Por tanto solo existe esto.

Cruzó de nuevo hacia la ventana sur.

—Me alegra que aún no haya venido —comentó Feyn con la mirada fija en la ciudad.

No terminó el pensamiento en voz alta: que cuando todo acabara y los inmortales yacieran muertos junto a cualquier cantidad de sus sangrenegras... ella no habría logrado nada.

—Mi señora —susurró Rom moviéndose detrás de ella.

—¿Qué?

—Sin duda sabes que nada de esto te salvará. Solo Jordin puede salvarte ahora.

—Bueno, no hay posibilidad de eso ahora, ¿verdad? —exclamó ella dando la vuelta—. Fallaste en tus inútiles intentos de salvar a alguien. ¿Qué ha obtenido tu vida sino la muerte de todos aquellos a quienes has amado? Avra. Jonathan. Ahora yo.

Una lágrima se le vertió a Rom por el borde del ojo. Ver esto enfureció a Feyn.

—¡Ahórrame tu patética tristeza! ¿No es esto lo que deseabas? —preguntó ella, entonces se dirigió hacia Rom, lo agarró por la túnica y lo jaló con tanta fuerza que él debió levantar las manos para no estrellarse contra la ventana—. ¡Mira allá afuera! El Orden y los amomiados que se aferran a este serán los únicos que nos sobrevivan. La consecuencia de todos tus esfuerzos, tus manipulaciones, tus intrigas. ¿Todo en el nombre de qué?

—Del amor —carraspeó Rom.

—El Creador, si existe uno, *escupe* a la maldición de tu amor. Allá —declaró ella agarrándolo por el cabello, oprimiéndole la mejilla contra el vidrio y señalando—, hay amor, ¡de la única clase que existe! Lealtad, ciega y mortal...

El rencor se esfumó; algo le había llamado la atención. Allí, al sur. Soltó a Rom, puso las manos sobre el alféizar y se inclinó hacia delante. Apareció un brillo de luz que luego se desvaneció. Cuando Feyn miró a todo lo largo de la oscurecida calle se preguntó por un momento si lo había imaginado, si se trató de un efecto del virus, ardiéndole en la parte trasera de la retina. Pero no... allí estaba, surgiendo más allá de la lejana silueta de esa basílica. Y allá, otro, viajando a la par... y dos más, a toda velocidad a través de la negra ciudad hacia la Fortaleza.

Los brazos se le erizaron.

Los inmortales habían llegado.

Dos más, y luego otros dos. Feyn empujó a Rom hacia un lado y agarró de la mesa unos prismáticos grandes, volcando la copa de vino en el proceso. Se llevó los prismáticos a los ojos. Ahora pudo ver que ellos tenían antorchas, y que viajaban tan rápido como podía correr un caballo. Uniformemente espaciados... cada tercer o cuarto jinete. Cada quinto. Un gusano brillante de luz apresurándose por la ancha calle.

Una orden, gritada desde abajo, sonó enmudecida a través del cristal de la ventana. Los habían visto. La lejana calle estaba ahora iluminada, las llamas de las antorchas por detrás de sus jinetes. Feyn contuvo la respiración cuando el primero de ellos llegó a unas cuerdas de la barricada.

La negrura de sus capuchas y túnicas había desaparecido. Las llamas brillaban sobre la piel desnuda, y contra las duras corazas y los musculosos hombros. Roland mostraba sus agallas.

Atenta se enfocó en la línea de vanguardia, el jinete a la izquierda, al parecer

esculpido en mármol blanco, la aljaba y el arco colgando en la espalda, la espada ceñida a la cintura. Los brazos surcados con tatuajes que sobresalían como púas de una flecha hacia el hombro.

A la derecha se hallaba un jinete pálido y con el pecho manchado de rojo como si ya hubiera matado. El cabello estaba suelto y brillaba a la luz de su antorcha. Una larga faja roja en los bíceps y no menos de quince cuchillos estaban ceñidos alrededor de la cintura. Cabalgaba afanoso, al parecer sin esfuerzo excepto por la intención mortal en su rostro.

Roland.

Feyn bajó los prismáticos y se inclinó hacia delante tanto como la ventana le permitió. Sonaron cuernos desde el campo. Dos estandartes surgieron de los cuadrantes sur y oeste. Sus sangrenegras habían comenzado a moverse, amontonándose en el borde sur del campo de batalla como agua negra corriendo dentro de un amplio recipiente.

Los inmortales venían. A tres cuadras de la barricada.

A dos.

Los jinetes detrás cabalgaban inclinados en la silla, apurándose por cerrar la brecha entre ellos y los caballos delante de ellos hasta que sus monturas nivelaban nariz y cola.

Justo antes de llegar a la barricada cerraron filas. El cuerpo de Feyn se puso rígido mientras observaba al líder indiscutible con velocidad de vértigo... dos, luego cuatro, y después, seis, diez, doce jinetes en la vanguardia. Irrumpiendo a través de la abertura en la barricada, los de los bordes más lejanos saltando los escombros. Directo hacia el montón de sangrenegras que esperaban envolverlos incluso a quince trechos de distancia.

Las antorchas volaban mientras los inmortales en la vanguardia las lanzaban a los costados y alargaban los brazos no con espadas sino con cuchillos, las manos relucientes, el acero brillando con intensidad. Uno de los sangrenegras al frente se dobló, agarrándose el rostro, y luego otro, mientras la sangre manaba de una herida en el costado.

Estos cayeron hacia atrás sobre sus compañeros al tiempo que los inmortales arremetían contra ellos. La segunda línea de sangrenegras se esforzaba por hacer a un lado a la primera.

Y entonces los inmortales ya se encontraban en medio de ellos, Roland llegando tan profundo como a la quinta línea. Feyn esperaba el impacto, el choque de acero y armadura mientras los sangrenegras les caían encima.

Pero antes de que pudieran presionar y aplastar la fuerza de Roland, los de la vanguardia se dividieron en dos. El comandante giró al este; Roland al oeste. Se arremolinaron en direcciones opuestas, cada uno liderando cientos de inmortales,

como serpientes gemelas golpeando en extremos opuestos del campo de batalla.

Feyn retrocedió de la ventana lanzando un leve resoplido, incapaz de alejar la vista. Roland le estaba dividiendo las fuerzas.

De pronto ambas columnas de inmortales serpentearon alrededor, sus pechos blancos contra el acordonamiento negro. Entraban a la pelea al borde de los sangrenegras que acosaban, como víboras mortales reduciendo considerablemente a los hombres de ella, cortándolos a lo largo de los flancos antes de volverse a enroscar en terreno abierto, sin aminorar ni una vez la velocidad, sin permitir que los presionaran debido a las cantidades, ni que los atraparan en combate cuerpo a cuerpo.

Creador. Él era brillante.

Los guerreros de Feyn en el grueso de la formación no podían acercarse lo suficiente para pelear, y presionaban hacia el frente, ansiosos por luchar, mientras los inmortales seguían llegando, atacaban en cada dirección y aplastaban al ejército sangrenegra. Ella observaba a sus guerreros comenzando a caer por centenares. Solo una docena de inmortales había caído.

Y sin embargo, los inmortales llegaban a raudales a través de la barricada, atacaban por el centro, giraban y se alejaban.

Una brecha se abrió en las fuerzas locales directamente frente a la puerta.

Feyn se jaló el cabello. Roland estaba llevando la batalla a lados opuestos del campo, uno al este y otro al oeste.

¡Acciona las luces!

Unos paneles de reflectores montados en los muros emitieron vida, encendidos hacia afuera, inundando el enorme claro con una fuerte luz blanca. Los inmortales no tendrían la ventaja de la oscuridad.

No obstante, seguían peleando, sin parar nunca, siempre en acción. En el costado noroeste los jinetes tropezaban visiblemente con los caídos, la cubierta de cadáveres fuertemente unilateral: sangrenegras. En pocos minutos habían acabado al menos con mil de sus hombres a cambio de sus... ¿qué? ¿Veinte pérdidas?

Y sin embargo los inmortales seguían llegando. Atravesaban la barricada, bajaban por el ampliado corredor del campo, desplegándose en ambas direcciones. Roland ya había completado un amplio arco y serpenteaba entre y a través de su propia línea. ¡Estaban arreando al ejército sangrenegra como ovejas!

Un sonido de cuernos en algún lugar del otro lado de la Fortaleza. Más sangrenegras inundaron el sur desde los costados este y oeste, irrumpiendo como olas negras. Feyn se presionó contra la ventana, buscando el pecho rojo y la faja de Roland. ¡Allá! Estaba parado en sus estribos incluso mientras el inmortal más cerca de él derribaba a un sangrenegra acuchillándole la montura. El príncipe giró ampliamente. No una sino dos cabezas de sangrenegras más cercanos cayeron de sus cuellos como si tuvieran bisagras, cuellos abiertos a la luz. La montura de Roland se

encabritó en dos patas agitando los cascos en el aire... solo para caer sobre el sangrenegra más cercano delante de Roland.

Una docena de inmortales se lanzó más allá del borde con escombros, inclinados, barriendo las antorchas cerca del suelo. Feyn agarró los prismáticos y se los llevó a los ojos. Ahora podía ver las alforjas colgando a cada lado de los caballos, débiles y casi agotados, una evidente herida en cada uno de ellos.

La calle se encendió en una autopista de fuego.

Algo salió volando ¿Una alforja? Luego hubo otra, lanzada como una vejiga dentro del enorme ejército negro. Uno de los sangrenegras estiró la mano y la agarró... justo cuando una antorcha venía volando hacia él.

Explotó en un estallido de llamas.

Otra explosión... y luego una más, lanzadas dentro de la masa de sangrenegras.

Feyn se volvió a presionar contra la ventana, buscando con la mirada a Roland, quien ya giraba en un nuevo y ampliado arco. El ejército de ella estaba uniformemente dividido en dos fracciones. Sus líneas se hallaban desbaratadas, los caballos acorralados, la infantería cayendo bajo espadas y cascos... algunos atrapados por sus propios hombres.

Era algo incómodo. Ella sabía que los inmortales eran por lo menos un millar, y sin embargo no todos estaban contabilizados aquí. E incluso estos masacraban a sus secuaces, aserrándoles los flancos como una sierra mecánica antes de girar hacia atrás dentro del terreno abierto en el centro, ahora de poco menos de quinientos metros de ancho.

No obstante, los sangrenegras demostrarían ser demasiados. La victoria sería de ella. Debía ser suya.

Justo entonces un cuerno sonó desde el otro lado del tumulto. Feyn se volvió, casi tropezando con Rom, y entonces lo miró.

Lágrimas bajaban por las mejillas del hombre.

Ella miró más allá de él, a través de la ventana sur. Algo estaba cambiando en la oscuridad más allá de los escombros. Algo...

Entonces los vio a lo lejos. Más inmortales. Volando hacia la Fortaleza, subiendo y superando la barricada como cuervos.

Directamente hacia la retaguardia del ejército sangrenegra. Ella giró hacia el este y vio lo mismo. Bajó los prismáticos y contempló a Rom, que lloraba en silencio.

La mujer levantó la mano y le abofeteó el rostro, iracunda de repente por tal muestra de debilidad.

—Me das asco.

Abajo, el sordo choque de espadas había aumentado en cantidad. Rom lanzó una última mirada hacia la batalla, con lágrimas bajándole por el rostro, y luego se retiró al extremo del salón.

Por largos minutos la batalla rugió. La exasperante táctica de los inmortales: golpear y huir, golpear y huir, no mostraba señales de debilitamiento. Igual que largas serpientes con dientes en todos lados, continuaban cortando los flancos sangrenegras en ambos costados del campo de batalla antes de circular otra vez hacia sitio seguro, solo para enroscarse otra vez a fin de lanzar otro golpe.

Feyn maldijo y se paseó delante de la ventana, halándose el pelo. En el trascurso de veinte minutos los inmortales habían derribado a casi treinta mil de los suyos.

Pero ni siquiera Roland vencería la superioridad numérica de ella.

Nerviosa volvió a seguir los movimientos del príncipe mientras este guiaba sin miedo a sus magníficos, haciendo destellar su espada, apenas disminuyendo la velocidad de su montura mientras se inclinaba para acuchillar directamente por la mitad a un sangrenegra y decapitar limpiamente a otro.

Por el Creador, el hombre era magnífico. Y Feyn lo despreció por eso.

Hacia el este, el comandante de Roland no estaba a la vista. Ella vio cuando sus sangrenegras arrastraban a dos inmortales desde las monturas después de cortar las patas equinas debajo de estos.

En ambos lados estaban haciendo de los caballos un objetivo principal.

Los inmortales presionaban con letal velocidad, acuchillando los cuellos de sementales sangrenegras. Pero sus sangrenegras eran una fuente interminable. Por cada uno que caía, tres parecían tomar su lugar.

Hacia el oeste, la espiral arrolladora de Roland finalmente se había roto; solo una pequeña banda peleaba detrás de él. Los sangrenegras se habían metido entre el príncipe y el resto de su compañía. Mientras Feyn observaba, uno de los brazos de él se levantó bruscamente como para hallar equilibrio mientras el otro acuchilleaba. Demasiado tarde... su montura se desplomó debajo de él.

Feyn siguió caminando de un lado al otro, mordiéndose las uñas, disgustada por el sudor que le manchaba el vestido. En media hora su compañía estaba cortada a la mitad. Los cuerpos cubrían el suelo, haciendo tropezar a sus compañeros de infantería mientras otros se les venían encima. No obstante, los inmortales se habían reducido a unos pocos centenares.

Las luces del perímetro se apagaron de repente. Los inmortales habían encontrado la fuente de energía y la habían cortado.

Feyn se presionó contra la ventana y observó, esperando que los ojos se le ajustaran a la oscuridad. Las antorchas a lo largo de la barricada aún estaban ardiendo, pero el campo de batalla era una pesadilla de llamas reflejadas y sombras. Aún podía distinguir los blancos pechos de los inmortales contra el ennegrecido mar, batiéndolos, más cadáveres a su paso.

La regente examinó, tratando de distinguir a Roland en la oscuridad. Las luces habían tenido como objetivo neutralizar la ventaja de la asombrosa vista de los

inmortales. Pero ahora eso no importaba.

El príncipe había sobrevivido más de media hora. Aún podría eliminar a otros mil. A otros diez mil. Podría sobrevivir media hora más.

Pero sería superado en número.

A lo máximo, dentro de una hora todo habría acabado.

Más allá del campo, una parte de la ciudad resplandecía. Pero eso no era posible, la electricidad se había cortado en cada sector, redirigida hacia la Fortaleza. Pero al observar, Feyn se dio cuenta de que el destello de luz era de color anaranjado. Un momento después, un edificio ardía en llamas. Más allá, pudo discernir otra tenue luz, y otra allí.

Bizancio estaba en llamas.

La regente exhaló lentamente y miró su ciudad ardiendo. Columnas de humo subían para encontrarse con un cielo revuelto.

Ella ganaría. Pero su reinado se extinguiría con esos incendios.

—Mi señora...

Feyn movió bruscamente la cabeza y vio que Rom estaba de pie a su derecha, mirando hacia la noche. Ella siguió la dirección en que apuntaba el dedo masculino, tardíamente, como si despertara de una pesadilla. *Lo sé*, quiso decir la mujer. Pero luego se dio cuenta de que él no señalaba los incendios, sino el campo de batalla, iluminado por luz de antorchas.

Señalaba a dos jinetes vestidos con ropa del desierto, a medio camino del centro del campo de guerra entre las dos batallas principales que rugían en cada extremo, corriendo como balas hacia la Fortaleza sobre sementales blancos.

Feyn buscó a tientas los prismáticos, los levantó, estirando el cuello para ver a través de una ráfaga ascendente de humo.

No reconoció al primer jinete. Movié el lente un centímetro y se concentró en el otro jinete. Cabello canoso, largo y desaliñado. Ella conocía la línea de esa mejilla, la actitud de esa boca.

¡Saric!

La mujer observó horrorizada cuando ellos volaban por los portones, al parecer sin ser vistos por las propias fuerzas de ella. Solo dos, pero uno de ellos era Saric, y este no conocía el significado del fracaso.

—Han venido —comentó Rom con extraño asombro—. Han venido a salvarnos.

Ella sintió que la sangre se le drenaba de la cara.

—Han venido a matarme —oyó que se decía a sí misma.

En una súbita rabia repentina, Feyn lanzó los prismáticos contra la ventana, que se astilló enviando fragmentos de vidrio hacia la noche.

El siervo afuera abrió la puerta.

—¿Mi señora?

Entonces lanzó una última mirada a los corceles blancos a medio camino hacia el portón, y subiéndose el borde del vestido se dirigió hacia el siervo. Giró en la puerta y volteó a mirar a Rom.

—Dile a Corban que ejecute a nuestro prisionero —ordenó ella—. ¡Llévalo abajo!

Capítulo veintinueve

JORDIN SE INCLINÓ SOBRE el cuello del caballo, las rodillas apretadas contra los costados, sintiendo en los muslos el movimiento de los músculos, el portón de la Fortaleza a menos de un kilómetro delante de ella. Saric cabalgaba a su izquierda, los sementales de ambos corriendo por el campo como un rayo de luz.

Desde más allá del límite de la ciudad habían visto el brillo alrededor de la lejana Fortaleza y supieron que la batalla estaba en curso. Aun desde allí habían podido ver las nubes que envolvían a Bizancio. *Creador*. ¿Habían sido estas alguna vez tan siniestras, tan lentas? Cuando entraron a la ciudad, corriendo a toda velocidad por calles y callejones silenciosos, la irritante oscuridad había sacudido a la joven, levantándole el cabello de los hombros y provocándole escalofríos.

Habían volado más allá de la barricada, retumbando hacia el portón, el campo de batalla dividido delante de ellos, sembrado con cadáveres de los caídos. En cada lado Jordin pudo ver las decenas de miles de sangrenegras... los maltratados y mermados inmortales, sus blancas pieles salpicadas de sangre como desechos en un océano de negrura.

Por encima un relámpago iluminó el cielo, lanzando las nubes en total y negativo relieve contra la luz eléctrica de la Fortaleza misma. No se trataba de una típica tormenta en Bizancio. Era más sombría. Más mortífera. Como si la mismísima maldad hubiera traído una última invitación a los que irían a quedar con vida.

—¡Cabalga! —rugió Saric—. ¡Cabalga!

Jordin se inclinó, aflojó el agarre en las riendas, y dejó que el corcel se dirigiera solo.

Estaban a menos de quinientos metros cuando secciones de sangrenegras empezaron a romperse de sus bloques principales a cada lado, dos garras negras estirándose para agarrarlos antes de que llegaran al portón.

Mil doscientos guerreros, había dicho Roland. Una rápida mirada a derecha e izquierda le indicó a la joven que a la mitad, quizás a más, los habían cortado en pedazos. Buscó una señal de Roland... oró porque no estuviera entre los caídos.

Un relámpago brilló hacia el este, un dedo irregular que perforaba la oscuridad. El trueno, cuando siguió, retumbó a través del suelo, zarandeando hasta los huesos a montura y jinete.

En otra época ella habría estirado la mano hacia el arco o la espada.

Pero *ser* era ahora el arma más fabulosa de Jordin.

Un centenar de trechos. Ochenta.

Los cascos de los sementales retumbaban por sobre el estruendo de acero y gritos de muerte. Por sobre el polvo de la batalla y la dentellada sangrienta de metal en el aire.

Las últimas palabras de Jonathan después de besarla le susurraban en la mente.

—Recuerda —había dicho él tiernamente—. La carne y la sangre que ves son como un sueño. No permitas que tu mente te juegue malas pasadas que te lleven al temor y la ira. Ve la luz. Sé luz. Yo estoy siempre contigo.

Jonathan le había puesto la mano en el pecho.

—Siempre —había concluido él.

Jordin había pasado con él una eternidad más allá del velo. Juntos se habían hundido profundamente en las aguas y habían respirado elixir de amor puro. Ella había reído con deleite desenfrenado, desconocido en el mundo de sueños donde había morado por demasiado tiempo.

Habían caminado por la playa, tomados de la mano, mientras Jonathan le contaba más secretos de los que la joven tal vez podía recordar.

Aun ahora, enfrentándose a la muerte, las palabras de él le brotaban de las profundidades de su ser.

—Un lago *dentro* de ti. Una fuente eterna de agua vivificante tan enorme como un océano inagotable.

Cincuenta trechos. Jordin volvió a revisar el campo de batalla, buscando a Roland. Cómo podría encontrarlo en medio de tan furioso mar de cuerpos, no lo sabía. Solo que él vendría; un camino se abriría.

Delante de ellos los sangrenegras les cerraron el paso, y por un breve instante Jordin sintió una instintiva punzada de temor. Pero reconoció la emoción en el momento en que le seccionaba la mente. Recordó la verdad. Recordó a Jonathan, sonriendo ante lo que no lo podía dañar. Jonathan con ella. Jonathan, inmune.

Con el recuerdo del beso de Jonathan, Jordin se inclinó hacia adelante riendo entre dientes.

Saric la miró, pero solo por un instante, concentrado en su propia misión. La había encontrado al otro lado del despertar de ella, dos caballos ensillados, preparados, y en espera de una misión que a él se le había asignado concluir.

Veinte trechos.

El momento había llegado.

Era extraño cómo tal paz la abrigaba. Sin pizca de preocupación por su propia vida, solo por aquellos a los que debía salvar. Si en el intento su cuerpo resultara tajado como lo fuera una vez el de Jonathan, sabía que despertaría otra vez en el lago de él.

Una parte de Jordin desafiaba, o invitaba, a que alguien atentara contra su vida. ¡Ya conocía su recompensa! Pero ahora casi estaban en la Fortaleza, el campo de batalla abierto al frente.

Adelante y muy a la derecha de la chica, un inmortal con pecho rojo corría a lo largo del borde frontal de sangrenegras, saltando sobre un caballo sin jinete. Su pelo

negro azotado al viento mientras corría, espada centelleante. Con un despiadado giro de la hoja, el magnífico tajó las cabezas de dos sangrenegras antes de arquear la espalda para evitar por poco una lanza con la que otro lo arremetía.

¡Roland!

Jordin no podía verle el rostro a esta distancia, pero difícilmente podía confundir el movimiento que estaba a la altura del nombre inmortal.

—Allí —expresó ella.

Saric le siguió la mirada.

No menos de cincuenta sangrenegras irrumpieron de la línea principal detrás de Roland, corriendo para cortar el paso. Jordin sabía que él podía sentirlos venir tras su premio inmortal. También sabía que él escaparía a la evidente trampa.

Con un rugido escalofriante, el príncipe giró hacia el costado y clavó la hoja en la cabeza de un caballo que se le venía de frente. Jinete y montura se estrellaron pesadamente en el suelo, haciendo tropezar a otros dos directamente detrás.

Los portones de la Fortaleza se alzaban adelante, abiertos para dar fácil acceso en cualquier dirección a los sabuesos de Feyn.

Este príncipe no se echaba para atrás. Muy bien podría abrirse paso peleando con los sangrenegras que lo acosaban por la retaguardia. En otra época ella lo habría observado asombrada de cómo evadía y derribaba a sus atacantes, pero Jordin no quería tomar ningún riesgo.

—Allá voy —declaró la muchacha.

—Haz lo que debas hacer.

Ella viró a la derecha, directamente tras los sangrenegras que encerraban a Roland, quien estaba totalmente decidido a sacar ventaja de la distracción.

¿O era su intención salvarla?

El príncipe cargó su montura contra cuatro sangrenegras a pie, golpeando a dos en la espalda. Luego se dejó caer sobre el borde de la silla y, con un movimiento bajo de la espada, arrancó la pierna de otro.

Cincuenta metros.

Jordin corría fatigosamente hacia él.

Treinta metros.

Roland se lanzó hacia el portón. Pero los sangrenegras delante de él eran demasiado fuertes.

Cuando estuvo a solo diez metros del príncipe, Jordin se introdujo en la línea de sangrenegras. Solo cuando el primero giró y rugió su advertencia, ella lanzó su propio grito.

La joven no estaba preparada para lo que sucedió al oír aquel grito. Lo vio, una ligera distorsión en el campo de energía ondulante ante ella traducida en una onda de choque enviada por todo su ser.

La onda golpeó a los sangrenegras más cercanos como una pared invisible, enviándolos volando contra los que les venían detrás.

Jordin vio la escena en tiempo real, pero su mente percibió con mayor lentitud, no como vería un inmortal, sino con claridad aun mayor. La fuerza vapuleó a los sangrenegras a cinco metros del caballo de la joven mientras ella se colocaba detrás de Roland. Cortó a través del borde del creciente grupo, pasando a solo pasos del flanco derecho del príncipe. Interrumpió su propio grito y lanzó una orden por sobre el hombro.

—¡Sigue!

Entonces volvió a girar dentro del campo de batalla, dejando atrás una cantidad de sangrenegras atónitos tratando de pararse.

Roland vaciló por un instante, evidentemente impresionado. Entonces espoleó su montura y arrancó tras ella, a cinco cuerpos de distancia. Saric, a la izquierda de ellos, casi llegaba a la Fortaleza. Los sangrenegras pululaban en los portones.

El campo de batalla había vuelto su atención a la carrera que se dirigía hacia esos portones. Jordin se colocó al lado de Saric, la cabeza agachada, sentada fuera de la silla, el vestido ondeando por detrás. Roland, salpicado de sangre y despiadado, recuperó terreno mientras sangrenegras rugían a ambos lados.

Tres lanzas destinadas a alcanzar al mismo tiempo el punto de ingreso.

Una docena de sangrenegras corría frenéticamente a fin de cerrar los portones mientras las hordas se aproximaban rugiendo a todo pulmón, con rostros enrojecidos y llenos de ira.

Iban a chocar, todos ellos. Los portones comenzaron a cerrarse. El enjambre de sangrenegras era demasiado vertiginoso; y su clara arremetida resultó un segundo demasiado tarde para evitar el impacto del choque, caballo sobre caballo, carne sobre acero, grito sobre grito.

Y sin embargo Jordin solo sentía una calma surrealista. Sería como estaba destinado a ser. Ya no veía sangrenegras, sino un violento mar de sombras que venía a bloquear la luz.

¿Podía la oscuridad disipar la luz?

La joven estaba consciente de Saric a su izquierda y de Roland a sus talones, los sangrenegras convergiendo delante de ella, pero estaba mucho más consciente de algo más cercano. De algo dentro de sí.

La presencia de quien era uno con ella.

Era Jonathan quien comandaba esta batalla, no las figuras desesperadas que pretendían ser vistas como forjadoras de su mundo, ajenas a la realidad mucho mayor rebosante de energía inagotable que había detrás del velo de mente y visión temporal.

No gritó. No se llenó de pánico. En realidad lo único que hizo fue fijar la mirada más allá de los portones y cabalgar.

En el último momento posible, sintió un simple susurro de temor. ¿Y si este fuera el final?

Un grupo de sangrenegras cabalgando llegó al portón con ella. Su caballo chocó con el guerrero que lideraba la carga occidental.

Pero no fue el caballo de la joven el que hizo contacto con el otro. Fue la presencia de ella. Una ola de energía pura lanzó al caballo a un lado como si fuera una hormiga. Por el rabillo del ojo Jordin vio a Saric golpeando a una docena de sangrenegras montados. La luz azotó de frente a los sangrenegras, enviándolos volando hacia atrás, abriendo de par en par las puertas medio cerradas, y dividiendo a los sangrenegras como un mar negro.

Entonces atravesaron, y por el sonido del semental resoplando detrás de ella, Jordin supo que Roland les había seguido el paso.

Entonces corrió por el gran camino hacia el palacio mismo, tomando las escaleras de mármol a toda velocidad, un paso en frente de Saric. La joven no había considerado que las puertas estuvieran cerradas, pero se hallaba en tal estado de seguridad que difícilmente se le ocurrió que serían un problema hasta que aparecieron, altas y gruesas, delante de ella.

No aminoró la marcha.

—¡Jordin!

La advertencia de Roland llegó por detrás.

Ante el grito, el miedo se le disparó a la joven en la conciencia, un momento de pánico que le centelleó en la mente y le cortó la respiración.

¡Iba a chocar contra las puertas!

Pero exactamente cuando Jordin estaba segura de que su caballo haría contacto, las puertas se abrieron con una fuerte explosión. No solamente se abrieron, sino que se salieron los goznes, chocaron diez metros más allá contra la pared lejana dentro del palacio y cayeron al piso.

Su caballo atravesó la entrada, yendo a parar sobre el suelo de mármol y deslizándose hasta detenerse relinchando al lado de una de las puertas, a un total de diez pasos dentro del palacio.

Jordin se apeó de un salto, sorprendida momentáneamente por lo fácil que había violado el bastión de Feyn.

Examinó la rotonda. El oro brillaba desde el cielo abovedado como un sol invertido. En lo alto de las amplias escaleras, los altos y arqueados pasillos se dividían en cada dirección hasta correr toda la longitud del palacio.

Roland estaba sentado en su caballo, observando frenéticamente a su alrededor y por último mirando a Jordin. Saric se hallaba más sereno. Ninguna otra alma a la vista.

Sin embargo, aquellos desalmados se habían recuperado de la escena en los

portones y entraban a los terrenos de la Fortaleza, como petróleo fluyendo a través de un embudo.

El príncipe bajó del corcel, espada en mano, y atravesó el piso principal de la rotonda hacia las escaleras. Señaló el corredor occidental por encima, hacia el ala del senado.

—Por aquí. Puedo olerla.

¿Olerla? Jordin no sabía que oliera diferente de otros sangrenegras.

Un camino se abrirá.

Saric ya estaba desmontando. A fin de enfrentar la avalancha de sangrenegras afuera, tiró de su corcel y le golpeó la grupa. El animal resopló y corrió hacia la puerta, donde se unió al caballo de Jordin. La escena de los sementales blancos que se habían abierto paso sin ningún esfuerzo a través de las filas de sangrenegras hizo que los secuaces hicieran una pausa.

—Debemos hallar a Rom —opinó Jordin subiendo las escaleras, dos peldaños a la vez, tras Roland, y Saric a su lado.

—Yo voy por Feyn.

—Y yo te llevaré.

El príncipe lanzó una mirada por sobre el hombro mientras giraba en el pasillo oeste. Abajo, los caballos se encabitaron, y un relincho salvaje resonó en el techo abovedado. Los cascos de los animales se estrellaron contra el mármol, rompiéndolo, y luego echaron a correr escaleras abajo del palacio. Su destino ya no era preocupación de Jordin.

—Ella seguirá con vida —advirtió la joven alcanzando a Roland.

Este se quedó en silencio, con intención en el rostro, cegado por la ira aun después de la demostración de poder que acababa de presenciar.

—Con vida, Roland, ¡con vida!

Corrieron a lo largo del pasillo, pasando el final de la plaza de la rotonda donde esta se convertía en un enorme corredor; luego pasaron puertas de oficinas y las banderas de las naciones, hasta llegar al atrio del senado. Cuatro sangrenegras hacían guardia afuera de las puertas, lo cual significaba que adentro estaba alguien digno de proteger. Roland corrió hacia los centinelas, sin haberle respondido a Jordin.

La sala del senado. Así que Feyn se había retirado al lugar de su resurrección a manos de Saric seis años atrás. Aquí ella había vuelto a la vida. Aquí daría su última resistencia o respiraría su último aliento.

Jordin disminuyó el ritmo hasta detenerse mientras dos de los guardias salían para interceptar a Roland. Ambos dejaron sus cabezas en el suelo. Sus cuerpos cayeron cerca. Los otros dos giraron para tener una mejor posición, el miedo les deformaba los rostros.

Roland abrió las puertas del atrio y desapareció en el interior.

—¡Quietos! —exclamó Saric levantando la mano derecha a los sangrenegras de pie mientras disminuía el ritmo a un enérgico paso.

Ellos parpadearon. Permanecieron quietos. Jordin lanzó una mirada a Saric mientras pasaba junto a él por el atrio. La joven cruzó hacia las enormes puertas interiores de la sala del senado justo cuando Roland las abría de par en par.

Entraron juntos, pero se detuvieron al unísono a tres metros dentro de la sala.

La escena que recibió a Jordin hizo que un escalofrío le recorriera la columna vertebral.

Feyn se hallaba en el estrado, una larga túnica dorada sobre un vestido de noche. El cabello le caía hasta la cintura en largas ondas negras, suelto. Los brazos a sus costados, el anillo del cargo reluciente en la mano. Su mirada era dura como la piedra, el rostro tallado con amargura. Tenía un cuchillo en la mano. Esto no le preocupó a Jordin. Tampoco los cincuenta sangrenegras divididos a izquierda y derecha de Feyn, mirando con intensa malignidad.

Lo que la alarmó fue la ausencia de Rom.

La puerta se cerró con un ruido sordo detrás de ella. El pestillo se aseguró en su lugar. Saric dio un paso hacia el extremo opuesto de Roland y asimiló con calma la escena.

El fin podría llegar aquí.

Capítulo treinta

POR VARIOS E INTERMINABLES segundos reinó el silencio en la sala del senado. Nadie se movió. En lo alto, las luces eléctricas estaban encendidas... Jordin había visto que se apagaban las de las paredes cuando se aproximaban. Según parece solo habían cortado el suministro hacia los muros.

La joven no podía analizar un espectro total de sensaciones intensificadas que sin duda Roland tenía en ese momento, pero conocía esa mirada de odio. Podía ver el desafío total en el rostro del príncipe. La ira resplandecía en los ojos negros de Feyn.

El cuchillo en la mano de la mujer.

Feyn sacó la otra mano empuñada.

—Este es tu momento, Jordin —expresó Saric en voz baja—. Visualiza lo que debes ver.

Jordin miró de Feyn a los sangrenegras, abarcando todos los lados del estrado.

Ve...

—Sé quiénes son ustedes —gritó Feyn, mirándola fijamente—. Jordin, amante de Jonathan, el aspirante a soberano que por medio de ese nombre dio lugar a una especie desviada. Y tú, Roland, supuesto inmortal. Aquí hallarás la muerte.

La regente caminó hacia el borde del estrado.

—Y tú mi *querido* hermano. Vienes a verme morir donde me trajiste a la vida, ¿verdad? Qué original y poético. Un exsoberano, una que se hace llamar soberana, y uno que sería príncipe... ¡y sin embargo ustedes están delante de la única y verdadera soberana del mundo!

Una profunda calma se asentó sobre Jordin. En otra época pudo haber temblado ante esas palabras. Pero ahora... solo veía a una mujer que había olvidado quién era. Que parecía ridícula parada en medio de su propia rabia y justicia.

La vida era un ciclo de recordar y olvidar, le había dicho Jonathan junto al lago; de recordar que carne y hueso solo son un sueño junto a la realidad detrás de ellos. Un ciclo de volver a olvidar la misma verdad, después de solo minutos u horas de comprenderla. Por eso los soberanos experimentaron tal claridad de conocimiento, y hasta de fragmentos del futuro, inmediatamente después de tomar la sangre de Jonathan hace seis años... solo para olvidar el camino de ese conocimiento.

—Si esto es lo que deseas, esto es lo que te daré —gritó Feyn—. ¡Muerte y más muerte hasta que ni siquiera un solo inmortal robe mi aire de la tierra!

El perfecto amor echa fuera el temor, le había dicho Jonathan, y también la ira, los celos y la mala intención.

Jordin había entendido en ese momento que el mundo que se esclavizó ante el Orden había olvidado el único antídoto para los males que lo plagaran en una era anterior.

El amor. ¡Qué claramente lo veía ella!

Sin embargo, Roland no lo veía, pues estaba salpicado de pies a cabeza con la sangre de sus víctimas.

Arrastrando la punta de su espada a lo largo del suelo detrás de él, el hombre se adelantó por el pasillo central, la mirada fija en Feyn.

Permítele ir, Jordin.

Ella respiró sin esfuerzo y se contuvo.

—Mátenlo —gruñó Feyn.

Seis sangrenegras en cada lado brincaron del estrado y salieron hacia adelante, hojas listas. Fieles hasta el final, sin duda conscientes de que Roland podía superarlos.

Pero tendría dificultades para vencer a los otros diez que les siguieron, o a los diez más que de pronto se movieron a cada flanco y corrieron hacia los pasillos laterales.

El príncipe caminó a grandes pasos sin perturbarse, como si lo hubieran cegado de veras, tanto en mente como en vista.

Los sangrenegras se aproximaron, corriendo a una velocidad discordante con su corpulencia.

Jordin se mantuvo en su sitio. Pero Feyn no se mostraba muy resuelta.

—¡Mátenlo! ¡Decapítenlo, gusanos patéticos!

Roland ni siquiera levantó su espada de la larga marca que había dejado a lo largo del suelo, hasta que el primer sangrenegra llegó y quiso darle uso a su hoja.

Entonces el príncipe se movió con asombrosa velocidad. Se dejó caer de cuclillas mientras la espada giraba por encima, y luego se levantó para darle un cabezazo que envió al suelo al sangrenegra con un fuerte crujido. Este se tambaleó contra el hombre detrás de él.

Roland aprovechó su impulso, saltando sobre las largas bancas del senado a su derecha antes de que sus enemigos pudieran recuperarse. Corrió a través de las partes altas de las bancas con la agilidad de un gato, mostrando un juicio mucho mejor de distancia y peso que sus perseguidores sangrenegras.

Los guerreros de Feyn despejaron el pasillo central y fueron hacia las gradas, corriendo junto a las bancas con devastadora velocidad a fin de interceptarlo.

Pero Roland había programado perfectamente su salida, esperando hasta que todos menos diez hubieran bajado de la plataforma yendo tras él. En un último brinco, y evitando apenas dos espadas que chocaron donde habían estado sus piernas, salió de la última banca, corrió dos zancadas, y saltó sobre la plataforma a menos de cinco pasos de Feyn.

Espera... espera...

Jordin se contuvo observando lo que pasaba.

Solo ahora Roland usó su espada, moviendo rápidamente el cuerpo para acuchillar los cuellos de los sangrenegras más cercanos en la plataforma. Lanzándola como un cuchillo contra el rostro de un tercero. Rodando para evitar la carga de otros tres hasta quedar por detrás y a la izquierda de Feyn que empuñaba un cuchillo de gran tamaño.

El príncipe iba a apoderarse de Feyn, ¿pero con qué fin? Los sangrenegras sobre el suelo del senado subían ya al estrado por todos lados.

Jordin comenzó a caminar hacia la tarima con la mirada fija en Roland. Pero él no tuvo tiempo de notarla. El príncipe se lanzó detrás de Feyn, eludiendo la malvada puñalada del cuchillo de ella. Se lo quitó de un manotazo, haciéndola girar, agarrándole el cabello con una mano, y tirándole la cabeza hacia atrás en un ángulo indecente.

—Ordénales que se retiren —gruñó él presionándole el cuchillo contra la yugular.

La mujer luchó, y Roland presionó más la hoja con suficiente fuerza para sacarle sangre.

—¡Atrás!

—¡Retrocedan! —gritó ella.

Los sangrenegras se detuvieron bruscamente... todos menos uno, quien se lanzó hacia el frente del estrado con un gruñido. Roland lo pateó en los dientes con un audible crujido de tacón contra mandíbula. El guerrero cayó con un golpe seco.

La sala del senado quedó en silencio.

Jordin siguió caminando por el pasillo, la mirada fija en Roland, quien arrastraba a Feyn hacia la salida posterior del estrado. Estaba claro que se disponía a salir por esa puerta. Que no la dejaría viva sin hacer antes lo que había determinado.

Entonces saldría al campo de batalla y pelearía hasta el final.

Ahora, Jordin. Ve. Haz lo que sabes hacer.

—Roland.

La voz femenina era suave, pero no carente de poder. La joven observó la oleada de energía que salía de ella y corrió a reunirse con Roland donde él se hallaba. El príncipe giró los ojos y la miró por encima de la cabeza de Feyn, como si recordara por primera vez que la joven aún se encontraba en el aposento.

—No Roland.

Las palabras salieron de la boca de Jordin como ondas silenciosas y violentas, como calor sobre un camino llameante. Cuando estas lo rodearon, el guerrero hizo una pausa y pareció confundido.

—No, Roland. Ahora no.

El movimiento de él se paralizó, un puño anudado lleno de cabello de Feyn, una mano presionando el cuchillo contra la garganta jadeante. El rostro de la mandataria había palidecido como hueso blanqueado, los labios contraídos tanto en furia como

en miedo.

—Ni nunca —declaró Jordin.

La joven estaba consciente de que todos la miraban. De que se quedaron paralizados en las garras de un poder que posiblemente no podían entender, mucho menos resistir. En cuanto a ella, todo el salón se había convertido en una imagen alerta mucho más real que la obra teatral que se acababa de desarrollar con todos sus gritos, saltos y oscilaciones de espadas.

Un juego de niño malcriado y enojado. Una locura.

Y ella, portadora de serenidad.

De verdadera soberanía.

Jordin trepó los peldaños y subió a la plataforma, la mirada fija en la de Roland. Durante varios largos segundos descansó en la presencia dentro de ella. La presencia de Jonathan, zumbándole a través de las venas. De agua, árbol, tronco y ramas...

De vida más allá del velo.

Dio un paso al frente, sintiendo apenas el suelo debajo de los pies.

—Tú, Roland, estás destinado al trono. Gobernarás en un reino mucho más grandioso que el que buscas. En un reino lleno de más poder del que comprendes.

Él parpadeó, con ojos entrecerrados, consternado.

Jordin se detuvo a tres pasos delante de Roland. La compasión se extendía a través de ella como una brisa ardiente. Roland se presentaba como el príncipe de los inmortales, librando una guerra por principios, atado a un honor que era tanto su identidad como el motor de su cuerpo. Él era un hombre que podía chasquear los dedos para convocar a batalla a mil magníficos, o que con una sola orden podía hacer que estos se arrodillaran.

Y sin embargo aquí estaba, luchando por contenerse ante una muchacha huérfana a quien él mismo una vez salvara para tenerla a su servicio.

Una muchacha que había venido para mostrarle la salvación.

La joven cerró la distancia entre ellos, apenas consciente de la frenética respiración de Feyn y de su largo cuello blanco sangrando bajo la hoja del príncipe.

—Te amo, Roland —manifestó Jordin levantando la mano hacia el rostro del hombre y acariciándole la mejilla con el pulgar.

Las palabras fueron transportadas en luz blanca. Fluyeron dentro de los ojos de él, a través de su piel, y se apoderaron de la parte alta de su cabeza. Jordin supo entonces que hablaba con integridad, sin posturas ni posiciones para sacar provecho.

Jonathan también le había dicho que ella amaría de veras a Roland. Que ese era el regalo de Jonathan para ella, para los dos.

Las cejas del príncipe se entrecerraron. Una lágrima le brotó del ojo derecho y se le deslizó por la mejilla. Las ataduras equivocadas de lealtad a su reino rechazaban el amor incondicional, un amor que no conocía estatus o posición. Y Jordin solo sintió

compasión por la resistencia del hombre.

—Te amo —repitió ella, con ojos llenos de lágrimas.

La joven bajó la mano.

—Es hora de renunciar a tu sufrimiento. De abrazar un nuevo poder y una nueva vida.

Roland comenzó a hablar, pero cualquier cosa que deseaba decir salió solo como un balbuceo.

—Vas a poder ver —continuó ella ofreciéndole un gesto superficial de aprobación—. Ya lo haces. Sientes mi amor lavando tus temores más profundos. Ríndete, mi amor. Ríndete y vive.

El rostro de Roland se tensó poco a poco por la emoción. Rendirse no residía en su mundo. No conocía tal palabra, a no ser solo como debilidad... no como poder.

—Deja que Jonathan te salve, Roland. De esto. De ti mismo.

Los labios del hombre se separaron mientras sus ojos derramaban lágrimas que se arrastraban a través de las salpicaduras de sangre que le manchaban las mejillas.

—Gobierna conmigo en un reino donde todos se sientan en tronos de amor. Suelta a Feyn. Ella será soberana de este mundo. Esta será la carga que deba soportar, no es la tuya —añadió Jordin y repitió—. Suéltala.

La joven supo que no fue a ella, sino a la verdad en el propio corazón del príncipe a la que él obedeció mientras relajaba la hoja en la garganta de Feyn. Bajó el cuchillo y soltó el cabello de la mujer.

Feyn dio un tirón hacia delante y se soltó del agarre de Roland.

—Vas a poder ver, mi príncipe —expresó Jordin dejando que su mirada se posara un segundo más en Roland—. Te lo prometo, vas a ver.

—¡Mátenlos! —gritó Feyn, con voz llena de horrible pavor.

Pero sus sangrenegras, o estaban demasiado confundidos por el extraño poder en el salón, o demasiado impactados por la escena de su creadora, completamente contraída por el terror. No se movieron.

—No —declaró Jordin volviéndose hacia Feyn.

El engaño en la regente era más profundo que el de Roland, fluyéndole por cada célula del cuerpo a través de venas ennegrecidas por la alquimia. Pero la vida que ella probara una vez hace muchos años aún vivía detrás de esa oscuridad, una diminuta brasa esperando solo un aliento de amor para avivarle el fuego.

—No —repitió Jordin.

Oleadas de luz fluyeron entre las mujeres.

Feyn estaba perdida en ira. Lanzó un tembloroso dedo hacia Roland y escupió su exigencia con saliva volando más allá de sus labios.

—¡Ordené que acabaran con ellos!

—¡No! —exclamó Jordin, su grito llenó el salón con un atronador eco que la

sorprendió incluso a ella misma.

El rostro de Feyn se contrajo en confusión. Lentamente bajó los brazos y retrocedió un paso. Temblaba visiblemente.

—No tienes derecho... —balbuceó ella con voz débil y desesperada—. Tú...

La regente pareció perder la noción de sus intenciones, tomada desprevenida por esa única y aplastante palabra arrojada en su cara.

—No, Feyn —repitió Jordin con más calma—. El momento para matar ya pasó. Se le acercó más.

—He venido con el fin de darte el poder para el que naciste. Como soberana.

—Yo... —masculló Feyn mirándola, perdida.

—Tú naciste soberana, la séptima elegida por el tiempo en el ciclo de Renacimiento. Debes reinar sobre el mundo, no como sangrenegra ni amomiada, sino como soberana —comentó Jordin, observando la verdad de sus palabras que fluía hacia Feyn—. Óyeme. Jonathan vino para ser soberano, pero no en este reino. Vino a traer un nuevo reino a un mundo perdido en muerte. Y él murió para que pudieras llevar luz soberana a todos.

—Yo... yo voy a morir —balbuceó Feyn con suavidad.

—No. No vas a morir. Saric sabe esto ahora. Yo lo sé. Tú también debes saberlo.

—Soy la creadora del mundo.

—Creadora solamente de tu sueño patético. Un sueño que solo produce desgracia y muerte. Pero no fue para eso que fuiste elegida desde el principio.

Los labios de Feyn se extendieron en una súplica silenciosa y desesperada.

Jordin se le acercó y extendió el brazo hacia esa mano temblorosa. La tomó con ternura entre la suya. La levantó, y con los ojos perforó el grueso velo de confusión en los ojos de la gobernadora del mundo.

—Debes permitir que la sangre de Jonathan te traiga vida —siguió diciendo Jordin en un tono profundo y seguro—. La sangre antigua que Rom te dio te abrió un camino. Solo entonces podrás despertar al reino soberano donde Jonathan gobierna de verdad, vivo.

La joven metió luego la mano en el bolsillo y sacó el objeto que llevaba adentro y que Saric le entregara. Dos sencillas endoprótesis conectadas por una manguera del tamaño de un brazo y una bomba de caucho en forma de vejiga. Feyn se quedó rígida.

Jordin le sostuvo firmemente la mano.

—Todo lo que ha pasado estaba destinado a ocurrir, Feyn —expresó Jordin; aún con la mano de la regente en su mano izquierda deslizó la derecha hacia una de las endoprótesis y la llevó a su propio brazo—. Todo.

La joven deslizó el agudo tubo metálico en la vena de su propio brazo, recibiendo con agrado el pinchazo de dolor.

Feyn comenzó a gimotear. Su cuerpo se estremeció de pies a cabeza mientras la

sangre negra en ella gritaba con repulsión. Las lágrimas le bajaban por las mejillas hasta caerle por la barbilla.

Al fondo de la sala del senado se hallaba Saric, inmóvil... las lágrimas le brillaban en las mejillas.

Las tinieblas en su mente se opondrán —había dicho Jonathan—. *Pero Feyn es mucho más fuerte de lo que ni siquiera ella sabe. Dale vida, Jordin. Tú tienes mi sangre. ¡Dale vida!*

—Ríndete —pronunció Jordin, mirando directo a esos ojos inyectados de sangre; la agonía en ellos le afligió el corazón, y se preguntó por un instante si ella tendría la fortaleza necesaria para salir de tan profundo pozo de desesperación—. Ríndete.

Feyn cerró los ojos y comenzó a gimotear mientras las lágrimas le bajaban a torrentes por la cara. Luego un lamento, un gemido intenso que hizo retroceder horrorizados a sus sangrenegras.

Las piernas temblorosas perdieron sus fuerzas; la mujer cayó de rodillas delante de Jordin. Abrió la boca en un grito angustioso y entrecerró los párpados. El cuerpo se le rebelaba, pero los ojos negros suplicaban vida. Una chispa de luz. Un rescate del tormento que le desgarraba el alma.

—Toma la sangre de Jonathan. Encuentra vida —dijo Jordin, levantando la manga de terciopelo del vestido de Feyn, y luego empujando la endoprótesis profundamente en la vena negra como tinta en la curva del codo.

La joven envolvió los dedos alrededor de la bomba hasta la mitad de la manguera y bombeó. Vio su propia sangre roja carmesí fluir dentro del tubo, a través de la bomba misma, y luego bajar por la manguera y entrar en el brazo de Feyn.

El lamento de la gobernadora mundial se convirtió en un chillido agudo. Se echó bruscamente para atrás, pero Jordin le sostuvo el brazo con mano firme.

—Encuentra vida, mi soberana. Encuentra vida.

Las palabras brotaron como una luz blanca, fluyendo sobre el rostro y el pecho de Feyn, mientras gritaba como a quien se le despelleja vivo.

Porque así era.

—Vida —susurró Jordin en voz baja.

Pero la oleada de luz de su última palabra no fue suave. Se estrelló en Feyn sofocándole los gritos de dolor.

El cuerpo de la mujer dejó de funcionar y se desplomó en el suelo como muerto.

Capítulo treinta y uno

EL PULSO DE FEYN le explotó en los oídos, insoportablemente fuerte y aumentando de modo increíble cada vez más. El fuego le quemaba las venas y le encendía los nervios. En alguna parte en la distancia alguien gritaba.

Morí, pensó.

Al menos sería por última vez.

Se entregó a la oscuridad cuando esta la rodeó, al dolor insoportable que la arrastraba desde ese olvido. Hacia el terror.

Le llegó como una ola negra, llenándole los pulmones y nublándole la vista. Temor, culpa, vergüenza, orgullo, ira... todo a la vez. Intentó respirar y descubrió que no tenía respiración. En el zumbido detrás del martilleo del corazón, una risita lejana, lenta y siniestra. El grito otra vez, levantándose sobre la risa, demasiado fuerte para ser humana.

Permíteme morir. Deja que todo termine de una vez.

La acusación de cada fracaso. De la sangre en sus manos. De las muertes añadidas a su conciencia. Todos esos rostros estaban delante de ella: Seth, Dominic, incontables miles. Los amomados en Bizancio, huyendo, rogando, suplicando por sus vidas. Las mujeres arruinadas por los sangrenegras. Los amomados condenados por el dominio de la regente. Nunca podría pagar. La carga de la soberbia, de eclipsar al Creador, de aspirar a un trono que no podría llenar ni con su mayor odio, ambición o deseo. Inútil. Vacío. Sombrío.

No podía soportarlo.

Gritos otra vez, interminables gritos. Los suyos.

Creador, ¡toma mi vida!

El infierno no podía ser peor que esto.

Pero luego fue peor. El cuerpo se le encendió. Feyn rasguñó, pero no halló nada, ni siquiera aire, estaba ciega en un mar de alquitrán.

Y totalmente sola.

Solo había esto: un espacio infinito poblado por su propio dolor, del cual no podía deshacerse. Un precio que nunca podría pagar.

Los martilleos comenzaron a desvanecerse. La risa ya había retumbado en nada.

El silencio y la oscuridad se posaron sobre ella como una cobija.

Incluso sus pensamientos, sus ruegos de muerte, habían desaparecido.

El silencio. Tenebrosidad... por cuánto tiempo, no lo sabía.

Feyn tomó conciencia de algo solo cuando un zumbido vacío entró lentamente en el silencio. Comenzó como una vibración en alguna parte en la distancia, extendido y tan inacabable como una línea, y se expandió en cada dirección, sin encontrar el este o el oeste. Interminable. Un zumbido, creciente en ondulación hasta que ya no era

uno sino dos. Una amplia franja de sonido en un espacio por lo demás vacío... no, no vacío del todo, sino atiborrado con un espectro de sonido.

Bandas de luz. Color. Llenando el vacío, imposiblemente repleto, doblándose sobre sí mismo. Este. Oeste... interminable.

¡Y ahora, una explosión de luz! La cegó, aunque ella sabía que no veía con los ojos. Increíblemente brillante.

Tambores a lo lejos. Débiles como un repiqueteo, llegaban tintineando como un pulso. Como un corazón palpitando hacia una vida rápida y vertiginosa.

La mujer estaba esperando la risa. No vino. Nunca vendría. La culpa, la vergüenza... ¿dónde estaban? El deseo de morir, el dolor que esto producía. ¿Dónde estaba el agujón?

Respiró profundo, sintió el aire entrándole en los pulmones, lo *sintió* entrar en cada célula, vibrando en el momento en que actuaba dentro de ellas.

Hora de despertar.

No.

Yo estaré contigo.

Nunca me abandones.

Feyn parpadeó con los ojos abiertos. Un aparato eléctrico brillaba en lo alto. Algo rememorado y lejano. El zumbido se estaba apagando, y ella cerró los ojos.

No me sueltes. No me dejes.

Nunca te abandonaré.

Como en respuesta, unos dedos la agarraron del brazo.

—Feyn...

No...

El suelo duro bajo la espalda, el sudor atrapado dentro del pesado terciopelo de su vestido, apelmazándole el cabello a la nuca, una red de pelo sobre el rostro.

Una cara le oscureció la visión.

Jordin.

Feyn empezó a impulsarse hacia arriba, cayó, rodó sobre el hombro a lo largo del piso. Tenía la manga levantada, una herida le sangraba del brazo. La sangre aún estaba húmeda, y comprendió que de algún modo una eternidad de terror había pasado en instantes.

Todavía estaba mirando la herida cuando se dio cuenta de que las venas debajo de su piel estaban desvaneciéndose. Allí, delante de sus ojos, como retirándose detrás de un telón. Su piel... ¿no había sido blanca? Pero ahora la inundaba el color. Agarró la manga, la subió aun más. El tono dorado le oscurecía la piel delante de sus propios ojos. No tan pálida como había sido en su vida de mandataria, genéticamente lograda por el virus para producir hermosura sin derramamiento de sangre en la realeza, sino el color de piel como había sido *antes*.

Levantó la mirada con asombro. Allí estaba Jordin, de pie al alcance de los brazos. Y detrás de ella...

Roland, apoyado en una rodilla, el rostro húmedo con lágrimas.

¿Había sido alguno de ellos tan encantador para ella? Incluso sangrando y manchados por el fuego de la batalla, ¿había visto ella alguna vez un alma tan torturada y hermosamente destrozada? Roland, a quien Feyn había odiado. Sin embargo, el corazón se le desgarró al verlo ahora.

Miró a Jordin. A esta mujer con sabiduría que ni siquiera ahora podía comprender. Esta mujer dotada de más poder del que Feyn pudo haber presumido alguna vez.

—Estoy...

La voz le falló. Miró alrededor a los sangrenegras, que la miraban confundidos. Una vez le pertenecieron, pero ya no. Por un breve momento se compadeció de ellos.

—¿Estoy viva? —preguntó dirigiéndose otra vez a Jordin.

—Viva —sonrió la joven—. Muy viva.

—¿Igual que tú?

—Sí —contestó Jordin tomándole la mano—. Y aún no del todo. Podría tardar algún tiempo.

—Jordin, estoy listo —intervino Roland, a metro y medio de distancia, levantando la cabeza, las pestañas húmedas, las mejillas manchadas con lágrimas y sangre.

—Sí. Tú eres mi príncipe. Lo eres.

Se levantó y se movió hacia ella, mirando a Feyn y luego a los ojos de Jordin. Había una ternura en la mirada del hombre que la mandataria nunca antes había visto... un león inclinado ante un poder superior al suyo propio.

—Perdóname...

—Silencio... —solicitó Jordin poniéndole un dedo en los labios.

—Dame esto —pidió él.

—Lo haré —prometió Jordin, quien parecía luminosa, no con luz sino con la misma vida que le fluía a través de las venas; una pequeña sonrisa le acarició los labios—. Lo haré.

Feyn giró y miró hacia las puertas del senado donde él había estado de pie. Saric. Se había ido. Ella miró alrededor de la sala, pero no había señales del hombre.

—¿Dónde está mi hermano? ¡Él tiene que saber esto!

—Lo sabe, Feyn. Lo sabe —aseguró Jordin con voz tierna, como si sus palabras tuvieran gran significado para ella—. Muy pronto lo verás. Hay asuntos más urgentes en su mente ahora mismo.

De repente le volvió el recuerdo de la batalla, haciéndole a un lado la surrealista escena ante ella.

—¡La batalla! Tenemos que detenerla.

Roland miró hacia la entrada, como si solo ahora recordara la guerra que se libraba fuera de sí mismo.

Feyn se levantó sobre las rodillas y se volvió hacia los sangrenegras.

—Detengan la batalla. Envíen el mensaje a los comandantes. Retrocedan. La batalla está ganada. ¡Necesito vivos a los inmortales restantes!

Ellos miraron por todos lados, confundidos. ¿No acababa ella de hablar, dándoles una orden?

—Te fueron leales, ligados por sangre —comentó Jordin en voz baja.

Pero ya no lo estaban.

Feyn se puso de pie tambaleándose, abriendo el broche de la túnica que se le había torcido alrededor del cuello, y dejándola caer al suelo. Oscilando aún sobre los pies, se enderezó y se dirigió a los sangrenegras.

—Ustedes irán al campo y detendrán la guerra —ordenó enfáticamente, señalando la puerta con el dedo.

Algunos hicieron como que iban, pero otros permanecieron boquiabiertos.

—¡Vayan! —gritó Feyn.

Lanzando miradas por sobre los hombros, los sangrenegras comenzaron a salir en fila, ganando velocidad mientras caminaban. La mujer observó hasta que el último de ellos se hubo ido, y luego miró a Roland.

—No tienes seguridad de que vayan a obedecer —comentó Roland, recogiendo el cuchillo y poniéndolo rápidamente en la funda—. No sé cuántos de mis hombres todavía viven, pero aún hay tiempo. Ellos también tomarán la sangre.

—Mis sangrenegras no seguirán tus órdenes. Debo ir yo.

—Ve entonces. Yo voy por mis hombres.

La mirada de Feyn se dirigió al cuchillo que Roland le había arrebatado de la mano. Caminó hasta el arma y la metió en la funda que le colgaba de la cadera, orando porque no la necesitara.

—Los otros sangrenegras estarán muertos en veinticuatro horas —informó Jordin—. De lo único que deberás preocuparte después de eso será de quemar los cadáveres.

Muerto. Cada sangrenegra construido o convertido. Feyn soltó una lenta respiración de consuelo hasta que...

—¡Rom! —gritó.

—¿Qué pasa con él? —inquirió Jordin girando.

—Tengo que salvarlo. Lo condené.

Jordin reflexionó por un momento. La calma pareció asentarse sobre ella mientras lo hacía, la misma serenidad que había mostrado antes.

—Entonces debes salvarlo —expresó la joven y se dirigió a Roland—. Estoy contigo. Demasiados inmortales han entregado hoy sus vidas. Basta.

—Gracias —manifestó el príncipe nivelando la mirada con la de ella, tomándole la mano por las yemas de los dedos, llevándosela a los labios y luego besándosela—. Gracias.

Entonces giró sobre los talones, bajó volando del estrado y caminó por el pasillo. Jordin lo siguió de cerca.

Ellos detendrían la batalla, pero la mente de Feyn ya no estaba en miles de individuos. Solo en uno.

Rom. El hombre que primero le había mostrado la vida muchos años atrás... el hombre a quien ella había sentenciado a morir apenas una hora antes. El corazón le palpitaba con fuerza. El recuerdo de esos rostros sombríos, de esa total condenación, volvió a ella.

¿Pero a dónde lo habría llevado Corban?

Creador, ¡concédeme que no sea demasiado tarde!

Feyn corrió hacia la puerta, la mente le daba vueltas.

La entrada a los laboratorios había quedado protegida por un solo sangrenegra, quien lanzó a Feyn una extraña mirada a medida que ella se acercaba; por un momento la mujer se preguntó si él se haría a un lado.

Lo pasó sin pronunciar una palabra, y él no se movió para desafiarla.

Solo al estar dentro del gran laboratorio iluminado por luces bajas de trabajo, Feyn se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Pasó la primera fila de cubículos de trabajo antes de agarrarse la falda y salir corriendo.

Creador, concédeme que no sea demasiado tarde. Ella había hallado nueva vida. Pero no sabía cómo podría vivir consigo misma si encontraba a Rom muerto.

Cuando llegó a las celdas del calabozo no halló señales de él. El corazón se le paralizó. Agarró las barras de la última celda y miró el candado. No, no lo habrían traído aquí. No para matarlo.

Feyn se apresuró a regresar a la gran cámara, corrió a través del laberinto de mesas y regresó al salón que contenía los sarcófagos de cristal llenos de sangrenegras en formación. Ver esos cuerpos la había llenado antes de orgullo. Una vez los había considerado algo hermoso. Al ver ahora las formas sin vida sintió repugnancia. Este era un lugar de horrores.

Se volvió, miró alrededor, momentáneamente perdida. Y luego comenzó a moverse con pasos largos y rápidos hacia el laboratorio privado de Corban.

Se deslizó adentro. Las mesas estaban llenas de frascos negros, basura descartada, endoprótesis y mangueras, notas arrugadas, algunas esparcidas por el suelo. Feyn pasó el laboratorio principal hacia la suite de observación.

Incluso desde afuera pudo ver la luz brillando debajo de la puerta. El corazón se le agitó, e intentó llenarse de esperanza. Abrió la puerta hacia el salón exterior y dio

un paso hacia el interior, respirando a toda prisa.

Allí constató movimiento a través de la ventana hacia el salón interior: Corban, en una túnica negra sin su bata de laboratorio, parado ante la mesa, de espaldas a ella. Su acólito se hallaba en la esquina de la cámara, escribiendo notas. Y amarrado a la silla...

Rom.

La cabeza del hombre estaba caída hacia atrás, y parecía estar sangrando por una herida fresca en el rostro. Tenía las mangas arremangadas, una endoprótesis en el brazo, la manguera colgando hacia el piso, goteaba sangre.

Mientras ella observaba la escena, él levantó la cabeza y abrió el ojo izquierdo. El otro estaba casi cerrado por la hinchazón. Feyn jadeó, corrió hacia la puerta interior y la abrió.

Corban giró desde su mesa de trabajo, sobresaltado.

—¡Mi señora! Precisamente yo estaba... —exclamó, entonces se interrumpió e inclinó la cabeza.

—¡Libéralo! —ordenó Feyn.

Ella misma lo habría hecho, pero el aspecto de Corban le llamó la atención.

La piel, pálida como había sido una vez la de la mandataria, había comenzado a pelársele del rostro. Yacía abierta y hecha jirones alrededor de llagas que segregaban pus. Las manos, normalmente enguantadas, estaban descubiertas, ennegrecidas con manchas. La carne también se estaba desprendiendo en ellas.

El alquimista la miraba de manera extraña, y dio un paso hacia ella.

—Tu cara —dijo ella.

—Sí. Mi cara. Y mi espalda. Y mis manos —advirtió él levantándolas con el dorso hacia arriba para que ella las viera—. Se están pudriendo, aunque aún estoy vivo. El resultado de una prolongada exposición al virus mientras me he esclavizado a fin de encontrar un antídoto para salvarla a usted. Mi regalo es una muerte prematura.

Así que el hombre había notado la diferencia en Feyn. Ella sintió la pérdida de conexión entre ambos, pues él ya se había vuelto en su contra... lo podía ver en los ojos del alquimista. Y ahora veía que él había estado en los últimos estertores de locura, tratando frenéticamente de extraer respuestas de Rom antes de matarlo.

—Libéralo —ordenó Feyn.

—¿A tu amante? —objetó Corban, tuteándola por primera vez—. Te interesas más por esta *cosa* que por mí, ¡que he trabajado a costa de mi pellejo para salvar tu vida! Ni te importa el costo para mí, que lo hice por lealtad; porque debía hacerlo... estábamos ligados por sangre. Pero ahora siento que tú, mi señora, estás muy cambiada.

Corban atravesó la distancia entre ellos en dos largas zancadas. Ahora Feyn pudo

olerle la podredumbre en la carne. Cuando él abrió la boca para hablar, pudo verle los dientes bordeados de negro.

La nariz del alquimista se arrugó de disgusto. Ella comprendió por primera vez que él podía olerla, que de su propia piel venía el mismo olor ofensivo que antes asociara con Rom y todos los soberanos.

—Tu piel ha perdido la palidez de la realeza. Y tus ojos... —masculló él estirando la mano hacia ella, como para volverle la mejilla de tal o cual manera, pero Feyn se la apartó de una manotada.

—¡Aléjate!

Corban no mostró indicio de que la hubiera oído, mucho menos de que iría a obedecer.

—¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo hiciste para arreglártelas cuando yo no he encontrado solución alguna? —preguntó él acercándose más, respirándole el aliento fétido en el rostro—. ¿Cómo es posible que tú encuentres salvación y me dejes a mi suerte?

Feyn lo miró en silencio. El odio inundaba los ojos del alquimista mientras la verdad plena se le asentaba en la mente.

—Entonces es verdad. Rom aseguró que tú conociste una vez la contaminación de ese antiguo frasco.

El individuo se volvió, lentamente. Luego, en un repentino arrebató de ira hizo oscilar el brazo a través de la mesa, lanzando contra el suelo frascos, instrumentos, jeringas y juegos de mangueras. El amomado Ammon se apoyó contra la pared, los ojos muy abiertos ante el espectáculo de su amo enojado, con las anotaciones aferradas al pecho.

—¡Nos has abandonado a todos!

—Perdóname —dijo Feyn, en voz muy baja.

Él se volvió para mirarla. Era la mirada del condenado observando el rostro de los vivos.

—Perdóname —volvió a decir ella.

El sonido que salió de Corban comenzó como un lamento de dolor. Se agarró la cabeza jalándose el pelo, mientras el sonido se profundizaba en un grito gutural.

Ammon se deslizó hacia la esquina lejana.

—¡Yo creé tu ejército! —bramó el alquimista—. Creé a tus amantes, a tus secuaces a la medida... ¿para qué? ¿Es esta mi recompensa? ¡Me has enviado a la tumba!

El hombre giró y se lanzó contra Feyn. Ella se pegó contra la pared, pero él le cayó encima, presionándole la garganta con el antebrazo sangrante.

Detrás de él, Rom luchaba por zafarse las correas de cuero, las venas le sobresalían del cuello, los labios contraídos en señal de disgusto.

—¡Tú hiciste esto! —rugió Corban—. ¡Nos has matado a todos!

Feyn luchó contra el cadavérico peso del alquimista, quien era falsamente fuerte, como lo fuera ella antes. Ya sin su misteriosa fuerza, la mujer sintió que el antebrazo de Corban le aplastaba la tráquea, que el peso se le escapaba de los pies, que el cuerpo le subía a lo largo de la pared. Unos pinchazos le salpicaron la vista. Estiró la mano hacia el rostro de Corban, pero él lo alejó. Lo volvió a agarrar del pelo, con uno de los pulgares extendiéndose hacia el ojo del alquimista.

Los pulmones de Feyn luchaban en vano. Su cuerpo comenzó a sacudirse en busca de aire. Desesperada, le clavó el dedo en el ojo. El brazo que le presionaba la garganta reaccionó con abrumadora presión.

Feyn oyó un gruñido en los oídos, retumbándole como un tren que se le venía encima. Un alarido profundo y lleno de rabia cada vez más intenso por detrás del alquimista hasta convertirse en un potente grito.

Algo chasqueó. La mujer se preguntó si había sido su tráquea rompiéndose o su cuello.

Otro rugido gutural le inundó los oídos, esta vez desde más allá de Corban. Con la visión fallida vio el movimiento detrás del alquimista, arrollando como una sombra negra. Rom, irguiéndose.

Corban trató de girar la cabeza, pero Feyn le tenía el pulgar clavado en el ojo.

Ella estaba a punto de perder la conciencia...

El alquimista se echó hacia atrás, como golpeado por un mazo se estrelló contra la mesa lateral mientras Feyn se desplomaba en el suelo, jadeando con desesperación en busca de aire para los pulmones, los que se negaban a funcionar con suficiente rapidez.

Con el rostro sangrante, Corban voló hacia Rom, quien esquivó un puño oscilante dejándose caer sobre una rodilla, luego corrió hacia Feyn y agarró el cuchillo que ella llevaba en la cintura.

Con un fuerte grito, Rom giró y hundió la hoja por debajo de las costillas del alquimista. Extrajo el cuchillo, agarró a Corban por el frente de la sangrante túnica, y acuchilló al alquimista a través del cuello, cortándole la garganta, el hueso y la laringe.

Corban se tensó por un momento, con expresión de incredulidad por la aspersión de color rojo, antes de tambalearse hacia adelante.

Rom cayó de rodillas, respirando con dificultad, sangrando por la endoprótesis aún en el brazo. Bajó el cuchillo.

Feyn se arrastró por el suelo a toda prisa hacia él.

—Tenías razón —reconoció ella, esforzándose por hablar—. Tú... tenías razón, mi amor.

Alargó la mano hacia la cabeza de Rom, que había caído hacia adelante mientras él se combaba.

—Aún hay tiempo. Aquí... Aquí... —balbuceó Feyn forcejeando con la manga, y luego mirando los instrumentos esparcidos alrededor de ellos.

—No...

—Silencio. Déjame encontrar...

¿Dónde estaba? ¿Dónde estaba la endoprótesis de Corban? Ella había visto una aquí.

—Tú tomarás mi sangre. Esto va a acabar.

—Feyn. No funcionará —objetó Rom poniéndole una mano en el brazo.

—¿Qué quieres decir? Ahora soy soberana. ¡Tenías razón! Y *veo* —exclamó ella, enderezándose e inspirando largamente en los pulmones—. Por primera vez, lo sé. Conozco la *vida*.

—Tú aún te estás convirtiendo. No ha habido suficiente tiempo. Feyn... no funcionará.

—Entonces ven conmigo. Jordin está aquí. La encontraremos. Levántate. Rom, ¡levántate! —gritó Feyn mientras las lágrimas le bajaban por el rostro y ella no sabía por qué.

—Los inmortales la necesitan.

—Haz como te digo, Rom Sebastian. No te veré muerto por mis acciones, por salvarme. Corban tenía razón. ¡He enviado a suficientes a la muerte tal como es ahora mismo!

—Tus sangrenegras no nacieron para vivir. Nunca pudieron haber conocido la vida. Apenas la conocieron mientras vivieron... y no supieron nada de la verdadera bondad.

—Por lo que sé, Roland pudo haber llegado demasiado tarde para salvar a algunos de ellos. Levántate... ¡tenemos que hallar a Jordin! —declaró Feyn deslizándose el brazo debajo del hombro de él.

—No —sonó una voz detrás de ella—. Toma la mía.

Feyn giró hacia la voz a sus espaldas. Saric estaba de pie junto a la puerta abierta, mirando a Rom.

—Toma mi sangre —repitió.

La esperanza recorrió el pecho de la mujer, pero luego vio duda en los ojos de Saric. Era la mirada que tenían todos ellos... resuelta. Absoluta paz.

Feyn se levantó lentamente, conmovida por la mirada en el rostro de su hermano.

—Saric...

La mandataria había mirado dentro de los ojos de Jordin y también había visto paz total... pero había más en la expresión de Saric. Un misticismo, como si él ya se hubiera retirado de esta realidad.

—Es estupendo verte *viva* —comentó Saric con una tierna sonrisa curvándole el rostro y las lágrimas inundándole los ojos.

—Gracias, hermano —replicó Feyn, yendo rápidamente hacia él, abrumada de repente.

Entonces se inclinó en una rodilla y le tomó la mano, mirándolo al rostro. A su hermano, no al gobernante que había sido una vez, sino a quien se había levantado de las cenizas para mostrarles a todos un camino verdadero.

—Gracias —susurró ella.

—Esta es la manera en que siempre debió ser —manifestó él ayudándola suavemente a ponerse de pie—. Donde una vez traje muerte, ahora traigo vida. Soy yo quien está agradecido.

—Entonces que todos hallemos vida.

—La sangre de Jonathan me ha concedido vida, reemplazando en mí la sangre negra que costó miles de vidas. Diez mil... más —continuó él como si no la hubiera oído.

Algo, una determinación desconocida en la voz de él, envió un escalofrío por la nuca de Feyn.

—Pero eso ya no importa ahora, ¿ves? Estamos vivos, y puedes salvar a Rom. Reinarás conmigo, a mi lado.

—No, Feyn —objetó Saric levantando la mano de ella entre las de él mientras una lágrima se le escapaba del ojo—. Este ya no es mi reino para gobernar.

—¡Pero por supuesto que lo es! Ahora más que nunca.

Entonces le soltó tiernamente las manos y cruzó poco a poco hacia la silla.

—¿Saric?

—Mi viaje aquí terminó, Feyn. He tomado muchas vidas. Pero ahora salvaré a Rom y a los inmortales restantes.

—Tú y Jordin, quieres decir.

—No, Feyn. Hay más de treinta por salvar. Uno de nosotros debe dar todo lo que tiene.

Ella sintió que el calor se le drenaba de la cara.

—No. Eso no puede ser cierto —declaró, yendo hacia él, cayendo a sus pies y agarrándole la mano—. Acabas de volver a mí. Saric. Hermano. Tiene que haber otra manera.

—No —replicó él acariciándole tiernamente el cabello—. No la hay. Pero este es mi regalo para dar, y es pequeño. Uno que he esperado muchos años para poderlo entregar, sabiendo que este día iba a llegar. ¿No moriste una vez por el bien de la esperanza?

—Sí, pero...

—Entonces permíteme hacer lo mismo. No solo por el bien de aquellos que salve, sino por el bien mío. Por Jonathan. Por ti. Por Rom. Por los inmortales que podrán vivir a través de mi sangre.

Feyn miró a Rom y descubrió que la estaba mirando.

—Dile. ¡Dile que existe otra manera!

—Él tiene razón —contestó Rom meneando suavemente la cabeza.

—¡No! ¡No puede ser! Finalmente tengo vida, verdadera vida, con mi hermano, ¡por primera vez! ¿Por qué pasarías los años venideros lejos de mí? —cuestionó ella llorando amargamente.

—Tenemos el regalo de esta vez. Este momento vivirá, Feyn.

—Pero tú no.

—Sí, viviré —expresó Saric levantándole la barbilla—. Solo que no en este reino. Únete a mí en mi gozo por aquello que nos espera.

El hombre levantó la mirada y asintió con la cabeza hacia Rom, quien comenzó a mirar a su alrededor.

¡No!, quiso gritar ella. Pero aun aquí, había belleza. En toda su vida Feyn nunca había visto tan radiante a su hermano.

Rom hurgaba entre las cosas de Corban. Feyn lo miraba por el rabillo del ojo. Ammon había desaparecido. No importaba. Rom encontró la endoprótesis y una vasija grande. En silencio, se acercó a la silla y se arrodilló a un lado, levantando el instrumento mientras Saric echaba hacia atrás su andrajosa manga.

Saric inhaló profundamente, exhalando poco a poco, el rostro resuelto con profunda satisfacción.

Luego se inclinó hacia atrás y puso la cabeza contra lo alto de la silla, tan a menudo usada como un dispositivo de interrogación y tortura, pero que al momento parecía un trono.

Feyn extendió el brazo para agarrar las dos manos de Rom mientras este clavaba la endoprótesis en la vena de Saric. Ella cerró los dedos sobre los de él, con lágrimas corriéndole por las mejillas.

Cuando la sangre comenzó a llenar la vasija, Saric levantó la mirada hacia el techo, los labios suavizados en una tranquila sonrisa. Entonces la regente colocó el pómulo contra la rodilla masculina.

Feyn observaba cómo la vida de su hermano se le drenaba lentamente del cuerpo.

—Ahora me voy —declaró él, con voz apenas más enérgica que un susurro.

—¿A dónde? —preguntó su hermana levantando la cabeza, pero ya lo sabía.

—A estar con Jonathan —contestó Saric y cerró los ojos.

Capítulo treinta y dos

Tres semanas después

HABÍA SIETE CONTINENTES PRINCIPALES en el mundo. Siete casas que los gobernaban. Siete, el número de la perfección. Siete, el sello del Creador.

La soberana, que se había proclamado a sí misma como creadora, gobernaba a todos desde su trono en la Fortaleza, que se levantaba por encima de la antigua ciudad de Bizancio... esa fue la manera del Orden establecido por ella.

Pero Bizancio había sido devastada por la muerte y la guerra, y el Orden había caído. Feyn ya no era creadora, simplemente era una nueva soberana aún desconocida para la multitud de ciudadanos que habían sido convocados urgentemente con el fin de presenciar la nueva toma de posesión a lo largo de la antigua Vía de los Desfiles en la basílica de la Fortaleza. Entre ellos, prelados, cada uno de los gobernantes continentales, y casi la mitad de los veinticinco mil miembros de la realeza.

Feyn estaba sentada en la plataforma mirando las multitudes reunidas, temerosas de oír las palabras de ella. Temor, porque era lo único que aún conocían. Temor, porque sin darse cuenta respiraban muerte cada día sin comprender que ya estaban muertos.

Hoy día iban a enterarse de la verdad.

La mujer miró a Rom, sentado en una silla a su lado, observándola con los mismos ojos tiernos con que una vez la cortejara en un campo al norte de Bizancio. La sangre que él le diera ese día la había despertado a la vida, pero hasta tres semanas atrás la soberana nunca había conocido cuán abundante podría ser esa vida.

Rom puso la mano entre las de ella, un gesto sencillo de confianza. Decir que Feyn no estaba preocupada sería mentir. No por sí misma, sino por quienes oirían palabras que no se habían expresado en casi quinientos años.

La mirada de Feyn se dirigió hacia Jordin, sentada al lado de Rom, y hacia Roland, quien lanzando a menudo miradas hacia Feyn se hallaba al otro lado de la plataforma de espaldas a ellos, dando instrucciones finales a tres funcionarios que se movían intranquilos. Qué extraña debía parecerles a esos amomados que una vez le sirvieran bajo su puño de hierro. Hoy día, su tiránica soberana había cambiado sus ropas reales por un sencillo vestido blanco. Los ojos femeninos, una vez negros, se habían vuelto de color azul brillante; su piel, una vez pálida, tenía ahora el color de carne vivificada.

Feyn sonrió ante el pensamiento.

Demasiado había cambiado.

Quince años atrás ella se había parado sobre esta misma plataforma, esperando su toma de posesión como soberana del mundo. Por la ley del Orden, ella había sido

escogida entre los candidatos elegibles no por colegas ni por mérito, sino por la mano misma del Creador, según los doce años del ciclo de Renacimiento que se había completado tres veces en los cuarenta años de reinado de su padre. Se habían registrado todos los nacimientos de los miembros de la realeza nacidos más cerca de la hora séptima del día séptimo del mes séptimo de cada nuevo ciclo. Y ella había resultado la más cercana de todos.

¿Fue casualidad o destino que Talus, primer custodio, hubiera profetizado que un soberano con sangre pura nacería para gobernar el mundo? Jonathan había sido ese soberano y gobernaba hoy día, pero era Feyn quien gobernaría este mundo de carne y hueso; este «sueño», como a Jordin le gustaba llamarlo.

Todo tenía perfecto sentido en retrospectiva. La orden de los custodios de que guardaran la sangre por varios siglos; el hecho de que Rom le diera la sangre; la propia muerte de Feyn y su posterior estasis que allanaron la sucesión de Jonathan al trono; la resurrección de ella que la devolviera de nuevo a ese trono. Incluso la alquimia de Saric y el propio reinado tenebroso de Feyn. ¿Estaría ella hoy aquí si algo de todo eso hubiera sido distinto? ¿Estaría la vida, la verdadera vida, sentada como soberana incluso si una parte de la historia no se hubiera representado como ocurriera?

Saric...

Aún se le hacía un nudo en la garganta al recordarlo cediendo su sangre para salvar a los treinta y siete inmortales que la habían tomado a raíz de la muerte de él. Su hermano había hallado vida en el desierto, y luego había entregado esa vida para salvar no solo a uno sino a muchos... descubriendo una nueva especie de seres humanos que a su vez brindarían su sangre al mundo.

Ahora había cincuenta y tres en total, que siendo prudentes en el proceso de seroconvertir a otros, se habían dedicado a pensar en la enorme tarea que tenían por delante. Habían acordado llamarse mortales otra vez, a fin de evitar confusión con el cargo de Feyn, a pesar de saber que todos y cada uno de ellos en realidad eran soberanos.

Nunca manipularían ni obligarían a nadie a tomar la sangre. Nunca ofrecerían palabras hábiles de persuasión. Multitudes que obtuvieran toda la gama de emociones podrían causar estragos en una sociedad que no tenía tradición de tratar con esas sensaciones.

Feyn volteó la mirada hacia la enorme muchedumbre reunida delante de la plataforma para la toma de posesión. Esperaban en pavoroso silencio, esperando oír lo que su transformada soberana tenía almacenado para ellos.

Cuidadosamente había hecho los planes para este día junto a Rom, Roland y Jordin, acordando no confiar con demasiada prisa la verdad al mundo. En consecuencia, aún no había dicho nada a nadie en el organismo gubernamental.

Hoy día lo oirían todo. Todos ellos. A través del globo, la luz azul de las pantallas de televisión, que iluminaban los centros de las ciudades en cada continente, transmitirían imágenes de la Nueva Bizancio.

Tradicionalmente, la observancia del Renacimiento debía ser presenciada por todos. El traspaso de autoridad de un soberano a otro estaba entre los acontecimientos más sagrados. Para la manera de pensar de Feyn, hoy día no era diferente; después de todo, ella en realidad había renacido a una nueva vida y era la primera soberana en encontrar esa vida. Y por eso a través del mundo, en todos los continentes de Asiana y Europa Mayor, Nova Albión y Abisinia, Sumeria, Russe y Qin, los leales se reunían en cientos de miles en cada ciudad para observar.

Roland se volvió y cruzó el escenario, vestido con destellos nómadas en cuero y lana ligera, el cabello trenzado con cuentas azules oscuras.

Kaya se hallaba cerca, sentada en una estera, pasando las manos sobre el lomo del león de Talia. Se había quedado atrás con Kaya y con otros cuatro que no habían peleado en Bizancio, y ante la perspectiva de una muerte segura a causa del virus, Talia había desaparecido en el desierto para enfrentar el destino con su león. El felino había vuelto solo.

—Todo estará listo en pocos minutos —informó Roland, inclinando la cabeza hacia Feyn.

—Soy tu soberana, no tu reina —objetó Feyn con una ceja levantada.

Él la miró por un instante. Su mirada se dirigió luego a Jordin.

—No, esa será otra.

Jordin sonrió y se puso de pie, caminó hacia Roland y le apartó un mechón de pelo que le colgaba sobre el ojo derecho.

—Y que orgullo de reina es —expresó la joven.

—Siempre —concordó Roland levantándole la mano, y le estampó un beso en los nudillos.

—Siempre —repitió ella.

Feyn miró a Rom y le guiñó un ojo. La mirada en los ojos de él no tenía nada que ver con la demostración de ternura de Jordin y Roland. En círculos íntimos ya se sabía que Rom y ella compartían un profundo amor que sin duda requeriría la ruptura de la tradición que impedía que los soberanos se casaran.

—Considera seguro el escenario, mi soberana —informó Roland.

Él aún era el príncipe nómada, aún era el guerrero con manos endurecidas por la batalla, pero en muchas otras maneras era un hombre totalmente nuevo, su fortaleza demostrada en amor y serenidad.

Si Rom presidiría el nuevo senado, asunto aún no decidido, Roland tomaría en sus manos los asuntos de seguridad. El mundo pronto conocería total emoción cuando sangre soberana revirtiera la muerte que había mantenido a raya a la ambición y el

enojo. Estallarían conflictos. Feyn necesitaría un hombre de principios con la fortaleza y la habilidad de Roland para gobernar la peligrosa travesía de emociones que despertarían en un mundo inexperto.

El príncipe tomó asiento al lado de Jordin y pasó el brazo por encima de la silla, las piernas extendidas como quien poseía todo lo que podía ver y más. Una vez gobernante, siempre gobernante.

La primera tarea tras la seroconversión de inmortales había sido librar a la ciudad de la fetidez de la muerte. Recolector había hecho estragos en los quince mil sangrenegras que habían sobrevivido al ataque inmortal. Habían enloquecido con la enfermedad, muchos de ellos huyendo al desierto, donde habían muerto. Por suerte, solo dos ciudadanos resultaron asesinados; Feyn había temido que fuera peor.

Despejar el campo de batalla había requerido el trabajo de dos mil hombres. Habían cargado los cadáveres de los sangrenegras en carretas y los habían llevado a un cañón justo al este de Bizancio, donde los habían quemado junto con todo rastro de alquimia sangrenegra, inclusive muestras, equipos, sarcófagos y hasta los papeles que relataban la fabricación de estos seres. Los incendios habían durado días enteros, iluminando el horizonte. Cuando fuera quemado el último de ellos, el cañón fue llenado con tierra, sellando para siempre los restos de las tinieblas.

Roland y los demás sobrevivientes habían puesto los cadáveres de inmortales caídos en una pira funeraria. Juntos habían presentado sus respetos a los muertos al estilo nómada: con historias, lágrimas y esperanza.

Dos semanas completas se habían necesitado para limpiar los escombros dejados en las casas de los desafortunados que resultaron desplazados por las órdenes de Feyn. La franja de tierra de kilómetro y medio de ancho que fuera nivelada alrededor de la Fortaleza era un escenario horrible para los miembros de la realeza que habían viajado a fin de asistir a la nueva toma de posesión de hoy. Escenario del que ella se arrepentía y que reconstruiría.

Por ahora los terrenos frente a la basílica habían sido plantados con árboles y sembrados de flores en todo el trayecto hasta las gradas de la familia real, aunque solo con el fin de presentar una imagen menos anormal ante quienes veían la transmisión en todo el mundo.

Hoy día el cielo sobre Bizancio estaba despejado y era azul brillante. Se habían ido las agobiantes nubes cernidas sobre la capital durante siglos; de extraña manera, ni siquiera un hilo de humo se había visto en sus cielos durante semanas.

La directora de asuntos, una rubia llamada Brandice a quien Feyn conociera desde el colegio, subió corriendo los peldaños y se apoyó en una rodilla delante de Feyn, con la cabeza ligeramente inclinada.

—Estamos listos, mi soberana.

—Levántate, amiga mía. Por favor, no te vuelvas a arrodillar delante de mí.

Ella levantó la cabeza, y al ver la sonrisa de Feyn se puso de pie.

—La transmisión está programada para comenzar en tres minutos.

—Gracias, Brandice.

La directora hizo una reverencia con la cabeza y se dirigió a un costado del escenario para instruir a un empleado cercano.

—¿Estás lista? —inquirió Rom.

—Tanto como puedo estarlo.

—Recuerda quién eres —pidió Roland inclinándose hacia adelante.

—¿Quién soy o quién fui? —respondió ella y suspiró—. No me siento como una soberana.

—Lo que solamente te hace una mejor.

La identidad de Feyn había cambiado tan dramáticamente que ella no sabía cómo debía gobernar, en particular como soberana responsable por marcar el inicio de una nueva era. Apenas estaba comenzando a entender su nuevo yo. Había desaparecido la ira; igual que la amargura, el engaño, la ambición y el odio. En su lugar yacía un trasfondo de paz y amor muy superior a cualquiera que hubiera conocido alguna vez.

Entre ellos, la transformación de Jordin se mantenía como la más impresionante. Rom vivía en estado constante de gracia y paz, pero no había encontrado el mismo misterio excepto en pequeños segmentos. Tampoco Roland, Kaya o ella misma.

Sin embargo, los ojos de todos se habían abierto, aunque no de manera tan violenta como una zambullida a través de un lago, respirando el amor de Jonathan como si fuera agua. Feyn le había tomado el pelo diciendo que tal vez la chica simplemente se deshidrató, broma que todos compartían en cada ocasión que oían la historia, pero cada uno de ellos sabía que la transformación de su compañera era innegable, y en sus corazones anhelaban experimentar lo mismo.

Brandice atrajo la atención de Jordin y levantó un dedo. Un minuto. Feyn reconoció la señal asintiendo con la cabeza.

—Dime otra vez, Jordin —expresó Feyn—. ¿Cuál es el secreto para vivir a plenitud en el reino soberano? Lo quiero oír antes de subir al estrado.

—Rendirse —contestó Jordin.

Feyn sabía esto, desde luego. Tan sencillo y tan fácil de olvidar. Pediría que se lo recordaran una y otra vez, el resto de su vida.

Contempló el semblante profundamente estable de su amiga. La suave sonrisa en su rostro era ahora un rasgo permanente. La joven era más líder de ellos que Rom, Roland o hasta que la misma Feyn, aunque solo en asuntos relacionados con el reino de Jonathan.

—¿Rendirse a qué? —inquirió Feyn, aunque conocía la respuesta.

—Rendirse a Jonathan —contestó Jordin—. Al amor incondicional. A lo que es aquel amor. A la conciencia de que más allá de todo lo que ves con los ojos, en la

cabeza hay una realidad más grande repleta de amor y que no conoce el sufrimiento. Nos rendimos a ese conocimiento, y el temor en esta vida se desvanecerá siempre.

—Así de sencillo.

—Sí. Así de sencillo.

—Rendirse al amor —intervino Rom, mirando a los miembros de la realeza en las gradas.

—Amor sin juicio —añadió Jordin.

—Rendirse al hecho de que eres soberana del mundo —declaró Roland con una sonrisa irónica—. Y al conocimiento de que fuiste escogida para tomar a cargo esta etapa y abolir cinco siglos de tiranía bajo un Orden de temor.

Entonces hizo una pausa.

—Libéralos, Feyn.

Ella miró hacia arriba al cielo azul. Una nubecita gris colgaba en el lejano horizonte. La primera en semanas. Y luego asintió con la cabeza y se puso de pie.

Atronadores aplausos estallaron espontáneamente, llenando el aire con lo que podría ser la primera expresión verdadera de libertad en muchísimos años. Aún no conocían la verdad, pero la verdad los conocía a ellos.

—Por ti, mi Soberano —susurró Feyn.

—Por Jonathan —contestó Jordin.

—Por Jonathan —repitieron Roland y Rom al unísono.

Entonces Feyn Cerelia, soberana entre soberanos, caminó hasta el estrado y levantó las manos hacia la rugiente multitud.

Era hora de cambiar el mundo.

Epílogo

LA SOLITARIA FIGURA ARRODILLADA en la base de un profundo barranco en el desierto miraba uno de los dos pequeños paquetes que había cargado durante tres semanas; el otro contenía los restos de su provisión de alimentos.

Era casi la puesta del sol. A él no le gustaba estar en el desierto después del anochecer; el terror acechaba allí, imágenes de los calabozos de la Fortaleza, imágenes de batalla.

La hora había llegado... ya había esperado demasiado tiempo.

Desató el paquete y con cuidado sacó la caja metálica en el interior. Abrió rápidamente el pestillo y sacó un envoltorio cuidadosamente amarrado. Levantó un pequeño pergamino atado con un sencillo cordel de cuero.

Con manos temblorosas removi6 el cordel, abrió el pergamino de Corban y leyó las palabras escritas a mano por el alquimista nefasto.

Apreciado Ammon:

Eres el último vestigio del Orden como fue... como estaba destinado a convertirse. Huye para salvar tu vida. Establece una orden de custodios. Protege este precioso remanente para el día de ajustar cuentas.

La sangre negra aquí destruye o concede el poder para vivir.

—Corban

Ammon bajó con cuidado la nota, la volvió a poner adentro, y luego desenvolvió el objeto dentro de la caja.

Un frasco de sangre.